

Isabel Keats

Cuéntaselo
a otra



Isabel Keats

Cuéntaselo
a otra



Destrozada tras descubrir que su marido y novio desde la infancia le es infiel,

Inés Santaolalla, se divorcia y decide darle un giro de ciento ochenta grados a

su vida. Mientras su hermana y su madre piensan que está trabajando en una

sucursal de su banco en Nueva York, ella, como su admirada heroína de la

novela de Muriel Barbery, acepta el empleo de portera en un inmueble de la

calle Lagasca en Madrid, una especie de universo paralelo poblado de seres a

cuál más extravagantes.

Inés está convencida de que aquella oscura portería, además de ser un lugar

inmejorable donde lamerse las heridas que aún supuran de su matrimonio, será

el escenario perfecto para terminar la novela que lleva varios años escribiendo.

Sin embargo, con lo que Inés no cuenta es con el propietario del 6.º derecha,

un atractivo doctor que hará todo lo que esté en su mano para que ella vuelva

a confiar en los hombres y el amor.



Isabel Keats

Cuéntaselo a otra

ePub r1.0

Titivillus 07.09.15

más libros en Bajaebooks.com

Título original: *Cuéntaselo a otra*

Isabel Keats, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

El germen de esta novela surgió en una comida de amigas del

colegio. Nos reímos tanto que una señora que estaba sentada a

nuestro lado, cuando se fue, nos dijo: «Qué

envidia me dais».

Por todas las risas compartidas y las que nos quedan por compartir.

Ana, Sonia y Alejandra... ¡Va por vosotras, chicas!



Capítulo 1

«Una portería en la calle Lagasca es lo más parecido que encontraré jamás a una

buhardilla en el barrio de Montparnasse, en París», se dijo Inés clavando sus pupilas

en las pupilas invertidas, pero con un grado de dilatación idéntico, que el reflejo del

inmenso espejo del cuarto de baño le devolvía.

Mojó las manos bajo el chorro de agua

fría, se lavó la cara y volvió a mirarse en el espejo, como si esperase que algo hubiera

cambiado entretanto.

—Es una locura, no puedo hacerlo... —le comentó en voz alta a ese clon, algo

pálido y de ojos verdosos y asustados, que la miraba fijamente—. No, no puedo

hacerlo... ¡Pero lo haré!

Una vez tomada la decisión, se secó bien el rostro con la esponjosa toalla de rizo

americano y regresó al elegante dormitorio, decorado por uno de los interioristas más

conocidos de Madrid. Cogió su iPhone de la mesilla de noche y, con determinación,

marcó el número de Silvia.

Un mes más tarde, Inés sacaba la última caja de cartón de la vieja furgoneta del

hermano de Fran, el amigo *hippie* de Silvia, mientras rogaba a Dios que ninguno de

los vecinos del inmueble se fijara en el espantoso rótulo que anunciaba la pescadería

«Ay, sirena, que te pillo». El día en que su amiga le anunció que un conocido suyo se

ocuparía de la pequeña mudanza, a Inés le pareció perfecto; bastantes cosas tenía ya

en la cabeza como para tener que ocuparse también de esos tediosos detalles, pero

cuando vio la furgoneta de marras casi se cae de espaldas. Al percatarse de su

expresión horrorizada, Fran le explicó con

amabilidad:

—Mi hermano siempre ha estado un poco salido. —La espantosa sirena que

decoraba todo el lateral de la pequeña Renault Kangoo le devolvió a Inés una mirada

desafiante; incluso los enormes pechos desnudos que asomaban entre los ensortijados

cabellos de color verde bilis parecían examinarla, amenazadores. El amigo de Silvia

continuó con su explicación, al tiempo que empezaba a meter bultos en el maletero,

que olía, más que ligeramente, a pescado—. En cuanto me percaté de que era bizca de

pezones, me dije a mí mismo: «¡Un momento, yo he visto antes ese par de tetas!».

Entonces recordé mis últimas vacaciones en

Torremolinos y caí en la cuenta de que

eran las de la fresca de mi cuñada. Creedme, son inconfundibles.

—¿De verdad tenemos que entrar ahí? —le preguntó a Silvia en un susurro

desanimado; si ese vehículo demencial era un presagio de lo que el futuro le deparaba,

desde luego su porvenir no parecía muy prometedor.

—Venga, Inés, no seas tiquismiquis. —Su amiga hizo un gesto de impaciencia—.

A caballo regalado... Además, no tardaremos mucho en hacer la mudanza, lo has

dejado casi todo en el guardamuebles.

Así que, resignada, Inés se metió en la furgoneta y partieron rumbo a ese destino

incierto que le aguardaba.

Con un gruñido, dejó caer la última caja en el minúsculo recibidor de la vivienda del

portero y se derrumbó sobre el horrible sillón de brazos de madera tapizado con

inmensas flores naranjas y marrones, donde ya la esperaban repanchingados Silvia y

su amigo.

—Ni siquiera después de fumarme cuatro petas seguidos he conseguido ver

imágenes más psicodélicas que el estampado de este sofá. —Fran sacó de una cajita

un papel de liar cigarrillos y empezó a quemar una china.

—¡Eh, tío, ni hablar! —Inés apagó la llama del mechero de un poderoso soplido

—. ¿Estás loco o qué? ¿Pretendes que huelga toda la portería a porro y que me echen antes siquiera de empezar?

—Joder, Inesita, cómo te pones —protestó el amigo de Silvia, haciendo el signo de la paz con dos dedos.

—Para, Fran, Inés tiene razón. Si quieres fumar vete afuera, pero antes danos unas de esas cervezas que has traído, porfa.

Fran sacudió sus largas rastas, resignado. Entonces se levantó, se subió la

cinturilla elástica de los pantalones de estilo moruno que dejaban al aire unos

espantosos calzoncillos de color gris brillante y, arrastrando los pies, fue a la cocina y

sacó de la vieja nevera General Electric que parecía sacada del plató de «Cuéntame»

dos Mahou, ligeramente congeladas aún.

—Tomad. —Le tendió una a cada una y, de paso, les dio también una bolsa de

quicos gigantes—. Para que no os emborrachéis, que luego vas a conducir tú, Silvie.

—¡*Don't worry*, tronco! ¡Gracias!

En cuanto su amigo salió por la puerta, Silvia se volvió hacia Inés, quien en ese

momento daba un largo trago a la cerveza helada.

—¿Estás segura de esto? —Hizo un expresivo gesto con la mano, abarcando todo

lo que había a su alrededor.

En verdad, el piso era diminuto y oscuro. Por los pequeños tragaluces situados en

lo alto de las paredes se colaba una débil claridad, pero no se podía ver la calle, y los

escasos muebles eran horrendas reliquias de los años sesenta que no aceptarían en

Cáritas ni regalados.

—¿No te gusta la decoración *vintage*? —Inés alzó una ceja, inquisitiva—. Pues,

hija mía, está a la última.

No quería admitirlo, pero quizá sí que había cometido una terrible equivocación.

Después de todo, cualquier parecido de ese hediondo cuchitril —en el aire todavía

quedaban rastros de los miles de guisotes elaborados en aquella cocina liliputiense—

con el ático dúplex de La Finca que acababa de vender era pura coincidencia. De

repente, cualquier deseo de bromear se evaporó por completo y, sin poder evitarlo,

sus labios empezaron a temblar y esbozó un patético puchero. Al verlo, su amiga se

apresuró a decir:

—Ay, Ine, no quiero ser la típica repelente y empezar con el «te lo dije» desde el

minuto uno, pero ¿no habría sido mucho más sencillo pedir en tu banco el traslado a

la sede de Estados Unidos o Canadá? Todavía estás a tiempo; puedes olvidarte de esta

locura y decírselo a tu jefe. Eres buena en tu trabajo; a pesar de la crisis, eres la

única persona que conozco a la que no le habían

bajado el sueldo, sino todo lo

contrario...

Habían discutido el tema mil veces y Silvia había empleado argumentos parecidos,

pero, al ver su mirada de compasión, Inés irguió la espalda, encajó las escápulas y la

interrumpió con firmeza:

—No, ahora no me voy a rajar. Ha sido un momento de debilidad, pero ya ha

pasado, te lo prometo. Mis planes siguen adelante. He encontrado el refugio ideal para

lamerme las heridas durante el año sabático que me he dado a mí misma y no voy a

renunciar a él. Quiero ser Renée, la portera de *La elegancia del erizo*; ya te conté que

ese libro me impactó.

—Bueno, a mí también me impactó Laura Ingalls en «La casa de la pradera» y no

voy por ahí con dos trencitas y dientes de conejo... —comentó su interlocutora sin

dejar de masticar el puñado de quicos gigantes que acababa de meterse en la boca.

—Reconoce que es el lugar ideal para desaparecer durante una temporada. ¿Tú

crees que a alguien se le va a ocurrir venir a buscarme a una portería del barrio de

Salamanca? Así podré dedicarme en serio a escribir, sabes que llevo años intentando

acabar mi manuscrito. —Inés se levantó del sofá y empezó a caminar de lado a lado

del pequeño salón sin parar de gesticular con las

manos—. Si me hubiera ido a

Estados Unidos estaríamos en las mismas: trabajo diario de ocho de la mañana a diez

de la noche y los fines de semana ocupados paseando a mi madre, a mi hermana y a

todas aquellas amigas tuyas que decidieran cruzar el charco para ir de compras. Así es

imposible concentrarse.

—Ya, pero reconoce que lo de meterse a portera es un tanto radical. —Silvia dio

un largo trago a su cerveza mientras seguía con la mirada los vaivenes de su amiga.

Inés se encogió de hombros. Llevaba puesto parte de lo que iba a ser su nuevo

disfraz: moño bien apretado en la nuca, unas grandes gafas con cristales ahumados

que no necesitaba, pantalones de globo —un corte que Silvia solo había visto en un

reportaje sobre la movida madrileña de los ochenta— y un jersey tres tallas más

grande que disimulaba a la perfección su esbelta figura, la cual, desde que había

estallado toda la historia del divorcio, se acercaba peligrosamente a la flacura.

—Imagínate que entre tus vecinos hay un japonés culto y amable; créeme, con

esas pintas no te va a mirar dos veces —añadió apuntándola con el cuello de la botella

vacía, para dar más énfasis a sus palabras.

—¡Bah! —Inés se encogió de hombros—. Lo último que busco ahora es un

hombre, me da igual que sea japonés o

conquense. Además, ya sabes que en estas

viejas fincas del centro de Madrid solo quedan jubilados con un pie en el más allá.

—De verdad, Inés, no entiendo tu cerrazón, hace ya casi un año que te divorciaste

de Daniel. No te digo que te tires de cabeza al viaducto del matrimonio; pero, hija mía,

una cita con un tío de vez en cuando, aunque sea exclusivamente para ir al cine, no

creo que te haga daño. —Las palabras de Silvia contenían un matiz de exasperación.

—Mira quién habló. Desde que lo dejaste con Tomás, que yo sepa no has vuelto a

salir con nadie, salvo que a Fran lo consideres alguien, claro está —contraatacó Inés

con mala idea.

—Te equivocas. —Su amiga sonrió de forma misteriosa.

—¿Me equivoco? ¡Cuéntame ahora mismo! —
La aprendiz de portera se tiró de

nuevo sobre el incómodo sofá dispuesta a averiguar hasta el último detalle—. ¿Dónde

lo has conocido? ¿Cómo se llama?

—Bueno, te cuento, ¡pero, por Dios, quítate esas gafas que das miedo con ellas

puestas!

—Pues ni me había enterado de que las llevaba, oye —Inés se quitó las gafas y las

dejó sobre la mesita frente al sofá, una mala copia, algo coja, de un diseño de Luciano

Ercolani—. Está claro que mi nueva personalidad porteril se ha apoderado de mí. Y,

ahora, cuéntamelo todo con pelos y señales.

—Lo conocí hace un mes en una conferencia sobre el calentamiento global... —

empezó Silvia y, al oírlo, Inés puso los ojos en blanco.

—¡Otro fanático del planeta Tierra no, Dios mío!

—¡Sin faltar! Pero no, él no iba a la conferencia. Yo entraba en el Círculo de

Bellas Artes y él bajaba la escalera y... ¡Ay, Inés, fue como en las películas!

Chocamos, se me cayó el paraguas, se le cayó la carpeta que llevaba, nos agachamos a

la vez para recogerlos, nos dimos un golpe en la cabeza, nos miramos a los ojos, nos

pedimos perdón al mismo tiempo, él me invitó a

tomar un café, yo mandé a hacer

puñetas la conferencia...

Al observar los ojos soñadores de su amiga, Inés sintió un leve pinchazo de

envidia; ya no recordaba la última vez que ella experimentó una ilusión parecida, pero

se repuso en el acto y preguntó:

—¿Y volvisteis a quedar otro día?

—Otro día, y otro, y otro... —Silvia seguía y seguía como el conejito de Duracell,

pero, antes de rayarse del todo, consiguió salir de ese bucle infinito y cambiar de frase

—. Además, a diario hablamos tres o cuatro veces por teléfono.

—¡Caramba!

—Sí, ¡caramba! —Una gran sonrisa se había hecho fuerte sobre los labios de su

amiga; sin embargo, en seguida Silvia salió de su arrobamiento, se puso en pie con

decisión y empezó a dar órdenes—: Bueno, y basta ya de cháchara. Vamos a sacar las

cajas y lo colocamos todo. Así, mañana, cuando empieces a trabajar, por lo menos

estarás un poco más cómoda.

Fran regresó en ese momento, pero no les fue de mucha ayuda; estaba tan colgado

que se tumbó de espaldas en el sillón y permaneció las dos horas siguientes con los

ojos bien abiertos, enumerando en voz alta cada una de las extrañas figuras que se

escondían en una antigua mancha de humedad

que había en el techo. Sin hacerle el

menor caso, ellas siguieron dale que te pego y no les llevó mucho tiempo vaciar las

pocas cajas que Inés había llevado consigo. Luego sacó unas sábanas y, entre las dos,

hicieron lo que debía de haber sido la cama de matrimonio de los últimos habitantes

de la portería, aunque, a Dios gracias, el administrador se había ocupado de cambiar el

colchón. Era tan pequeña que su edredón arrastraba por todos los lados.

—No entiendo cómo puede dormir un matrimonio en una cama tan canija —

comentó Inés en cuanto terminaron de hacerla —. No sé el resto de la humanidad,

pero Daniel tenía la horrible manía de dar

patadas cuando estaba dormido, así que yo

procuraba ponerme lo más lejos posible, a salvo de sus tendencias futboleras.

—Eso lo dices porque llevabais ocho años casados y nueve de novios. Ya no te

acuerdas de lo a gustito que se está cuando te acurrucas al lado del hombre del que

estás enamorada. —De nuevo, asomó a los ojos de Silvia aquella mirada soñadora

que a Inés le estaba empezando a dar dentera; sin embargo, se abstuvo de hacer

ningún comentario.

Al acabar de colocar las pertenencias de Inés en su sitio, el aspecto del pisito era

tan desolador como al principio, pero, al menos, estaba un poco más lleno.

—Vas a tener que hacer algo con este lugar si pretendes aguantar aquí un año

entero. —Silvia trató de cerrar la puerta del aparador del salón de un empujón,

aunque fue inútil; a los pocos segundos, volvía a abrirse como si fuera víctima de un

extraño fenómeno *poltergeist*.

—¡Kiap!

La quinta vez que se abrió, Silvia le soltó una patada de karateca que astilló un

poco la madera; pero, nada, emitiendo algo parecido a un gemido de dolor, la

condenada puerta volvió a abrirse y así se quedó.

—Si algún día me siento con ganas, igual pinto un poquito y me paso por Ikea. —

Inés se encogió de hombros, un gesto de desánimo que empezaba a serle habitual.

Cuando por fin se fueron Fran y Silvia y se quedó sola en la lúgubre vivienda, se

tiró sobre la cama recién hecha y empezó a llorar.



Capítulo 2

Era increíble que su vida hubiera cambiado tanto en tan poco tiempo, pensó abrazada

a sus rodillas, sintiendo la almohada empapada bajo su mejilla. Hacía tan solo un año

y dos meses era una auténtica triunfadora y tenía a sus pies todo lo que pudiera

desear: un marido inteligente y guapo del que seguía enamorada a pesar de que

llevaban juntos desde los quince años, una casa espectacular a la que no le faltaba

detalle, dos coches último modelo en el garaje, un trabajo como *broker* en uno de los

bancos de inversión más poderosos del mundo. En fin, el kit completo de la felicidad

humana según el concepto de la mayoría de los habitantes del planeta Tierra.

Y ahora...

Ahora no podía dejar de llorar hecha un ovillo sobre la cama de la siniestra

portería de un antiguo edificio del barrio de Salamanca. Al día siguiente daba

comienzo su nueva etapa como portera, con las

apasionantes y trascendentales

obligaciones que semejante puesto conllevaba, a saber: vigilar las idas y venidas de los

vecinos, abrir y cerrar el portal, limpiar la escalera y la entrada, repartir el correo,

hacer alguna que otra chapuza, sacar la basura... Todo un reto para una licenciada en

Económicas que había estudiado un máster en el Instituto de Empresa, bilingüe en

inglés y con buenos conocimientos de francés.

Nadie en su sano juicio lo creería. Su madre y su hermana pensaban que, en

efecto, se había ido a Estados Unidos, a la sede del banco en Nueva York. La única

que sabía la verdad era Silvia. Durante esos últimos meses, terriblemente duros y

difíciles, había comprobado que no todos aquellos a los que creía sus amigos lo eran en realidad; como decía a menudo su madre: «Los amigos de los buenos tiempos, durante las tormentas, dejan que te ahogues».

Y ella había estado muy cerca de ahogarse.

Se levantó de la cama y fue a la cocina a prepararse la cena. No tenía hambre, pero

se obligaría a comer aunque tuviera que contener una arcada cada vez que se llevase el

tenedor a la boca. Al menos no habían tenido hijos, se dijo como ya lo había hecho

mil veces antes. Aunque era algo que deseaba desde hacía años, Daniel le daba largas

afirmando que aún no estaba preparado para ser padre, y ella no había querido

presionarlo en un asunto tan importante. Probablemente, a esas alturas, tampoco tendría ya la oportunidad de ser madre.

La depresión la había rozado de cerca. Había perdido casi diez kilos durante el

tiempo que llevó su divorcio, hasta que tocó fondo. Unos cuantos meses atrás, dio por

fin una patada y consiguió impulsarse hasta la superficie; después de eso, se había

jurado a sí misma que saldría adelante. Su nuevo trabajo era la prueba de ello, eso sí

que era un cambio de vida radical. Si su madre se enterase, sufriría violentos

espasmos.

En cuanto se hubo comido hasta la última miga de su cena frugal, decidió irse a

acostar. Al día siguiente la esperaba una prueba aterradora, y pretendía estar lo más

descansada posible para enfrentarse a lo desconocido. Sacó el pijama, se quitó una a

una las numerosas horquillas que sujetaban el horripilante moño en su sitio y se

masajéo el cuero cabelludo durante unos minutos para que la sangre volviera a

circular. Luego se metió bajo las sábanas y estuvo dando vueltas un buen rato antes de

quedarse dormida.

En cuanto sonó el despertador, saltó de la cama y se dirigió a la ducha. A pesar de que

a la escasa luz que se filtraba por los tragaluces no se sabía bien si era de noche o de

día, Inés se sentía llena de energía. ¿Quién decía

que por la mañana las cosas se veían

de otra manera? ¿Sócrates?, ¿Descartes?, ¿su tía Juli? No tenía ni idea de quién era el

autor de tan sabias palabras, pero, desde luego, tenía toda la razón. El chorro de agua,

a pesar de resultar algo escaso, tenía la temperatura perfecta, lo que la animó aún más.

Tarareando una canción, se preparó una tostada y un café y, por primera vez desde

hacía meses, fue capaz de saborear lo que comía.

Y llegó la hora de adoptar la personalidad de su álter ego, la señora Santos —una

variante de su auténtico apellido: Santaolalla—, la portera del 185 de la calle Lagasca,

tan desabrida y gruñona como la Renée del

número 7 de la Rue Grenelle, aunque

mucho menos culta. Sobre sus pantalones oscuros y su jersey de algodón de cuello

alto negro se puso una bata floreada sin mangas —idéntica a las de las mujeres de las

aldeas gallegas que trabajaban en el campo— que le quedaba enorme, se peinó con un

moño bien tirante y se colocó las gafas ahumadas en la nariz.

Inés miró la imagen que le devolvía el espejo, fascinada, y decidió añadir el toque

final a su disfraz. Metió el índice en el estuche de sombra de ojos negra y se lo pasó

por encima del labio superior, creando así la sombra oscura de un bozo considerable.

—¡Soy el mismito Emiliano Zapata, órale

compadre! —le gritó a su reflejo,

muerta de risa.

Se hizo una foto con el móvil y se la mandó a Silvia. Después miró el reloj; las

ocho y media, buena hora para empezar la jornada.

El vestíbulo del viejo edificio acababa de ser remodelado. Las losetas más estropeadas

del antiguo suelo de mármol, con un diseño de damero blanco y negro, habían sido

sustituidas por unas nuevas de aspecto envejecido que no desentonaban con el resto.

De la impresionante escalera de piedra, limpia de antiguas manchas de pintura y restos

de chicle, habían desaparecido asimismo las pequeñas firmas de aquellos que buscan

inmortalizar su nombre o el de su amor en los sitios más inesperados. La cabina de

madera de raíz del ascensor modernista acababa de ser restaurada, y su entramado de

vetas claras y oscuras relucía recién barnizado. También, la reja de forja que lo

rodeaba, con las formas redondeadas de tipo orgánico de principios del siglo pasado,

había recuperado su antiguo esplendor.

Inés, con las manos cruzadas sobre el mango de la fregona y la barbilla apoyada

encima de ellas, miró a su alrededor, satisfecha; al menos iba a ser portera de un

edificio de categoría, se dijo. Si se concentraba, tenía la sensación de que en cualquier

momento vería pasar a una elegante pareja

vestida a la moda de los años veinte. Justo

en ese instante, la verja de hierro del ascensor se abrió con brusquedad y estuvo a

punto de derribar el cubo lleno de agua sucia que tenía junto a los pies, lo que la sacó

de golpe de su ensoñación.

—Disculpe.

A través de los cristales de sus gafas, que le prestaban a todo un enfermizo tono

azul, Inés distinguió el rostro atractivo y sonriente de un hombre moreno, de unos

cuarenta y pocos años, que en ese momento salía del ascensor acompañado de una

niña vestida con uniforme escolar —con ojo experto, dedujo que, al menos, debía de

haberle dado una vuelta a la cinturilla de la falda —, a la que calculó quince, y un

perro labrador que le pareció de edad indefinida.

—Casi me tira el cubo —gruñó, desabrida y con el ceño fruncido, inmersa de

lleno en su papel de portera cascarrabias en guerra contra el resto de la humanidad.

Al oírla, el hombre sufrió un ligero sobresalto y su sonrisa azulada se congeló. Los

ojos castaños tomaron nota de la extraña facha de aquella mujer que se dirigía a él con

expresión aviesa y, durante unos segundos, se detuvieron sobre la densa sombra de su

labio superior.

—Perdone, no la había visto. ¿Es usted la nueva portera?

A Inés no le pareció una pregunta muy inteligente. ¿Blanco y en botella? ¿Oro

parece, plata no es? ¿Una mujer vestida con una espantosa bata floreada y una fregona

entre sus manos en mitad del vestíbulo de un edificio?

—La misma. La señora Santos, *pa* servirle a *ustez*. —Frunció el entrecejo todavía

más y sacó la mandíbula hacia afuera.

—Encantado, soy Enrique Echevarría, del 6.º derecha. Buenos días. ¡Vamos,

Blanca! —Le hizo una seña impaciente a la adolescente; era evidente que estaba

deseando salir de la zona de influencia de aquella desagradable mirada.

—¡Joder, de qué *casting* habrá salido esta! —

susurró Blanca de manera bien

audible mientras luchaba con la correa de la que el excitado labrador color trigo tiraba

con fuerza, ansioso por salir a la calle. A Inés le entró la risa, pero lo disimuló con un

fingido ataque de tos.

—¡Shh, hija, y no digas palabrotas! —la reprendió su padre.

Inés los observó despedirse en la acera frente al portal. El hombre se dirigió hacia

la boca de metro con una mochila negra colgada del hombro que desentonaba por

completo con su elegante abrigo oscuro y, curiosa, no pudo evitar preguntarse en qué

trabajaría. La niña debió de dar una vuelta a la manzana con el perro porque en

seguida estuvo de vuelta y, como Inés se había apostado consigo misma, una vez lejos

de la mirada paterna la cinturilla de la falda había sufrido dos nuevas vueltas de

tuerca. La adolescente subió a dejar al perro en su casa y diez minutos después, con su

mochila turquesa de flores hawaianas de Roxy, salió rumbo al colegio tras dirigirle un

educado «hasta luego», al que ella respondió con un nuevo gruñido.

Bueno, pues ya conocía a dos de sus vecinos, se dijo, satisfecha. Interesante. De

hecho, aprovecharía la oportunidad para estudiar si alguno de ellos podría ser

candidato a convertirse en uno de los personajes de la novela que se traía entre manos

desde hacía casi dos años. La niña prometía; esos ojos castaños, inteligentes y

brillantes, indicaban que no era la típica adolescente sin interés. En cuanto al padre,

reconocía que no estaba nada mal, pero, de un tiempo a esta parte, odiaba de tal

manera al género masculino que más de una vez se le había pasado por la cabeza

romper las trescientas páginas que llevaba escritas y convertir su novela de suspense

policial en una utopía feminista en la que solo salieran mujeres. Mujeres triunfadoras,

por supuesto; mujeres que no necesitan a los hombres para nada, pues claro; mujeres

que se reproducen mediante esporas... en fin. Sacudió la cabeza y decidió que sería

más productivo seguir fregando.

A eso de las doce del mediodía, cuando el vestíbulo y la escalera relucían de tal modo

que daban ganas de entrecerrar los ojos y la pobre Inés —derrumbada sobre la

incómoda silla de enea con almohadón de ganchillo de la garita del portero— trataba

de reponerse del agotamiento, conoció a otro de los vecinos del edificio.

Esta vez fue una vecina, y su repentina aparición la hizo parpadear varias veces

tras los cristales de sus gafas. La mujer salió del ascensor contoneándose sobre unos

altísimos tacones con la sensualidad de una *starlette* de setenta y muchos. Colocarse

la capa de chapa y pintura en el rostro debía de

haberle llevado al menos un par de

horas pero, eso sí, no le faltaba detalle; hasta las pestañas de dos centímetros y medio

estaban en su sitio. Llevaba unas ajustadas mallas de manchas de leopardo y, por

encima, un abrigado chaquetón de piel dorada de algún animal hace tiempo extinto.

De una correa, engastada con millares de diminutos cristales de Swarovski, colgaba

un perrito repugnante, con pinta de rata calva, que lucía a su vez una mantita en

animal print; en esta ocasión, una imitación de piel de cebra. Sin que sus caderas

perdieran ni por un segundo ese compás que debía de marcar algún metrónomo

interior, la extravagante aparición se dirigió hacia

el cubículo desde el cual Inés la examinaba, fascinada.

—¿Es usted la nueva portera?

—La señora Santos, *pa* servirla.

Cuando estuvo más cerca, Inés descubrió los finos hilillos de chillona pintura roja

que anegaban las pequeñas arrugas de sus labios fruncidos. La extravagante anciana

alzó los párpados con dificultad debido al peso de esas pestañas excesivas y la

observó a su vez. A Inés se le erizaron los pelos de la nuca; aquella mujer era un clon

de Bette Davis en la película *¿Qué fue de Baby Jane?*

—Es evidente que a usted no la eligieron para el

puesto por su belleza. —La voz

era áspera, como si hubiera pasado toda la vida con un cigarrillo colgando de la

comisura de su boca—. Así que me imagino que será la reina de las porteras.

Desde luego, no tenía pelos en la lengua. A Inés le entraron unas ganas tremendas

de reír, pero se contuvo y, con el ceño más fruncido que nunca, respondió con

frialdad:

—¿La señora deseaba algo?

—Pues mire, sí. La señora desea que le diga usted al impresentable del 4.º

izquierda, el piso que queda justo encima del mío, que haga el favor de dejar de

aporrear las paredes, o lo que quiera que sea que aporrea ese animal de bellota por las

noches, y que deje descansar a los vecinos de bien. Una está ya en esa edad en la que

necesita recibir su cura de sueño y belleza sin interrupciones.

El contencioso entre el 4.º izquierda y el 3.º izquierda había sido durante muchos

años una guerra larvada, pero los últimos acontecimientos —unas colillas arrojadas

encendidas sobre los hermosos geranios de la terraza del 3.º y unos insultos,

gravemente ofensivos, escritos sobre la puerta principal del 4.º con esmalte de uñas

rojo pasión Trafalgar de Dior— habían hecho que las hostilidades estallaran de forma

virulenta. Sin embargo, en ese momento, Inés no tenía la menor idea del follón que se

le venía encima.

—Y entonces —trató de aclarar la situación, al tiempo que se subía con un dedo

las gafas que tenían una molesta tendencia a deslizarse por el puente de su nariz—,

señora...

—Señorita, si no le importa. Señorita Sasha Montagut. —Hizo una pausa teatral y

le lanzó una mirada cargada de significado.

—Señorita Montagut, mmmm, esto... —Era evidente que aquella frase era su

entrada para seguir con un diálogo preestablecido, pero no tenía ni la menor idea de

cuál era la línea que venía a continuación.

Sin embargo, la mujer le ahorró la necesidad de decir nada.

—En efecto, Sasha Montagut, ex actriz y ex vedette. La misma Pitita Van Halen de

Corazones atormentados y también Clara, la pobre huérfana del taquillazo

Arrastrada a la ignominia. ¡No, no! ¡No le venderé mi inocencia a cambio de unas

miserables monedas! —gritó, de repente, y se llevó una mano al pecho como si

alguien acabara de apuñalarla.

—Sí, sí, Clarita. ¡Por supuesto que la conozco! Eh... un... un alegato lleno de

intensidad sobre... sobre la virtud ultrajada... — Inés, que en el fondo era un pedazo

de pan, dobló una rodilla en una especie de reverencia que pareció complacer a la artista.

—Fue lo más. El diálogo más caliente que nadie se atreviera jamás a poner en

escena en aquellos tiempos. Aún no sé cómo consiguió esquivar la censura; claro que

el director tuvo que cambiar la escena en la que la huérfana se prostituía en un burdel

por una danza moruna en un mercado, pero, a pesar de que el guion perdió algo de

sentido, la película fue un éxito rotundo. —Un destello de nostalgia centelleó en las

pupilas semiocultas tras las larguísimas pestañas.

—Un éxito, sí. Y esto... entonces quiere que

vaya a hablar con su vecino, ¿no?

El brillo nostálgico desapareció en el acto de sus ojos y fue sustituido por el fulgor

de un odio fanático.

—¡Exactamente! ¡Quiero que ese mastuerzo abominable sepa que, como no cese

en su acoso, va a enterarse de quién es Sasha Montagut! Y fíjese lo que le digo: si

tengo que hablar con Pedrito Maqueda, lo haré. Aún me debe un par de favores. —Al

percatarse de la mirada de desconcierto de su interlocutora, añadió—: Ya sabe, el

ministro.

Inés pensó que debían haber pasado unas cuantas décadas desde que el tal Pedrito

ocupara el cargo, pero prefirió no decir nada al respecto.

—No se preocupe, señorita Montagut. Hoy mismo hablaré con él —prometió con

firmeza, al tiempo que se inclinaba en una nueva genuflexión.

—Muy bien, señora Santos, creo que usted y yo nos llevaremos bien. —

Satisfecha, la mujer pegó un tirón de la correa del chucho asqueroso, que no había

parado de olisquearlo todo con una mueca desdeñosa, y salió a la calle.

Mientras la observaba alejarse, Inés se relamió al pensar en el filón de posibles

personajes para su novela que pululaban en el edificio y buscó en el cajón de la mesa

la libreta que guardaba ahí, para apuntar un par de cosillas que se le habían ocurrido

después de hablar con la señorita Montagut.

—Buenas, así que es usted la nueva, ¿eh? —

Una alegre voz masculina, varios

decibelios más alta de lo normal, hizo que alzara la vista—. Aquí le dejo el correo, hoy

va a tener que sudar para repartirlo todo, ja, ja.

El jocosos cartero depositó una montaña de cartas y paquetes varios sobre el

mostrador de la garita al tiempo que le guiñaba un ojo y, al verlo, Inés reprimió una

sonrisa. Sentía una inmensa admiración por las personas genuinamente simpáticas que

iban por la vida con una palabra amable y una sonrisa a punto para todo el que se

cruzara en su camino.

—Muchas gracias.

—De nada, y sonría, mujer, que hace un día precioso. —El cartero agarró su

carrito, le hizo un gesto de despedida y siguió repartiendo cartas y felicidad a diestro y

sinistro por el barrio.

Inés miró a través de la puerta de cristal y vio que, en efecto, el día, a pesar del

frío invernal, era soleado y el cielo brillaba muy azul entre las azoteas de los edificios.

Por un instante, pensó en su otra vida. Si siguiera en su antiguo trabajo, estaría

sentada frente al ordenador en una oficina diáfana en la planta cuarenta de la Torre

Picasso con unas espectaculares vistas sobre Madrid.

«Pero —se dijo— ni siquiera me hubiera dado cuenta del día tan espléndido que

hace. A estas horas estaría siguiendo las cotizaciones de los índices bursátiles y, por la

ojeada (pura deformación profesional) que acabo de echarle hace cinco minutos al

Dow Jones, mi nivel de estrés habría subido como un géiser del parque de

Yellowstone, y mis pulsaciones estarían al borde de batir el récord de ciento sesenta

por minuto».

Aquellas reflexiones le sirvieron para sacudirse cualquier amago de depresión que

podiera estar al acecho y, contenta a pesar de

todo, decidió que ya era hora de ir a comer.



Capítulo 3

Hacia las cinco, de nuevo en el cubículo de la portería, Inés llevaba tecleadas con entusiasmo unas cuantas páginas en su portátil, cuando la alerta de correo entrante la distrajo.

Para: inesinesitaines@gmail.com

CC: marisabidillaalastres@hotmail.com

De: mamacibernetica@yahoo.es

Asunto: Viaje a NY

Inés, hija, hace una semana que no sé nada de ti y con las telecomunicaciones que hay

hoy en día no tienes excusa. Después de todo el lío del divorcio no has vuelto a ser la

misma y en cuanto no tengo noticias tuyas me quedo muy preocupada, así que, ya sabes,

por favor, no creo que por darle un poco a la tecla te vayan a salir grietas en las yemas de

los dedos. Te diré que toda la historia me pareció un poco precipitada. Entiendo que quieras

alejarte de Daniel y de todo lo que lo rodea, pero irte al quinto pino es un poco radical; ya

sabes que no me gusta que mis polluelas vuelen lejos del nido, pero, bueno, supongo que

es ley de vida y un año se pasa rápido. En realidad, pienso que un cambio de aires no te

vendrá mal. Marisa y yo estamos pensando en hacerte una visita en cuanto te instales, así que avísanos.

Un beso, mamá.

PD: Creo que hay una cosa nueva que se llama Skype con la que puedes hablar y verte la cara al mismo tiempo. ¡¡¡Y GRATIS!!!

Inés suspiró; no iba a ser fácil mantener la farsa. Solo había pasado una semana desde que hizo el paripé de marcharse al aeropuerto a coger un avión, y su madre y su hermana ya estaban amenazando con ir a visitarla. Tendría que quitárselas de encima con cualquier excusa.

Para: mamacibernetica@yahoo.es

CC: marisabidillaalastres@hotmail.com

De: inesinesitaines@gmail.com

Asunto: Re: Viaje a NY

Hi, Mom! No te imaginas el jaleo que he tenido estos días, por eso no he podido

escribirte. Ni siquiera he podido instalarme como Dios manda todavía. Los precios de los

pisos en Manhattan son prohibitivos y he tenido que alquilar un cuchitril en el apartamento

de una compañera de trabajo, así que por ahora no es posible que me visitéis. Repito: NO

VISITS ALLOWED RIGHT NOW! (¡Que no aparezca por aquí ni el Tato!). Os mantendré

informadas. BSS,

American Girl

PD: Imposible utilizar Skype, cámara del portátil kaput (ahora, German Girl).

Más animada, Inés pensó que aquello mantendría a su familia a raya durante un

tiempo, así que agarró la escoba y salió al exterior dispuesta a dejar sus metros de

acera como una patena. Justo en ese momento, una Vespa se detuvo frente al portal y

Blanca se bajó de ella con agilidad. La niña se quitó el casco y se lo tendió al

muchacho que conducía la moto. Él también se quitó el suyo, se peinó el flequillo

hacia arriba y, con una mueca fanfarrona en los labios, se aseguró de que las solapas

de la chaqueta del uniforme no se le hubieran bajado durante el trayecto.

—Gracias por traerme, Rodrigo.

—De nada, preciosa. Un beso, ¿no?

Avergonzada, la joven miró a Inés, quien, apoyada cómodamente sobre el mango

de la escoba, la observaba sin el menor disimulo, le dio un casto beso en la mejilla y

se apartó con agilidad antes de que el chico lograra atraparla.

—Nos vemos mañana, adiós.

El tal Rodrigo, con un casco colgado de cada brazo, arrancó y desapareció con

rapidez calle abajo, envuelto en un penetrante chirriar de neumáticos.

—Hum. ¿Sabe su padre que vuelve del colegio en moto? —Inés frunció el ceño

en su gesto habitual y se dijo que, por la noche, se echaría ración extra de crema

hidratante; a ese paso, su nuevo papel de portera amargada le iba a dejar un par de

surcos en el entrecejo de recuerdo.

La adolescente se volvió hacia ella, airada:

—Y a usted, ¿qué le importa? ¿Acaso me está espiando? —Su delicada nariz

apuntó hacia el cielo con insolencia.

—Pues claro que la espío, ¿acaso no sabe que esa es la función principal de toda

portera que se precie? Así que mucho cuidado.

—Levantó una de las manos y se llevó

la punta del índice y el anular a los ojos, en un gesto que indicaba que la estaba

vigilando—. Ese chico no me gusta un pelo.

—¡Vieja cotilla! —exclamó Blanca, indignada, al tiempo que se metía corriendo en

el portal y cerraba con fuerza. Sin embargo, la puerta de hierro y cristal tenía uno de

esos amortiguadores antiportazo y el efecto dramático fue nulo.

Sonriente, Inés siguió barriendo la acera. Cuando terminó, decidió que repartir las

cartas en los distintos buzones del vecindario sería una buena manera de familiarizarse

con los nombres y los pisos de los propietarios. Con el correo habían llegado un par

de paquetes demasiado grandes para introducirlos por las ranuras; uno de ellos era

para el señor Hurtado del 4.º izquierda, el vecino

que, según la antigua estrella de cine

que ocupaba el piso justo debajo de él, le hacía la vida imposible y al que ella había

prometido llamar la atención.

Subió por la escalera hasta el 1.º derecha, donde una empleada doméstica cogió el

paquete que le tendía sin molestarse en darle las gracias, y siguió ascendiendo, escalón

a escalón, hasta el 4.º izquierda. Cuando llegó al rellano estaba sin resuello y tuvo que

apoyarse un rato en la pared para recuperarse. Desde luego, su forma física era

pésima. Durante los casi doce meses que había pasado sumida en la desesperación

más absoluta solo le habían quedado las energías justas para seguir trabajando como

un autómata. El resto de actividades —ir a la peluquería a hacerse la manicura, al

gimnasio a la hora de comer, salir de compras, ir a tomar algo con las amigas...—

habían quedado aplazadas *sine die*.

Si hubiera sido por ella, se habría hecho un ovillo en cualquier rincón oscuro y no

habría vuelto a pisar la calle nunca más. Hasta su propia higiene personal había

quedado afectada. El día en que Silvia apareció en su casa sin avisar y la pilló con la

melenita grasienta, la misma ropa que había usado durante tres días seguidos y un

aliento infernal, marcó el comienzo de su recuperación. Sin miramientos, su amiga la

arrastró hasta la ducha y la obligó a meterse

bajo el chorro de agua helada sin dejarse

impresionar por los alaridos de Inés. Al final, la dramática situación había terminado

en carcajadas histéricas e, incluso ahora, cuando alguna de las dos recordaba aquel

día, les volvía a entrar la risa floja. Por fortuna, el sentido del humor había acudido en

su auxilio una vez más. Después de eso, volvió a tomar las riendas de su vida y, al

enterarse de que el puesto de portera en una finca de la calle Lagasca estaba vacante,

no lo dudó.

Todavía apoyada en la pared, Inés se prometió que aprovecharía su nuevo trabajo

para ponerse en forma. En cuanto recuperó el aliento, llamó al timbre de la vivienda

de la izquierda. Se oyeron unos ruidos ahogados al otro lado de la puerta, como si

alguien se apresurara de un lado a otro, y luego silencio. Con firmeza, apoyó otra vez

el índice sobre el botón y lo mantuvo pulsado un buen rato. Nuevas carreras, el

arrastrar por el suelo de un objeto pesado y... nada más. La puerta siguió cerrada a cal

y canto. Desconcertada, dio media vuelta y decidió dejar la entrega para otra ocasión.

Ya era hora de ponerle fin a su primera jornada laboral; estaba cansada.

Para: inesinesitaines@gmail.com

CC: mamacibernetica@yahoo.es

De: marisabidillaalastres@hotmail.com

Asunto: Re: Re: Viaje a NY

Lo de los precios de los pisos en Manhattan me parece una excusa malísima. ¡¡¡Tía,

tienes que estar archiforrada!!! Siempre has ganado un pastón y acabas de vender tu

dúplex de La Finca, así que tírate el rollo un poquito y alquílate un piso guapo, mínimo tres

habitaciones y dos baños, ¿eh? Mi amiga Natalia se apunta al viaje; le han dicho que el

IPad está allí mucho más barato. Bueno, quizá ahora hace un poco de frío para ir; pasear

por las calles llenas de nieve me da una pereza mortal, pero de la primavera no pasa.

Primavera en Nueva York, ¿a que parece el título de una película de amor? Busca, busca

¡YA!

PD: He visto que has dejado un montón de ropa en casa de mamá. Me imagino que no te importará que coja algo prestado de vez en cuando...

Tumbada en pijama sobre la cama, Inés se preguntaba qué demonios iba a contestarle a su interesada hermanita cuando, de repente, se dio cuenta de que había desatendido una de las ineludibles tareas de cualquier portera profesional:

¡Se había olvidado de sacar la basura!

—¡Mierda! —masculló, arrojando a un lado de la cama el cálido edredón.

No le apetecía nada vestirse de nuevo, así que se calzó unas zapatillas de deporte, se puso la abrigada zamarra de color marrón

cuya capucha tenía un reborde de piel de

animal indefinido —un cruce entre erizo y gato sarnoso, según la opinión de Silvia—

y bajó al garaje. En el último segundo, se acordó de ponerse las gafas, no fuera a ser

que se encontrara con alguien.

Subir los dos cubos repletos de bolsas de basura por la rampa del garaje no fue

tarea fácil. Desde luego, ese trabajo le iba a dejar unos bíceps que ni los de

Schwarzenegger, se dijo mientras avanzaba pasito a pasito. En cuanto los dejó en la

acera, listos para que se los llevara el camión de la basura, tuvo que acuclillarse en el

suelo, medio asfixiada, para recuperar fuerzas. Escondida detrás de los cubos vio

llegar al señor Echevarría, quien, a juzgar por los pantalones cortos, las zapatillas de deporte, la camiseta sudada y un labrador congestionado y con la lengua fuera trotando a su lado, volvía de correr.

Los ojos de Inés se deslizaron por el cuerpo masculino con detenimiento. Si no

hubiera sido porque después de lo de Daniel se había jurado aborrecer a todos los

hombres —en especial a los atractivos y con buena facha—, se habría visto obligada a

reconocer que el tal Enrique Echevarría estaba para hacerle un favor. De estatura

normal tirando a alto, con hombros anchos y, a juzgar por cómo se amoldaba la

camiseta húmeda a su torso, sin un gramo de

grasa en su cuerpo fibroso.

Como hacía con cualquier ser del sexo opuesto que se cruzara en su camino, Inés

no pudo evitar compararlo con su ex. Todo lo que Daniel tenía de rubio, el propietario

del 6.º derecha lo tenía de moreno, a pesar de que entre sus espesos cabellos

asomaban ya algunas canas. Los ojos del innombrable eran azules y, aunque ahora no

podía verlos, sabía que los de ese hombre eran castaños y estaban rodeados de

espesas pestañas oscuras. Dani era más alto, más fornido, pero el señor Echevarría

transmitía la impresión de una elegancia no exenta de fortaleza. Sin embargo, en lo

que más se diferenciaban era en la nariz: la de

su ex era pequeña y ligeramente

respingona; en cambio, la del tipo que hacía estiramientos apoyado en el banco de la

calle era larga y un poco curvada.

«Siempre he odiado a los narizotas», se dijo Inés, al tiempo que se ponía en pie y

salía de su escondite. Sigilosa, se acercó hasta situarse a su espalda y habló con su

tono más brusco:

—¡¿Se puede saber qué hace usted?! Esto es una zona decente; por aquí no

estamos acostumbrados al *brikindans* o como se llame ese baile de negrata del gueto.

Al oír aquella voz tonante tan cerca de él, el pobre hombre se sobresaltó, perdió el

equilibrio y estuvo a punto de caerse al suelo.

—¡Dios mío! ¡Menudo susto me ha dado! —
Jadeante, se llevó una mano al

corazón igual que una damisela al borde del
desmayo. Al verlo, Inés se vio obligada a

morderse el labio inferior para contener una
carcajada.

—¡Ay, señor Echevarría, es usted! Perdona, le
he confundido con uno de esos

maleantes que pululan a estas horas por la
ciudad. —Con la camiseta chorreando, las

deportivas y el labrador sentado, obediente,
sobre sus cuartos traseros, mirándolo con

adoración, parecía exactamente lo que era: un
hombre que había salido a hacer

deporte y, de paso, a pasear al perro.

Enrique examinó a aquella extraña mujer que lo observaba parapetada tras sus gafas oscuras en plena noche. Tomó nota de los pantalones floreados, como de pijama, que asomaban por debajo del abrigo, y de la enorme capucha bordeada por una especie de peluche indescriptible que le cubría la cabeza y, una vez más, se vio obligado a reprimir un escalofrío. No quería confesarse, ni siquiera a sí mismo, que su siniestra portera le daba repelús y rogó a Dios que el administrador de la finca no hubiera contratado a una asesina en serie. Como si leyera sus pensamientos, el ente que estaba parado frente a él metió la mano en uno de los bolsillos de su horrible

zamarra y la volvió a sacar con un rápido movimiento.

«¡Una navaja!», se dijo Enrique, aterrado, y sin pararse a pensar agarró la muñeca

femenina y apretó con fuerza hasta que la hizo soltar lo que sujetaba en el puño.

—¡Ay! —gimió, dolorida.

El hombre bajó la vista al suelo donde a la luz de una farola cercana relucía un

enorme manojó de llaves y, muy avergonzado, empezó a recitar un rosario de

disculpas:

—¡Perdóneme, señora Santos, lo siento mucho! No sé qué es lo que se me ha

pasado por la cabeza. Déjeme verle la muñeca. Soy médico.

Antes de que ella pudiera negarse, agarró su mano y la examinó con detenimiento.

Por unos segundos, Enrique Echevarría tuvo la sensación de que acababa de agarrar

un cable de alta tensión, aunque lo descartó al instante y achacó el calambre que lo

había sacudido de arriba abajo a la grima que le daba tocar a aquella mujer. Tenía la

muñeca enrojecida y le sorprendió su delicadeza; era muy fina y pensó que podría

quebrarla con solo una ligera presión. Luego observó el resto de la mano de dedos

largos y esbeltos y uñas cortas; parecía la de una persona joven, pero, a pesar de que

la señora Santos era una de esas mujeres de edad indefinida, se dijo que era

imposible. Se preguntó cuántos años tendría, ¿cuarenta?, ¿cincuenta y cinco...?,

¿setenta y dos?

—¿Tiene Trombocid en su casa, señora Santos? Si no, acompañeme a la mía,

tengo un botiquín muy completo.

La voz profunda del doctor Echevarría la sacó del extraño mundo de sensaciones

en el que la había sumido el exquisito tacto de aquella mano elegante y de uñas bien

cuidadas. Si no le hubiera dicho que era médico habría pensado que era pianista;

podía imaginar a la perfección esos largos dedos tocando el *Claro de luna* de Debussy

sobre su espalda, y aquella idea la puso tan nerviosa que se soltó con brusquedad y

empezó a mascullar imprecaciones:

—¡Déjeme tranquila! Nadie osó jamás emplear
tamaño violencia contra mi

persona. Debería denunciarlo a la Seguridad
Social, o a los sindicatos o... al

sursuncorda. ¡Proletarios de la tierra, uníos! —
arengó Inés a unas masas inexistentes

agitando el puño bajo su nariz, después de lo
cual, dio media vuelta y se metió en el

portal a toda prisa.

—¡De verdad que lo siento! —acertó a gritar el
doctor una vez más.

Luego sacudió la cabeza, agarró la correa del
perro que había dejado atada al

banco y siguió a la portera al interior del edificio.



Capítulo 4

Cuando sonó el despertador, a Inés le costó abrir los párpados. Seguía cansada y le

dolía todo el cuerpo de barrer y fregar. Hasta ese momento, lo único que había tenido

que ejercitar en su trabajo en el banco eran las yemas de los dedos cuando tecleaba en

su ordenador a toda velocidad, pero ahora notaba un montón de músculos doloridos

en los sitios más insospechados.

—¡Venga, Inesita, que solo llevas un día! —trató de darse ánimos a sí misma,

aunque, al pensar en que todavía le quedaban

trescientos sesenta y cuatro por delante,

lo único que consiguió fue sentirse todavía más abatida.

Mientras desayunaba comprobó que todo ese ejercicio le había abierto el apetito.

Hacía mucho tiempo que no devoraba una tostada con tantas ganas, así que se animó

de nuevo. Tarareando una canción se duchó, se puso el disfraz de portera y salió con

sus herramientas de trabajo —cubo, fregona, escoba y bayetas varias— al vestíbulo.

Como el día anterior, el doctor Echevarría, su hija y el perro salían en ese momento

del ascensor y se dijo, complacida, que en menos de una semana les habría cogido el

tranquillo a las rutinas de todos los habitantes del

edificio.

—Buenos días, señora Santos —saludó el hombre un poco turbado—, ¿qué tal está su muñeca?

Aquella atractiva sonrisa parecía destinada a sorber el seso de cualquier mujer,

pero Inés se había prohibido terminantemente volver a caer, al menos en esta vida,

bajo el encanto de ningún ser del sexo contrario, así que se limitó a dirigirle una

mirada helada y hostil, hasta que el gesto se petrificó en los labios masculinos.

—Apenas he podido dormir debido al dolor —exageró Inés, que en cuanto apoyó

la cabeza sobre la almohada la noche anterior había entrado en coma y no se había

movido hasta que sonó la alarma del despertador.

—Déjeme examinarla. —El doctor Echevarría extendió la mano, pero ella

escondió la suya detrás de la espalda con presteza: no estaba dispuesta a que esos

dedos volvieran a tocar ninguna fascinante sinfonía sobre su piel. Al ver su gesto

torcido, el médico añadió—: O, si lo prefiere, puedo llevarla a urgencias.

—Pero, papá, ¿a ti qué te importa lo que le pase en la muñeca a esta cotilla? —

preguntó Blanca, perpleja, mientras pasaba su mirada de uno a otra.

—¡Blanca, cállate! No seas maleducada —la regañó su padre en el acto.

—¡Qué bonito! El padre me ataca y la hija me insulta, pero yo acepto mi cruz con

humildad. —Inés alzó los ojos al cielo como una mártir resignada.

—¡Pues si la ha atacado será por algo! Mi padre es la mejor persona que existe...

—¡Shh, Blanca, déjalo ya! De verdad que lo siento, señora Santos. Si ve que el

dolor va en aumento pásese por el Clínico, yo trabajo allí. Así que, si decide acercarse,

pregunte por mí.

Su insistencia la enterneció. Estaba a punto de rendirse y reconocer que no había

sido para tanto, cuando recordó su papel de portera amargada y su odio por los

hombres, incluso por los más atentos y

educados, así que se limitó a soltar un gruñido

al tiempo que movía la cabeza en un gesto negativo. Sin saber muy bien qué más

podía hacer, el doctor Echevarría se rindió y la dejó por imposible. Su último

pensamiento antes de salir del portal fue que la señora Santos debía de tener un grave

problema de hirsutismo; tenía la sensación de que la sombra sobre su labio superior

era aún más densa que cuando la vio por última vez.

El día transcurrió de forma muy parecida al anterior. Al mediodía, Inés volvió a subir

al 4.º izquierda con el paquete, pero, a pesar de llamar al timbre durante un buen rato,

nadie salió a abrir. Observó el papel de estraza

que cubría el envío con curiosidad;

llevaba matasellos de Holanda y el remite estaba escrito en un idioma ininteligible, que

imaginó que sería también holandés. Por fin se dio por vencida y, decidida a hacer

otro intento a última hora de la tarde, regresó a su piso. En la puerta se encontró con

Fran, el amigo de Silvia, que venía de visita. Ya eran las dos en punto, así que a ella

no le quedó más remedio que invitarlo a comer.

—Te advierto que yo, como cocinera, no voy a ganar ningún premio.

—No te preocupes, Ine, a mí no me importa mucho lo que como, me conformo

con hacerlo de forma regular. —Después de poner la mesa, Fran se sentó en el sofá

del salón y acarició con reverencia la horrible tapicería de los almohadones. Llevaba

sus habituales pantalones anchos y una vieja camiseta descolorida por los lavados. Su

única concesión al frío era un viejo jersey de lana gruesa, lleno de enganchones, que

ahora descansaba sobre el aparador—. La verdad es que este sillón me mola un

huevo. Estoy pensando en ofrecirme para el puesto cuando termine tu contrato dentro

de un año.

Inés salió de la cocina con una fuente de humeante lasaña precocinada y la

depositó sobre la minúscula mesa de formica naranja que había en un rincón del

salón.

—No quiero ofenderte, Fran, pero me parece un trabajo demasiado duro para ti.

Es mejor que sigas con el cultivo de psicotrópicos; creo que, a la larga, te dará más alegrías.

—Por supuesto que no renunciaría a mi trabajo de agricultor, este es un sitio

dabuten para una plantación de maría. —Tras las gafas redondas, tipo John Lennon,

sus ojos grises brillaron complacidos al mirar a su alrededor.

—Pero si en este cuchitril no entra ni gota de sol, aquí no sobreviviría ni un

cactus. —Los cactus eran las únicas plantas verdaderamente resistentes que Inés

conocía; al menos, uno de ellos consiguió

sobrevivir más de veinticuatro horas a sus cuidados cuando era niña.

—Qué ignorante eres, Inés —respondió con infinita paciencia, en tanto se servía

otra generosa ración de lasaña en el plato—. El cultivo interior de marihuana se hace

con luz artificial. Y, además, ¿quién iba a sospechar de un portero? Es la tapadera

perfecta, podría llegar a hacerme un nombre en el barrio...

—Sí, claro, te conocerían como el Conserje Fumado. Sí, sí, muy interesante, Fran,

pero, créeme, con las pintas que llevas nadie te contrataría para este puesto —afirmó

ella, mientras pelaba una mandarina.

—¿Qué quieres decir? —Su interlocutor se llevó una mano a las rastas con

expresión ofendida—. No me digas que tú, con esas trazas, resultas menos sospechosa

que yo.

Inés prefirió no enredarse en una polémica que sabía que no la llevaría a ninguna

parte. Ya conocía a Fran lo suficiente como para saber que lo que más le gustaba,

después de la marihuana, por supuesto, era discutir. Podía defender una cosa y la

contraria en un mismo debate sin despeinarse y lo peor era que, en un periquete,

podía convencer a cualquiera de, por ejemplo: las bondades del comunismo, para,

diez minutos más tarde, persuadirlo de que no

había mejor sistema económico en el

universo que el capitalismo. En fin, que después de la lasaña estaba demasiado

amodorrada para disquisiciones inútiles.

—Me fumaría un peta —suspiró acto seguido, recostado en el sofá con las piernas

extendidas sobre la falsa Ercolani. Inés, sentada a su lado con la cabeza apoyada en el

respaldo y los ojos cerrados, negó con la cabeza —. Pues entonces, podemos

enrollarnos. Un buen polvo después de comer es lo segundo mejor para hacer la

digestión... —La miró de reojo; a pesar de esa bata hortera que llevaba, sin las gafas y

con su melena castaña suelta y la sombra del labio superior medio borrada, estaba

muy guapa.

—Ni lo sueñes —contestó ella, sin molestarse siquiera en alzar los párpados—;

aparte de que odio a los hombres en general, a ti solo te considero un conocido

aspirante a amigo. Nada más.

—Está bien, no insistas. Lo he captado. —Fran se acomodó mejor en el sillón,

apoyó también la cabeza en el respaldo, cerró los ojos y, dos minutos después,

roncaba como una locomotora.

«Joder, Inesita —se dijo con ironía—, creo que le has roto el corazón».

Como no estaba dispuesta a aguantar semejante matraca a la hora de la siesta, se

levantó y se fue directa a su habitación. Cerró la puerta, se quitó los zapatos y, sin

más, se tiró sobre la cama y en seguida se quedó dormida.

A las cuatro en punto, el timbre de la portería empezó a sonar con irritante insistencia.

Inés se incorporó, sobresaltada, y se limpió el reguero de baba que se había deslizado

por la comisura de su boca. Con la goma que llevaba en la muñeca se hizo el moño a

toda velocidad, se puso las gafas que estaban sobre la mesilla de noche y abrió la

puerta con cara de pocos amigos.

—¿Qué desea? Le recuerdo que mi horario de descanso es de dos a cuatro y

media. —El gesto torcido y el tono áspero de la

portera hicieron que Blanca

retrocediera un paso, acobardada, pero, casi al instante, recobró la sangre fría.

—Perdone, señora Santos, pero es que no tengo llaves de casa y Mariana, mi

cuidadora, tenía cita en el ambulatorio. Necesito que me abra la puerta, por favor. —

La niña le dedicó una sonrisa angelical, lo que hizo que Inés se pusiera en guardia al

instante; ella también había tenido quince años.

—¿Y por qué está aquí a estas horas, si puede saberse? Las clases no acaban hasta

las cinco.

—Verá, ha habido un simulacro de incendio en el colegio y hemos tenido que

desalojarlo. Como ya estábamos todos en la calle, el director ha aprovechado para decirnos que nos fuéramos a casa. —La agradable sonrisa seguía prendida en los labios juveniles.

Una buena excusa, sí señor. Si Inés no hubiera disfrutado del dudoso honor de tener una hermana con una de las imaginaciones más fértiles del planeta (a los nueve años decidió que quería ver el ambiente de las Vistillas en San Isidro y cuando regresó a casa, a las diez de la noche y escoltada por dos amables agentes de la policía, contestó a las llorosas preguntas de su madre con un «no recuerdo nada, creo que me abdujeron los extraterrestres») y su mirada más

inocente), así que si esa niña

pretendía dársela con queso iba lista.

—Mmm... Así que un simulacro de incendio. Ande Blanca, dígale a ese chico que

la trajo el otro día en moto que ya puede irse a su casa, que la señora Santos no se

chupa el dedo, y luego vuelva aquí, y se queda en la portería hasta que regrese

Mariana. —Al ver las chispas de ira en los grandes ojos castaños, tan parecidos a los

de su progenitor, y la forma en que alzó la cabeza como un potro encabritado, Inés

alzó la mano con autoridad para detener la lluvia de insultos que amenazaban con salir

a borbotones de su boca y añadió—: Y más vale que haga lo que le digo si no quiere

que le vaya con el cuento a su padre.

La niña dio media vuelta y salió del portal hecha una furia. Satisfecha, Inés dejó la

puerta entornada y se apresuró a ir al baño para emborronar su labio superior. Unos

minutos más tarde, el violento portazo que resonó en la minúscula vivienda anunció

su regreso.

Sobresaltado, Fran se incorporó con tanta rapidez en el sofá que salió disparado

del asiento.

—¡Joder! Pero ¡¿qué coño pasa?!

—¡Fran, no digas palabrotas! —Inés salió del baño y se dirigió a la cocina—. Te

presento a Blanca, la hija del médico del 6.º

derecha.

—Hola, Blanca, encantado de conocerte, pero, por favor, la próxima vez no seas

tan brusca, estaba soñando que me lo hacía con dos titis a la vez cuando me has

despertado.

A pesar de su enfado, Blanca no pudo evitar una risita al observar a aquel extraño

individuo, delgado, no muy alto y peinado con unas rastas a lo Bob Marley, que no

paraba de tirar hacia arriba de la cinturilla de unos anchos pantalones de rayas con

propensión a resbalar por sus estrechas caderas.

—No le digas marranadas a la niña —ordenó Inés, severa, al tiempo que

depositaba una bandeja con patatas, aceitunas y tres botellas de Coca-Cola sobre la mesa.

Blanca estuvo a punto de abalanzarse sobre la merienda, pero recordó a tiempo que estaba enfadada con la portera y respondió con un tonillo impertinente:

—Ya no soy una niña y no sé por qué te metes en mi vida, horrible metomentodo.

—Entonces ¿fumas ya? ¿Quieres un porrito? —ofreció Fran, al tiempo que sacaba

un papel de liar de la cajita que llevaba siempre en el bolsillo—. Pero te advierto que

tendremos que ir al parque de al lado, In... digo, la señora Santos no me deja fumar

en la portería.

—¡Fran! —exclamó Inés, exasperada.

—No gracias, Fran —contestó la niña muy divertida—. Mi padre es médico y me

ha explicado lo dañina que es esa mierda para el cerebro, así que paso.

—Bueno, al menos veo que la señorita tiene cabeza para alguna cosa, porque para

otras... ¿Qué pretendía al subir a ese chico a su casa? —El tono de Inés estaba teñido

de sarcasmo, y Blanca apretó las mandíbulas al oírla.

—Tú qué crees, hija mía. —Fran contestó por ella, como si hablara con una tonta

de remate—. Está claro que iban a echar un casquete de los que hacen época.

—¡Por supuesto que no, estúpido! ¡No iba a

acostarme con él! —replicó Blanca,

rabiosa. Estaba completamente roja y sus ojos centelleaban con un brillo colérico.

—Ah, claro, perdón. La señorita iba a enseñarle a su amiguito su colección de

acuarelas —afirmó su interlocutor, irónico, y flexionó la rodilla en una burlona

reverencia.

—¡No tengo ninguna colección de acuarelas, idiota! Te lo dije: los porros te dejan

el cerebro hecho mierda, estás totalmente pirado.

—Sin faltar, jovencita. Entonces, vamos a ver si llegamos a alguna conclusión. —

Puso los brazos en jarras y se la quedó mirando con severidad—. Decides subir a tu

novio...

—No es mi novio —le cortó la niña, ruborizándose aún más.

—Calla, no me interrumpas o no llegaremos a ninguna parte. Sigo: decides subir a

tu rollete, enamorado, amigo con derecho a roce o lo que quiera que sea ese chaval a

tu piso aprovechando que no hay nadie.

—Bueno, está *Pongo* —puntualizó ella.

—¿Y ese quién es? —Fran alzó las cejas, curioso—. Tiene el nombre del perro de

Ciento y un dálmatas.

—Es que es un perro, un labrador.

—¿Un labrador? Mmm... tendría que ser un dálmata...

—¿Podemos ir al forúnculo de la cuestión, por favor? —A Inés aquella

conversación empezaba a sacarla de quicio.

—Está bien. Rebobinemos: subes con tu lo que sea a tu casa, en la que el único ser

vivo que queda de guardia es un perro, y pretendes que nos creamos que no íbas a

jugar con él a los médicos. —Su escepticismo era patente.

—¡Pues claro que no! —repuso Blanca, indignada—. Quería enseñarle mi

habitación, mis cosas, no sé... cómo soy.

—Mira, tía, o eres tonta o eres más inocente que Blancanieves antes de hacérselo

con los siete enanos. —A Inés no se le escapó el respingo que dio Blanca al oír esas

palabras y se alegró. En el fondo, sabía que a la adolescente le iría bien escuchar de

labios de una persona del sexo contrario, que no tenía pelos en la lengua

precisamente, una lección sobre las verdades de la vida—. Lo que ese tronco quería,

ni más ni menos, era llevarte al catre, acostarse contigo, jugar al mariquito se pone

encima de la mariquita, en fin, como quieras llamarlo. ¿Comprendes lo que te digo?

—¡Pues claro que lo comprendo, no soy un bebé! Pero estás equivocado; Rodrigo

me quiere y me respeta, y... y está interesado en mí, en lo que pienso, en las cosas que

me gustan... —Sus ojos castaños brillaban, pero, en esta ocasión, por las lágrimas no

derramadas, así que Inés decidió intervenir.

—Esta conversación no nos lleva a ninguna parte. Solo le voy a dar un consejo,

señorita Echevarría: antes de tomar ninguna decisión importante, asegúrese de que eso

es lo que usted desea en realidad, y que no se ve empujada a ello por la presión que

pueda ejercer sobre usted otra persona o su grupo de amigos. —Se sentó y empezó a

servir las Coca-Colas en los vasos llenos de hielo—. Y después de estas sabias

palabras, será mejor que merendemos porque me queda un cuarto de hora para volver

a mi puesto.

Como si hubieran llegado a un acuerdo tácito, los otros dos se sentaron también y

la merienda transcurrió en un ambiente pacífico, salpicado de vez en cuando por las

carcajadas que los enloquecidos comentarios de Fran provocaban en su agradecido

público femenino. Cuando por fin se despidió de ellas, Blanca y él ya eran buenos

amigos, y parecía que la niña no miraba a Inés con la misma hostilidad. En cuanto las

chicas salieron de la portería y se sentaron en la garita apareció Mariana, una oronda

rumana que hablaba por los codos.

—Ya estás aquí, cielito. Venga, vamos a casa y te preparo la merienda.

Blanca se colgó la mochila al hombro y respondió:

—No hace falta, Mariana, la señora Santos me

ha dado de merendar. —Luego se

dirigió a Inés—. Muchas gracias. Por todo.

La mirada, cargada de significado, que le lanzó confirmó su primera impresión de

Blanca Echevarría; sus reacciones eran típicas de adolescente, pero tenía un sentido

común fuera de lo normal para una niña de su edad. Inés le dirigió una casi

inapreciable sonrisa, que a Mariana le pasó completamente desapercibida, y las

observó alejarse en dirección al ascensor.



Capítulo 5

Hacia las ocho de la tarde, cuando su turno

estaba a punto de terminar, Inés decidió

subir de nuevo a entregar el paquete al vecino del 4.º izquierda. Se lo había enseñado

antes a Fran para ver si el remitente era por casualidad alguno de sus proveedores

habituales de semillas, pero él había negado con la cabeza, diciendo que no le sonaba

de nada aquel nombre.

Una vez más, Inés tuvo que apoyarse en la pared para recobrar el resuello tras

subir los cuatro pisos a pie. Cuando se recuperó, pulsó el timbre que estaba junto a la

puerta. Nada. Volvió a pulsarlo durante un rato más largo. Nada. Cada vez más

irritada, ya que estaba segura de que había gente dentro, clavó el índice en el llamador

dispuesta a fundirlo si era necesario. Al final, por encima del estrépito, oyó cómo

alguien daba vuelta a una llave en el interior del piso y la puerta se abrió de golpe,

aunque solo unos centímetros; la persona al otro lado había echado la cadena de

seguridad.

—¿Qué coño quiere?!

La ruda voz masculina le provocó un estremecimiento de pavor, pero, metida de

lleno en el papel de portera bragada que no retrocede ante nada, respondió:

—Soy la señora Santos, la portera, vengo a traerle un paquete y le rogaría que no

empleara ese lenguaje conmigo.

—Disculpe. —A pesar de las excusas, su tono seguía siendo desagradable.

—Tome. —Inés trató de introducir el paquete por la estrecha abertura, pero era

demasiado grande y no cabía.

—Espere un segundo. —Se oyó el sonido de la cadena metálica al correrse y la

puerta se abrió un poco más.

A pesar de la escasa iluminación del descansillo y de que el hombre no había

encendido la luz del recibidor, Inés distinguió a un individuo más bajo que ella,

vestido con una sucia camiseta blanca de tirantes salpicada de manchas de algo

siniestro —rogó que fuera pintura— que dejaba al aire unos brazos, largos y

poderosos, cubiertos de vello oscuro. De inmediato, le vino a la mente la imagen de

King Kong agarrado a la enorme antena del Empire State Building. El tipo hizo amago

de volver a cerrar, pero ella se lo impidió plantando su tosco zapato negro entre el

marco y la puerta.

—¡Un momento! Quería hablar con usted.

—¿De qué? —La pregunta sonó como un disparo, pero ella no se amilanó.

—Verá, la señorita Montagut, la vecina del 3.º izquierda, se ha quejado de que no

puede dormir bien por las noches a causa de los ruidos que salen de este piso.

—¡Esa zorra! ¿Le ha dicho también la vieja que deja que ese *chupachochos* suyo

se mee en la jamba de mi puerta todos los días?
—escupió con violencia.

—¡Señor Hurtado, no consiento semejante lenguaje en mi presencia! —respondió,

indignada, y pensó para sí: «¡Menudo animal de corral!».

—Disculpe —repitió el espantoso antropoide, aunque, esta vez, tuvo la decencia

de parecer algo avergonzado—, lo que ocurre es que la vecina de abajo me tiene

declarada la guerra.

—Yo no quiero líos, señor Hurtado. Si lo desea, hablaré con ella con respecto a...

a la micción matutina de su mascota, pero espero que a partir de las diez de la noche

cesen los ruidos. ¿De acuerdo? —Al ver el

ceño fruncido de la portera y la sombra de

su bigote, el señor Hurtado se acordó de su difunta madre y se puso firme, como

cuando era un chiquillo.

—Está bien, señora. Y ahora quite el pie de mi puerta.

Obedeció en el acto y el antipático individuo la cerró en sus narices de un violento

portazo. Inés se quedó mirando con fijeza la madera de la puerta.

«Vaya elemento —pensó—. Desde luego, no me sorprendería nada que este tipo

escondiera algún oscuro secreto».

Se prometió a sí misma que se mantendría vigilante y bajó a hablar con la señorita

Montagut. Al primer timbrazo, una mujer ecuatoriana abrió la puerta con una amable sonrisa.

—Buenas tardes, soy la señora Santos, la portera. Quería hablar con la señorita

Montagut, ¿se encuentra en casa?

—Sí, sí, pase. Voy a avisarla.

Inés miró a su alrededor con curiosidad; saltaba a la vista que en esa vivienda

nunca se había oído hablar del concepto «minimalismo». En las paredes no quedaba

un hueco libre: espejos, marcos con fotos dedicadas, cuadros de flores y adornos

varios llenaban hasta el último milímetro del espacio disponible, en tanto que el suelo,

cubierto con una espesa moqueta sobre la que, a su vez, se habían colocado

numerosas alfombras persas, resultaba tan mullido que Inés, más que andar, parecía que flotase.

—¿Qué desea? —Estaba tan concentrada cotilleando a los personajes que

aparecían en las fotografías que no la oyó llegar; así que, un poco avergonzada, se

volvió hacia la mujer que la miraba a su vez con curiosidad. A pesar de que parecía

lista para irse a la cama, con su exagerada bata de seda fucsia llena de volantes y las

zapatillas de dormir de tacón con un adorno de plumas del mismo tono, una gruesa

capa de maquillaje cubría aún el rostro de la

señorita Montagut.

—Perdone, señorita Montagut, pero no he podido evitar... ¿es Gracita Morales?

La mujer se acercó y miró la foto que le señalaba con afecto.

—En efecto, somos Gracita y yo cuando éramos poco más que unas crías. —Inés

hizo un cálculo rápido y, asombrada, llegó a la conclusión de que la propietaria del 3.º

izquierda debía de rondar los ochenta y tantos —. En esta foto no debíamos de tener

más de quince años... Yo tuve la fortuna de alternar con las celebridades españolas de

aquellos tiempos, aunque, en realidad, era más conocida en México, ya que viví allí

más de veinte años. Mire —señaló con el índice

a un muchacho que aparecía a su lado

—, el que está con nosotras es también un jovencísimo José Sazatornil, más conocido

como Saza. Supongo que lo recordará.

—Sí, por supuesto que me acuerdo. A mi hermana y a mí nos dio una temporada

por ir todos los jueves a la sesión de tarde del cine Doré a ver un ciclo de películas

españolas antiguas. «¡Caramba con el señorito!» se convirtió en uno de nuestros gritos

de guerra. —Llevada por el entusiasmo, Inés olvidó por unos momentos su papel de

portera huraña, pero la mirada extrañada que le dirigió la exactriz se lo recordó de

golpe, así que recuperó su habitual tono áspero y, cambiando de tema con

brusquedad, añadió—: Venía a decirle que he estado hablando con el vecino del 4.º

izquierda.

—¿Y qué le ha dicho ese paquidermo peludo? Espero que le haya metido el miedo

en el cuerpo. —Bajo los inmensos abanicos de sus pestañas, sus ojillos oscuros

refulgían con un brillo vengativo.

—El señor Hurtado se ha comprometido a no hacer ruido a partir de las diez de la

noche, pero, a cambio, él también tiene un ruego que hacerle... —Inés se felicitó a sí

misma por sus palabras, tan diplomáticas.

—¿Un ruego? ¡Cómo se atreve ese... ese... sujeto! ¡Voy a hablar ahora mismo

con mi amigo Pedrito! —El generoso busto de la *vedette* subía y bajaba muy agitado.

Llena de indignación, dio media vuelta, pero, justo antes de salir del enorme recibidor,

pareció recordar algo—: Ahora que lo pienso, creo que hace tres meses estuve en el

cementerio de la Almudena en el entierro del pobre Pedrito. ¡Dios mío! Cada vez

quedamos menos de la vieja guardia.

Con manos temblorosas, sacó un delicado pañuelo de encaje del bolsillo de su

bata y se llevó una esquina al rabillo del ojo, con cuidado de no estropear su impoluto

maquillaje. De pronto, Inés sintió una inmensa lástima por la vieja estrella del cine y,

con suavidad, le dio unas palmaditas en la

espalda.

—No llore, señorita Montagut, siento lo del pobre don Pedro, que en paz

descanse, pero no lo vamos a necesitar. Lo único que pide el señor Hurtado es que su

perrito...

— *Missi* —interrumpió la exactriz, todavía con el pañuelo cerca de sus pestañas.

—Eso, *Missi*. El señor Hurtado le ruega, encarecidamente, que *Missi* no haga sus

necesidades en la puerta de su casa.

Al instante, Sasha Montagut olvidó sus lágrimas, irguió la espalda, se apartó de los

cariñosos toquecitos de Inés y con una mirada malévola afirmó, satisfecha:

—Así que ese repugnante pedazo de carne se ha dado cuenta de mi pequeña

venganza.

—Pues sí, me atrevo a aventurar que el señor Hurtado ha captado la indirecta —

respondió su interlocutora con tacto.

—En ese caso, como muestra de mi buena voluntad, evitaré pasar por su puerta

antes de sacar a *Missi* a su paseo diario.

—Perfecto. Entonces me voy ya, señorita Montagut. —Inés respiró, aliviada.

Se disponía a marcharse cuando la mujer comentó:

—Por cierto, señora Santos, tengo un grifo que gotea en el baño de invitados. Le

agradecería que subiera cuando tenga un momento a arreglarlo.

—Muy bien, señorita Montagut. Buenas noches.

Al cerrar la puerta de la portería, todavía seguía dándole vueltas al tema del grifo.

Sabía de sobra que entre las labores de un portero estaba la de manitas todoterreno,

pero ella jamás había sido capaz de cambiar ni siquiera una bombilla; Daniel, su

exmarido, se encargaba siempre de esos menesteres. No tenía ni idea de cómo iba a

hacerlo. Preocupada, se dijo que lo mejor sería echar un vistazo en Internet, a ver si

encontraba alguna pista de por dónde empezar.

Una vez que estuvo metida en la cama, tras cenar y ponerse el pijama, abrió su

ordenador dispuesta a hacer un máster en grifos goteantes, pero descubrió que tenía

un correo de su madre y otro de su hermana, así que, con un suspiro de resignación,

abrió primero el de su madre:

Para: inesinesitaines@gmail.com

CC:

De: mamacibernetica@yahoo.es

Asunto: ¡AYAYAY!

Hola, hija, espero que la búsqueda de piso vaya viento en popa, Marisa y yo ya estamos

mirando vuelos para esta primavera. Natalia y mi amiga Cuca también se apuntan, así que,

ya sabes, busca uno espacioso. Y ahora agárrate que vienen curvas: el otro día me

encontré

en el Real a Daniel. Todavía no sé qué narices hacía allí, porque creo recordar que el único

espectáculo que le gusta a tu ex es ver el fútbol en el bar con sus amigotes mientras se

hincha de cerveza (me parece que ha adelgazado, al menos ya no se le nota tanto esa

tripita cervecera que estaba echando). Bueno, a lo que iba, que tuvo el descaro de acercarse

a mí, con una mujer (bastante vulgar, la verdad, tú vales cien veces más, Inesita), colgada

de su brazo y me soltó como si nada:

—Hola, Cristina, estoy intentando hablar con tu hija para unas cuestiones muy

importantes y no la localizo ni en su móvil ni en su correo electrónico.

Yo le dirigí una gélida mirada de las mías (sabes a cuáles me refiero, ¿no?) y le contesté:

—No creo que Inés tenga tiempo de hablar contigo, está demasiado ocupada con su

nuevo trabajo en Nueva York y buscando piso.

—¿Nueva York?! —preguntó.

Creo que no le hizo ninguna gracia la noticia, pues noté que se puso algo pálido, pero se

repuso al momento y me dijo:

—Cristina, necesito hablar con ella, de verdad. Es importante. —El pobre parecía muy

angustiado y me dio mucha pena.

En resumen, que le di tu mail porque...

Horrorizada, Inés cerró de golpe la tapa del portátil. Precisamente, había cambiado el

número de su móvil y su cuenta de correo electrónico para no tener noticias de Daniel;

no quería saber nada de él. Durante casi un año, más que vivir, se había arrastrado de

un día hasta el siguiente, abrumada por el dolor que le había causado su exmarido y,

ahora que empezaba a salir del agujero, iba su madre y le daba su dirección de correo.

«Voy a matarla», rechinó los dientes, furiosa, al tiempo que volvía a abrir el

ordenador para seguir leyendo.

... pienso que es una lástima que hayáis acabado tan mal después de tantos años juntos

y que quizá, ahora que ha pasado algo de tiempo para ver las cosas en perspectiva, podríais

arreglar vuestras diferencias o, al menos,

podrías seguir siendo amigos.

Bueno, hija, ya me contarás. Besos.

Tu madre.

Sintiéndose impotente y rabiosa, Inés se apresuró a abrir el correo de su hermana.

Conocía bien a su madre y estaba segura de que, después de pensarlo un rato, se había

arrepentido de haber hecho lo que su hija le había rogado en todos los tonos que no

hiciera. Se apostaba un mes de su sueldo raquíutico a que había corrido a pedirle a

Marisa que mandara algún mensaje en plan bandera blanca, por si estaba enfadada. En

efecto, tal y como sospechaba, ahí estaba la ofrenda de paz de su hermana:

Para: inesinesitaines@gmail.com

CC:

De: marisabidillaalastres@hotmail.com

Asunto: ¡¡¡NO LO HAGAS!!!

Si has leído el mail de mamá antes que este me imagino que estarás echando chispas

hasta por las orejas, ¡¡PERO NO LO HAGAS!!
¡¡NO LA ASESINES!! Ya sabes que la pobre

tiene buena intención. Me dijo que pensó que igual Daniel tenía algo importante que

comunicarte, que a lo mejor tú ya no estabas tan enfadada y te alegrarías de hablar con él...

en fin, ya conoces las pajas mentales a las que es tan aficionada. Piensa que, aunque el

innombrable te mande un correo, ni siquiera

tienes que abrirlo si no quieres. Venga,

hermanita, en serio, no te enfades con mamá.
BSS

Inés decidió no contestar a ninguna de las dos.
De pronto se sentía muy sola.

Desolada, se abrazó a la almohada y notó que
las lágrimas comenzaban a resbalar por

sus mejillas, mientras un vendaval de
autocompasión se enroscaba a su alrededor. Ni

su madre ni su hermana parecían entender la
hecatombe que esa capitulación había

provocado; ahora, cada vez que abriera el
ordenador temería encontrar un correo de

Daniel y, si la bandeja de entrada estaba vacía,
volvería una vez más la tristeza de

saber que no solo nunca le había importado lo

más mínimo, sino que todos esos años

que estuvieron juntos fueron nada más una bonita mentira que solo ella se había

creído. Gracias a la metedura de pata de su madre, la sombra de Daniel se había

instalado de nuevo en su cerebro.

Había veces que Inés odiaba a su familia. Su padre había muerto cuando ella tenía

seis años y Marisa cuatro. Casi no lo recordaba, pero su madre acostumbraba a decirle

a menudo que era igualita que él y, aunque le alegraba la idea, le daba la sensación de

que no lo decía como un cumplido, precisamente. Cuando era pequeña estaba

convencida de que sus verdaderos padres la habían abandonado en un cesto debajo

del puente de Juan Bravo. Recordaba que en cuanto veía pasar por la calle a una pareja que le gustaba, se la quedaba examinando con fijeza —hasta que sus pobres víctimas apretaban el paso, asustadas—, tratando de descubrir en sus rasgos algún parecido con ella misma. A los doce años alguien le habló de los silogismos y ese día perdió todas sus esperanzas de ser adoptada. La gente repetía que, físicamente — excepto en el color de los ojos, pues los de su hermana eran castaños y los suyos verdes—, Marisa era igual que ella, y su hermana, a su vez, era un calco de su madre; así que, partiendo de esas dos premisas, la conclusión estaba clara: Inés era clavada a

su progenitora.

Aunque, por supuesto, solo en el aspecto físico. Con respecto a su carácter, las

tres eran como el día, la noche y la noche. Inés era estudiosa, ordenada, responsable y

le gustaba el deporte. Su hermana, en cambio, era la reina de las pellas, la princesa del

gorroneo y la marquesa de la frivolidad, y tan solo tenía una afición deportiva

conocida: pintarse las uñas. En una tarde podía cambiar hasta tres veces el color de su

manicura, aunque, si quería ser justa con ella, tenía que reconocer que, de un tiempo a

esta parte, Marisa había dado un giro espiritual a su vida de lo más radical.

Su madre también era alocada y superficial; su

única lectura sería era el *¡Hola!* y

su actividad favorita, que Inés reconocía que la mantenía en plena forma física, era ir

de compras por la Milla de Oro de Madrid. No es que no las quisiera. Al contrario, las

amaba con locura y pelearía a muerte con cualquiera que fuera capaz de amenazarlas;

además, sabía de sobra que era correspondida en igual medida, pero, a veces, tenía la

sensación de que, si les retirara la piel con cuidado, debajo aparecerían un par de

alienígenas, verdes y llenos de baba, hablando en una jerigonza desconocida. Sin

embargo, a pesar de sus diferencias, las adoraba, aunque, muy menudo, no podía

evitar encontrarlas exasperantes. Como en ese

momento, se dijo, golpeando la almohada con el puño.



Capítulo 6

Los días se escurrieron en una agradable rutina. Una de las cosas que a Inés le

resultaban más relajantes de su oficio de portera era el no tener que pensar; su trabajo

se desarrollaba completamente al margen de su actividad cerebral. Durante sus

sesiones de barrido de escalera, a menudo se le ocurría algún elemento para su novela

que se apresuraba a anotar en la pequeña libreta que siempre llevaba en el bolsillo de

la bata. En solo un mes había adelantado más con el manuscrito que en el último año

y medio.

A esas alturas, ya conocía los hábitos de la mayoría de los vecinos y muchos de

ellos le servían de inspiración, pero sus favoritos eran la hija del médico y la señorita

Sasha Montagut. Aunque no entendía muy bien por qué (y al parecer su padre

tampoco, pues en cuanto las descubría de charla en la portería se quedaba mirando a

su hija, perplejo), Blanca parecía fiarse de ella y, de vez en cuando, le confiaba alguno

de los asuntos que la preocupaban y que era incapaz de contarle a su progenitor; a

pesar de que, por lo que ella misma decía, era un

padre comprensivo y muy cariñoso.

La adolescente parecía tener un radar especial para detectar la presencia de Fran en

la portería y le gustaba pasar a visitarlo. Pese a que discutían a menudo, ambos se

llevaban muy bien y los tres habían pasado muchas tardes de lo más agradables en la

portería, sin que las escasas interrupciones que sufría Inés por su trabajo afectaran al

buen ambiente reinante.

En cuanto a la señorita Montagut, después de que le arreglara el grifo —aquella

mañana había llamado a Fran al menos veinte veces y se vio obligada a hacer no

menos de quince consultas en su iPhone a escondidas— la invitó a tomar un café. La

pobre mujer estaba muy sola y vivía por y para sus recuerdos, así que Inés tomó la costumbre de pasarse por su casa en cuanto terminaba su jornada laboral, hacia las siete de la tarde. La ex actriz la invitaba a café (ella después no podía pegar ojo, pero a su anfitriona la cafeína no parecía afectarle lo más mínimo), y solían conversar alrededor de una hora, que se pasaba volando. Sasha Montagut era una fuente incesante de historias picantes y cotilleos varios de los representantes de la farándula de los años cuarenta, cincuenta y sesenta, y la joven, a la que siempre le habían vuelto loca las películas españolas de aquella época, la escuchaba fascinada. Una de esas

tardes en las que Inés lloraba de risa tras escuchar una escandalosa anécdota aderezada

con el ácido humor de la exactriz, esta la sorprendió al decirle de sopetón:

—En fin, señora portera, creo que va siendo hora de que me cuentes de qué o de quién te escondes.

Las carcajadas de Inés se cortaron en seco y se regañó a sí misma por no haberse

dado cuenta de que, a pesar de su edad, nada se escapaba a los agudos ojillos de

Sasha Montagut. Comprendió que no le iba a servir de nada disimular, así que,

resignada, decidió contarle sus desventuras con pelos y señales. Después de media

hora de hablar sin pausa, Inés calló por fin; tenía

la garganta seca, pero, al mismo

tiempo, notaba una inmensa sensación de desahogo.

—Bueno, bueno, quién me iba a decir a mí que una simple portera iba a resultar

tan entretenida... —fue el primer comentario de Sasha en cuanto terminó de relatarle

su historia—. Imagino que esa ropa que llevas es un disfraz, como todo lo demás. A

ver, quítate las gafas y suéltate el pelo —ordenó con aires de reina.

Inés obedeció en el acto, y la señorita Montagut dejó resbalar los ojos por su

rostro y su figura con una mirada apreciativa.

—Desde luego es un magnífico disfraz, nadie adivinaría lo que se esconde debajo.

Lo del bigote es maquiavélico.

De repente, les entró la risa y ya no pararon hasta que llegó la hora de que Inés se

fuera a su casa. Al despedirse, se inclinó y besó a la anciana en la mejilla antes de

bajar la escalera con pies ligeros, como si se le hubiera quitado un gran peso de

encima. Al llegar al vestíbulo, el ofensivo envoltorio de un caramelo que alguien

había arrojado al suelo con descuido hizo que su sangre de portera perfeccionista

entrase en ebullición. Irritada, chasqueó la lengua y se agachó para recogerlo. Justo en

ese momento se abrió la puerta del ascensor, y *Pongo* y su dueño salieron ansiosos

por iniciar su paseo nocturno, con tanto ímpetu

que el doctor Echevarría no pudo

esquivarla; tropezó con ella y los dos cayeron al suelo, Inés boca arriba y él encima,

todo lo largo que era.

—¡Ay!

—¡Demonios!

El médico bajó la cabeza y, al descubrir el rostro de la portera, más ceñudo que

nunca, a menos de veinte centímetros del suyo, con su moño algo desgredado y las

gafas ladeadas por el golpe, se puso en pie a toda velocidad y la agarró de la mano

para ayudarla a incorporarse, mientras la reconvenía en tono severo:

—Señora Santos, ¿se puede saber qué hacía

agazapada en la oscuridad en mitad

del vestíbulo? Podría haber provocado un accidente importante.

Indignada por sus palabras y con un agudo dolor en salva sea la parte replicó,

furiosa:

—Debería haber mirado antes de salir del ascensor como un elefante en plena

estampida, doctor Echevarría. Para ser médico es usted un peligro público, cualquiera

diría que está decidido a olvidar su juramento hipocrático y a acabar con mi vida.

Entretanto, el perro, sentado sobre sus cuartos traseros, los observaba con

curiosidad. La boca abierta y la lengua colgando le daban un singular aspecto burlón.

—No diga tonterías, lo que ocurre es que usted tiene la manía de estar siempre

donde no debe. —Al ver su expresión, entre ultrajada y dolorida, el propietario del 6.º

derecha se sintió culpable y, cambiando de tono, le dijo—: A ver, dígame dónde se ha

hecho daño, le echaré un vistazo.

Solo de pensar en que el doctor Echevarría echara un vistazo a esa inconveniente

parte de su anatomía, Inés empezó a hiperventilar. Aún le quedaba en la nariz un

rastro del peculiar aroma de ese hombre —una estimulante mezcla de deliciosos

olores indefinibles: a suavizante de la ropa, a champú, a gel de afeitar...—, que se le

había subido a la cabeza cuando el cuerpo

masculino quedó tendido encima del suyo

durante aquellos largos segundos. Al percatarse del derrotero que tomaban sus

pensamientos, sacudió la mano en un gesto airado.

—¡Déjeme, déjeme! Lo mejor es que se mantenga lo más alejado posible de mí. Es

usted el imán de las desgracias, doctor Echevarría, el iceberg del *Titanic*, el incendio

del *Hindenburg*... ¡Vade retro, Satanás! —Sin apartar la vista del médico, como si

esperase un nuevo ataque de un momento a otro, Inés caminó de espaldas haciendo la

señal de la cruz con los dedos y, en cuanto llegó a su vivienda, se metió dentro y cerró

de un portazo.

Todavía algo atontado por el encontronazo, el médico se frotó la dolorida rodilla,

mientras trataba de apartar de su mente la extraña sensación que había experimentado

al tener ese cuerpo, suave y firme a la vez, debajo del suyo.

«¡Demonios! —se dijo, irritado consigo mismo—. Llevo tanto tiempo sin

acostarme con una mujer que me está pasando factura. Solo me falta sentirme atraído

por una portera malcarada y con más bigote que Tom Selleck».

Decidido a despejar su mente de ideas extrañas, esa noche Enrique Echevarría

corrió cinco kilómetros más de los habituales y, cuando cayó rendido en su cama, ni

siquiera le dio tiempo a preguntarse qué sabría una portera ignorante como la señora

Santos de juramentos hipocráticos y del incendio del Hindenburg antes de quedarse

dormido.

Después de recibir varios correos tipo:

Para: inesinesitaines@gmail.com

CC:

De: mamacibernetica@yahoo.es

Asunto: Lo siento...

¿Sigues enfadada?

Para: inesinesitaines@gmail.com

CC:

De: mamacibernetica@yahoo.es

Asunto: Lo siento... II

¿Mucho?

Para: inesinesitaines@gmail.com

CC:

De: mamacibernetica@yahoo.es

Asunto: Lo siento... III

Por favor, hija, ¡HÁBLAME!

Para: inesinesitaines@gmail.com

CC:

De: marisabidillaalastres@hotmail.com

Asunto: ¡Ya te vale!

Joder, Inés, dile algo a mamá. Está al borde de la depresión; amenaza con quemar todos sus vestidos de Prada y morir respirando monóxido de carbono de marca. No querrás eso sobre tu conciencia, ¿verdad?

Y tras unos cuantos días flagelándolas con el látigo de su indiferencia, Inés decidió contestar:

Para: mamacibernetica@yahoo.es

CC: marisabidillaalastres@hotmail.com

De: inesinesitaines@gmail.com

Asunto: Está bien, os perdono

No lo merecéis, pero os doy mi bendición. Eso sí, mamá, me gustaría que en el futuro

tuvieras la presencia de ánimo suficiente para no largar tu vida en verso (y la mía de paso)

delante del primer impresentable que pase por la calle. Y a ti, Marisa, solo decirte que un

poco más de apoyo por tu parte no me vendría mal. Dicho esto, nuestro desencuentro es

agua pasada.

Vuestra santa hija y hermana

PD: Eso sí, la próxima que se vaya de la lengua igual se encuentra una cabeza de caballo

en su cama... (tengo tres correos de Daniel sin abrir en la bandeja de entrada).

Una vez restablecida la comunicación y la paz familiar, Inés siguió con su plácida

rutina. Sin embargo, había un asunto que la tenía muy escamada: el vecino del 4.º

izquierda. Nunca lo había visto salir de su casa y, según afirmaba la señorita Montagut,

seguía haciendo todo tipo de extraños ruidos nocturnos. Al final, la exactriz había

optado por comprarse unos tapones para los oídos en la farmacia; pero, eso sí, todas

las mañanas, con la precisión de un reloj suizo, *Missi* levantaba la patita frente a la

puerta del enemigo. Los tambores de guerra resonaban, ensordecedores, en el edificio.

Últimamente, los conspiradores se reunían en la portería los jueves por la tarde. A

esas alturas de la semana, lo único que tenía Fran en los bolsillos eran telarañas —el

fin de semana lo aprovechaba para hacer sus trapicheos y venirse arriba

monetariamente hablando— y, como desde que Silvia tenía novio ya no era

bienvenido en su piso, se pasaba por la portería con cara de perro apaleado rogando

unas migajas, y a Inés no le quedaba más remedio que invitarlo a unos sándwiches y

una Coca-Cola. Blanca en seguida se enteró de estos conciliábulos y, en cuanto

acababa los deberes, se escapaba de la mirada vigilante de Mariana con la excusa de

que salía a pasear al perro, a pesar de las protestas de esta última, que no entendía por

qué, de un tiempo a esta parte, ese chucho tramposo —como solía llamarlo—

necesitaba tanto paseo. Aquellas reuniones llegaron, asimismo, a oídos de la señorita

Sasha Montagut y, por supuesto, se apuntó también. El tema favorito de esas veladas

era, cómo no, el vecino del 4.º izquierda.

—Yo creo que es de los tuyos, Fran, un aficionado al cultivo de plantas «exóticas»

—comentó Inés una de aquellas tardes en la portería.

No le había quedado más remedio que pasarse con Fran y su nada glamurosa

camioneta por Ikea a comprar un par de pufs, uno para él y otro para la vecina del

sexto, y así el sillón psicodélico quedaba para uso exclusivo de la exvedette y suyo.

—Pues yo creo que es algo mucho más turbio...

—La señorita Montagut entornó

los párpados con una mirada misteriosa a

caballo entre la de Mata Hari y la de la
valenciana Bienvenida Pérez.

—¿Un mafioso kosovar? —preguntó Blanca sin
dejar de masticar los cacahuets
que se acababa de llevar a la boca.

—Blanca, no flipes, que se apellida Hurtado. —
Fran, recostado perezosamente
sobre el cómodo puf, daba vueltas sin parar a un
mechero naranja entre los dedos; un
gesto inconsciente que hacía siempre que
trataba de concentrarse.

—Joder, Fran, puede ser un nombre falso; *tú*,
precisamente, deberías saberlo. —

La adolescente alzó las cejas con cara de
entendida.

—Blanca, no digas tacos —la reconvino Inés de manera automática antes de

preguntar con curiosidad—: ¿A qué se refiere cuando dice más turbio, señorita

Montagut? —De esos cónclaves sacaba un montón de ideas para su novela.

La artista hizo una pausa teatral antes de declarar en tono cavernoso:

—Creo que es un asesino.

—¡Un asesino! —exclamaron Blanca y Fran a la vez, con los ojos brillantes de

emoción.

La anciana sonrió, complacida, ante el efecto de sus palabras. Saltaba a la vista

que debía de haber sido una gran actriz dramática en sus tiempos.

—¿En qué se basa para decir eso? ¿Tiene alguna prueba? —Como escritora en

ciernes, Inés sabía de sobra que las tramas no podían estar cogidas por los pelos. Si

los hechos no encajaban sobre la base de una cierta lógica, la historia no resultaba

verosímil.

—La única prueba que tengo es lo que vi con mis propios ojos; quizá eso no sirva

de evidencia ante un jurado, pero, para mí, es indiscutible.

Lo dijo con una fuerza y una emotividad trágica tal que el resto de los presentes

estuvo a punto de celebrarlo con una fuerte ovación y, de paso, pedirle un bis.

—¿Y qué es lo que vio, señorita Montagut? —

preguntó la adolescente, excitada.

—Verás, todo ocurrió una noche especialmente ruidosa en la que no paró de dar

golpes hasta las tres de la madrugada... —A Inés la puesta en escena le recordó las

historias de miedo que se contaban en torno a la hoguera del campamento en sus

tiempos de exploradora. A juzgar por las expresiones de horrorizado entusiasmo de

Blanca y Fran, solo le faltaba gritar: «¡Fuiste tú! ¡Tú me robaste el anillo!» para que

los dos dieran un bote y soltaran un alarido de terror—. Yo apenas había podido pegar

ojo y tuve mucho tiempo para maquinarme mi venganza. Cuando más entretenida estaba,

decidiendo entre dejar una caquita de *Missi*

frente a la puerta o un gallo negro

degollado (el de la pollería está en el ajo y me lo puede conseguir sin problemas), oí

que el ascensor se detenía en la cuarta planta. Miré el reloj; las tres y tres minutos.

Confieso que estaba aterrorizada, pero el sendero del deber se extendía con claridad

ante mí, así que me levanté y corrí al puesto de vigilancia número uno...

—Vamos, que incrustó el ojo en la mirilla, ¿no?

—Fran alzó una ceja, socarrón.

La señorita Montagut no se inmutó.

—Exacto. Una mujer que vive sola y que aún está de buen ver no debe bajar la

guardia en ningún momento —aclaró antes de continuar—. Entonces, me asomé y vi

al monstruo con claridad a través de las puertas de cristal del ascensor. *Missi* ladraba

sin parar, como siempre que siente la presencia de ese... ser.

De nuevo una pausa dramática que ninguno se atrevió a interrumpir. Complacida

con el interés que había despertado en su auditorio, la exvedette prosiguió en el

mismo tono apocalíptico:

—¿Adónde podía ir ese vil personaje a esas horas de la madrugada? Esta pregunta,

aguda y sagaz, atormentaba mi mente sin descanso. Así que, una vez más, corrí al

puesto de vigilancia número dos: el balcón del salón, desde el que puedo ver a todo el

que entra y sale de la finca. —Dirigió a Blanca,

que tragó saliva un par de veces, una

mirada llena de significado—. El indeseable cargaba algo entre los brazos y lo metió

en el maletero de su coche con una ferocidad extrema que me produjo un violento

estremecimiento...

Inés no pudo evitar pensar que, en esta ocasión, Sasha Montagut sobreactuaba —

más que un estremecimiento, la mujer pareció sufrir un espasmo más propio de

alguien que acabase de meter los dedos en un enchufe—, pero se limitó a esperar,

paciente, el resto de la historia. Muy divertida, observó a Fran y a Blanca, que

parecían dos carpas boqueando fuera del agua.

—¿Qué era lo que llevaba? —preguntó Blanca en un ronco susurro en cuanto

logró salir de su trance.

Sasha alzó la barbilla, deslizó su mirada cargada de misterio sobre cada uno de

ellos y, finalmente, soltó la bomba:

—¡En los brazos llevaba un cadáver!

Incluso Fran fue incapaz de reprimir un grito agudo, aunque en seguida empezó

a carraspear, disimulando. Al instante, comenzó una feroz andanada de preguntas:

—¿Vio al fiambre? ¿Sangraba mucho? ¿El cuerpo estaba eviscerado?

—¿Reconoció al muerto? ¿Era alguien famoso? Me han mandado un tuit que dice

que Justin Bieber ha desaparecido.

—Una mujer, seguro. Violencia de género, ¿verdad? Los hombres son todos unos

desgraciados que solo sirven para hacernos la vida imposible, y nunca mejor dicho.

La señorita Montagut miraba a su alrededor encantada con la expectación que

había creado, pero al final se vio obligada a alzar los brazos —del mismo modo que

una estrella que trata de detener la ovación de un público entregado— para hacerlos

callar.

—No pude ver detalles. El cuerpo estaba cubierto con un plástico negro.

La expresión de decepción en los rostros de los reunidos fue de antología.

—Seguro que era la basura. —Inés se encogió de hombros, desdeñosa.

—O un colchón desahuciado que apestaba. Yo tuve que deshacerme el otro día del mío.

—Eres asqueroso, Fran —aseguró la niña, muy seria, antes de añadir su propia

conjetura—: Tal vez era la bolsa del gimnasio.

—Os puedo asegurar que no era ninguna de esas cosas —manifestó la exactriz con

una expresión triunfante—. Cuando fue a cerrar la tapa del capó, esta chocó con algo

(aún se me pone la carne de gallina al recordar ese sonido siniestro) y un zapato de

tacón cayó al suelo.

—¡Sabía que la víctima era una mujer! —
exclamó Inés, indignada.

—¡Tenemos que llamar a la poli! —Los ojos de
Blanca relucían de entusiasmo.

—No podemos llamar a la *madera*, no tenemos
ninguna prueba; solo la palabra de

una anciana que seguro que tiene unas cataratas
tamaño Niágara —descartó Fran con

un gesto de la mano—. Lo que tenemos que
hacer...

Estaba tan enfrascado en sus planes que no vio
venir el manotazo que lo alcanzó

de lleno en la mejilla, con tanta fuerza, que sus
rastas salieron volando en todas las

direcciones.

—¡Oye, pingo jipioso, anciana con cataratas lo

será tu abuela! —Sasha Montagut

estaba tan rabiosa que sus pestañas postizas aleteaban con la intensidad de un pájaro

atrapado en un huracán, así que Inés, temerosa de que de un momento a otro

empezara a echar espuma por la boca, intervino con rapidez y le dirigió a su amigo,

que se frotaba estupefacto la enrojecida mejilla, una mirada elocuente:

—Fran, ten cuidado con lo que dices. El testimonio de la señora Montagut es tan

sólido como el de cualquiera, más incluso, pues todos conocemos su inmaculada

trayectoria profesional.

Ligeramente apaciguada, la exactriz bajó la otra mano con la que se aprestaba a

hacerle partícipe, una vez más, de su manifiesta desaprobación.

—Perdone, señorita Montagut, me ha entendido mal —se disculpó Fran, sin dejar

de frotarse el dolorido carrillo—. Lo que quise decir es que será mejor que

consigamos alguna prueba concluyente antes de ir con el cuento a la policía.

—Mmm. —Sasha Montagut pareció conformarse con su explicación y le hizo una seña para que prosiguiera.

—¡Tenemos que seguir a su vecino para ver adónde va y qué hace con los

cuerpos! —Fran parecía haberse olvidado ya de la bofetada, y sus ojos grises

brillaban de excitación.

—¡Es una idea genial! ¡Genial! ¡Genial! —
Blanca se levantó del puf y ejecutó un
baile enloquecido por todo el salón.

—Veo un ligero fallo en vuestro plan... —Las
cabezas de los otros tres se

volvieron en el acto en dirección a Inés, quien
permanecía sentada en el sofá sin

perder la calma—. Os recuerdo que ninguno de
nosotros tiene coche.

—¡Podría pedírselo a papá! —ofreció Blanca
con vehemencia; aunque, tras

pensarlo un segundo, pareció desinflarse un
poco—. Claro que no sé qué excusa

podría darle.

—Negativo —descartó su anfitriona al instante.

—O puedo decírselo a Rodrigo. Tiene moto...

—Ni hablar del peluquín. Mira, jovencita, si de algo entiendo yo es de hombres y

te aseguro que ese chico no es trigo limpio. — Sin inmutarse ante la mirada de inquina

que le lanzó la adolescente, Sasha Montagut se llevó otra aceituna a la boca.

—¡Tengo la solución! —La voz de Fran resonó, emocionada—. Iremos en la

furgoneta de mi hermano. Justo me comentó el otro día que traspasa el negocio y se

va a vivir a Torremolinos, así que podemos contar con ella hasta que consiga un

comprador. Vigilaremos al pollo ese y, en cuanto salga a deshacerse de alguna de sus

víctimas, lo seguiremos y, ¡zas!, lo pescaremos

con las manos en la masa.

—¿Y cómo sabremos cuándo será eso? ¿Vas a estar frente al portal día y noche

con la furgoneta en marcha, hasta que le dé por cargarse a alguien y salir a enterrarlo?

De verdad que tenéis unas ideas...

—¡Joder, Inés, no seas aguafiestas! Tú serás la encargada de vigilarlo; bueno, tú y

la señorita Montagut. —Inés abrió la boca para protestar, pero, antes de poder decir

nada, la exvedette asintió con frenesí.

—Me recuerda tanto a mi papel de Julita Miralles en *Pasiones efervescentes*... —

De nuevo asomó a sus ojos una profunda añoranza.

—¡Perfecto! —Fran se frotó las manos, satisfecho—. Entonces quedamos en eso.

—¡Prometed que me avisaréis! —exigió Blanca con las pupilas clavadas en Inés y el ceño fruncido.

—Ya veremos. No creo que a tu padre le haga mucha gracia que te subas a la

furgoneta de una panda de descerebrados para perseguir a un posible asesino en serie

—trató de escurrir el bulto.

—¡Cómo no lo prometáis ahora mismo, os juro que me subo al 4.º izquierda a

avisar al tío ese de vuestros planes! —La niña apretó las mandíbulas con

determinación, y a Inés no le cupo duda de que era muy capaz de cumplir su amenaza.

—¡Joder con la cachorra esta! —Fran emitió un silbido de admiración—. Está

claro que vas a pisar fuerte por la vida, niñaata. No sé los demás, pero yo te lo

prometo.

Lejos de ofenderse, Blanca le sonrió, complacida. En ese momento, Inés miró el

reloj y, al ver la hora que era, deshizo la reunión en el acto.

—Hala, hala, cada mochuelo a su olivo, que ya es hora. —Al ver que se hacían los

remolones tuvo que empujarlos uno a uno hasta la puerta.

En cuanto se quedó sola, cogió su portátil para apuntar unas cuantas ideas que se

le habían ocurrido durante la reunión antes de

que se le olvidaran. Al encender el

ordenador vio que tenía tres mensajes: uno de su madre, uno de su hermana y otro de

Daniel. Como de costumbre, fue incapaz de decidirse a leer el de su exmarido, así que

lo metió en una carpeta aparte en la que se amontonaban, sin abrir, los cuatro correos

que había recibido de él.



Capítulo 7

Para: inesinesitaines@gmail.com

CC: marisabidillaalastres@hotmail.com

De: mamacibernetica@yahoo.es

Asunto: New York, New York

Hola, hija. ¿Has encontrado ya un piso decente? Mira que la primavera está a la vuelta

de la esquina; el almendro que hay en el parque de enfrente de casa ya está en flor y,

dentro de nada, anunciarán que es primavera en El Corte Inglés. Voy a tener que dejar de

comentar que mi hija está en NY, porque cada vez se apunta más gente al viaje y esto

empieza a ser un festival. ¡Luego dicen que hay crisis! En cuanto nos des el OK, Marisa saca

los billetes, así que no tardes, que ya sabes que luego, si no, cuestan un dineral. ¿Puedes

creer que me he vuelto a encontrar a tu ex? El otro día, al salir de la peluquería, ¡paf!, me

choqué con él y no en sentido figurado

precisamente, porque se me cayó al suelo la

bandeja de pasteles que acababa de comprar en la pastelería Mallorca. La verdad es que

estuvo muy atento, incluso me dijo que le encantaba mi nuevo peinado; en realidad, creo

que el pobre hombre...

Una vez más, Inés cerró la tapa del portátil de golpe. A ese paso, el aparato iba a

cascar antes de la famosa obsolescencia programada. El pobre. ¡El pobre! Lo que

había que oír, lo de su madre no tenía nombre, se dijo Inés, rabiosa. El pobre hombre

que se había liado con una administrativa de la sucursal bancaria en la que trabajaba

—¿puede concebirse un cliché más infame?—; el pobre hombre que no solo la había

dejado tirada después de ocho años de matrimonio y casi diez de noviazgo, sino que,

además, había tenido la desfachatez de acusarla, poco menos, de que la culpa había

sido suya porque estaba demasiado volcada en su carrera. El pobre... con un

movimiento brusco, Inés abrió de nuevo la tapa y siguió leyendo.

... se ha dado cuenta de su error, lo que no deja de ser lógico; la mujer con la que lo vi

la otra vez era de una ordinariez que asustaba. Quizá ha llegado la hora de perdonar, Inés,

de tragarte tu orgullo. Como dijo no sé quién (Jesús, creo... no, espera, me parece que fue

la última Miss España), la vida es muy corta para ir por ella guardando rencores. Al fin y al

cabo, llevas más de media vida con él. Piénsalo o, al menos, abre sus correos y te enteras

de una vez de qué es lo que quiere. Si te soy sincera, a mí también me pica la curiosidad...

Todavía mascullando improperios, Inés abrió el correo de su hermana:

Para: inesinesitaines@gmail.com

CC: mamacibernetica@yahoo.es

De: marisabidillaalastres@hotmail.com

Asunto: Re: New York, New York

¡Ni se te ocurra, Inés! Al enemigo, ni agua. No le hagas caso a mamá. No sé a quién

quiere engañar. Mira que decirte que no seas rencorosa, cuando ella todavía no le dirige la

palabra a la tía Juli por coquetear el día de tu

boda con ese novio canijo y medio bizco que

le duró dos semanas. Daniel se ha portado como un capullo, así que: NI OLVIDO, NI

PERDÓN. Tú te mereces algo mucho mejor que esa rata, hermanita. Aún no entiendo cómo

pudiste aguantarlo durante tantos años, es como uno de esos inquietantes misterios de

Alerta Ovni de «Cuarto Milenio», para no dormir. Pero dejémonos de elucubraciones sin

sentido y vayamos a lo importante: ¿cómo va nuestro pisito en Nueva York?

Inés no pudo evitar una sonrisa ante la vehemencia de su hermana; al menos ella

la comprendía, aunque también era cierto que nunca había tragado a Daniel. Desde

que tenía trece años, afirmaba que no te podías

fiar de un hombre al que no le

gustaban los perros (su ex les tenía pánico); claro que decía lo mismo de aquellos a los

que les desagradaban los caballos, los gatos e, incluso, de los que no militaban en

alguna organización para salvar a las tortugas bobas. A lo mejor había algo de cierto

en todo aquello porque, a pesar de que Marisa había tenido un montón de novios,

ninguno de ellos le había durado más de seis meses.

A pesar de sus sueños de ser escritora, Inés reconocía que no tenía una

imaginación tan fértil como la de su hermana, así que le costó un buen rato dar con

una excusa convincente para que esas dos no se

presentaran la próxima primavera en

Nueva York con un tropel de amigas consumistas a la zaga.

Para: mamacibernetica@yahoo.es

CC: marisabidillaalastres@hotmail.com

De: inesinesitaines@gmail.com

Asunto: Re: Re: New York, New York

Mamá, olvídate de tus sermones gandhianos, no te pegan nada. Tengo una mala noticia,

chicas: sigo sin encontrar un piso en condiciones y, lo que es peor, ahora mismo acaban de

decretar una alerta roja para toda la isla de Manhattan. No ha salido en los telediarios

porque no quieren alarmar a la población, pero unos desaprensivos han esparcido por el

metro unos polvitos con bacterias que ríete tú de la gripe A. Bueno, de esa gripe os podéis

reír, pero la enfermedad que provocan estos bichitos es una mezcla entre peste bubónica y

Ébola, con un toque de varicela diarreica, así que ya sabéis: ni se os ocurra venir. Y, por

supuesto: NADA DE SACAR LOS BILLETES TODAVÍA. No creo que a mamá le gustara

pasarse la visita encerrada en el WC, con el cutis lleno de ronchas asquerosas. Os dejo,

porque tengo que ir a comprar mascarillas y guantes de látex antes de que se agoten.

Satisfecha con su talento para el engaño y la mentira, Inés se lavó la cabeza y se

puso el pijama. Empezaba a sumirse en la agradable modorra que le provocaba leer en

la cama, cuando alguien golpeó con fuerza la puerta de entrada. Asustada, se levantó

de un salto y fue a mirar quién llamaba a esas horas.

—¡Señora Santos, venga rápido, por favor! La señora se encuentra indispuesta. —

Era Gladys, la mujer que vivía en casa de la señorita Montagut. Al ver su expresión

asustada, Inés no perdió el tiempo en preguntas inútiles. Corrió a su habitación, se

puso la bata que había dejado en una silla junto a la cama, se hizo un moño a toda

prisa y se colocó las gafas por si las moscas.

Poco después, se encontraba junto a la cama de Sasha Montagut. En esta ocasión,

el rostro de la exactriz estaba limpio de su

habitual capa de maquillaje, y el color

grisáceo de su tez le hacía aparentar todos los años que tenía. La pobre mujer se

quejaba de un fuerte dolor en el pecho y de náuseas. Alarmada al pensar que pudiera

tratarse de un infarto, Inés envió a Gladys a buscar al doctor Echevarría.

Aunque la cuidadora no tardó mucho en regresar, a Inés los minutos se le

antojaron eternos y, en cuanto la vio llegar con el médico, sintió un profundo alivio y

se hizo a un lado para dejarle sitio junto a la cama de la enferma. El doctor sacó un

estetoscopio de su maletín, apartó un poco el camisón de encaje, y lo aplicó al pecho

de la anciana. Mientras el silencio de la

habitación se espesaba con la consistencia de un puré de patatas, Inés observó con interés al recién llegado. Resultaba evidente que acababan de sacarlo de la cama; sobre el pijama de rayas se había puesto un elegante batín de seda que desentonaba con su pelo revuelto y los oscuros cañones de barba que empezaban a apuntar en sus mejillas enjutas. Una vez más, no pudo evitar pensar que era un hombre muy atractivo y, mientras auscultaba con delicadeza a la señorita Montagut, fue incapaz de despegar los ojos de aquellos dedos, largos y fuertes, que ejercían sobre ella una misteriosa fascinación.

—Dígame la verdad, doctor, ¿voy a morirme?

La voz de la exactriz brotó de su garganta más ronca de lo habitual y, al oírla, Inés

y Gladys tragaron saliva. Sin embargo, el médico le lanzó una sonrisa, algo torcida y

llena de dientes blancos, que encandiló a la antigua devoradora de hombres, antes de

contestar con buen humor:

—Algún día, supongo, como el resto de nosotros. ¿Qué ha cenado esta noche,

señorita Montagut?

—Nada especial. Unas lentejas con arroz que ha preparado Gladys, acompañadas

de vino tinto, un poco de pollo y un par de torrijas, que la Semana Santa está a la

vuelta de la esquina.

—Y los pastelitos que le regaló el de la confitería —apuntó la empleada doméstica.

—Tienes razón, Gladys, y tres o cuatro pasteles rellenos de crema. —El rostro de

la exactriz lucía ya mejor color, no como el de Inés, a quien, solo de pensar en cenar

tal cantidad de cosas, le entraron ganas de vomitar.

—Creo que es un caso claro de acidez. —El doctor la miró a los ojos y preguntó

—: ¿Ha sentido antes pesadez después de comer y ganas de devolver?

—Pues ahora que lo dice, doctor, llevo unos días con unos síntomas parecidos

que se acentúan por las noches.

El médico volvió a guardar el estetoscopio en el

maletín con esos movimientos

pausados y distinguidos que a Inés le fascinaban. Luego sacó una caja de pastillas y la dejó sobre la mesilla de noche.

—Tómese un antiácido ahora y mañana consulte a su médico. Estoy casi seguro

de que lo que le ocurre es que tiene usted un poco de reflujo gastroesofágico. Nada

grave. Con la medicación adecuada y un cambio de dieta, eso se soluciona en un

santiamén.

Al oírlo, la señorita Montagut le lanzó a Inés, que permanecía de pie en silencio

algo apartada, una débil sonrisa de alivio que ella le devolvió, ampliada. A Enrique

Echevarría, a pesar de que hasta ese instante no había reparado en la presencia de la

portera en la habitación, no le pasó desapercibido aquel intercambio de sonrisas y,

lleno de curiosidad, examinó a la portera con detenimiento tratando de averiguar qué

era lo que esa noche le parecía diferente en esa mujer. Para empezar, llevaba una bata

de lana azul pálido que se ajustaba a un cuerpo que no era en absoluto tan delgado

como había pensado cuando la veía barriendo la escalera con ese sobretodo informe

que se ponía. Del moño despeinado, en general tan tirante que le daba a su cara un

efecto *lifting*, en esta ocasión se escapaban algunos mechones de pelo castaño dorado

y, a pesar de que llevaba aquellas sempiternas gafas de cristales azulados que le

impedían ver sus ojos, notaba que su expresión se había suavizado; además, debía de

haberse depilado, pues no había ni rastro de esa sombra espesa que solía poblar su

labio superior.

Frunció el ceño, intrigado, pero justo entonces Inés se percató de su escrutinio, así

que, con rapidez, compuso la expresión huraña que caracterizaba a la señora Santos

—entrecejo arrugado y mandíbula inferior proyectada hacia adelante— y, al instante,

el médico descartó sus impresiones anteriores y las achacó a un efecto de la débil luz

que arrojaba la lámpara que estaba sobre la

mesilla de noche.

Inés tomó de las manos de Gladys el vaso de agua que esta acababa de llevar, sacó

una pastilla de la caja que había dejado ahí el médico y se acercó a la cama. De pronto,

una vaharada del suave perfume de su champú alcanzó las fosas nasales del doctor

Echevarría, que seguía sentado sobre el colchón, y le provocó un extraño efecto

efervescente en el estómago. Inquieto, se puso en pie y se alejó un poco.

Después de tragar la pastilla con ayuda del agua, la señorita Montagut se dirigió al

médico llena de gratitud:

—Le agradezco su atención, doctor Echevarría. Perdóneme por haberlo

despertado a estas horas.

—No se preocupe, señorita Montagut, me alegro de que al final no sea nada grave.

Pero no olvide consultar mañana a su médico de cabecera. Ahora procure descansar.

Buenas noches. —Tras lanzarle otra de sus atractivas sonrisas, cogió su maletín y salió

de la habitación seguido de cerca por Gladys, que no estaba dispuesta a permitir que el

guapo doctor se abriera la puerta él solo.

—Ahí tienes a un hombre encantador. —A pesar de su aspecto agotado, Sasha se

las arregló para dirigirle una mirada maliciosa.

—Sí, encantador. Pero, como ya le conté, señorita Montagut, yo he renunciado a

los hombres. Nunca más permitiré que vuelvan a hacerme daño —declaró Inés con

firmeza, al tiempo que apartaba un mechón de cabellos de su rostro.

La exactriz la contempló, divertida, y replicó:

—Créeme, Inés, las mujeres somos incapaces de renunciar a los hombres. Si no

quieres resultar lastimada, lo único que tienes que hacer la próxima vez es elegir

mejor.

—Me encantaría que fuera así de sencillo, pero no lo creo. Y ahora, señorita

Montagut, será mejor que me vaya. Ya ha oído al doctor, debe descansar. —Inés le

subió las sábanas hasta la barbilla con un gesto cargado de cariño y, con una profunda

sensación de bienestar, la anciana se quedó dormida casi en el acto.

Una soleada mañana de sábado, Inés arrastraba el carrito de la compra por la calle

cuando, al alzar la vista de la acera, descubrió a Silvia que la esperaba sentada en el

banco frente al portal. Su amiga le hizo un saludo desde lejos que ella se apresuró a

devolver.

—¿De dónde vienes? —la interrogó en cuanto estuvo a su lado y luego, en un

susurro, añadió—: No sé cómo no te da vergüenza salir de paseo de esa guisa.

—Pobre señora Santos. —Inés exhaló un ruidoso suspiro—. Nadie la quiere

porque es fea.

—Y está amargada, y viste de pesadilla —la interrumpió la otra sin

contemplaciones.

—Te lo digo en serio, Silvia, la vida es injusta con los que no somos guapos.

Cualquiera diría que nos ponemos un manto de invisibilidad sobre los hombros en

cuanto salimos de casa. A Inés Santaolalla todo el mundo se desvivía por ayudarla,

pero a la señora Santos la tratan a patadas. Nadie la cuela en las colas, ningún chico

mono se ofrece a llevarle la bolsa, el pescadero no le sonrío al preguntarle qué

quiere...

—¡ *Uis*, qué penita, *mare!* Se me saltan las lágrimas. Oye, pesa un quintal el

carrito, ¿qué has comprado? —preguntó con curiosidad.

—Pues de todo un poco. Es que he ido al Mercado de la Paz y las cosas tienen tan

buena pinta que no he podido resistirme. Te invito a comer si no has quedado con tu

churri, claro. La verdad es que desde que salís juntos no te veo el pelo —se quejó

Inés, al tiempo que abría la puerta del portal con su enorme manajo de llaves.

—Acepto la invitación. He quedado con él más tarde, es lo que venía a contarte.

Te propongo un plan para esta noche. — Entraron en la portería, y Silvia ayudó a su

amiga a guardar los paquetes en la nevera mientras le contaba el programa de festejos

nocturnos—. Ya sabes que Sandro es comercial de unos laboratorios, ¿no? —Inés no

tenía ni idea, pero asintió con la cabeza—. Esta tarde hay un congreso de medicina en

Alcobendas, y por la noche habrá cóctel y baile. A Sandro le han dado varios pases,

así que he pensado en ti. Hace casi dos meses que no sales de esta horrible portería. —

Silvia le pegó una patada a la puerta entreabierta del pequeño aparador para demostrar

su desagrado y esta emitió su habitual lamento quejumbroso, al tiempo que volvía a

abrirse con suavidad.

—Oye, no te cargues el mobiliario, que tiene solera. Para tu información, te diré

que cada vez estoy más encantada con mi

trabajo de portera. Mi libro va viento en

popa y, aunque no te lo creas, me divierto mucho; he hecho amigos bastante curiosos.

Además, aquí no corro el riesgo de encontrarme a nadie de mi antigua vida. Mi

portería es como un confortable capullo que me protege del mundo. —Mientras

hablaba, Inés aprovechó para cortar unas patatas y unas cebollas en rodajas y las

metió en el horno, y dejó en la nevera la pescadilla que acababa de comprar para

añadirla más tarde.

—¡A ver si ahora te va a dar por quedarte aquí toda la vida! —Su amiga la

observó, alarmada—. Te recuerdo que dijimos un año, ni un día más.

—No te preocupes, Silvie. No voy a pasarme la vida huyendo, tan solo estoy

recuperando las fuerzas; en cuanto vea que vuelvo a ser la misma de siempre, me

enfrentaré a los peligros de más allá del Muro, como Jon Nieve.

Silvia puso los ojos en blanco y, mientras terminaba de poner la mesa, preguntó:

—Por cierto, ¿hay algún Kakuro en el edificio? Se llamaba así el protagonista del libro que me contaste, ¿no?

Por unos instantes, Inés no supo a quién se refería su amiga, hasta que recordó

que ese era el nombre del japonés que se enamoraba de la portera en el libro de

Muriel Barbery. La imagen del doctor Enrique Echevarría destelló durante una

milésima de segundo en su mente, pero en seguida la hizo a un lado, impaciente.

—Por supuesto que no. Nadie ha logrado atravesar la impenetrable coraza que

supone esta bata floreada y mis gafas azules,

para atisbar mi belleza interior —suspiró

con fingido pesar, al tiempo que servía el vino blanco en las copas.

—No me extraña, hija mía, con ese bigotazo que te pintas das miedo. —Silvia

simuló un estremecimiento y las dos se echaron a reír. Siguieron charlando de todo y

nada mientras se hacía la pescadilla—. Y ahora dime, ¿qué te parece mi plan planete?

Durante el rato que tardó en sacar la fuente del horno, Inés consideró su respuesta

con atención.

—No sé qué decirte. Por un lado, no me importaría soltarme la melena durante

unas horitas, en sentido real y figurado. —
Mientras hablaba, puso una porción de

pescado, patatas y cebolla en cada plato y los llevó a la mesa—. Y me gusta que sea en

una casa de médicos en Alcobendas, porque no creo que vaya a encontrar allí a nadie

conocido. Por otro lado, no me apetece ejercer de carabina con Sandro y contigo.

Mmm... esto está riquísimo.

—¡Tonterías! Llevo varias semanas saliendo con él y tú, mi mejor amiga, aún no

lo conoces. Esta es la ocasión perfecta. —Silvia se llevó el tenedor a la boca y asintió

—: Pues sí que está bueno, sí.

De repente, Inés alzó la vista de su plato y exclamó:

—¡No tengo nada que ponerme! Aparte de mi disfraz de portera, aquí solo tengo

unos vaqueros y poco más. Dejé el resto de mi ropa en casa de mi madre.

—Que no cunda el pánico. —Su amiga alzó las dos manos pidiendo calma—. Me

imaginé que algo de esto ocurriría y guardé algunas de tus cosas en casa.

Inés se echó en sus brazos, emocionada, y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—¡Pero qué lista es mi niña! ¡Entonces, perfecto! Iré a tu casa a cambiarme y así

nadie me verá salir de aquí bella y radiante.

Tomaron el postre y un café y, cuando Silvia se despidió, quedaron en que Inés se

pasaría por su casa a eso de las nueve.

Con el bonito vestido sin mangas —comprado antes de su *tsunami* sentimental—, que

se ajustaba a su cuerpo casi a la perfección
pues aún no había recuperado su peso

habitual, la original chaqueta corta a juego y los
altísimos tacones, el rostro

maquillado y la brillante melena suelta sobre sus
hombros, Inés apenas se reconoció a

sí misma cuando se miró en el espejo.

—¡Dios mío, parece que ha pasado un siglo
desde la última vez que fui vestida

como un ser humano con algo de estilo y no
como un espantapájaros sesentero! —Se

dio la vuelta y examinó el efecto del conjunto
por la parte de atrás.

—Te queda fenomenal —afirmó Silvia con
sinceridad. Ella también estaba muy

atractiva. El pelo oscuro recogido en un moño

flojo resaltaba sus enormes ojos

marrones que el sabio uso de sombras y máscara de pestañas hacían aparecer aún más grandes.

—De repente me siento joven otra vez. — Emocionada, Inés giró sobre sí misma

—. Últimamente, Matusalén a mi lado parecía un chicuelo imberbe. Tengo el

presentimiento de que esta va a ser una noche muy especial.

Encantada al ver el entusiasmo de su amiga, Silvia corrió a la cocina para contestar

al portero automático que acababa de sonar.

—Vamos, Sandro nos espera abajo.

Sandro resultó ser un hombre alto de unos

treinta y cuatro años, mitad español,

mitad italiano, lo que le daba ese atractivo añadido que tienen los varones originarios

de la bota. Era evidente que estaba muy enamorado de Silvia —ambos lo estaban—, y

apenas podían mantener las manos alejadas el uno del otro. Inés y él se cayeron bien

desde el principio, por lo que la noche no pudo empezar bajo mejor auspicio.



Capítulo 8

Llegaron al Centro de Arte Alcobendas en el momento justo. Las ponencias de los

participantes acababan de terminar y se

empezaba a servir el cóctel; así que, tras estudiar el terreno durante unos segundos, Sandro las condujo hasta un punto estratégico del enorme salón por donde circulaban sin cesar los camareros con las bandejas repletas.

—Qué bien se lo montan los médicos —afirmó Inés con un canapé en la mano y una copa de vino tinto en la otra—, está todo buenísimo. Muchas gracias por invitarme, Sandro.

—De nada, Inés, me ha encantado conocerte, eres tan agradable como me había dicho Silvia.

Silvia le lanzó una mirada a su amiga como

diciendo: «¿No es un encanto de

hombre?».

Estuvieron charlando y riendo sin parar mientras se atiborraban de tartaletas,

bocaditos y copas de vino. Los tres formaban un grupo tan alegre y decorativo que en

seguida empezaron a atraer las miradas de interés de otras personas.

Enrique Echevarría, en particular, no había logrado despegar la vista de Inés desde

que la había descubierto al levantar los ojos de la bandeja que le ofrecía un camarero;

no recordaba la última vez que se había sentido tan atraído por una mujer. La chica

parecía relucir desde sus cabellos castaño claro hasta los chispeantes ojos de un color

que, desde donde él se encontraba, no podía adivinar. Sabía que no la había visto en

su vida; sin embargo, había en ella algo vagamente familiar que lo tenía intrigado.

Deseaba conocerla como hacía tiempo que no deseaba ninguna cosa, pero no era

el tipo de hombre que acostumbraba a abordar a desconocidas y no sabía muy bien

cómo hacerlo. Desasosegado, le dio un buen trago a su copa de vino sin dejar de

observarla y se preguntó si sería la novia del tipo que estaba a su lado. Lo estudió con

desagrado; tenía buena facha y era guapo, pero, justo cuando empezaba a sentirse más

que un poco irritado con la idea, el hombre se inclinó sobre la chica morena y bajita, y

depositó un leve beso en sus labios. Al verlo, Enrique sintió un alivio

desproporcionado y le dio otro sorbo a la copa mientras hacía como que escuchaba la

conversación de sus colegas, a pesar de que no se estaba enterando de nada.

—Te noto distraído, Enrique.

La mujer que estaba a su lado colocó su mano de largas uñas rojas sobre la manga

de su chaqueta y no le quedó más remedio que prestarle atención. La conocía desde

hacía tiempo; era una reputada ginecóloga y, más de una vez, durante alguno de esos

congresos en los que coincidían de vez en cuando, Enrique se había preguntado cómo

sería tener una aventura con ella. No era un

hombre vanidoso, pero sabía que Amparo

Galindo estaba interesada por él.

Desde que murió su mujer, hacía ya más de cinco años, había mantenido alguna

que otra relación esporádica, pero no le habían durado mucho. Jamás había vuelto a

experimentar el amor y la ternura que había sentido por María, así que se había hecho

a la idea de no volver a casarse nunca más. Sin embargo, a pesar de tener a su hija

Blanca, a la que quería con locura, había momentos en los que notaba de un modo

agudo la soledad. Miró el rostro aún terso y bien cuidado de su interlocutora; Amparo

Galindo era una colega a la que apreciaba y tenían un montón de cosas en común,

pero no sintió ni la más mínima punzada de deseo.

Justo en ese instante, alzó la vista y vio a la chica del vestido sin mangas echar la

cabeza hacia atrás, riendo de algo que le había dicho su amiga, y su cuello, largo y

elegante, quedó expuesto a su mirada. Enrique sintió un aguijonazo en la ingle y,

durante unos segundos, deseó ser un vampiro para abalanzarse con avidez sobre esa

suave garganta y morderla hasta hacerla gritar de placer.

Al darse cuenta de que Amparo esperaba algún tipo de respuesta, despertó de

golpe de su ensueño; sin embargo, se limitó a sonreír, sin tener la menor idea de qué

era lo que acababa de contarle. Por fin acabó el cóctel, y un *disc jockey* empezó a animar la reunión. Amparo tenía otro congreso al día siguiente en Barcelona, así que el doctor se despidió de ella y del resto de sus colegas que también se marchaban y permaneció cerca de la pista de baile con la copa que acababa de llevarle un camarero en la mano. Cualquiera que lo observara pensaría que Enrique mostraba lo que parecía un interés relativo por las contorsiones de los bailarines; pero, en realidad, no le quitaba ojo al grupo formado por Inés y sus amigos que, en cuanto sonaron las notas de la siguiente canción, se lanzaron a bailar, enardecidos.

El médico notó que, a cada rato, algún tipo se acercaba a la joven y le decía algo al

oído, pero ella se lo sacudía en seguida y seguía bailando, concentrada por completo

en el sugerente ritmo de la música. Acababa de dar un largo trago a su copa cuando

sonaron los primeros acordes de una canción lenta. Con decisión, dejó el vaso en una

mesa cercana y, antes de que se le adelantara alguno de los moscones que la rondaban,

se acercó a Inés.

—¿Quieres bailar? —Ella alzó la cabeza y, por unos segundos, Enrique leyó en sus

ojos un asombro tan profundo que lo dejó sorprendido; pero, sin darle tiempo a

recuperarse, la agarró por la cintura y, en un

gesto reflejo, ella alzó los brazos de

forma que sus muñecas quedaron cruzadas sobre la nuca masculina.

Aquella cercanía provocó que la excitación del médico alcanzara niveles de alerta

roja y tuvo que reprimir el poderoso impulso de pegarla aún más contra él, de forma

que pudiera sentir cada resalte de esa carne firme y mullida a la vez. Gracias a los

tacones de diez centímetros que llevaba Inés, los ojos de ambos quedaban casi al

mismo nivel y sus cuerpos se acoplaban de una manera perfecta. A fin de hacerse oír

por encima de la música, Enrique acercó la cabeza hasta que su boca quedó a la altura

de la oreja femenina, y el delicioso perfume de

sus cabellos trajo a su mente una

imagen fugaz que fue incapaz de retener.

—¿Cómo te llamas?

—Inés, ¿y tú? —Las palabras de ella vibraron en su oído, y todas las fibras de su

cuerpo tocaron a rebato.

—Enrique Echevarría.

—Encantada de conocerte..., Enrique.

Una sonrisa, ligeramente burlona, se posó en los apetitosos labios y, al verla, el

médico se quedó sin aliento. Nunca había sido tan consciente del cuerpo de una mujer

contra el suyo y eso que estaban vestidos. Tenía la sensación de que las terminaciones

nerviosas de su epidermis se habían multiplicado por mil, de forma que cada contacto, cada roce con esa piel sedosa, producía un chispazo que amenazaba con un cortocircuito final.

Cuando terminó la canción, se vio obligado a hacer un inmenso esfuerzo para separarse de ella; aunque, sin darle tiempo a alejarse del todo, la agarró de la muñeca y gritó para hacerse oír:

—¡Vamos a tomar una copa!

Inés se dejó conducir con docilidad hasta la barra. Aún no podía creer que acabara de bailar una lenta con el propietario del 6.º derecha, ¡menuda coincidencia! Miró a su

alrededor. Silvia y Sandro seguían en la pista de lo más acaramelados, así que se relajó

y decidió disfrutar del momento. Aún le parecía sentir los fuertes brazos alrededor de

su cintura, aquel pecho firme pegado al suyo, y le daba vueltas la cabeza. Jamás había

sentido atracción sexual por otro hombre que no fuera Daniel, así que achacó el

extraño batiburrillo de emociones que había experimentado durante el baile a que

hacía mucho tiempo que no bebía alcohol.

Enrique le indicó que se sentara en uno de los taburetes colocados alrededor de

una mesa alta cerca de una esquina y fue a buscar las bebidas. Cuando regresó, posó

las copas encima y se sentó frente a ella.

—Cuéntame, Inés, ¿a qué te dedicas? —Al estar alejados de la pista, podían oírse

el uno al otro sin necesidad de gritar.

Una chispa traviesa se encendió en los ojos verdes al pensar en la profesión que

ejercía de un tiempo a esta parte; sin embargo, se limitó a contestar:

—Hago un poco de todo.

—Qué misteriosa... —La sonrisa masculina era irresistible, así que se vio obligada

a devolvérsela.

—Sí. —Bajó las largas pestañas oscuras con falsa modestia—. En verdad soy una

mujer misteriosa. Me es imposible revelar mi profesión; demasiados intereses están en

juego. Digamos que velo por el bienestar de un grupo heterogéneo de personas que

no son conscientes de ello.

—Veamos, podrías ser médico... —Inés negó con la cabeza, encantada de que el

serio doctor hubiera decidido seguirle la corriente—. O tal vez seas una agente del

CNI, inmersa en una misión de seguridad nacional...

—Frío, frío y es inútil que insistas, doctor, porque... —Se llevó un dedo a cada

una de sus sienes y cerró los ojos como si estuviera profundamente concentrada—.

Tú eres médico, ¿verdad?

—Impresionante. ¿Cómo lo has sabido? —Fingió estar maravillado.

—No creas que ha sido porque te haya conocido en un congreso de medicina

interna, ni porque vayas vestido con un traje de chaqueta y lleves corbata, ni siquiera

es por esa tarjeta que cuelga en tu solapa que dice: doctor Enrique Echevarría, Cirugía

Gastrointestinal. Verás, tengo que hacerte una confesión... —Se inclinó sobre la mesa

y él la imitó. Ahora sus rostros quedaban tan cerca que sus mejillas casi se rozaban y

susurró—: Tengo poderes.

Enrique acercó la boca a su oreja aún más y, en un tono ronco que le produjo un

erótico cosquilleo en el oído interno, le dijo:

—Resulta que soy un escéptico hombre de ciencia y no me queda más remedio

que poner a prueba tus afirmaciones.

Hacía siglos que Inés no se sentía tan viva. No podía recordar la última vez que

coqueteó con un hombre, así que, incapaz de poner fin al excitante juego que se traían

entre manos, respondió con la respiración algo agitada:

—¿Y cuál va a ser la prueba a la que me vas a someter?

—Debes adivinar con qué parte de mi cuerpo te voy a tocar... —Estaba tan cerca

que el olor, sutil y embriagador, de su *aftershave* se le subió a la cabeza de una

manera tan violenta que se asustó; pero, antes de poder cortar por lo sano con aquella

acalorada escena de seducción, la punta de la

lengua masculina recorrió con incitante

lentitud el lóbulo de su oreja y, de improviso, se introdujo, tentadora, por su canal

auditivo. Aquel leve contacto la dejó paralizada y, cuando al fin consiguió reaccionar,

se apartó de él en el acto y se lo quedó mirando, confusa, con los ojos muy abiertos y

las pupilas dilatadas.

Como buen médico, Enrique reconoció en esos leves signos el efecto de la

acetilcolina, un neurotransmisor que se activa con el deseo sexual, y su propia

excitación alcanzó un grado casi doloroso. Sin embargo, al mismo tiempo, todo en el

lenguaje corporal femenino —la rigidez de su espalda, las palmas de las manos

apretadas contra la mesa— proclamaba sus ganas de salir huyendo, así que decidió

bajar la intensidad de su ataque. Necesitaba a aquella mujer debajo de su cuerpo esa

misma noche y no estaba dispuesto a dejarla escapar.

—Y bien, ¿con qué parte te he tocado? — repitió, al tiempo que se echaba hacia

atrás.

Aquella aparente indiferencia pareció tranquilizar un poco a Inés, que parpadeó

varias veces, como si saliera de un trance.

—¿Tu... tu lengua? —balbuceó con una voz ronca que apenas identificó como

suya.

—¡Correcto! Está bien, me veo obligado a reconocer que me has dicho la verdad:

es evidente que gozas de poderes extraordinarios. —De nuevo esa sonrisa, algo

ladeada, que le aceleraba el pulso.

Inés apenas reconocía en ese hombre, fascinante y seductor, al comedido vecino

del 6.º derecha, padre de una adolescente quinceañera y paseante nocturno de perros,

y se preguntó si el doctor Echevarría sería una especie de Mr. Hyde con las mujeres.

Algo alarmada, se dijo a sí misma que debía andarse con ojo; un coqueteo, de

acuerdo; una ratito divertido, muy bien; irse a la cama con ese casi desconocido... ¡ni

hablar! Decidió que le seguiría la corriente un

rato y luego lanzaría a Silvia la señal de

SOS para que acudiera al rescate. Satisfecha con su resolución, Inés dio un trago a su

ron con Coca-Cola para darse fuerzas, sin percatarse de que cada sorbo de alcohol

resquebrajaba sus defensas un poco más.

—Solo con observar la forma de tu cabeza puedo adivinar muchas cosas de ti—

presumió con un mohín de suficiencia, sintiéndose recuperada por completo de su

anterior debilidad.

Enrique notó, satisfecho, que el ambiente de sensualidad turbadora que les había

envuelto minutos antes se había distendido y que se la veía mucho más relajada, así

que siguió adelante con su perverso plan de atraerla hacia su tela de araña hasta que se

enredase en ella de tal forma que le resultara imposible la huida.

—Dime alguna. —El doctor siguió con su, en apariencia, inocente galanteo,

esperando a que ella se confiara del todo.

—Por tu frente ancha, descubro que te gustan los animales; yo diría que eres el

dueño de un perro de buen tamaño, un pastor alemán..., no, más bien un labrador. —

Percibió la ligera sorpresa que asomó en las pupilas masculinas y, aunque se advirtió a

sí misma de que tendría que andarse con cuidado, no pudo reprimir una sonrisa

maliciosa. Mientras tanto, Enrique estaba tan

fascinado por aquella boca carnososa que

se alzaba con suavidad en las comisuras que tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano

para apartar sus pupilas de ella y contestarle:

—Eres buena.

—Ya te lo había advertido. —Le dirigió una mirada coqueta por debajo de sus

largas pestañas. Hacía tanto que no jugaba a ese juego que pensaba que se había

olvidado por completo de las reglas, pero, complacida, se dio cuenta de que, en

realidad, flirtear con un hombre era como montar en bicicleta: nunca se olvida.

Él, por su parte, la observaba hechizado. Inés no solo era preciosa, sino que era

divertida. Por primera vez desde hacía años, sentía una crepitante tensión sexual a su

alrededor que hacía todo lo que estaba en su mano para disimular. No quería

asustarla. Quería poseerla esa noche como fuera y, para eso, tendría que echar mano

de toda su, más que oxidada, habilidad para conquistar a una mujer.

Durante un par de horas siguieron hablando de lo primero que pasaba por sus

cabezas. Las carcajadas de los dos resonaban a menudo y, aunque todo en su actitud

tenía una apariencia inocente, las miradas de ambos estaban cargadas de una intensa

voluptuosidad enmascarada. Inés no sabría decir cuánto tiempo había pasado desde

que habían bailado juntos, pero al ir a dar un sorbo a su copa descubrió, sorprendida,

que volvía a estar llena.

—No querrás emborracharme, ¿verdad?

—Quizá... —De nuevo asomó su irresistible sonrisa.

—Empiezo a sentirme preocupada —afirmó, burlona.

Él soltó una carcajada y, con un pícaro centelleo en sus ojos castaños, contestó:

—Haces bien.

En ese momento, aparecieron Silvia y Sandro para decir que se marchaban. Al

instante, Inés empezó a bajar del taburete para irse con ellos, pero una de las manos de

pianista del médico le agarró la muñeca con firmeza y la detuvo en seco. Era el primer

contacto físico entre ambos desde que él había introducido la lengua en su oreja y, de

pronto, las rodillas femeninas se volvieron de gelatina.

—¡Quédate! —suplicó con los acariciadores iris oscuros clavados en los suyos—.

Luego te acompañaré a tu casa.

Inés pensó que aquello resultaría de lo más inconveniente. Llevaba toda la noche

escuchando una vocecilla gritona dentro de su cabeza que le alertaba del peligro de

seguir con ese juego; pero, por otra parte, tampoco se decidía a acabar así la velada.

Sin saber qué hacer, miró a Silvia y ella le

devolvió la mirada, al tiempo que le
guiñaba un ojo con disimulo.

—Si prometes que la llevarás de vuelta a casa,
sana y salva, te la confiaremos,

¿verdad, Sandro? —Su novio asintió, el doctor
prometió solemnemente, y la pobre

Inés, incapaz de luchar contra esa especie de
conspiración mundial, accedió con cierta
sensación de fatalidad.

«Bueno —se dijo—, al fin y al cabo, lo conozco
mucho más de lo que parece y me

extrañaría bastante que fuera un violador en
serie. Cuando salgamos de aquí le diré

que me deje en cualquier lado y luego cogeré un
taxi para volver a la portería».

Así que se despidieron de Silvia y su novio y se quedaron solos un rato más, sin dejar de charlar y de reír. Por fin, a eso de las tres de la madrugada, terminó la fiesta y se vieron obligados a marcharse. Inés recogió su chaqueta del ropero y Enrique la condujo con una leve presión de su mano en la cintura hasta donde había aparcado su coche, unas calles más abajo. El nerviosismo de la joven iba en aumento, y el tacto de aquellos cálidos dedos a través de la tela de su vestido no se lo estaba poniendo más fácil. Lo cierto era que no tenía mucha experiencia en citas amorosas, las únicas que había tenido en los últimos quince años habían sido todas con su exmarido.

—¿Adónde te llevo? —preguntó él una vez que se sentaron dentro del amplio y confortable vehículo.

A pesar de que esperaba la pregunta, no había tenido tiempo para pensar la

respuesta, así que dijo lo primero que le vino a la cabeza y le dio la dirección del

apartamento donde vivía su hermana, que no quedaba demasiado lejos de la calle

Lagasca.

Durante el trayecto siguieron hablando animadamente. Inés estaba sorprendida por

lo a gusto que se encontraba al lado de ese hombre que siempre le había parecido tan

serio. A lo largo de la velada, había descubierto que tenían un sentido del humor muy

parecido y en ningún momento había tenido que pararse a explicar a qué venía alguno

de sus delirantes comentarios, lo cual no le había pasado ni siquiera con Daniel,

quien, a menudo, se quedaba mirándola, extrañado, como si no entendiera de qué

demonios le hablaba.

Cuando el potente motor del coche se detuvo frente al portal indicado, Inés se

volvió hacia él algo turbada.

—Muchas gracias, Enrique, lo he pasado de maravilla.

—Soy yo el que debo darte las gracias, Inés. No recuerdo la última vez que lo pasé

tan bien. —Sus ojos le recordaron el chocolate, líquido y espeso, que servían en la

churrería a la que las llevaba su madre cuando eran pequeñas, y sintió que se

achicharraba al sentir aquella mirada ardiente deslizándose sobre su rostro.



Capítulo 9

—Buenas noches. —Su voz profunda, un poco ronca, hizo que los nervios de Inés

estuvieran a punto de romperse por la tensión.

Entonces, el médico colocó un dedo bajo su barbilla, se inclinó con lentitud y, al

ver que ella no se apartaba, posó los labios con delicadeza primero en una de sus

mejillas y luego en la otra; sin embargo, al

terminar, en vez de retirarse, aquella misma

boca resbaló, milímetro a milímetro, hasta posarse sobre la suya en una suave caricia

que a Inés le cortó la respiración.

Sin pararse a pensar, entreabrió los labios y permitió que el beso se hiciera más

profundo. Hacía mucho que nadie la besaba y en los últimos besos que había

intercambiado con Daniel había habido cariño y amor —al menos por su parte—,

pero ya no quedaba rastro de la pasión que habían compartido tiempo atrás. De

repente, era como si volviera a tener quince años y acabara de descubrir que el simple

roce de unos labios sobre los suyos podía desplegar ante ella todo un universo de

sensaciones.

Al sentir su apasionada respuesta, Enrique la estrechó con más fuerza. Sus labios

eran suaves y ávidos, dulces y agresivos, curiosos y enloquecedores. Atrapada por la

insistencia de esa boca, Inés no pudo reprimir un gemido y, ajena por completo a la

maldita palanca de cambios que se clavaba, empecinada, en su muslo derecho, se

apretó aún más contra él y enredó los dedos en el pelo no demasiado corto de su

nuca. De pronto, notó el roce de la mano masculina sobre su pecho y, como había

sospechado nada más fijarse en ellos, aquellos dedos musicales tocaron un preludio

por encima del vestido que la dejó sin aliento,

incapaz de imaginar qué sentiría si

algún día ejecutaban todo un concierto sobre su piel desnuda. Durante aquel beso

interminable, Inés perdió la noción del tiempo y del espacio y solo regresó al aquí y

ahora cuando él levantó la cabeza, jadeante, con una voz áspera, cargada de deseo,

que le erizó la piel, la apremió:

—Subamos a tu casa.

Estaba a punto de decirle que a qué diablos estaban esperando, cuando recordó

que ella, en realidad, no vivía allí. Alarmada al darse cuenta de que había estado a

punto de delatarse, se apartó un poco mientras le daba la primera explicación que le

vino a la cabeza:

—No, lo siento, no puedes subir. Vivo con una compañera. Además, nuestro

casero es de Japón y las habitaciones no están divididas por tabiques sino por unos

fusuma.

— *¿Fusuma?* —Frunció el ceño, perplejo, al tiempo que se pasaba la mano por el

pelo alborotado. Complacida, Inés comprobó que sus dedos temblaban ligeramente.

—Son puertas correderas hechas de madera y papel japonés. Se oye todo, así que

mi compañera y yo hemos hecho un pacto solemne: ninguna subirá a nadie al piso. La

última vez que ella trajo a un amigo fue como asistir a una peli porno en directo... —

Había que ver lo fértil que se había vuelto su imaginación con las dos copas que se había tomado.

—A mi casa tampoco podemos ir, tengo una hija de quince años. —Volvió a

estrecharla contra su pecho, y ella fue consciente de que el corazón de ambos seguía

latiendo a un ritmo endiablado. De repente, como si no pudiera contenerse ni un

segundo más, Enrique se inclinó de nuevo sobre su boca y su cerebro sufrió un

apagón integral.

A Inés no le importó que estuvieran dentro de un coche y en mitad de la calle,

aunque oscura y poco transitada; ni siquiera pensó en que casi no conocía de nada al

hombre que la besaba con semejante voracidad. Simplemente, se dejó arrastrar por el

delirio que despertaba en ella aquella lengua indiscreta que se introducía en su boca

gustando, probando, comprobando su suavidad, y por esas manos que la acariciaban

por todas partes, enloqueciéndola de deseo. Mucho más tarde, le pareció oír una voz

que provenía de muy lejos, pero, en esta ocasión, no era la voz acusadora de su

conciencia. Completamente atontada, Inés cayó en la cuenta de que Enrique le estaba

hablando:

—No podemos seguir aquí. Ya no tengo edad para hacer el amor en un coche. —

Más que respirar, el hombre resollaba igual que

un purasangre tras una carrera a

galope tendido, aunque ella no le andaba a la zaga—. Vayamos a un hotel. Hay uno en

Velázquez.

Inés dudó. Siempre habría considerado bastante sórdidas aquellas aventuras de

una noche en las que una mujer se va directa a la cama con un tipo al que acaba de

conocer en un bar, pero, a pesar de ello, no podía negar que se sentía tentada. Durante

treinta y cinco años había sido el epítome de una buena chica: responsable, fiel

cumplidora del manual de la perfecta esposa y la hija obediente, prudente, discreta...

y, la verdad, ya estaba cansada, agotada, harta. Había pasado una temporada espantosa

por culpa de un marido que no había tenido nunca —ahora se daba cuenta— los

mismos escrúpulos que ella, y quizá había llegado el momento de dejar atrás esos

reparos y empezar a vivir acorde con los tiempos. Al fin y al cabo, se preguntó, ¿qué

tenía de malo pasar una noche con el atractivo doctor? ¿Probar cómo era el sexo con

otro hombre que no fuera Daniel? ¿A quién hacía daño dejándose llevar?

De pronto, se dio cuenta de que, mientras estaba perdida en sus pensamientos,

Enrique Echevarría había puesto el coche en marcha de nuevo y enfilaba hacia la calle

Velázquez. Su primera reacción fue de alivio; era como si alguien hubiera tomado la

decisión por ella y ya no tuviera que sentirse responsable de lo que fuera a ocurrir. Sin

embargo, la vocecilla que unas horas antes había escuchado en su cabeza volvió a la

carga y le advirtió —en esta ocasión, histérica perdida— que no vería las cosas de la

misma manera al día siguiente; pero, con decisión, ahogó la voz de su conciencia en

un rincón oscuro de su cerebro y siguió adelante.

—Estás muy callada. —Enrique volvió la cabeza para mirarla y percibió el gesto

grave de su rostro—. ¿Quieres que te lleve de vuelta a tu casa?

Era su oportunidad, pensó. La oportunidad de detener esa locura y volver a ser

ella misma, la sensata, la pragmática Inés que no se dejaba llevar por un instante de enajenación mental transitoria.

—No, sigue. —Casi no podía creer que aquellas palabras hubieran salido de su

propia garganta. Se hizo un silencio incómodo, hasta que ella lo rompió una vez más

—: Yo... esto...

«¡Dios mío —pensó—, qué violento resulta el asunto! En las películas estas cosas

suceden de una forma mucho más espontánea, incluso suena una música de fondo

preciosa y todo parece que fluye en una coreografía perfectamente ensayada... Claro

que, si fuera una peli americana, a lo mejor, en vez de a un hotel nos dirigiríamos a un

roñoso motel de carretera y...».

—Dime, Inés, ¿qué te preocupa? —La voz de Enrique, profunda y amable, cortó

en seco su absurda disquisición mental.

—En estos momentos no estoy utilizando ningún método anticonceptivo. —Lo

soltó de un tirón y notó que se ponía como un tomate; ¡qué vergüenza, por Dios!

—Ahora que lo dices, yo tampoco llevo nada. Pararé en la primera farmacia de

guardia por la que pasemos. —Por una parte, a ella le alegró comprobar que Enrique

Echevarría no había salido esa noche como un depredador sexual en busca de su

presa; por otra, pensó que se tomaba el asunto con una serenidad extrema, como si los

amoríos de una noche fueran para él de lo más habitual.

«¿Qué estoy haciendo?», se preguntó una vez más.

«¡Demonios, parezco un adolescente ansioso! Ni siquiera había caído en que iba a

necesitar preservativos. Menudo médico estoy hecho. Ella no parece muy contenta

que digamos; es más, diría que se está arrepintiendo por momentos. Y yo, ¿me estoy

arrepintiendo? —La miró de reajo. A pesar de su cara de preocupación, Inés estaba

preciosa y comprobó que su excitación no había menguado ni una pizca—. No, no me

arrepiento. No puedo dejar escapar esta ocasión, la deseo como hace años no deseaba

a una mujer y necesito hacerla mía. Lo mejor será procurar que no se me note lo verde

que estoy en estos menesteres».

Decidido, detuvo el coche frente a una farmacia que estaba abierta a esas horas y

volvió a los pocos minutos. Inés permaneció en silencio una vez más mientras retorció

con saña uno de los botones de su chaqueta. Finalmente, dejaron el coche en el

aparcamiento del hotel y se dirigieron a la recepción para pedir una habitación.

Inés miró a su alrededor con una curiosidad distante; como si, en realidad, lo que

estaba ocurriendo no fuera con ella. El hotel era pulcro y sencillo, sin grandes lujos,

pero muy lejos del roñoso motel de su

imaginación, con las sábanas usadas y los
somieres chirriantes.

—Vamos. —La agarró de la mano con suavidad
y la condujo hacia el ascensor.

Unos minutos después, cerraba a sus espaldas la
puerta de la habitación que les

había adjudicado el somnoliento conserje. A Inés
se le hizo un nudo el estómago y

sintió que se le humedecían las palmas de las
manos; sin embargo, trató de disimular

su nerviosismo. La habitación era amplia,
moderna y funcional, con una cama de

buen tamaño de la que alguien había retirado la
colcha. Todo parecía estar muy

limpio. Enrique Echevarría se despojó de la
chaqueta de su traje y la dejó, bien

colocada, sobre una butaca. Al verlo, Inés se mordió el labio hasta casi hacerse

sangre, caminó hacia la ventana y permaneció con la mirada fija en la calle iluminada

por la que, a esas horas, apenas si circulaban coches.

—Inés... —La grave voz masculina, muy ronca, sonó a su espalda, pero ella no se

volvió.

«Quiero irme de aquí, quiero irme de aquí»; las palabras daban vueltas alrededor

de su cabeza como aves de mal agüero, pero, antes de poder pronunciarlas en alto,

notó las cálidas palmas masculinas apoyadas en sus hombros. Luego, como si fuera

una niña pequeña, le quitó la chaqueta con

mucho cuidado y la arrojó sobre una silla

cercana mientras ella se concentraba en mantener el ritmo regular de su respiración.

Con delicadeza, el médico apartó su melena a un lado con los dedos, se inclinó,

anhelante, sobre su cuello y le dio un suave mordisco justo debajo del lóbulo de la

oreja. Aquel simple gesto fue tan efectivo como pulsar un interruptor. Hasta entonces

tan solo su exmarido sabía que aquel era uno de los punto más erógenos de su

anatomía, pero saltaba a la vista que el doctor era un experto en esas lides; no le había

llevado ni un minuto averiguarlo.

Al instante, la pasión, que en lo que a ella concernía parecía haberse evaporado

durante la última media hora, se avivó con incontrolable intensidad y, sin poder

resistirse, Inés ladeó la cabeza aún más, cerró los ojos y se dejó llevar por el cálido y

húmedo contacto de aquellos labios que desencadenaban un estremecimiento tras otro

a lo largo de su columna vertebral.

Después de un lapso de tiempo inconmensurable, Enrique la volvió hacia él y

apretó su boca contra la suya en un beso, lento y sensual, que borró de la mente de

Inés cualquier idea de huida. Con decisión, entrelazó los brazos alrededor de su

cuello, hundió los dedos en los cabellos oscuros y se ciñó a él hasta que de la garganta

masculina brotó un irreprimible gemido de deseo

que provocó una súbita descarga de

humedad entre sus muslos.

Al descubrir su propio poder, Inés perdió su inhibición inicial. De pronto, se

moría de ganas de sentirlo aún más cerca, así que metió las manos bajo la camisa

blanca y recorrió con las yemas de los dedos los firmes músculos de su espalda sin

que se le escapara la forma en que él temblaba bajo su contacto. Aquello la hizo

sentirse poderosa. Después del palo de Daniel, al menos había un hombre que la

encontraba deseable, se dijo, triunfante; pero, justo en ese instante, la cálida mano de

Enrique se posó sobre su pecho y, entonces, se olvidó de todo lo demás, embebida

por completo en aquel intercambio de encendidas caricias.

El médico bajó la cremallera de su vestido con inesperada torpeza, apartó la tela de

sus hombros hasta que la prenda cayó a sus pies, y el cuerpo esbelto de Inés —que

tuvo que reprimir el súbito impulso de taparse al sentir sobre sí la ardiente mirada de

un hombre que no era su marido— quedó cubierto tan solo por el breve conjunto de

ropa interior. Él la apartó un poco y, a la luz de la pequeña lámpara que había dejado

encendida sobre la mesilla de noche, aquellos ojos oscuros y acariciadores la

recorrieron, muy despacio, desde la frente hasta la punta de sus zapatos de tacón.

—Eres hermosa —gruñó antes de hundir la cabeza, una vez más, en la suave piel

de su garganta con un apasionamiento feroz que la hizo olvidarse en el acto de su turbación.

A través de la bruma de excitación que enturbiaba su mente, Inés le dedicó un

pensamiento agradecido a su madre, que insistía en que una chica debía ir siempre

preparada para cualquier eventualidad. En realidad, la eventualidad a la que su madre

se refería era la posibilidad de sufrir un accidente en plena calle, pero, en esta ocasión,

Inés se alegraba de no haber cedido a la tentación de ponerse una ropa interior más

cómoda y menos sexi.

Desabrochó con habilidad los botones de la camisa masculina y la hizo a un lado,

ansiosa. El pecho del médico, salpicado de un ligero y suave vello oscuro, la hizo

jadear. Nada de músculos hinchados en interminables sesiones de pesas dentro de un

gimnasio; el suyo era un torso duro y fibroso, sin un gramo de grasa. Saltaba a la vista

que era un hombre al que le gustaba hacer deporte al aire libre. Sin poder contenerse,

Inés se inclinó sobre él y esparció una lluvia de besos ligeros sobre la piel morena.

Al sentir aquellas leves caricias, Enrique pensó que estallaría; sin embargo, no

pudo evitar lanzar una carcajada temblorosa al escuchar su comentario:

—Tú también eres hermoso...

Incapaz de esperar ni un minuto más, la alzó entre sus brazos y la llevó hasta la

cama, donde la depositó con suavidad. Sin apartar los ojos de la figura femenina que

yacía tendida sobre el colchón con las pupilas fijas en él, terminó de quitarse la camisa

y la corbata que colgaba floja sobre su pecho. Se deshizo de los zapatos y se

desabrochó el cinturón, luego se desprendió del pantalón con un rápido movimiento y

se tendió sobre ella. Con dedos trémulos desabrochó el sujetador de Inés, se lo sacó

por los hombros y lo arrojó al suelo sin miramientos, antes de bajar la cabeza y

apoderarse de uno de sus pechos con glotonería.

Ambos se deshicieron de las últimas prendas de ropa que aún llevaban encima con

dedos ávidos. La cabeza de Inés daba vueltas, mientras diminutas explosiones de

placer se sucedían a lo largo de todo su cuerpo. Perdida en un gozo casi insoportable,

se arqueó contra él y hundió los dedos en los músculos de su espalda, al tiempo que

enredaba las piernas alrededor de las caderas masculinas, anhelante.

—Creo que no voy a poder aguantar mucho más. —Al oír aquel ronco murmullo,

Inés abrió los párpados y descubrió los ojos oscuros del médico a escasos

centímetros. Sus pupilas se habían dilatado de tal manera que los iris, casi negros, le

hicieron pensar en abrasadores carbones encendidos.

—Adelante..., yo también... lo deseo —jadeó, al tiempo que movía las caderas contra él en una sensual invitación.

Enrique se apartó unos segundos para colocarse un preservativo y, en cuanto

estuvo listo, se posicionó entre sus muslos y, con un fuerte impulso, se introdujo

dentro de ella. Tan adentro, que, por un instante, Inés tuvo la sensación de que se

habían convertido en uno solo.

Aquel fue su último pensamiento racional. Un segundo después, se borró de su

cerebro todo lo que no fuera el embriagador contacto de sus cuerpos, fusionados

hasta tal punto que era incapaz de distinguir qué parte era suya y cuál le correspondía

a él. Durante unos minutos, Enrique entró y salió de ella, una y otra vez, con un ritmo

frenético que pronto los llevó a los dos al borde de la locura.

—¡Abre los ojos, Inés! ¡Mírame! —ordenó en un susurro autoritario, y ella

obedeció al instante, sin importarle hasta qué punto sus expresivos ojos verdes

traicionaban la descomunal excitación que se había apoderado de ella.

Con las pupilas encadenadas siguieron meciéndose en un mismo compás, hasta

que la sangre que circulaba por sus venas alcanzó una temperatura capaz de fundir los

dos polos terrestres y, poco después, llegó una explosiva liberación que los sacudió a

ambos con una intensidad semejante al estallido de una supernova.

Segundos más tarde, Enrique se dejó caer, agotado y sudoroso, sobre el pecho

femenino que subía y bajaba muy agitado aún. Justo entonces, las bocas de los dos se

abrieron y exclamaron a un tiempo:

—¡Dios mío!

El médico alzó la cabeza y se miraron sonrientes. Sus labios se encontraron con

ternura una vez más y permanecieron estrechamente abrazados hasta que, poco a

poco, sus respiraciones se fueron normalizando y ambos se sumieron en un sueño

profundo.

Inés se despertó con un fuerte dolor de cabeza y el estómago revuelto. Se preguntó

qué hora sería y, al tratar de llevarse el reloj a los ojos, descubrió que su mano estaba

atrapada debajo de algo pesado. Sorprendida, abrió los párpados y, a la débil claridad

que se colaba por entre las cortinas de foscurit, descubrió que ese algo pesado era el

pecho desnudo de un hombre.

Contuvo un grito, mientras los recuerdos de la noche anterior llegaban en tromba

a su cerebro. Horrorizada, observó el plácido rostro dormido del vecino del 6.º

derecha. Estaba muy seductor con el revuelto pelo oscuro salpicado de canas sobre la

almohada y la barba de un día despuntando en sus mejillas, pero para ella fue como despertar al lado del mismísimo diablo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —repitió, una y otra vez, en un susurro inaudible.

Con mucho cuidado, deslizó la mano por debajo de la figura inmóvil del médico

hasta que consiguió liberarse. Sin hacer ningún ruido, recogió su ropa, que yacía

esparcida por toda la habitación, y se vistió. Echó un último vistazo a su alrededor

para ver si se dejaba algo, cogió su bolso y, de puntillas y con los zapatos en la mano,

salió de la habitación. El hombre que estaba de guardia en la recepción la miró sin

interés mientras se escabullía en dirección a la calle.

«Seguro que piensa que soy una prostituta», se dijo, avergonzada.

Desde luego, se sentía como una de ellas. No quería ni pensar en la imagen que

debía de presentar con la ropa arrugada de la noche anterior, el maquillaje corrido y el

pelo despeinado por completo. Alzó la mano y detuvo al primer taxi que acertó a

pasar por la calle.

Cuando el taxi se detuvo frente a su portal, pagó la carrera y se bajó del vehículo

rogando para no encontrarse a ninguno de los vecinos. Tuvo suerte; apenas eran las

ocho de la mañana de un domingo y en la calle

no había un alma. A toda velocidad, se

introdujo en la portería y cerró la puerta. Se quitó los zapatos con un suspiro de alivio

y, como si haber conseguido llegar hasta allí hubiera acabado con su última chispa de

energía, se dirigió al dormitorio arrastrando los pies y se derrumbó sobre la cama.

Tumbada de espaldas sobre el colchón, permaneció con los brazos estirados a lo

largo de su cuerpo y los ojos clavados en el techo mientras se preguntaba qué especie

de locura se había apoderado de ella la noche anterior. Desde luego, no volvería a

repetirse, se prometió con firmeza. Al menos, se había asegurado de que Enrique

Echevarría no tuviera forma humana de

contactar con ella. Claro que, a lo mejor, tampoco estaría interesado en volverla a ver. Ahora que se paraba a pensarlo con detenimiento, estaba segura de que era el tipo de hombre que hacía aquello a menudo; como un hábil director de orquesta, lo había manejado todo a la perfección y, desde luego, su actuación había sido magistral. Aún le ardía la sangre al pensar en lo ocurrido.

En una cosa tenía que darle la razón a su hermana Marisa, quien, cada vez que la veía deprimida, insistía en que se dejase llevar y tuviera una aventura; quizá se estaba perdiendo algo. Enojada consigo misma por albergar semejantes pensamientos,

sacudió la cabeza y se dijo, severa: «No ha sido más que una ilusión provocada por el alcohol».

En realidad, sabía bien que en este mundo, a veces tan defectuoso, no existían esas exaltadas emociones que producían la sensación de que una era capaz de tocar el cielo con las yemas de los dedos.

Aunque estaba despierto, Enrique permaneció un rato más con los párpados cerrados y el esbozo de una sonrisa en los labios, recreándose en la sensación de plenitud que lo embargaba. Alargó una mano, tocó las sábanas arrugadas y siguió palpando a ciegas, pero a su lado tan solo quedaba la frialdad del colchón. Alarmado, abrió los

ojos y comprobó que no había nadie más que él en la habitación. Lleno de inquietud,

se incorporó, arrojó las sábanas a un lado y fue al cuarto de baño a ver si ella se

estaba arreglando.

No había nadie. Inés se había marchado.

De repente, cayó en la cuenta de que no conocía de ella más que su nombre de

pila. Durante la noche anterior se había mostrado deliberadamente misteriosa y,

aunque él se lo había tomado como parte del juego de seducción, ahora era consciente

de que lo desconocía todo de ella. Ni siquiera le había pedido su número de teléfono.

Frenético, revisó la habitación de arriba abajo buscando algún rastro de su presencia

que pudiera proporcionarle alguna pista sobre ella.

—Al menos sé dónde vive —afirmó en voz alta, mientras se frotaba los ojos con nerviosismo.

Siguiendo un impulso, Enrique cogió la almohada que Inés había usado y hundió

la nariz en ella; aún quedaba un ligero rastro de aquella fragancia sutil que se le subía

a la cabeza. Sin saber qué hacer, se sentó de nuevo sobre la cama con la almohada

entre los brazos y pensó en lo ocurrido entre ellos.

Todavía no era capaz de asimilar qué era en realidad lo que había tenido lugar la

noche anterior; el modo en que, tras aquel fugaz

momento de pasión que habían

compartido, se había sentido pleno, colmado por completo. Ahora comprendía por

qué, desde el primer instante en que vio a Inés en el Centro de Arte, había tenido esa

necesidad perentoria de hacerla suya y sabía, igual que si alguien se lo hubiera

marcado a fuego sobre la piel, que lo que había pasado entre ellos no podría relegarlo

al olvido como si fuera una historia sin importancia.

Enrique se apartó el pelo de la frente con una mano nerviosa. Estaba asustado. ¿Y

si no la encontraba? ¿Y si no volvía a verla nunca más? Quizá para ella no había sido

más que un lío casual de una noche. Sin

embargo, recordó la incomodidad de Inés

cuando llegaron al hotel y descartó aquella idea al segundo; saltaba a la vista que

acostarse con desconocidos no era algo que ella hiciera de manera habitual.

La buscaría, se dijo, inflexible. No dejaría que desapareciera así como así. No

permitiría que el mundo continuase girando sobre su eje como si nada extraordinario

hubiera ocurrido. Decidido, se levantó, arrojó la almohada a un lado y le envió un

WhatsApp a su hija, para que no se preocupara si se levantaba y veía que él aún no

había llegado. Tomaría una ducha y, después, se iría a casa a pensar con tranquilidad

en lo que haría a partir de ahora.

Sin embargo, de una cosa estaba seguro: antes o después daría con ella.



Capítulo 10

A las cuatro de la tarde, el timbre del teléfono la despertó. Al ver en la pantalla el

nombre de Silvia soltó un gemido, pero después de dudar un rato descolgó.

—Ya me estás contando. —Ni buenas tardes, ni nada; a Silvia le gustaba ir directa

al grano.

—No sé qué quieres que te cuente —respondió Inés con un bostezo.

—¡No me digas que acabas de levantarte!

Jooder... ¡Desembucha! —Estaba

claro que no se la iba a quitar de encima con cualquier excusa.

—Nada, bien... Un tipo simpático...

—Ine, ¿hace cuánto que somos amigas? —El súbito cambio de tema dejó a Inés

un poco descolocada y tuvo que concentrarse para contestar.

—Desde... mmm... ¿tercero de infantil?

—Correcto, así que es inútil que te andes por las ramas conmigo. ¿Te lo tiraste?

—¡Hija, Silvia, qué burra eres! Vaya forma tienes de decir las cosas —le reprochó

Inés, irritada.

—Perdona, *milady*, ¿te lo tiraste? —repitió,

incisiva, Silvia; la vampiro había olido

un rastro de sangre y nada iba a distraerla hasta que lograra enterrar los colmillos en el

cuello de su víctima.

—Digamos que... La verdad, Silvia, no creo que sea asunto tuyo. ¿Te he

preguntado yo qué haces cuando estás con Sandro? No. Por supuesto que no, porque

no me incumbe en absoluto y...

—¡Así que te has acostado con un desconocido!

—Su amiga estaba tan asombrada

que la interrumpió sin contemplaciones.

—No es un desconocido exactamente —declaró Inés, por fin, sin intentar negar la

mayor.

—¿Sales con un tío y no me cuentas nada?
¿Desde hace cuánto? —La indignación

de Silvia era patente.

—No salgo con él. Para nada —se apresuró a
negar antes de que su amiga se

montara en la cabeza una de esas películas
románticas a las que era tan aficionada—.

Es Kakuro Ozu.

—No tenía cara de japonés —replicó Silvia en
el acto; Inés casi podía ver su

mirada desconfiada a través del teléfono—.
Mientes como una bellaca. Podría pasar

por italiano porque estaba muy bueno, pero, por
japonés, ni de coña.

—¡Ay, Silvia, no seas obtusa, por Dios! Pues
claro que no es japonés, ni italiano.

Es español de pura cepa. Me refiero a *el* Kakuro Ozu, el inquilino japonés de *La elegancia del erizo*.

—¡No! —Al parecer esta vez lo había captado —. ¡No me digas que el guaperas de

ayer es un vecino del edificio donde vives! Imposible, eso solo pasa en las novelas.

De qué se va a enamorar un tío así de una portera horripilante como tú.

—Oye, sin ofender —protestó Inés—. Renée, la portera de Muriel Barbery,

tampoco era una belleza que digamos y el señor Ozu se enamora de ella locamente.

Pero en este caso no sé qué hacemos hablando de enamoramientos, por supuesto que

nosotros no estamos enamorados.

—Pues, hija, las miraditas que os lanzabais ayer el uno al otro... qué quieres que

te diga. Hasta Sandro, que no es especialmente observador, se dio cuenta.

—Tonterías, él me acababa de conocer.

—Pero ¿no dices que ya os conocíais y que es tu vecino? No entiendo nada, de

verdad. —El desconcierto de Silvia era notorio.

—¡Caramba, Silvia, me estás poniendo nerviosa!
¡Lo que quiero decir es que él

no tiene ni idea de que la señora Santos y yo
somos la misma persona! —gritó Inés,

exasperada.

—Calma, calma. Vamos por partes. ¿Me estás
queriendo decir que el señor Ozú no

tiene ni idea de que, en realidad, eres la portera de su edificio?

—No es Ozú, que pareces del sur. Es señor Ozu. Bueno, en realidad es el doctor

Enrique Echevarría del 6.º derecha. Es viudo y tiene una hija de quince años.

Pero al parecer Silvia ya no la escuchaba, pues, a juzgar por su siguiente

comentario, aún estaba tratando de digerir lo anterior.

—¿Y cuándo le vas a decir quién eres?

—Pues en realidad..., nunca.

—¡¿Nunca?!

—El doctor Echevarría no se volverá a cruzar con Inés. No pienso seguir con esta

historia.

—¿Por qué? ¿Fue horrible? ¿Le olía mal el aliento? —A medida que le iba

sacando la información a su amiga con cuentagotas, Silvia sentía que cada vez lo

entendía todo un poco menos.

—¿Por supuesto que no! En realidad fue una noche maravillosa, pero no estoy

dispuesta a repetirla —declaró Inés, tajante.

—Pero ¡¿por qué no?! —Silvia estaba a punto de tirarse de los pelos—. Acabas de

confesar que fue una noche maravillosa, el tío es un bombón y, encima, parece

encantador. ¿Es porque es viudo? ¿Te da repelús que te compare con su primera

mujer? ¿Quizá te asusta pensar que podáis ser tres en la cama?

A pesar de todo, a Inés le entró la risa floja.

—De verdad, Silvia, deja el psicoanálisis, que no es lo tuyo. Mis razones no son

tan morbosas. Simplemente, no estoy dispuesta a embarcarme en una relación

sentimental. No estoy preparada para sufrir de nuevo y calculo que no lo estaré hasta,

por lo menos, dentro de unos veinte años.

—Así que, porque un capullo te hace daño, te autocondenas a la soledad de por

vida. —La voz de su amiga sonaba cargada de indignación al otro lado del teléfono—.

Háztelo mirar, Inés. Yo también he tenido desengaños amorosos y, mírame ahora,

estoy encantada con Sandro. No seas tonta, no dejes pasar esta oportunidad. Tampoco

tienes que casarte con él, solo pasa un buen rato y disfruta de la vida. Te lo mereces.

—Gracias por tus ánimos Silvie, pero te lo digo en serio: lo de anoche fue un

error. Aunque, si te soy sincera, tampoco lo lamento. En realidad, para mí ha supuesto

un subidón de autoestima, algo de lo que estaba bastante necesitada. Pero yo no soy

así. A pesar de lo que pueda parecer, no soy de las que se acuestan con un hombre sin

estar enamoradas. No voy a renunciar a mis principios solo porque el cabrón de

Daniel me haya herido y, de alguna manera retorcida, desee vengarme de él. A veces

se cometen locuras, sobre todo cuando bebes más de la cuenta, pero ya he recobrado

la sensatez. No volverá a ocurrir. —El tono de Inés era terminante y su amiga no se

atrevió a insistir.

—Está bien, Ine. De todas formas, me alegro de que le dieras una alegría a tu

cuerpo. Entonces, ¿vas a renunciar al oficio de portera? Me imagino que ver a tu

vecino todos los días te resultará un poco violento...

—¡Por supuesto que no! Ya te he dicho que Inés y la señora Santos no tienen nada

que ver. Son dos personajes independientes por completo y, créeme, voy a mantener a

Inés a buen recaudo durante una temporada,

más que nada para que no se deje

arrastrar a nuevas locuras.

—Bueno, tú sabrás. Ahora tengo que dejarte, me está llamando Sandro. Mantenme

informada de cualquier novedad. *Ciao*. —Silvia se apresuró a colgar, así que Inés se

tendió de nuevo sobre la cama y trató de volver a dormirse. Cuando se dio cuenta de

que no lo conseguiría, se levantó y se dio una ducha. Durante el resto del domingo se

dedicó a teclear con furia en su ordenador y se dijo que una noche de buen sexo era el

mejor revulsivo para la inspiración.

Por fin llegó el temido lunes. A pesar de que Inés estaba convencida de que, tras una

intensa sesión de orientación psicológica ante el espejo del baño, ya estaba preparada

para enfrentarse al vecino del 6.º derecha, cuando lo vio salir del ascensor,

acompañado de su hija y el perro, no pudo evitar ponerse como un tomate. Blanca

reparó en el extraño color de la, habitualmente pálida, portera y le preguntó,

sorprendida:

—¿Se encuentra bien, señora Santos? —Al oír a su hija, el médico pareció salir de

su ensimismamiento y miró a la portera con curiosidad.

—Sí, sí, señorita Echevarría, no es nada. —Turbada, Inés agarró la escoba con

más fuerza y empezó a barrer con frenesí.

—Mi hija tiene razón, parece usted muy sofocada, ¿no tendrá fiebre? —El hombre

alargó una mano dispuesto a posarla en la frente de la portera, pero, a pesar de lo

impersonal de su ademán, Inés retrocedió sobresaltada y con la escoba en ristre, como

si, en vez del atento doctor del 6.º derecha, la hubiera atacado una mamba negra.

—¡Atrás, no me toque! —Su grito resonó en el amplio vestíbulo, y hasta el

enorme y bonachón labrador emitió un gruñido de advertencia. Al percibir las

miradas de estupor del médico y de su hija, Inés se vio obligada a pensar sobre la

marcha en una excusa para su extraño comportamiento y, por fortuna, le vino a la

mente uno de los cuentos favoritos de su hermana Marisa—. Verán, tengo una rara enfermedad. Padezco... afenfosfobia.

—¿Fafenfoqué? —preguntó Blanca, perpleja.

—Afenfosfobia —repitió él, mirando a la portera con seriedad—, es el miedo a la posibilidad de ser tocado. Lo siento señora Santos, no tenía ni idea.

—No se preocupe, doctor Echevarría, ¿cómo iba a saberlo? —A Inés le habría

gustado esbozar una sonrisa reconfortante, pero recordó a tiempo que la señora

Santos no era de las que sonreían, así que cortó el gesto en seco y sus labios tan solo

dibujaron una mueca desagradable que hizo retroceder al doctor con más eficacia de

lo que lo había hecho el palo de la escoba.

—Qué raro, no me ha parecido estos días que tuviera fanfenoscopia. —

Desconfiada, la niña se la quedó mirando con los ojos entornados.

Inés frunció el ceño, sacó la mandíbula y, como si ambos fueran unos enviados

del maligno para poner a prueba su paciencia de santa, repitió con un gruñido:

—¡Afenfosfobia!

—¡Vale, vale, no hace falta que se ponga así, caramba! —Y en un audible susurro,

destinado solo a los oídos de su padre, añadió—: Seguro que lleva dentadura postiza,

si no, es imposible pronunciar bien esa palabreja.

Su padre, abochornado, la mandó callar y se despidió de la portera, mientras

empujaba a Blanca en dirección a la calle.

—¿A cuántos pacientes te has cargado hoy? —

La voz estentórea de su amigo,

acompañada de una fuerte palmada en la espalda, arrancó a Enrique de sus

cavilaciones con brusquedad.

—Deberías tener cuidado, Miguel, sabes mejor que nadie que ya vamos estando

en una edad propicia para sufrir un infarto ante el menor sobresalto —trató de

bromear mientras su amigo Miguel Cifuentes, un cirujano cardiovascular con el que

llevaba trabajando en el Clínico desde hacía más de diez años, se derrumbaba sobre la

silla colocada frente a su mesa.

—No te preocupes, tú con lo que te cuidas estás como un chaval. ¿Has conseguido

localizar ya a tu bombón? —A las perspicaces pupilas del doctor Cifuentes no se les

escaparon las sombras oscuras bajo los ojos de su amigo y el hecho de que no paraba

de jugar, nervioso, con un torso de plástico que albergaba pequeñas piezas de

colores que imitaban los órganos del cuerpo humano.

Enrique negó con la cabeza.

—Han pasado casi dos semanas y no he sabido nada más de ella. —Enojado,

apretó el puño con fuerza y un hígado marrón y un pequeño estómago, rojo chillón,

salieron disparados.

—Tranquilo, Enrique. Espero que no seas igual de delicado con tus pacientes. —

Miguel soltó una carcajada, pero su amigo no estaba para bromas.

En tres ocasiones se había acercado hasta la dirección donde ella le había dicho

que vivía, preguntando por una tal Inés. Había revisado todas las etiquetas de los

buzones, llamó a la mayoría de las puertas y, la última vez, el portero del edificio lo

había amenazado con llamar a la policía si volvía a verlo rondando por allí; y, a pesar

de todo, no la había encontrado. No había ni rastro de ella. Al final, no le había

quedado más remedio que admitir que Inés le

había mentido.

—No sé dónde buscar. —Se pasó una mano nerviosa por el pelo—. No conozco

su apellido. Igual ni siquiera se llama Inés. ¿Qué puedo hacer, Miguel? ¡Necesito

encontrarla!

—Pues sí que te ha dado fuerte, la verdad. —Su amigo lo miró preocupado, no

había visto así a su colega y amigo desde la muerte de su mujer—. No sé qué decirte.

Como no contrates a un detective..., pero no sé qué demonios le vas a explicar,

tampoco sabes el nombre de sus amigos.

El doctor Echevarría ya le había dado mil vueltas a esos y otros argumentos

parecidos y había llegado a la misma conclusión: no había nada que hacer. Sin

embargo, no quería darse por vencido. A la salida del trabajo se pasaría una vez más

por la dirección que ella le había dado. Vigilaría el edificio durante unas horas y si no

descubría nada... cortó sus pensamientos en seco. No quería pensar en esa

posibilidad.

Así que, en cuanto acabó su turno, Enrique subió al coche y condujo directo hacia

su objetivo. Tuvo la suerte de encontrar un sitio libre a pocos metros del portal, desde

donde podía ver a todo aquel que entraba o salía del edificio. Por fortuna, parecía que

el turno del portero había acabado, con lo cual

no tenía que preocuparse de que

podiera pillarlo espiando.

Después de dos horas de paciente espera, sin nada más que hacer que escuchar las

noticias y las mismas canciones de siempre en la radio, Enrique empezó a preguntarse

qué demonios estaba haciendo. Ya iba a dar la vuelta a la llave de contacto, furioso

conigo mismo, cuando vio salir del portal una figura femenina que le pareció

familiar. Con el corazón bombeándole con fuerza en el pecho, se bajó del coche y la

siguió de cerca. La forma de vestir de la chica era peculiar; llevaba unos vaqueros

ajustados que marcaban sus esbeltas caderas, una especie de poncho de lana de

colores y unas botas de borrego. De su hombro colgaba un gran bolso de punto, a

juego con la boina que cubría su pelo. No parecía la Inés que él conoció pero, de

repente, un mechón de suave pelo castaño claro se escapó de su confinamiento y, sin

poder reprimirse, Enrique alargó la mano, la sujetó del brazo con fuerza y la obligó a

volverse.

—¡Inés!

Sin embargo, aunque el rostro de la mujer era muy similar al que desde hacía días

poblaba sus sueños, percibió en el acto las diferencias: sus ojos no eran verdes, sino

castaños, y, al menos, era diez centímetros más baja. La desilusión lo arrolló como una

manada de búfalos pero, a pesar de todo, siguió sujetándola, temeroso de que fuera a escaparse.

—Me imagino que ya te habrás dado cuenta de que yo no soy Inés, soy su

hermana Marisa. —La chica lo miró de arriba abajo con curiosidad, preguntándose

desde cuándo conocía su hermanita a un pollo tan apetitoso.

Al oírla, la esperanza regresó en tromba, apartando a manotazos a los búfalos del

desencanto, y los ojos de Enrique brillaron con intensidad al posarse en esos iris

algunos tonos más claros que los suyos.

—¿Tienes una hermana que se llama Inés? ¡Dime dónde está! ¡Necesito hablar

con ella! ¿Por qué no quiere verme? —Con cada pregunta que formulaba, le daba una

ligera sacudida, al tiempo que hundía sus dedos en los brazos esbeltos.

—¡Eh, tranquilo, amigo! Me estás haciendo daño. Suéltame ahora mismo o pegaré

tal alarido que en dos segundos tendremos aquí a un comando de los GEOS. —Al ver

aquella mirada cargada de terribles amenazas, el médico la soltó en el acto.

—Perdona, perdona —se apresuró a disculparse—. Es solo que llevo varios días

buscándola y es como si se la hubiera tragado la tierra. Estoy desesperado.

—Eso me suena a que la tal Inés no desea que la encuentres. —Al oír sus propios

temores en boca de una chica que se parecía de manera sorprendente a la mujer que lo

obsesionaba desde hacía días, Enrique sintió un potente arrebató de furia.

—¿Qué pasa, te ha dicho algo al respecto?
¿Qué problema tiene tu hermana?

¿Acostumbra a irse a la cama con desconocidos y, luego, si te he visto no me acuerdo?

Le gusta volver locos a los hombres, ¿verdad?
Seguro que se reirá mucho cuando le

cuentas que te has encontrado con un pobre idiota que no ha parado de pensar en ella

durante las últimas dos semanas.

—¡Oye, para el carro! Estás equivocado. La chica que buscas no es mi hermana

Inés.

—¡No mientas! Claro que es tu hermana. Os parecéis como dos gotas de agua.

—Será por esas casualidades de la vida, dicen que todo el mundo tiene un doble

en alguna parte. Pero es imposible que la mujer que te dejó tirado sea mi hermana;

primero, porque Inés es la última persona que tendría un rollete de una noche con un

desconocido y, segundo, porque hace unos meses que se fue a trabajar a Nueva York

y allí sigue.

—¡Nueva York! —Una vez más, los búfalos...

—. No puede ser. ¿Cómo explicas

entonces el parecido contigo? No me creo tu teoría de los dobles en alguna parte,

podrías ser mellizas; lo único que os diferencia

es el color de los ojos y la estatura.

Ahora Marisa estaba francamente intrigada por la seguridad con la que hablaba

aquel extraño, así que preguntó a bocajarro:

—¿De qué color los tiene tu Inés?

—Son verdosos, pero cuando está excitada se vuelven de un verde esmeralda casi

transparente... —Se detuvo en seco al advertir la mirada burlona de su interlocutora y

notó que se ponía colorado.

—Excitada, ¿eh? —Entornó los párpados y le lanzó una mirada maliciosa.

—No es de tu incumbencia —afirmó él de malos modos—. ¿De qué color tiene

los ojos tu hermana?

Marisa pensó a toda velocidad. Estaba más claro que el agua que la mujer de la

que hablaba ese hombre era su hermana Inés; sería mucha casualidad que en un

mismo universo habitaran dos personas exactas. Pero Inés llevaba meses en Nueva

York... ¿o no? Recordó los correos en los que su hermana no paraba de darles largas

a propósito de su viaje y del alquiler del apartamento con unas excusas que más

parecían *made in* Marisa que otra cosa y empezó a dudar.

«¡Silvia! —pensó—. Seguro que ella lo sabe todo».

Pero ya reflexionaría sobre aquello más tarde, en ese momento no tenía tiempo

para darle vueltas al asunto, se dijo. Ahora, lo primero era lidiar con ese atractivo

individuo al que, al parecer —y ella no podía entender por qué—, Inés no estaba

dispuesta a ver más. Sin embargo, las Santaolalla, a pesar de sus pequeñas taras y

diferencias, eran una piña y, si su hermana no quería que ese hombre la encontrara, no

sería ella la que la traicionase.

—Lo siento, son marrones oscuros. Muy parecidos a los tuyos. —Al ver la

expresión de profunda desolación que asomó a esos ojos de los que hablaba, Marisa

se vio obligada a reprimir el poderoso impulso de arrojarse de rodillas al suelo,

confesar que era todo una burda mentira y

rogarle que la perdonara.

—Entonces será mejor que me vaya. Perdona si te he hecho daño... —Enrique dio

media vuelta y ella lo observó alejarse con los hombros hundidos y arrastrando los pies.

«Aquí hay gato encerrado», se dijo.

Y no había cosa en el mundo que Marisa adorase más que un buen misterio.



Capítulo 11

Para: inesinesitaines@gmail.com

CC:

De: mamacibernetica@yahoo.es

Asunto: Virus mortal

Qué raro que en el telediario no hayan dicho nada de lo del metro de Nueva York. Desde

luego, estos yanquis son de lo más discreto. Creo que Marisa se ha asustado por tus

noticias, pues, desde hace unos días, cada vez que saco el tema de ir preparando una lista

con todas las cosas que tenemos que comprar, me da largas. Es la primera vez que veo a tu

hermana asustada por algo, aunque sea un virus mortal; espero que no esté incubando una

depresión. En fin, voy a esperar unos días a ver si empieza a mostrar más entusiasmo. Y tú,

Inés, ¿cómo va todo? ¿Tienes mucho trabajo? ¿Has abierto los correos de Daniel? A lo

mejor has coincidido con Donald Trump, ahora sois vecinos. Acabo de verlo en el ¡Hola! con

esa nueva mujer que tiene (otro clon recauchutado de las anteriores) y su peinado a lo

Anasagasti. Hay cosas que nunca cambian... En fin, si ves a alguien conocido, hazle fotos

con el móvil y me las mandas.

Un beso,

Tu madre

PS: ¿Puedes mirar a cuánto está por allí el Jasmin Noir de Bvlgari?

El correo electrónico de su madre la dejó pensativa. Conocía demasiado bien a su

hermana para pensar, ni por un segundo, que un mísero virus podía atemorizarla.

Marisa era de las que, si algún día se encontrara cara a cara con el mismísimo

demonio, lo más probable era que le soltara un: «¡Menudos tochos te ha puesto

alguna diablesa, so pringado!» para después reírse en su cara. En fin, tendría que estar

atenta; con su hermana nunca se sabía por dónde iba a salir. Decidió que contestaría a

su madre más tarde, solo le quedaba media hora para volver al trabajo y quería pensar

con tranquilidad en lo que había sentido en esas dos últimas semanas cuando se

encontraba con el vecino del 6.º derecha.

Sabía que, si decía que le era indiferente, mentiría. Cada vez que lo veía, sus

rodillas se veían afectadas por el efecto gelatina

y se ponían a temblaquear como

posesas. Era injusto, se dijo; ¿por qué no podía hacer lo que, sin duda, había hecho él

y no dedicarle ni un pensamiento más a lo ocurrido? Aquella noche que pasó entre

sus brazos no se le iba de la cabeza; a veces, incluso, despertaba en mitad de la

oscuridad, temblorosa de deseo, y daba mil vueltas hasta que lograba dormirse de

nuevo.

Nunca pensó que echar una cana al aire fuera a acabar con su paz mental. Aunque,

quizá, tan solo era la falta de práctica; igual si lo hiciera más a menudo no estaría tan

obsesionada con el asunto. Era como cuando, estando casada con Daniel, le daba por

comer chocolate. Empezaba por tomarse cuatro onzas y luego otras cuatro, lo cual le

provocaba tales remordimientos de conciencia que al final se comía la tableta entera;

total, para sentirte así de mal, más valía que fuera por algo que mereciera la pena.

Aunque no sabía a quién pretendía engañar. Aquella noche ella había actuado de

manera contraria a su forma de ser y no estaba orgullosa de ello.

«Conseguiré olvidarlo», se prometió, apretando los dientes.

Decidida, se rehízo el moño, tan tirante que sus ojos se volvieron rasgados como

los de una oriental, se puso sus gafas oscuras y salió de nuevo a la portería, dispuesta

a llevar a cabo, sin distracciones, su sagrada misión de espiar las idas y venidas de los vecinos.

Llevaba más de tres horas sentada en su puesto de vigilancia —el lúgubre cubículo

de la portería en el que, abstraída, tecleaba a toda velocidad un capítulo especialmente

dramático de su novela, a pesar de que el respaldo de la incómoda silla se le clavaba

en todas y cada una de las vértebras de su columna— cuando un ruido seco le hizo

levantar la vista de la pantalla del portátil, sobresaltada. Sobre el mostrador de la

garita, Blanca Echevarría acababa de dejar caer de golpe su pesada mochila cargada de

libros.

—¡Ah! —Inés se llevó una mano a su palpitante corazón, pero, al ver el reguero

de lágrimas que resbalaban sin control por las mejillas de la niña, no le hizo ningún

reproche—. ¿Qué te ocurre, Blanca? ¿Por qué lloras?

Muy preocupada, salió de la garita y estrechó a la temblorosa adolescente contra

su pecho. Unos fuertes sollozos sacudían el delgado cuerpo de Blanca y, en seguida,

sus lágrimas empaparon la bata floreada de faena.

—¿Qué te ocurre, Blanca? ¡Tienes que decírmelo! —Asustada al ver que los lloros

iban a más, la apretó con fuerza contra sí.

—Rodrigo... me... me quiero morir... —Unos

sonidos apenas inteligibles,

mezclados con violentos hipidos, fueron su única respuesta, pero, al menos, le

sirvieron a Inés para tener un poco más claro aquello a lo que se enfrentaba.

—¿Tu novio? ¿Rodrigo? ¿Qué te ha hecho ese...? —Tuvo que morderse la lengua

para no soltar una barbaridad y, al ver que la puerta de la calle empezaba a abrirse,

empujó con rapidez a la niña dentro de la portería y cerró con fuerza. La llevó hasta el

sillón, donde la obligó a sentarse y ella lo hizo a su lado. Luego, sin soltarle los

brazos, la apartó con suavidad, clavó la mirada en los iris castaños, brillantes por las

lágrimas, y ordenó—: Venga, Blanca,

tranquilízate. Dime lo que ha pasado.

Su tono sereno ejerció un beneficioso efecto relajante sobre los nervios de la

adolescente y, con la voz entrecortada por algún que otro sollozo aislado, empezó a

relatarle lo ocurrido:

—Hoy no había quedado con Rodrigo. Me dijo que tenía que resolver unos

asuntos después de clase.—Apartó un mechón de pelo húmedo de su cara con dedos

trémulos—. Me iba a casa cuando llegó mi amiga Elena y me dijo que fuera con ella,

que tenía una sorpresa para mí. Me extrañó un poco porque, aunque Elena y yo

hemos sido siempre bastante amigas, desde que empecé a salir con Rodrigo la había

dejado un poco de lado; pero, a pesar de todo, decidí seguirla. La verdad es que estaba

intrigada. Me llevó corriendo hasta los recreativos que hay a dos manzanas del colegio

y, bueno, al entrar al principio no vi nada, ya sabes que ese sitio es bastante lúgubre.

Inés no tenía ni idea, pero asintió con la cabeza para no interrumpirla.

—Sin dejar de tirarme del brazo, Elena me llevó hasta un sillón donde una pareja

se besaba... ¡Y una mierda, eso no era besarse! ¡Se estaban metiendo mano de mala

manera! —Ahora, los ojos castaños relucían de indignación—. Me quedé ahí parada

como una estúpida. Ni siquiera entonces era consciente de lo que estaba viendo; no lo

entendí hasta que la rubia abrió los ojos y me pilló mirándola como un pasmarote. La

muy asquerosa se empezó a reír y le dijo al chico: «Mira a quién tenemos aquí,

Rodri». Entonces la reconocí, era Mamen, el putón del colegio. Es solo un año mayor

que yo y dicen que, además de liarse con todos los chicos de 2.º de bachillerato del

instituto de al lado, también se lo ha hecho con un par de profesores. En el colegio la

llaman Mamenmelá, así que imagínate...

Inés podía imaginárselo a la perfección; en su clase también había habido una

Mamen —en realidad, una Nuria— que tenía fama de ser una diosa del sexo cuando

las demás aún no acababan de entender bien lo

que les explicaba sobre la

reproducción de las plantas la profesora de ciencias naturales. En el colegio corrían

sobre ella todo tipo de leyendas urbanas, la mayoría de ellas sin fundamento; pero

cuando el «¡churro va!» perdió su atractivo, el espinoso tema de su reputación

manchada animaba los recreos.

—... y estaba besando a Rodrigo. —El dolor que asomó a los ingenuos ojos

castaños, tan parecidos a los de su padre, hizo que a Inés se le retorciera el estómago.

Sabía muy bien lo que se sentía al ser víctima de la traición de la persona que más

amabas en el mundo. Blanca continuó su relato en un susurro angustiado—. Pero eso

no fue lo peor de todo. Lo peor fue cuando Rodrigo me miró sonriente y, sin mostrar

ningún tipo de vergüenza ni arrepentimiento, me soltó: «La culpa es tuya, Blanca, por

ser una estrecha». En ese momento, Elena tiró de mi brazo y me sacó de allí a rastras,

y yo empecé a correr y no paré hasta llegar a casa.

Inés la abrazó una vez más y dejó que el llanto exorcizara algo de ese afilado dolor

que, por primera vez, se había clavado en aquel joven corazón, mientras acariciaba su

espalda arriba y abajo. Casi diez minutos después, los sollozos empezaron a espaciarse

y cuando al fin cesaron, salvo algún hipido aislado, Inés se levantó del sofá y dijo:

—Por fortuna, tengo un remedio infalible para el dolor de corazón. —En seguida

volvió de la cocina con un tazón lleno de helado Chocolate Fudge Brownie de Ben &

Jerry's y se lo tendió—. Toma.

—No puedo comer nada, tengo un nudo en el estómago. —Blanca dejó el cuenco

sobre la mesa y se volvió de nuevo hacia ella—. Dime la verdad: ¿tú sospechabas

algo?

—Bueno, ya se sabe que las porteras tenemos un sexto sentido... —Al notar los

vivos iris marrones clavados en ella con fijeza, Inés se removió en el sillón,

incómoda. Finalmente, le dirigió una mirada de disculpa y confesó—: Está bien, el

otro día cuando fui al Mercado de la Paz, vi a Rodrigo sentado en un banco de la calle

besando a una chica.

—A lo mejor era yo...

Inés lamentó tener que apagar el brillo esperanzado que había aparecido en los

grandes ojos castaños, pero no le quedó más remedio:

—Negativo. Era rubia y muy pechugona. —De modo automático, la niña bajó la

vista hacia los pequeños senos que se adivinaban bajo la blusa blanca del uniforme y

tragó saliva varias veces, pero, en cuanto se recobró, la miró indignada y preguntó:

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Tengo la suficiente experiencia, a estas alturas de mi vida, como para saber que

la gente no agradece que le des malas noticias. De hecho, lo más habitual es que se

enfade con el pobre mensajero. Apuesto mi escoba de bruja a que, en estos

momentos, Elena no es para ti la amiga del año, precisamente.

—¡Por supuesto que esa serpiente asquerosa no es mi amiga! Estoy segura de que

disfrutó de cada segundo y es capaz de haber hecho fotos y de subirlas a Tuenti. No

pienso volver al colegio nunca más. No quiero ser el hazmerreír y que todo el mundo

al verme pasar comente: «Allá va Blanca, la patética pureta cornuda». —En sus labios

se dibujó un puchero conmovedor.

Al verlo, Inés frunció el ceño y declaró con firmeza:

—¡Alto! No podemos empezar con la destructiva autocompasión. No conduce a

nada, créeme, lo sé por experiencia. Abre la boca. —Sorprendida, Blanca obedeció y

una cucharada rebosante de helado de chocolate aterrizó sobre su lengua—. Rico,

¿eh? Pues acábatelo. Necesitamos toda la energía de que dispongamos para trazar un

plan. No podemos permitir que un donjuán liliputiense se ría de ti, antes desguazamos

su moto y tiramos las piezas al Manzanares. Desde luego, los puñeteros empiezan

pronto a portarse como auténticos capullos,

habría que exterminarlos en sus cunas...

Sin parar de llevarse a la boca una cucharada de helado tras otra, Blanca observó a

Inés, fascinada, mientras esta iba y venía por el estrecho salón mascullando

improperios, rabiosa como una tigresa enjaulada. En ese momento sonó el timbre, y

tuvo que interrumpir sus paseos para ir a abrir.

—Llegas pronto —le soltó al pobre Fran, mirándolo con odio.

Él le devolvió la mirada, asustado, y tartamudeó una disculpa.

—Joder, Ine, lo siento, no pensé que pudiera molestarte. Acabo de hacer un

business por el barrio y, como es jueves, he pensado que estarías a punto de acabar tu

turno.

—Y, claro, vienes aquí a ver si puedes sacar algo, ¿verdad? —Si hubieran sido

látigos, los iris verdes le habrían arrancado un par de tiras de piel—. ¡Hombres —

escupió con desprecio—, todos sois iguales!

Fran miró con cara de perplejidad hacia el sofá desde donde Blanca observaba la

escena con interés, olvidada, por unos momentos, su propia congoja.

—Es que odiamos a los hombres, Fran — explicó, servicial.

—Pero yo no he hecho nada, joder, mirad... hasta os he traído un regalo. —El

hombre rebuscó por todos los bolsillos de su pantalón y del jersey gris que no parecía

quitarse ni para dormir. Por fin, sacó una bolsa de plástico llena de pegajosos regalices

rojos y la agitó ante sus ojos a modo de bandera blanca—. ¿Veis? Siempre pensando

en mis chicas...

Blanca dio un salto y se abalanzó sobre las golosinas.

—Es curioso —comentó, examinando ensimismada el regaliz que acababa de

morder—, me estoy dando cuenta de que el desamor provoca una necesidad

descomunal de azúcar. Igual, si algún día estudio medicina, haré la tesis sobre este

tema.

—¿Desamor? —Fran frunció la nariz de la misma manera que un sabueso que

acabara de olfatear una posible presa—. Cuéntale a tío Fran, pequeña, soy un experto en los asuntos de esa víscera traidora. Aquí donde me ves, he servido de paño de lágrimas a más de una y a más de dos; creo que, como de costumbre, he llegado en el momento oportuno.

—En fin, estás aquí, así que ya no tiene remedio —afirmó Inés de malos modos

—. Traeré algo salado de comer, porque, si no, nos va a dar una hiperglucemia y ya es lo que faltaba.

—Pobre Inés, sigue tan amargada... —Fran sacudió las rastas, pesaroso.

—Desde luego odia a los hombres más que yo, ¿por qué? —preguntó Blanca con

curiosidad, aprovechando su ausencia.

—La pobre pilló a su marido haciéndoselo con la secretaria...

—¡No lo pillé in fraganti, gracias a Dios! Ni era su secretaria, era una

administrativa de la sucursal donde trabaja. Y no estoy amargada. —Con brusquedad,

Inés depositó la bandeja que llevaba encima de la mesa de centro.

—Hija mía, tienes un oído que ni un tísico. Qué espía ha perdido el CNI.

—¿De verdad te hizo eso tu marido? ¡Qué cabronazo! —Blanca estaba indignada.

—¡Shh, no digas tacos! ¡A tu padre no le gusta nada!

—¿Y qué puede importarte? Mi padre también

es un hombre, así que... —La niña

se encogió de hombros, luego se abalanzó sobre las patatas fritas y, con la boca llena,

añadió—: De todas formas, papá no es para nada como tu ex o el imbécil de Rodrigo.

Mi padre es el mejor tipo del mundo.

—¿Sí? —A pesar de su aparente indiferencia, Inés se moría por escuchar más,

pero no quería mostrarse demasiado interesada.

—Una vez le dijo a una mujer con la que salía que era mejor que no siguieran

viéndose, porque él no podía darle lo que ella deseaba y ella no debía conformarse

con menos.

—Eso es lo que yo llamo sacudirse a una tía con

elegancia —declaró Fran lleno de admiración.

—¡Que no, estúpido, te digo que lo hizo por su bien! La mujer no paraba de

acosarlo. Él podría haberse aprovechado de ella y, luego, si te he visto no me acuerdo,

pero en ningún momento quiso engañarla.

—No deberías contarnos las intimidades de tu padre. —Muy a su pesar, Inés cortó

en seco las confidencias—. Y menos cuando me da la sensación de que has

conseguido la información a base de pegar la oreja a la puerta.

Blanca tuvo el detalle de sonrojarse, lo que corroboró sus sospechas. En ese

momento, llamaron a la puerta y en cuanto Inés abrió entró Sasha Montagut, con la

majestuosidad de una reina, dejando una estela de denso perfume de violetas a su

paso.

—Cada día empezáis antes, ¿qué me he perdido?

—Hay una alerta roja amorosa. A la niña le han roto el corazón —comentó Fran,

despreocupado, señalando a Blanca con el dedo pulgar.

—¡No soy ninguna niña! —exclamó, furiosa.

—La verdad, Fran, es que eres muy burro. Rodrigo *el Ruin* se ha portado como

una auténtica cucaracha y Blanca ya no es ninguna niña. —La adolescente le dirigió

una sonrisa agradecida a Inés, que en ese momento limpiaba los cristales de sus gafas con la tela de la bata y, de pronto, tuvo una revelación.

—¡Pero Inés, tú vas disfrazada! ¡En realidad no eres horrible; ni siquiera eres una vieja!

—Esta niña sale a mí —afirmó Sasha, complacida—, no se le escapa una...

Inés frunció el ceño; era un auténtico desastre, una vez más la habían descubierto.

Resignada, se encogió de hombros, se llevó la mano al moño y se soltó las horquillas una a una.

—En fin, en vista de que tú también me has pillado, aprovecharé para irrigar de

nuevo el cráneo y las neuronas. Nunca hubiera pensado que llevar la cabeza llena de

horquillas fuera tan molesto. Mi cuero cabelludo parece un alfiletero.

Blanca contempló la transformación, boquiabierta, y pasaron varios minutos hasta

que consiguió decir:

—Pero tú no eres una portera de verdad, ¿a que no? Si eres guapísima... ¡Joder,

no puedo entender que alguien se disfrace de portera horripilante!

—Las mujeres despechadas son capaces de todo —apuntó Fran con mala idea.

—En efecto, lo somos. —Era evidente que Sasha se disponía a hacerles una

revelación—. Aún recuerdo cuando encontré a

Alberto Noguera, mi prometido, en la

cama de Pili Acosta, esa segundona envidiosa que siempre deseó meterse en mis

bragas. Perdonad lo vulgar de la expresión, pero nunca mejor dicho; un día la pillé en

mi camerino robándome la ropa interior. Por supuesto, mi venganza se abatió sobre

ellos a su debido tiempo... —La exvedette se pasó la lengua por los labios rojos,

relamiéndose.

—¡Dime qué hiciste! ¡Yo también quiero vengarme!

Sasha Montagut había captado la total atención de la niña. También Inés se

mostraba muy interesada mientras que los ojos de Fran iban de la una a la otra,

socarrones.

—Cerré la puerta con cuidado y llamé a un amigo fotógrafo. Las fotos de ambos,

desnudos y con cara de susto, aparecieron en todos los noticieros del país al día

siguiente, junto con un reportaje en el que yo anunciaba mi nuevo compromiso con el

galán mexicano más famoso de la época. Durante meses fueron el hazmerreír y, por

supuesto, usé mis contactos para asegurarme de que ninguno de ellos volviera a

trabajar en una película de habla hispana. Creo que Alberto acabó alcoholizado y

pidiendo limosna en la puerta de una iglesia, mientras que Pili terminó vendiendo su

cuerpo, que no era nada del otro jueves, todo

hay que decirlo, en los burdeles más

miserables de los arrabales de DF. ¡Nadie juega con Sasha Montagut!

Tras lanzar aquella advertencia, la ex actriz permaneció muy erguida y respirando

agitadamente en el centro de la sala, en tanto que Blanca y Fran la miraban con

rendida admiración. Inés, por otro lado, tenía sentimientos encontrados; aunque el

asunto le parecía algo cruel, tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir las ganas

de aplaudir. Al fin y al cabo, era una venganza perfecta, como la que había soñado a

menudo para Daniel y su querida. En ese instante, volvió a sonar el timbre de la

puerta.

—¡Hombre, la que faltaba! —Fran dio paso a Silvia, que llegaba congestionada.

—¿Me habéis echado de menos? —Fue directa a la nevera a sacar una Coca-Cola

—. ¡Uf, no os podéis imaginar el calor que hace! Vengo a ayudaros a planear lo del

vecino del 4.º izquierda. ¿Se ha cargado a alguien más?

—Vamos a tener que cambiar de planes —la interrumpió Sasha sin abandonar su

actitud dramática. Y dirigiéndole una mirada significativa a Blanca, agregó—: Ahora

ha surgido un asunto aún más importante del que ocuparnos.

Encantada de ser el centro de atención, Blanca se sentó en su puf con la Coca-Cola

en la mano y se esforzó por exhibir su mejor expresión de desolación. Fran se

derrumbó a su lado encima del suyo, y las otras tres se apretaron en el incómodo sofá

de dos plazas.

Tras dar un largo trago a su refresco, Silvia ordenó muerta de curiosidad:

—¡Contadme!

—La niña, que le han roto el corazón — comentó Fran, al tiempo que le pasaba el

brazo por encima de los hombros. Por una vez, la adolescente no reaccionó indignada

ante el apelativo, sino que le sonrió reconfortada por su ternura—. Dinos qué te ha

hecho ese cabroncete y voy pitando a partirle las piernas.

Pero antes de que ella pudiera abrir la boca, volvió a sonar el timbre.

—¡Por Dios, ¿habéis repartido octavillas de nuestras reuniones por todo el

barrio?! —preguntó Inés, irritada—. ¿Quién podrá ser ahora? Esto empieza a

parecerse al camarote de los Marx.

—¿De quién? —preguntó Blanca, extrañada.

—Ah, los jóvenes. Creéis saberlo todo y no sabéis nada de nada... —suspiró

Fran, meneando la cabeza pesaroso, como un abuelo gruñón.

Inés abrió la puerta y se quedó clavada en el umbral. Antes de poder recuperar el

habla, un brazo la hizo a un lado y su hermana se coló hasta adentro, mirando a su

alrededor con curiosidad.

—¡Ah! —Silvia soltó un grito y se llevó la mano al corazón, igual que la heroína

de un melodrama novecentista.

—Marisa, ¿qué haces aquí? —logró articular Inés por fin—. ¿Cómo me has

encontrado?

—¿Te crees que soy tonta? Sabes que no puedes ocultarme tus secretos,

hermanita. Acuérdate de cuando encontré la llave de tu diario, lo que me pude reír. En

cuanto empecé a sospechar que la historia de Nueva York era falsa, decidí seguir a tu

amiga. —Señaló con un dedo a Silvia, que aún permanecía con la boca abierta—. Y

ella me ha traído derechita hasta aquí. Por cierto, ¿quién es toda esta gente?

Los aludidos miraban a la recién llegada con curiosidad, salvo Fran, que se había

puesto en pie sin darse cuenta y contemplaba a Marisa sumido en un profundo trance.

Inés suspiró; no era la primera vez que notaba el efecto que causaba su hermana

pequeña en los hombres. Desde luego a ella no le pasaba jamás, y eso que decían que

se parecían como dos gotas de agua. Suspiró de nuevo, se encogió de hombros y

empezó a hacer las presentaciones:

—Marisa, te presento a Sasha...

Su hermana lanzó un agudo chillido y la interrumpió sin miramientos:

—¡Sasha Montagut! ¡Dios mío! ¡No se imagina cómo lloré cuando la vi en

Arrastrada a la ignominia! Pobre Clarita; primero pierde a su padre, atropellado por

su propio carro de chatarrero; luego a su madre, quien, al conocer la trágica noticia, se

desmaya y cae sobre la cazuela de estofado de conejo que preparaba en la chimenea y

muere abrasada entre espantosos gritos de dolor. Pero lo peor fue cuando, ese mismo

día, su perrito *Pillín* es devorado por un lobo hambriento que baja de las montañas...

Se lo aseguro, esa película me marcó.

Como una reina ante su súbdita predilecta, la señorita Montagut inclinó la cabeza,

complacida, y declaró:

—Me gusta tu hermana, Inés.

—Toma y a mí. —Inés apenas logró entender lo que farfullaba Fran; sin embargo,

Marisa no lo oyó.

—Marisa, te presento a Fran, amigo de Silvia y ahora, al parecer, un inquilino más

de esta portería, y esta es Blanca Echevarría, que vive en el 6.º derecha.

—Hola, chicos. Cómo te lo pasas, hermanita. Será mejor que espere a que nos

quedemos a solas para pedirte explicaciones. — Marisa se quitó el poncho de colores

de punto grueso que llevaba a pesar del calor que hacía afuera, lo tiró de forma

descuidada sobre el aparador y, como si estuviera en su casa, fue a la nevera y sacó

una cerveza—. ¡Perdonad la interrupción, por favor, seguid con lo que estuvierais

haciendo! —gritó desde la cocina.

—A este paso, voy a tener que cobrar una cuota para bebidas. Me paso el día en el

súper —rezongó su hermana, malhumorada.

Fran salió al fin de su ensoñación, pero, en cuanto Marisa reapareció en el salón,

sus pupilas siguieron pendientes de hasta el más mínimo movimiento de aquella

preciosa mujer que parecía encontrarse completamente a sus anchas, a pesar de haber

irrumpido en mitad de una reunión a la que no había sido invitada. Marisa era más

menuda que Inés y de movimientos nerviosos. Su pelo tenía un tono más claro que el

de su hermana y, por contraste, sus ojos eran una oscura sorpresa. Con agilidad, se

sentó en la postura del loto en mitad del suelo y los miró de una forma que sugería

que tenía todo el tiempo del mundo y estaba dispuesta a pasar un buen rato.

—Venga, venga, no os cortéis.

—Adelante, Blanca, aunque a veces no lo parezca, mi hermana es de confianza —

animó Inés a la adolescente, que se mostraba vacilante.

Así que Blanca relató de nuevo los acontecimientos de la tarde, sintiéndose

reconfortada por los comentarios de apoyo que, de vez en cuando, voceaba su

auditorio:

—¡Menudo canalla! Ni Pepito Galán en *Barba Azul*. —Las largas pestañas de la

exvedette se agitaban de indignación.

—Deberíamos untarlo de miel y dejarlo cerca de un hormiguero. De hormigas

rojas, que son las que pican —precisó Marisa que, a pesar del amor que decía profesar

por la humanidad y de ser vegetariana, era bastante sanguinaria.

—¡Tengo un plan! —anunció Fran, de repente. Los demás clavaron en él la

mirada, expectantes, y con expresión de triunfo y su voz más penetrante anunció—:

Blanca, mañana irá a recogerte a la escuela un bello príncipe montado en una

limusina.

La niña palmoteó, encantada, pero Inés, que ya conocía de sobra la inclinación de

Fran a embellecer la realidad, preguntó con desconfianza:

—¿Y de dónde sacamos al bello príncipe? ¿Y la limusina?

—Aquí tenéis a vuestro príncipe. —Fran se inclinó en una aparatosa reverencia.

Luego imitó con la lengua un redoble de tambores, al tiempo que tocaba con unas

baquetas invisibles y añadió en plan apoteosis final—: ¡Y tengo la furgoneta de mi

hermano!

La mirada de la niña manifestó tal decepción que Inés se vio obligada a reprimir

una carcajada, pero lo que acabó de hundir a

Fran fue el comentario de su hermana:

—Está bien, amigo, no niego que sea un buen plan, pero, desde luego, hay que

buscar a otro protagonista. No quiero ser cruel, pero no tienes pinta de príncipe,

aunque quizá seas bello en un estilo peculiar — añadió con una mirada dubitativa en

un intento, no demasiado sutil, de no herir su orgullo masculino—. Pero no te

preocupes, Blanca, el hermano pequeño de un miembro de mi grupo de música

sánscrita es un auténtico bombón y seguro que estará encantado de hacer el papel.

La expresión ofendida de Fran fue tan cómica que ni Inés ni la señorita Montagut

podieron contenerse y empezaron a reírse como

locas. Muy enfadado, y olvidado por

completo ese instante en el que, nada más verla, había decidido amarla para el resto de

sus días, Fran se encaró con la recién llegada con los brazos en jarras y los ojos

ardientes de ira.

—¿Y tú quién te crees que eres? ¡Llegas la última, dando órdenes y diciéndonos a

todos lo que tenemos que hacer!

Marisa alzó ambas manos e hizo el signo de la paz, en un vano intento de

apaciguarlo.

—Tranqui, amigo. No quería ofenderte.

—Pues sí, me has ofendido y, además, no me llames amigo. No soy tu amigo, ni tu

colega, ni cualquier débil mental de esos que imagino que estás acostumbrada a manejar a tu antojo.

—Muy bien, listillo. —Su agresividad consiguió enfurecer a Marisa, quien, al fin y

al cabo, nunca había sido ningún modelo de paciencia—. ¡Tú lo has querido! A partir

de ahora no volveré a dirigirme a ti más que a través de terceros y solo si es

absolutamente necesario.

—Perfecto. —Ambos permanecieron un buen rato retándose con miradas

incendiarias, hasta que Inés se vio obligada a echar mano de toda su diplomacia para

poner fin al enfrentamiento.

—No hagas caso, Fran, pero es cierto que tu plan tiene dos grandes pegas:

primero, eres demasiado mayor para pasar por el novio de Blanca y, segundo, si

cuando hablas de la limusina te refieres a la furgoneta de la pescadería de tu hermano

con la que hicimos la mudanza, casi que no...

—Muy bien, pues a ver con qué se descuelga la listilla de tu hermana. Yo me lavo

las manos. —Enfurrñado, el hombre se arrellanó en su puf y clavó la vista en el

suelo, dispuesto a no pronunciar ni una palabra más.

Sin hacerle el menor caso, Marisa se volvió hacia Blanca y le dijo:

—No te preocupes de nada, déjalo en mis

manos. Escríbeme en un papel la

dirección de tu colegio, tu hora de salida y un punto de encuentro, y mañana por la

tarde el hermano de mi amigo te estará esperando. ¿Tienes alguna foto que le pueda dejar?

Blanca empezó a buscar, frenética, en su mochila y, finalmente, sacó el carné de la biblioteca municipal y se lo tendió a Marisa.

—No salgo muy bien, pero no tengo otra —se disculpó.

—Relájate, esta servirá. —Abrió el enorme bolso tejido a mano en punto de vivos

colores y rebuscó durante un buen rato, hasta que encontró una libreta con un

colorido mandala en la cubierta y guardó el carné con cuidado en su interior, mientras

los otros (salvo Fran, que insistía en aprenderse de memoria el trazo de la grieta de

una de las baldosas de terrazo) daban las últimas vueltas al plan.

Por fin, hacia las nueve y media empezaron a desfilas. Marisa se quedó en el pisito

para hablar con su hermana, en tanto que Inés rehacía su disfraz a toda velocidad y

salía a despedir al resto al vestíbulo del edificio. Blanca aguardó a que los demás se

hubieron marchado antes de decir:

—Muchas gracias por todo, Inés. No sé qué habría hecho esta tarde sin ti.

Inés le dirigió una tierna sonrisa y respondió:

—No hay de qué, Blanca. Todo el mundo necesita de vez en cuando un hombro sobre el que llorar. Confía en mi hermana. Ya verás como mañana no será tan horrible como piensas.

Impulsiva, Blanca se puso de puntillas y la besó en la mejilla.



Capítulo 12

En ese momento se oyó un carraspeo, y ambas se volvieron a la vez para mirar al

recién llegado. En esta ocasión, se trataba más bien de recién llegados. Enrique

Echevarría —más seductor que nunca vestido

con unos pantalones chinos y una

americana, y el pelo oscuro ligeramente revuelto — rodeaba con su brazo la cintura de

una mujer bastante atractiva unos años mayor que Inés, no muy alta y con una estilosa

melena rubia que le llegaba a la altura de la mandíbula. Al verlos, a la joven se le

revolvió el estómago y le entraron unas ganas horribles de vomitar. En cambio, en

cuanto Blanca se dio cuenta de quiénes eran, se abalanzó sobre la acompañante del

médico entre gritos de entusiasmo:

—¡Pipi! ¡No sabía que venías!

La niña corrió a los brazos de la mujer, que la estrechó con fuerza. Saltaba a la

vista que las dos se adoraban y a Inés, no sabía por qué, eso le dolió aún más. Incapaz

de seguir contemplando aquella escena, se volvió hacia el hombre que permanecía en

pie a su lado, con una irritante sonrisa de satisfacción en sus labios. Al verla, una

oleada de rabia arrasó su cerebro y se lo hizo ver todo rojo.

—Me están poniendo el vestíbulo hecho un asco
—protestó con su tono más

desabrido mientras señalaba con un dedo acusador unas huellas casi invisibles en el

mármol—. Claro, ninguno usa el felpudo, nooo, ¿para qué? Seguro que está ahí

porque hace bonito. Nadie se para a pensar en la pobre señora Santos, que se desloma

de sol a sol como una esclava. Ahora tendré que coger de nuevo la escoba para darle

un repaso. ¡Pandilla de nuevos ricos egoístas, eso es lo que son todos! —Esto último

lo dijo en un sonoro susurro que todos pudieron oír con claridad.

Las caras de los dos adultos eran un poema: el doctor la miraba, acobardado,

mientras que la mujer lo hacía con una extraña mezcla de fascinación y horror. Al

verlos, a Blanca se le escapó una risita que en seguida disimuló como si fuera un

ataque de tos.

—Perdone, por favor —rogó al fin la rubia a la que, de repente, la situación le

pareció también de lo más cómica—. Le

prometo que la próxima vez frotaré cada zapato contra el felpudo tres veces mínimo.

—Mmm... —La señora Santos simuló apaciguarse un poco, pero no pudo evitar

añadir—: Si no los restriega al menos cinco veces no quedan bien.

—Cinco, prometido.

El doctor Echevarría sacudió la cabeza, indignado, y decidió cortar por lo sano

aquella absurda conversación.

—Vámonos. Buenas noches, señora Santos.

En el ascensor, lejos del alcance del oído de la portera, el médico estalló furioso.

—Es increíble lo de esa mujer. Voy a hablar con el administrador, no pienso

consentir que la portera de mi edificio me hable de semejante manera.

—¡Pero, papá, déjala en paz! A mí la señora Santos me cae bien. Además, tiene el

vestíbulo y la escalera mucho más limpios que la pareja que teníamos antes.

Su padre entornó los párpados y le lanzó una mirada cargada de desconfianza.

—La verdad es que no veo a cuento de qué viene que estéis todo el día juntas.

Cada vez que llego os pillo hablando muy concentradas. ¿Desde cuándo sois tan amigas?

Blanca no quería que su padre siguiera por ese camino, así que pasó al ataque.

—¿Qué pasa, papá? ¿Ahora resulta que no voy

a poder hablar con la portera?

Nunca pensé que, precisamente tú, estuvieras lleno de prejuicios clasistas. ¡Eres un anticuado!

Al oírla, él respondió, indignado:

—¡No soy ningún clasista y no me importaría en absoluto que hablaras con la

portera si esta no fuera un ente siniestro que me asesina con la mirada cada vez que le

dirijo la palabra! Lo que ocurre es que no me apetecería encontrar uno de estos días

tus restos descuartizados, metidos en bolsas de basura dentro de uno de los cubos de

la comunidad. —El médico mantuvo abierta la puerta del ascensor para que salieran.

—Papá, tienes una imaginación calenturienta.

—Blanca lanzó una carcajada.

—Pues a mí vuestra portera me parece una fuente inagotable de entretenidas

anécdotas para contar en una cena con amigos
—comentó la rubia, divertida.

—Sí, muy entretenidas. Claro, Pilar, como tú no vives con ella y no tienes que

aguantar sus impertinencias... —gruñó su hermano de mal humor, al tiempo que daba

vuelta a la llave en la cerradura.

—Pipi, ¿te vas a quedar muchos días? —Blanca acompañó a su tía al cuarto de

invitados que solía ocupar cuando iba a Madrid.

—Solo hasta el lunes. Tengo que hacer unas gestiones en el colegio mayor de tu

primo Pablo, ya sabes que el próximo curso viene a estudiar arquitectura a Madrid. La

verdad es que estaba deseando escaparme de León. Tu tío y los niños están muy

pesados, creo que les vendrá bien valerse por sí mismos durante unos días, así

apreciarán lo que hago por ellos. Además, quiero ver ese musical que acaban de

estrenar en la Gran Vía. Espero convencer a tu padre para que me acompañe.

—Seguro que sí, ya sabes que papá siempre hace lo que le pides.

—Sí —la mujer empezó a sacar prendas de su pequeña maleta y las fue colocando

en el armario—, hay que reconocer que el pobre es más bueno que el pan. ¿Qué tal

está? ¿Sabes si sale con alguien?

Su tía nunca la había tratado como a una niña inocente que no se enteraba de

nada, así que Blanca le respondió sin el menor disimulo:

—La verdad es que últimamente lo noto raro. Está un poco mustio y tristón. He

procurado pegar la oreja cuando habla por el móvil, pero, salvo la lagarta esa que no

para de llamarlo —Pilar asintió con la cabeza, ya había tenido noticias con

anterioridad de la tal Amparo Galindo—, no he conseguido pillarlo hablando con otra

mujer. De hecho, he revisado su agenda de contactos y no he encontrado nada

interesante.

—Mmm, ya veo. Tendremos que estar atentas
—se limitó a responder su tía, sin

que le escandalizaran lo más mínimo las tácticas detectivescas de su sobrina.

Inés cerró la puerta tras de sí con un poco más de fuerza de la que habría deseado. Al

ver su ceño arrugado y sus mejillas enrojecidas, su hermana, que la conocía

demasiado bien, alzó las palmas de las manos y dijo:

—¡Oye, no te enfades conmigo! No soy yo la que va por ahí contando trolas a

diestro y siniestro.

—Pues eso sí que son noticias frescas, porque, por lo general, mientes más que

hablas.

Los ojos verdes echaban chispas, pero a Marisa le dio la impresión de que, en esa

ocasión, el cabreo de su hermana no iba con ella, para variar. Así que se dirigió hacia

Inés, apoyó las manos sobre sus hombros y la condujo con suavidad hasta el sillón,

donde la obligó a sentarse. Luego agarró las patillas de sus gafas, se las quitó con

cuidado y las posó sobre la mesa. Al ver la expresión de desolación de su hermana,

que hasta ese momento había estado oculta tras los cristales azulados, Marisa empezó

a preocuparse de verdad.

Inés cerró los ojos y se dejó hacer como un autómatas. De pronto, se sentía casi tan

deprimida como cuando se enteró de la

infidelidad de Daniel; sin embargo, al notar

que su hermana le soltaba el moño y colocaba las palmas de sus manos, primero sobre

sus ojos, luego sobre sus orejas y, finalmente, sobre la parte superior de su cráneo,

alzó uno de sus párpados y la miró mosqueada.

—¿Puede saberse a qué juegas? —preguntó por fin.

—No estoy jugando a nada —contestó su hermana muy seria—. Te estoy

imponiendo las manos. Así te transmito energía vital universal y limpio y purifico las

obstrucciones energéticas de tu cuerpo, para que este recupere su equilibrio de una

manera natural.

—No he entendido ni una palabra de tu *mambo jambo*. De verdad te lo digo,

Marisa, cada día estás más rara. El día que vengan a ponerte esa bonita camisa blanca

que se ata a la espalda no voy a mover un dedo para impedirlo; como mucho, te

llevaré un bocata de tofu a Locolandia. —Inés apartó la cabeza, impaciente.

—Ay, Inés, me da pena ver lo escéptica que eres para ciertas cosas. Imagino que

todo viene de ese natural tuyo, horrorosamente suspicaz, que te hace pensar que la

gente solo te busca porque quiere algo de ti...

—¡Yo no soy horrorosamente suspicaz! —protestó su hermana, indignada.

—Por supuesto que sí, Santo Tomás a tu lado

sería Mister Confiado 33 d. C.

Verás, estoy estudiando con un maestro de reiki. Solo llevo dos clases, así que aún

estoy en el primer nivel, pero pretendo alcanzar la maestría lo antes posible. Mis

amigos dicen que soy muy buena.

Inés puso los ojos en blanco. Desde que había empezado su etapa espiritual, su

hermana sentía predilección por cualquier tipo de teoría oriental que tuviera que ver

con la sanación, la alimentación o la religión. Cualquier cosa que viniera de aquellas

exóticas y lejanas tierras por donde salía el sol encontraba en ella una adepta fanática.

También era defensora a ultranza de los débiles y necesitados de todo tipo. Ya no

recordaba ni la mitad de las causas perdidas por las que su hermana había luchado,

algunas muy nobles y, otras, absurdas por completo. Entre estas últimas le venía a la

cabeza la sentada que hizo con otros colegas durante diez días frente a la Xunta, para

exigir una vida digna para el berberecho gallego. Al final los desalojaron por la fuerza,

aunque ella, como de costumbre, salió mucho mejor parada que sus compañeros, ya

que durante la protesta se hizo amiga de dos policías gallegos, macizos como el

Galaico-Leonés, que la protegieron durante los disturbios y con los que pasó dos días

de lo más entretenida, jugando al mus y coqueteando con ellos en el calabozo de la

comisaría. Debía reconocer que su hermana era la activista perfecta; cualquier cosa era capaz de activarla.

—Está bien, te creo, pero deja de toquetearme la cabeza, que me estás poniendo

nerviosa. ¿Quieres un café y tostadas de cena? Me temo que estas termitas de los

jueves han acabado con el resto de las existencias. —Inés se puso en pie y fue a la

cocina; su hermana la siguió y, pocos minutos después, daban cuenta de un par de

tostadas untadas con mantequilla y miel.

—Y ahora cuéntame de qué va todo esto —pidió Marisa tras dar un largo sorbo a

su café.

Inés la puso al corriente de casi todo lo que había ocurrido desde que se despidió

de ellas, en teoría, para irse al aeropuerto. Su hermana la escuchó sin interrumpir ni

una sola vez y solo cuando acabó su relato comentó:

—Y luego tengo que oír que yo soy la loca de la familia...

Al oír sus palabras, Inés no pudo evitar una carcajada.

—Sí, suena a locura, pero, en realidad, la vida de portera no está tan mal. Me deja

mucho tiempo libre. Por primera vez desde que empecé mi novela, tengo la sensación

de que seré capaz de terminarla. —Inés jugueteó durante un rato con la tapa del

azucarero antes de añadir—: Sé que parece que me estoy escondiendo de Daniel, pero

no es así.

Su hermana enarcó una ceja con escepticismo y comentó:

—¿Cómo es eso que dicen los picapleitos? Excusatio non petita...

Una sonrisa renuente asomó a los labios de Inés, pero sacudió la cabeza en una

firme negativa.

—Te lo digo en serio, Marisa, desde que estoy aquí ya casi no pienso en él.

—No me extraña, el morenazo está de muerte.

—Su tono rebosaba ironía.

Estupefacta, Inés alzó la vista y la miró como si, de repente, le hubieran salido tres

cabezas, una de ellas de rata asquerosa. Marisa le devolvió la mirada con serenidad—.

No me mires así, hermanita. Lo sé todo sobre tu noche loca, parece mentira que con

los peligrosos tiempos que corren se te vaya la pelota de semejante manera —añadió

con las manos cruzadas sobre el regazo en una pose virtuosa mientras daba vueltas a

los pulgares.

A la otra se le subieron los colores, abrió y cerró la boca varias veces dispuesta a

negarlo todo, pero fue incapaz de pronunciar palabra. Su hermana la observaba,

divertida, sin intención de ayudarla. Por fin, Inés consiguió articular una frase, corta,

eso sí:

—¿Cómo lo sabes?

—Además de estudiar reiki, estoy haciendo un cursillo de artes oscuras. Voy por

el apartado 3.1: «Pactos con el diablo y adivinación». La semana que viene me

imponen la banda y me regalan la bola de cristal... —Al ver su expresión horrorizada,

Marisa comprendió que el cerebro de su hermana estaba tan bloqueado que se había

tragado la estrambótica explicación—. ¡Por Dios, Ine, no seas simple! Me encontré el

otro día con él.

Un nuevo boqueo de pez asfixiado, hasta que un único vocablo rasposo logró salir

de su garganta cerrada:

—Cuenta —graznó.

—Tu misterioso amante me abordó frente al portal de mi casa. Me confundió

contigo. La verdad es que me dio pena el pobre, parecía bastante desesperado.

—Desesperado... —repitió Inés.

—Dijo que llevaba varios días buscándote, me preguntó si te estabas riendo de él.

Yo contesté que mi hermana Inés estaba en Nueva York. —Marisa le guiñó un ojo,

maliciosa—. En un momento dado, no recuerdo bien a cuento de qué, afirmó que tus

ojos se volvían de un verde esmeralda casi transparente cuando estabas excitada.

—Transparente... —reverberó el eco, con las mejillas de un rojo furioso.

—Hija, ¿te has vuelto lela o qué?

Inés sacudió con fuerza la cabeza en un intento de recuperar sus extraviadas

facultades mentales.

—Así que fue a buscarme —murmuró para sí.

—Si me pides mi humilde opinión te diré que el fascinante moreno está loco por

ti.

—Loco por mí...

—¡Oye, no empieces otra vez! —exclamó Marisa, irritada.

—Estás equivocada, no está loco por mí —respondió su hermana en un tono casi

normal, aunque, en seguida, cambió a modo furibundo—. ¡Es un mujeriego, un

depredador nocturno, un...!

—¡Para, no te embales! ¿Por qué dices eso?, tiene cara de buena persona.

—Acabo de verlo con otra.

—¿Ahora?

—Ahora mismo.

De nuevo, la voz de Inés había cambiado y ahora tenía una inflexión más bien

deprimida. Marisa permaneció un rato en silencio mientras consideraba,

detenidamente, lo que acababa de decir su hermana.

—Es inútil. —Se rindió al fin—. No entiendo nada. Cuéntamelo todo desde el

principio.

Inés era una persona muy reservada, pero su hermana la había pillado con la

guardia baja, así que empezó a relatar lo ocurrido desde que empezó a trabajar en la

portería, sin tratar de esconder el más mínimo detalle. Cuando terminó al fin, Marisa

lanzó un silbido silencioso.

—Quién habría dicho que la vida de portera pudiera ser tan excitante... —Luego

le lanzó una pregunta a bocajarro que la hizo dar un respingo—: ¿Estás enamorada de

Míster Seductor?

—¡Por supuesto que no! —negó con vehemencia—. Lo que ocurrió fue que bebí

en exceso y perdí la cabeza.

Su hermana le lanzó una mirada escéptica, antes de afirmar:

—Desde que te conozco, hermanita, nunca te he visto perder nada; eres de las que

les das tantas vueltas a las cosas que acaban mareadas.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo —respondió Inés a la defensiva

—. Quizá pensé que echar una cana al aire me haría recuperar un poco de la

autoestima que perdí después de lo de Daniel.

—No hay color entre el capullo de Daniel y el elegante y misterioso doctor

Echevarría.

—¿Tú qué sabes? Solo has visto a Enrique, ¿cuánto? ¿Diez minutos? ¡No lo

conoces de nada! —exclamó Inés, rabiosa.

—Está bien, puede que no lo conozca, pero conozco bien a Daniel y siempre he

pensado que era un niño creído y prepotente. El doctor Echevarría, en cambio,

parece todo un hombre.

Sin saber por qué, las palabras de Marisa conjuraron tórridas imágenes de las

habildosas manos del médico recorriendo su piel a conciencia, y la llamarada de

fuego que provocó aquel recuerdo incendió el cuerpo de Inés y la dejó jadeante.

Abochornada por su reacción, hizo esos inoportunos pensamientos a un lado y trató

de defender a su ex; al fin y al cabo, había pasado más de media vida a su lado.

—Daniel también es todo un hombre. Y un hombre muy guapo, además.

—Sí, tiene cara de niño mono y está cachas —replicó Marisa, condescendiente—,

pero nunca se sintió a tu altura y tenía que alardear más que nadie para compensarlo.

—¡Eso es mentira!

—No es ninguna mentira y lo sabes bien. Daniel no vale ni la mitad que tú. En mi

modesta opinión...

—¡Puedes guardarte tu opinión, no me interesa!
—la interrumpió, furiosa.

—En mi modesta opinión —prosiguió su hermana como si no la hubiera oído—,

hasta su infidelidad fue un intento más de reafirmarse ante ti.

—¿Esta lección de psicología barata viene dentro del *pack* del cursillo de artes

oscuras? —El tono de Inés estaba teñido de sarcasmo, pero sus ojos tenían una expresión dolida.

Su interlocutora lo notó al instante y decidió cambiar de tema. Inés era demasiado

sensible y no disfrutaba hiriéndola, pero su cerrazón para ciertos asuntos a veces la

sacaba de quicio.

—¿Oye y qué es eso que cuentan del asesino del 4.º izquierda?

Comprendió al instante que Marisa le daba una tregua y, algo más serena, le puso

al día del plan que habían ideado para pescarlo con las manos en la masa. Las

hermanas siguieron conversando sin parar durante varias horas más. A pesar de sus

diferencias, siempre habían estado muy unidas y ambas echaban de menos las charlas

interminables de los tiempos en que compartían habitación en la casa de su madre.

Además, Marisa también había tenido un papel destacado en su recuperación tras el

divorcio, por lo que Inés le estaba profundamente agradecida. Por fin, pasadas las

doce, su hermana se marchó y la dejó sola, así que aprovechó para abrir el ordenador

y consultar su correo.

Tenía tres nuevos *mails* de Daniel y uno de su madre. Como de costumbre, puso

los correos de su ex en una carpeta aparte y

abrió el otro.

Para: inesinesitaines@gmail.com

CC:

De: mamacibernetica@yahoo.es

Asunto: ¿Qué le pasa a tu hermana?

Inés, estoy preocupada, Marisa está muy rara. A veces pienso que se le ha pasado por

completo el entusiasmo y ya no quiere ir de compras a Nueva York. ¿Te ha contado algo? A

lo mejor es por esos cursillos tan extraños que hace; uno de estos días la vamos a ver

vestida con una túnica color azafrán, el cráneo reluciente y cantando y repartiendo flores

por la calle. En fin, ¿qué tal por NY? ¿Está el aire más limpio? No pienses que me aburro, he

conocido a un hombre muy interesante en la clase de bridge. Es viudo y, a Dios gracias, no tiene hijos. Aún recuerdo la paliza que nos dio Marc, el hijo de Jordi. La última vez que

Marisa le dio calabazas, pensé que saltaría desde el viaducto. Antonio quiere que vaya con él a Mallorca esta primavera, pero le he explicado que vamos a ir a verte y que, a mí, los aviones me gustan lo justo.

Bueno, mi vida, espero que ya estés recuperada de lo de Daniel, un beso muy fuerte de tu madre.

Inés esbozó una sonrisa malvada. Su madre tenía un plan alternativo, y entre

Marisa y ella conseguirían que se olvidara del viaje a Nueva York. Satisfecha, apagó el

equipo y nada más apoyar la cabeza en la almohada se quedó dormida, aunque sus

sueños estuvieron poblados por unos fantasmales dedos de pianista que ejecutaban un

concierto magistral sobre su piel.



Capítulo 13

—¡Venga, dejad hablar a la niña de una vez!

La voz profunda de Fran se impuso sobre el cotorreo alborotado que imperaba en

el minúsculo salón de la portería. A pesar de que no era jueves, estaban reunidos los

habituales y las nuevas adquisiciones: Silvia y Marisa. Por fortuna, Inés había sido lo

suficientemente previsora como para ir a hacer la compra a la hora de la comida, y la

vieja nevera volvía a estar llena de cervezas y Coca-Colas.

Cada uno con una bebida en la mano y ocupando sus sitios de costumbre —la

señorita Montagut, Inés y Silvia, apretadas sobre el sofá; Fran y Blanca, en sus pufs, y

Marisa, sentada en el suelo en la postura del loto —, estaban preparados para escuchar

la odisea de Blanca.

—¡Ha sido increíble! ¡No os lo podéis imaginar!

—Los grandes ojos castaños

relucían de excitación y gesticulaba tanto con las manos que el contenido de la botella

estuvo a punto de derramarse varias veces.

—Es guapo el chaval, ¿eh? —Marisa le guiñó un ojo y Fran, fastidiado, hundió los

puños aún más en los amplios bolsillos de su pantalón de rayas. A pesar de que los

dos se habían dirigido un frío saludo al llegar, Fran no podía evitar que sus ojos grises

se deslizaran, acariciadores, sobre su figura menuda en cuanto ella no miraba.

—¡Es un dios!

—Venga, Blanca, cuéntalo desde el principio —la animó Inés.

La niña cruzó las piernas sobre el puf y se dispuso a relatarles una de las mañanas

más gloriosas de su vida.

—El día no empezó bien, ya os lo podéis imaginar. Rodrigo y Mamenmelá iban a

todas partes agarraditos de la mano y, cada vez que yo pasaba cerca de ellos,

empezaban a toquetearse y a reírse. Me pareció que más gente se reía a mis espaldas,

pero yo iba con la cabeza bien alta como si la cosa no fuera conmigo.

—¡Esa es mi niña! —la jaleó Fran.

—¡Igualita que la escena segunda de *Su flor mancillada*! —Las largas pestañas de

Sasha Montagut se agitaron, emocionadas.

—¡Blanca, Blanca, Blanca! —Los gritos de Silvia y Marisa resonaron en la

portería hasta que Inés las obligó a bajar el volumen, al tiempo que le dirigía a la

adolescente una sonrisa de orgullo.

Ella se la devolvió, conmovida. Le gustaban mucho sus nuevos amigos; con Fran

se partía de risa; la señorita Montagut, Silvia y Marisa eran un encanto, pero su

relación con Inés era más profunda y, desde el día en que descubrió lo de Rodrigo y

lloró sobre su hombro, sentía que entre ellas se había establecido un vínculo especial.

—En fin, fue un día miserable que lo flipas, pero el fin de fiesta lo compensó

todo. Elena había tratado de acercarse a mí varias veces para pedirme disculpas, pero

pasé de ella ampliamente. No renta tener una amiga que no sabes cuándo te la va a

clavar en el Tuenti, ¿no creéis? —Hasta la exvedette, que no tenía la menor idea de lo

que hablaba, asintió con la cabeza—. Según caminaba por el patio hacia la salida no

hacía más que ver corrillos de niñas hablando muy nerviosas, hasta que se me acercó

Lucía, histérica perdida, y me dijo que tenía que ver aquello. No quería ni pensar que

«aquello» fuera una sorpresa del estilo de la que me llevé en los recreativos, pero

seguí adelante, diciéndome que «aquello» no podía ser peor...

Blanca hizo una pausa y miró a su alrededor. Satisfecha, observó que todo el

mundo estaba pendiente de sus labios. Hasta Fran había conseguido despegar la

mirada de Marisa durante unos segundos y sus cálidos ojos grises, que relucían con

simpatía detrás de las gafas, la animaban a continuar.

—Entonces crucé la verja de hierro y, de repente, veo que viene hacia mí el tío

más tribueno que he visto jamás. No sé cómo explicarlo, fue como si en ese momento

se hiciera un silencio a nuestro alrededor y estuviéramos, él y yo, solos en el mundo.

—Yo le pondría la banda sonora de *Love story*
—suspiró Silvia, que era una

romántica empedernida.

—Sí, bueno, no sé. —Blanca hizo una mueca, dubitativa—. Suena un poco a del

año de la pera, la verdad, pero creo que me entendéis, ¿no? —De nuevo hubo

acuerdo general.

—Sigue, niña. Esta historia me está recordando tanto a los guiones de mis viejas

películas... —La señorita Montagut se llevó a los ojos su eterno pañuelito de encaje

que, una vez más, volvió a su bolsillo completamente seco.

—Pues, como os decía, este sueño andante de metro noventa, cuerpo escultural

cubierto con una camiseta negra ajustada y unos vaqueros grises rotos, pelo negro

revuelto, ojos azules y unos dientes blancos que te hacían guiñar los ojos, me pasó un

brazo por los hombros, me dio un pico y me dijo con una voz profunda que te

convertía en gominola y que todo el mundo pudo oír: «Qué ganas tenía de verte,

na, llevo todo el día pensando en ti».

—Bueno, lo de nena... —Inés torció el gesto.

—¿Qué es un pico? —preguntó la señorita Montagut.

—Menuda ficha le hiciste en dos segundos, seguro que también iba marcando

paquete. —El sarcasmo de Fran iba dirigido de lleno a Marisa.

—A Dios gracias, aún quedan hombres en el mundo que llevan pantalones que no

son el antídoto de la lujuria —replicó ella en el acto, sin dignarse a mirarlo.

—¿Te refieres a los míos? —Las mejillas de Fran enrojecieron de rabia.

Marisa tuvo a bien dirigirle, por fin, una mirada desdeñosa y contestó:

—Eres muy agudo, rastaplasta.

—¿Y tú, Candace, pretendes darme lecciones de moda con esa mala imitación del

poncho de Yoko Ono?

Inés nunca habría imaginado que un chico de trato fácil y relajado como Fran

pudiera ponerse tan furioso, pero su hermana cerró los ojos, apoyó las manos en las

rodillas con las palmas hacia arriba, juntó el índice y el pulgar en un perfecto *jñána*

mudrá, y fingió no haberlo oído.

—¿Sigo o vais a seguir peleándoos? —preguntó Blanca, irritada, sin parar de

rebullirse en su asiento.

—Sigue, Blanca, y vosotros dos, ¡dejadlo ya! —
ordenó Inés, lanzándole una

mirada de advertencia a Fran.

—¡Es que tu hermana...!

—Es que tu hermana, es que tu hermana... ¿El
nene está estudiando segundo de

guardería o ha repetido?

Inés pensó, como ya había hecho en otras
ocasiones, que había gente que al nacer

recibía un don de las hadas: la belleza, el
encanto, la inteligencia... el don de Marisa

era el de sacar de sus casillas a la gente que le
caía mal—y estaba claro que había

decidido incluir a Fran en ese amplio círculo—;
lo hacía con una destreza y una gracia

únicas. Era un espectáculo digno de verse y muy divertido; en especial, si era otra la

persona que tenía que enfrentarse a ese ingenio afilado.

—¡Basta ya, Marisa! —la regañó, mientras observaba con compasión a Fran,

quien había sacado del bolsillo su sempiterno mechero naranja y le daba vueltas entre

los dedos. El pobrecillo le daba pena; era evidente que su hermanita se lo iba a comer

con patatas, pero, justo en ese instante, él alzó la vista y algo brilló en los ojos grises

que le advirtió que todavía no había llegado el momento de dar el partido por perdido

—. Vamos, Blanca, sigue con la historia.

—Está bien, pero no más interrupciones, *hein?*

—Los amenazó con el índice y,

una vez más, el resto de los reunidos asintió al unísono.

—A ver por dónde iba... Ah, ya. Pues con esos pedazo de bíceps alrededor de mis

hombros me condujo hasta la moto más grande y más *dabuti* que he visto en mi vida.

Era negra y a su alrededor se arremolinaban, babeantes, un montón de chicos de todos

los cursos. Carlos, porque no sé si os he dicho todavía el nombre de esta divina

criatura —los demás negaron en silencio, en una coreografía perfecta que ya la

quisieran para sí las chicas de natación sincronizada—, hizo un gesto con sus brazos

musculosos y los espantó como a moscas.

Después, Carlos el Macizo se puso su

cazadora de cuero, se subió la cremallera, taaan despacio que los ojos de las chicas

(parecía que todo el colegio se encontraba reunido en la acera, pendiente de nosotros)

e, incluso, los de la hermana portera se quedaron pegados a ese movimiento. Cuando

terminó, noté que todas las allí presentes, sin excepción, tragaban saliva un par de

veces.

»Luego, se subió a la moto, se colocó el cuello de la chupa hacia arriba, se atusó

un poco el pelo con esos dedos largos y fuertes, y os juro, y que me muera aquí

mismo si miento, que se oyó un suspiro colectivo que ahogó el ruido del tráfico.

Entonces, Carlos se volvió hacia mí, me colocó su casco con la delicadeza del príncipe

de Cenicienta y me lo ató a la barbilla. —En la portería no se oía ni el vuelo de la

puñetera mosca que se había colado hacía tres días, a la que Inés no encontraba la

forma de liquidar—. Me dijo: “Sube, princesa”. Y yo me sujeté bien la falda del

uniforme para que no se me viera nada y salté detrás de él, con la gracia de una

bailarina de *ballet*. Me aferré con los dos brazos a esa cintura con una tableta que ni la

fábrica de Nestlé y, entonces..., ¡pasó lo mejor de todo! —Su voz se volvió más

aguda e hizo una nueva pausa efectista para darle aún más emoción al asunto, aunque

se notaba que se moría por contar el resto.

—¡Sigue, por Dios! —suplicó Silvia.

La adolescente no se hizo de rogar:

—Carlos acababa de arrancar la moto, con un estruendo en plan Boeing 747,

cuando se acercó Rodrigo y me dijo: «Blanca, ¿quieres que quedemos el sábado para

ir al cine?». Carlos se volvió hacia mí y me preguntó bajito: «¿Es este?». Yo dije que sí

con disimulo y, entonces, se volvió muy serio hacia Rodri y, mirándolo como si fuera

la babosa más repugnante con la que jamás hubiera tenido la desgracia de encontrarse,

le soltó: «Oye, niñato, no se te ocurra llamar a mi novia si no quieres que patee tu

apestoso culo con una de mis botas, ¿entendido?». Tendríais que haber visto la cara de

idiota que se le quedó a Rodrigo, mientras la asquerosa de Mamen devoraba a *mi*

novio con sus ojos de «buitresa» en ayunas. Entonces Carlos arrancó y salió

quemando ruedas, y ahí se quedaron, con la boca abierta, como dos patéticos peces

payaso. Creo que este ha sido el momento cumbre de mi existencia. —Su expresión

extasiada lo decía todo, y los demás recibieron el fin de la historia con una salva de

aplausos y vítores.

—Esto merece un brindis. ¡Por Blanca! —gritó Inés, y todos se apresuraron a

levantar sus botellas y las entrecucharon con alegría. Cuando llegó el turno de Fran y

Marisa, ella hizo como que no lo veía y dio media vuelta, pero él la agarró de la

muñeca con la otra mano y la obligó a chocar su botella contra la suya.

—¡Por Blanca! —Repitió el brindis con sus pupilas clavadas, desafiantes, en los

iris castaños. Marisa se desasíó de su mano y trató de asesinarlo con la mirada, pero él

se limitó a sonreír, burlón, y se alejó de ella en el acto.

Cuando la calma regresó por fin a la pequeña portería, Sasha Montagut sacó el

otro tema que les preocupaba: no habían avanzado lo más mínimo en sus intentos de

desenmascarar al asesino del 4.º izquierda.

—Igual ya ha sumado varias víctimas más en su haber y nosotros aquí, sin hacer

nada —declaró en tono sombrío.

Los presentes se miraron unos a otros con sensación de culpabilidad.

—Deberíamos entrar en su casa y registrarla; Inés tiene las llaves de todos los

pisos de la finca, así que no será difícil —propuso Fran después de pensar un rato.

Pero ella se negó en redondo. No estaba dispuesta, dijo, a que la mandaran a

puadirse en la cárcel durante el resto de sus días por allanamiento de morada.

—Además —añadió—, el tipo ese no sale nunca de su piso.

—Sí que lo hace —matizó la señorita Montagut
—. He estudiado a fondo sus

hábitos y he descubierto que lo hace el quince y
el treinta de cada mes, cuando

necesita deshacerse de los cuerpos.

Un tumulto se desató de repente, y todos
empezaron a hablar al tiempo. La exactriz

se vio obligada a levantar ambos brazos para
pedir calma.

—¡No habléis todos a la vez! A ver, tú, Marisa.

—Yo creo que deberíamos olvidarnos de esa
idea... descabellada, por no decir

algo más fuerte, de registrar su piso. —El dardo
envenenado voló por encima de sus

cabezas, pero no debió de dar en la diana,
porque Fran ni se inmutó—. Propongo que

lo sigamos. Quedan diez días para el quince, deberíamos apostarnos con un coche

delante del portal y en cuanto salga, ¡zaca!, nos pegamos a él como garrapatas para ver

adónde va.

—Sí, sí —aplaudió Blanca, entusiasmada.

—No me parece mala idea. —Inés sintió un profundo alivio al ver que la amenaza

de tener que irrumpir en un piso sin el permiso de alguna autoridad competente se

alejaba de su cabeza.

—Estoy de acuerdo con Marisa —afirmó Silvia sin levantar la mirada, enfrascada

como estaba en la engorrosa tarea de aplicarse esmalte en una uña. Había tomado un

frasco prestado del baño de Inés y, aunque el color era distinto, decidió que eso era

mejor que ir con dos uñas saltadas.

—Puede que, por una vez, Candace haya dado en el clavo —declaró Fran con

actitud paternalista.

—¿Puede saberse por qué me llamas Candace, estúpido?

—Eres exacta a la hermana repelente de Phineas. Ya sabes, los dibujos

animados...

—Pues no, no lo sé, no soy una descerebrada como tú que, a estas alturas, sigues

viendo series para niños. Está claro que la maría ha acabado con las pocas neuronas

que tenías —se apresuró a replicar la pizpireta rubia.

—Bueno, quizá salvarme del abismo de las drogas pueda convertirse en otra de

esas absurdas misiones humanitarias a las que dedicas tu vida.

El sarcasmo de Fran hizo sonreír a Inés, sobre todo al darse cuenta de que, por

primera vez, era él quien había logrado sacar a su hermana de quicio. Sin saberlo, el

amigo de Silvia había dado con el tono adecuado; Marisa estaba tan acostumbrada a

que los hombres se arrojaran de bruces sobre los charcos para servirle de puente —

metafóricamente hablando— que sus pullas la desconcertaban.

—Por mí puedes tirarte de cabeza a ese abismo o al primer barranco que encuentres, rastaplasta.

—Yo también te quiero, Candace.

Marisa se pasó una mano impaciente por sus guedejas doradas y soltó un bufido mientras los demás reprimían una carcajada para no herir sus sentimientos.

—Muy bien, entonces aceptado el plan de Marisa. —La exactriz dio un golpe con un mazo invisible—. Vamos a centrarnos en los detalles de la operación.

A partir de ese momento, se les fueron un par de horas maquinando planes, a cuál más surrealista, y las risas resonaron con frecuencia en la portería.

—Opino que deberíamos revisar la basura del sospechoso, podría estar

deshaciéndose de pruebas incriminatorias — propuso Fran, de pronto.

—Ni hablar —rechazó Inés con firmeza—, ya me imagino a quién le iba a tocar

cargar con el muerto, y nunca mejor dicho.

—Venga, Inés, no seas aguafiestas. Eres la única que tienes acceso al cuarto de las

basuras de la finca —rogó Marisa que, por primera vez, estaba de acuerdo con una de

las propuestas de su enemigo.

—¡Que no! No pienso ponerme a hurgar en las bolsas de basura de nadie.

¡Menuda asquerosidad! Además, creo que eso es también un delito.

—¿Allanamiento de basura? —Fran alzó una ceja con sorna.

—Pues algo así. La basura de las personas también tiene derecho a la intimidad,

digo yo. —Inés pretendió imprimir un matiz de rotundidad a sus palabras, pero al

mirar a su alrededor vio que Blanca y la señorita Montagut arrugaban la frente con

desaprobación, y hasta su amiga Silvia fruncía los labios en un gesto de descontento.

—Inés, creo que todos deberíamos aportar nuestro granito de arena —trató de

convencerla la adolescente—. Si quieres, te puedo ayudar.

—Sí, claro. Ya te estoy oyendo anunciar a tu padre a las doce de la noche que te

vas un momento a rebuscar entre los desperdicios de un presunto asesino. Creo que le va a encantar —replicó, sarcástica.

—Me escaparé, no se dará ni cuenta.

—¡He dicho que no! Con que uno de nosotros se manche las manos será suficiente.

—¡Entonces..., ¿lo harás?! —Marisa palmoteó, entusiasmada, al tiempo que Fran

se levantaba de un salto del puf, agarraba el rostro de Inés entre sus manos y

depositaba un sonoro beso sobre su frente.

—Estoy orgullosa de ti, Inés. Sabía que una minucia como un poco de suciedad

no te detendría. —Sasha Montagut sonrió con

expresión satisfecha.

Inés se liberó de los brazos de Fran y se enfrentó a ellos con cara de pocos amigos.

—Una minucia. Ja. Vigilar durante no sé cuántos días hasta que a ese simio peludo

le dé por sacar la basura y luego enterrarme hasta los codos en su porquería. Menos

mal que en vez de guantes de raso largos tengo unos más prácticos de goma rosa

talla M; imagino que este es todo el glamur al que puede aspirar una portera

reconvertida en Mata Hari —y añadió con amargura—: No sé cómo os lo montáis para

que los marrones se los coma siempre la misma.

—¡Entonces, decidido! —Fran interrumpió su bacanal de autocompasión sin

miramientos—. Inés hará el trabajo sucio; Sasha desempeñará labores de vigilancia y

contraespionaje, y nos avisará cuando el pájaro levante el vuelo; yo me apostaré frente

al portal a bordo de un vehículo adecuado con el motor en marcha, y Blanca, Marisa y

Silvia esperarán durmiendo, como niñas buenas, el desenlace de los acontecimientos.

Los gritos de indignación de Blanca y Marisa, que se habían puesto en pie al

mismo tiempo como si alguien acabara de quemarlas con una cerilla, lo obligaron a

taparse las orejas.

—¡Yo pienso tener un papel estelar en esta

aventura, y tú no podrás impedirlo,

listillo! —Marisa, con los brazos en jarras, se irguió frente a él en toda su escasa

estatura, amenazadora.

—¡Yo tampoco pienso quedarme de brazos cruzados mientras los demás os

quedáis con toda la diversión, *no way!* —Los ojos de Blanca chisporroteaban de

indignación mientras iban de unos a otros buscando un poco de simpatía.

—Pues yo me quedaré tan pancha en mi camita y luego me lo contáis —declaró

Silvia, que siempre había sido un poco cobardica.

—Lo siento, Blanca, Fran tiene razón, tú no puedes venir. Puede ser peligroso y,

además, quizá el asunto dure toda la noche. Si tu padre se despierta y no te encuentra

en tu cama se llevará un susto de muerte.

—Sois... sois unos... ¡sois unos esquirols! —
La furibunda adolescente dio

media vuelta y salió de la casa dando un sonoro portazo, tan violento que un trozo de

escayola se desprendió del techo.

—Creo que me he quedado sordo. —Fran sacudió la cabeza de un lado a otro,

aturdido, antes de ceder—. Está bien, Candace puede venir, quizá necesitemos que teja

una cuerda de punto para atarle las manos al sujeto.

—Ja, ja. Imagino que te entrenas todos los días delante del espejo para ser tan

chistoso.

Sasha se despidió en ese momento.

—Os dejo, pequeños, necesito dormir mis ocho horas de rigor. Reconozco que me

encantan estas reuniones, me hacen sentir joven de nuevo. Buenas noches. —La

exvedette se despidió de Inés con un beso en la mejilla y, contoneándose sobre sus

altos tacones, se dirigió hacia la puerta. Con la mano en el picaporte se volvió, lanzó

una mirada elocuente a Fran y a Marisa, y añadió—: Y vosotros dos, andaos con ojo.

Mi relación con Marcelo Duval era igual de tormentosa, pero, en realidad, fue el único

hombre al que amé en mi vida. Si un pedazo de hielo del tamaño de un balón de

fútbol no le hubiera aplastado la cabeza durante una tormenta de granizo en Valencia,

sé que lo nuestro habría acabado en boda.

Con esta última andanada de despedida, la señorita Montagut hizo mutis por el

foro.

—Joder, me ha dejado más frío que al tal Marcelo. Venga, Candace, te acompañaré

hasta tu casa. —A pesar del apodo burlón, a Marisa le pareció detectar un destello de

ternura en los ojos grises, así que, para evitar futuros equívocos, decidió ser lo más

borde posible.

—No necesito que me acompañes a casa, rastaplasta, no creo que un

guardaespaldas cinco centímetros más alto que yo vaya a amedrentar a ningún posible

asaltante. Como diría un amigo mío: no tienes ni media leche.

—Tonterías, al menos te saco diez centímetros y soy un auténtico Hércules de

incógnito —respondió él sin inmutarse, al tiempo que apoyaba la mano en su espalda

y, con suavidad, la empujaba hacia la puerta.

—¡Diez centímetros! ¡En tus sueños! No debes...

El eco de su discusión se apagó en cuanto Fran cerró la puerta de la portería.



Capítulo 14

Después de haber pasado las últimas cinco noches con el ojo pegado a la mirilla cada

vez que oía ponerse en marcha el ascensor, por fin, durante la sexta, Inés saltó de la

cama en cuanto sonó el ruido del motor y llegó justo a tiempo para ver desaparecer la

calva del vecino del 4.º izquierda mientras la cabina descendía hacia el sótano.

Mascullando entre dientes, se calzó unas zapatillas de deporte, se puso el abrigo

encima del pijama y, aunque no creía que a esas horas fuera a cruzarse con nadie,

rehízo su moño y se puso las gafas. En pie tras la puerta entornada, vigiló hasta

asegurarse de que el presunto asesino subía de

nuevo a su piso y, sigilosa, bajó por la escalera hasta el garaje.

Se puso los guantes de goma sin dejar de refunfuñar. En el cuarto de las basuras

olía fatal, pero pensó que resultaría más discreto registrar las bolsas ahí que en plena

calle. Había tres cubos de basura orgánica y dos amarillos, de envases y plásticos, y

empezó a lloriquear al pensar que tendría que hurgar en todos ellos. Abrió la tapa del

primer contenedor con dos dedos y el olor le provocó tal arcada que la soltó de golpe

y retrocedió unos pasos.

«Ahora que me acuerdo, creo que entre los cometidos de un buen portero está el

de lavar los cubos de vez en cuando... En fin — se dijo en un vano intento de

animarse a sí misma—, al menos solo tengo que buscar en las últimas bolsas».

Sin dejar de maldecir a Fran, a Marisa y al comité de los jueves en pleno, Inés se

tapó la nariz y abrió el cubo de nuevo. Con toda la rapidez de la que fue capaz, se

soltó la nariz y, sin respirar, sacó la primera bolsa que encontró y dejó caer la tapa.

Deshizo el nudo con dedos temblorosos y empezó a revolver entre los desperdicios. El

descubrimiento de una compresa ensangrentada le provocó una nueva arcada

violenta, así que cerró la bolsa a toda velocidad, diciéndose que esa no podía ser la

basura de un hombre que vivía solo.

Con el estómago revuelto, decidió que sería una buena idea registrar primero los

cubos amarillos. Por fortuna, no encontró nada desagradable en ninguna de las dos

bolsas, aunque estaba segura de que la que estaba llena de Tetra Brik aplastados de

vino barato pertenecía, sin lugar a dudas, al inquilino del 4.º. Después, inhaló

profundamente y, conteniendo la respiración, se armó de valor para abrir la tapa de

los dos contenedores que quedaban. En la primera bolsa que sacó solo encontró

peladuras de fruta y verdura, mezcladas con restos de arroz y pollo.

—¡Venga, Inesita, ya solo te queda una! —dijo

en voz alta tratando de infundirse

valor.

Con una mueca de asco, abrió la tapa mientras procuraba no respirar por la nariz,

y de nuevo lanzó una maldición. El cubo estaba vacío a excepción de una bolsa en el

fondo, así que se vio obligada a inclinarse mucho sobre el borde para alcanzarla. Justo

cuando rozaba el nudo con la punta de los dedos, la puerta del cuarto de las basuras se

abrió de golpe y la golpeó en las nalgas. Inés soltó un chillido histérico, perdió el

equilibrio y estuvo a punto de caer de cabeza en el interior; sin embargo, gracias a

unos portentosos reflejos que desconocía poseer, evitó en el último segundo que las

gafas resbalaran de su frente y se hundieran en las profundidades húmedas y

malolientes. De pronto, unas fuertes manos la agarraron sin miramientos por las

caderas y la rescataron de un destino peor que la muerte.

—¿Se puede saber qué demonios está haciendo?

Con dedos temblorosos, Inés se colocó las gafas en su sitio, al tiempo que pensaba

que era típico de su mala suerte que fuera, precisamente, el doctor Echevarría el que la

hubiera pescado con las manos en la apestosa masa, en unas circunstancias tan poco

dignas.

Se volvió para enfrentarse a él y, entonces, fue

consciente de que las manos del

médico seguían posadas en sus caderas y de que su cuerpo estaba demasiado cerca.

Una repentina oleada de calor hizo que se pusiera tensa y la sangre fluyó en tromba a

sus mejillas. Por fortuna, la luz mortecina proyectada por la bombilla desnuda que

colgaba de unos cables del techo no era lo suficientemente potente como para que él

lo advirtiera. Inés dio un paso atrás, y el hecho de poner algo de distancia entre ellos

le sirvió para ayudarla a recuperarse del encontronazo y recobrar un atisbo de calma.

Así que, con decisión, se subió las gafas que habían resbalado de nuevo por el puente

de su nariz, frunció el ceño, proyectó la

mandíbula inferior hacia adelante y respondió

en tono malhumorado:

—Me aseguraba de que los vecinos de la finca reciclan como es debido. He visto

en las noticias que la alcaldesa va a mandar un batallón de inspectores para

comprobarlo, y no quiero que el administrador me culpe a mí si nos ponen una multa.

—Desde luego, se dijo, admirada por la rapidez de su mente, cada día le costaba

menos inventar historias; se estaba convirtiendo en una máquina de mentir bien

engrasada.

El médico observó los guantes rosas llenos de manchas que cubrían sus manos y

sintió un escalofrío. Saltaba a la vista que la señora Santos había estado fisgoneando

en el interior de las bolsas de basura. Cada vez tenía más claro que la portera era una

psicópata peligrosa y pensó que tendría que vigilar a Blanca más de cerca; no entendía

por qué su hija había desarrollado una extraña querencia por la compañía de esa

lunática. Trató de concentrarse de nuevo en las palabras de aquella chalada que

continuaba hablando con su habitual tono hosco.

—Lo que a mí me gustaría saber es por qué, con evidente desprecio por mi

integridad física, ha entrado usted aquí haciendo gala de tamaña violencia. El cuarto

de basuras es únicamente de mi competencia —

rezongó en el lenguaje redicho que
había asignado a su personaje.

Enrique sentía unas ganas inmensas de salir corriendo de ese cuartucho agobiante

—la portera tenía un aspecto especialmente siniestro parapetada detrás de aquellas

horribles gafas de cristales azules, a pesar de que no se veía un pimiento—, pero se

recordó a sí mismo que él no era una nenaza que huía a las primeras de cambio y se

obligó a responder con serenidad.

—Oí unos ruidos extraños y pensé que podía tratarse de ratas.

—¡Ratas! —repitió Inés en un tono más agudo de lo que le habría gustado y notó

que todos los pelos de su cuerpo se ponían de punta. Hasta que el doctor las

mencionó, no se le había ocurrido que pudiera haber ratas por allí.

—Sí, ratas. Lo último que podía figurarme era que encontraría a la señora portera

buceando en un cubo de basura. —Sacudió la cabeza, sardónico.

Al imaginar la estampa surrealista que debió de encontrarse el doctor al abrir la

puerta del cuarto de las basuras, las comisuras de los labios de Inés se elevaron en una

sonrisa involuntaria que reprimió en el acto; pero no antes de que el hombre que

permanecía de pie ante ella la advirtiera y se quedara mirando su boca con fijeza.

Enrique notó, sorprendido, que los labios de la señora Santos —que al parecer ese día se había depilado a fondo— eran carnosos y sensuales y, de súbito, a pesar del espantoso olor a basura que los rodeaba, le pareció percibir un tenue aroma a flores que le recordaba a... a... maldición, ahora no lograba acordarse, pero sabía que era importante. Un inesperado ramalazo de deseo lo sacudió y, sin ser del todo consciente de su gesto, alargó la mano, colocó un dedo debajo de la barbilla femenina y alzó su rostro hacia la luz. Alarmada, Inés lo apartó de un manotazo y retrocedió aún más, hasta quedar arrinconada contra uno de los contenedores.

—¿Qué hace? No me toque, ya le he dicho que padezco afenfosfobia. Seguro que

mañana tendré la barbilla llena de granos.

Enrique estaba tan horrorizado ante la reacción de su cuerpo traidor que él

también dio un paso hacia atrás, avergonzado.

—Lo siento —balbuceó—. Por un momento me ha recordado a alguien que

conozco. Será mejor... será mejor que me marche. Buenas noches, señora Santos.

La portera se limitó a soltar uno de esos gruñidos que la caracterizaban y el doctor

salió a toda prisa de ese cuarto minúsculo en el que, por un momento, le había dado la

sensación de que las paredes se juntaban poco a poco, dispuestas a aplastarlo.

Inés se quedó donde estaba, mientras inhalaba profundamente, una y otra vez, el

aire viciado en un intento desesperado por normalizar el ritmo de los latidos de su

corazón. ¡Dios santo! No entendía qué tenían los dedos de aquel hombre; cada vez

que la tocaba, aunque fuera un roce mínimo, una corriente eléctrica fluía de ellos y le

cortocircuitaba las neuronas. No encontraba una explicación razonable para ese

extraño fenómeno, a no ser que el médico caminara todo el día arrastrando los zapatos

sobre moquetas llenas de electricidad estática. Tendría que averiguarlo, se dijo. En ese

momento, recordó por qué estaba en aquel appestoso cuarto y, resignada, registró la

última bolsa que le quedaba. Nada de nada. No había ni el más mínimo rastro

sospechoso en la basura del inquilino del 4.º izquierda y, si Fran o su hermana

pretendían que siguiera adelante con esa sucia investigación, lo llevaban claro.

Agotada por la tensión que le provocaba la cercanía del atractivo doctor, y medio

mareada por los efluvios malolientes que no había dejado de respirar durante la última

media hora, Inés se quitó los guantes con brusquedad, los metió en la bolsa de

plástico y, tras atar de nuevo el nudo, lo arrojó todo al interior del contenedor y se fue

a su casa. Ya en su cuarto de baño, se frotó bien las manos y los brazos hasta el codo;

sin embargo, a pesar de sus denodados esfuerzos, tenía la sensación de que el hedor de la basura seguía pegado a su piel.

Por fin se metió en la cama, pero, desesperada, notó que el sueño se le resistía; así

que, como había hecho durante casi todas sus viglias anteriores, después de dar

muchas vueltas y tras ahuecar varias veces la almohada, empezó a revivir los

acontecimientos de la noche de marras. Según pasaban los días, había tratado de

convencerse a sí misma de que las exaltadas sensaciones que había creído

experimentar no eran más que el resultado de un caso severo de intoxicación etílica;

llevaba tanto tiempo sin probar el ron, se dijo,

que, aunque solo bebió dos copas,

habían sido demasiadas para su sangre abstemia.

Como ya le advirtió en su momento la insistente voz de su conciencia, la culpa y

los remordimientos se habían abatido sobre ella con la misma contundencia de un

alud de rocas por una ladera. Aún no comprendía cómo ella, la pragmática y cerebral

Inés Santaolalla, se había dejado llevar por un impulso y se había acostado con un

hombre al que apenas conocía. A pesar de que se había repetido, una y mil veces, que

no era para tanto, que a otras personas les ocurría todo el tiempo y que el bienestar de

la humanidad no se vería afectado por ese

momento suyo de debilidad, Inés no

lograba perdonarse.

Un horrible sentimiento de culpabilidad la envolvía y le parecía que, de alguna

manera, había traicionado sus votos matrimoniales. De nada le servía recordarse que

ahora estaba divorciada y que no le debía a Daniel una fidelidad que él había sido el

primero en pisotear. A pesar de lo que pudiera decir el papel que había firmado hacía

unos meses, de alguna manera, sentía que seguía casada. Cuando pronunció sus votos

en la pequeña ermita de aquel pueblo de la sierra, lo hizo con la intención de que

fueran para siempre y, a pesar de que fue Daniel el único que había traicionado la

confianza depositada en él, era ella la que, por algún absurdo motivo, se sentía

profundamente desleal.

Tampoco entendía por qué se ponía tan furiosa cada vez que se encontraba con el

propietario del 6.º derecha. No podía echarle a él toda la culpa de lo ocurrido; al fin y

al cabo, ella bien que lo había utilizado para lograr no sabía qué tipo de maquiavélica

revancha. Si el doctor se había servido de su cuerpo para desfogarse sin tener que

darle muchas vueltas a la cabeza eso era algo que, como todo el mundo sabía bien, era

intrínseco a la naturaleza masculina. Estaba claro que, a pesar de lo que dijera su hija

—qué sabría la pobrecilla—, el doctor Enrique

Echevarría era un ligón compulsivo, y

ella tan solo una muesca más en su cinturón.

Si la soltura con la que manejó la situación la noche que acabaron juntos en la

cama de aquel hotel no se lo hubiera dejado claro ya, lo ocurrido unos días atrás

habría sido más que suficiente para abrirle los ojos de manera definitiva. Concentrada

de lleno como estaba en su labor de espionaje, el domingo anterior Inés oyó voces en

el portal a media noche y acudió como una centella a su puesto de vigilancia. Con el

ojo pegado a la mirilla y el corazón en los tobillos, observó al médico, que reía y

bromeaba con la atractiva rubia que llevaba varios días viviendo en su casa. Inés

pensó que lo más seguro era que vinieran de una fiesta o un espectáculo, pues ambos

iban muy elegantes: él con un traje oscuro que destacaba su figura distinguida, camisa

blanca y una corbata discreta, y ella con un bonito vestido que saltaba a la vista que

no había salido de una cadena de tiendas cualquiera, y unas originales sandalias de

tacón.

En un momento dado, Enrique Echevarría echó la cabeza hacia atrás y soltó una

carcajada y, desde su posición, imaginó las atractivas arruguitas que sabía que se le

marcaban en las comisuras de los ojos cuando se reía y empezó a salivar. En ese

instante, la pobre Inés, que permanecía pegada a

la puerta como si hubiera echado

raíces, entendió a la perfección por qué, aunque ahora se arrepentía con toda su alma,

se había visto tentada de manera ineludible: ¡El muy maldito era guapísimo!

Pero al ver que él se inclinaba sobre la rubia y la besaba con ternura en la frente,

unos dedos fantasmales convirtieron sus entrañas en una amalgama de tripas

retorcidas, y se llamó estúpida por experimentar algo que se parecía peligrosamente a

los celos. El ascensor llegó en ese momento y ambos desaparecieron en su interior,

poniendo fin a su tortura masoquista.

Unos días más tarde fue otra mujer, esta vez alta y morena cuyo rostro le resultó

vagamente familiar, la que entró pisando fuerte en el portal cuando casi había acabado

su turno. Con un mal presentimiento, la portera, que, como de costumbre, estaba ojo

avizor, le preguntó adónde iba, y cuando la otra le respondió, arrogante, que al piso

del doctor Echevarría, Inés cayó en la cuenta de dónde la había visto antes: se había

fijado en ella en el fatídico congreso médico.

Debía de ser otra de las novias del mujeriego propietario del 6.º, pensó Inés, y los

ya conocidos dedos espectrales siguieron haciendo de las suyas con sus intestinos.

¡Menudo sátiro había resultado ser el, en apariencia, inofensivo doctor! Acababa de

deshacerse de una —el lunes Inés lo había

espiado mientras acompañaba a la rubia y

su pequeña maleta a coger un taxi frente al portal antes de acudir al trabajo— y ya

tenía a la siguiente haciendo cola. Inés lo sintió sobre todo, o al menos eso se dijo, por

la pobre Blanca; no pensaba que fuera muy edificante para una delicada alma

adolescente ser testigo de semejante trasiego de mujeres en la vida de su padre.

Y por si todo eso no fuera suficiente, en aquella ocasión en la que estuvieron tan

cerca en el cuarto de las basuras, ella había percibido una mirada de interés en los iris

castaños. El hecho de que, aunque fuera solo por una milésima de segundo, el guapo

doctor se hubiera sentido atraído por un

esperpento como la señora Santos decía muy

a las claras que aquel hombre era un auténtico depredador sexual; cualquier mujer,

por horrenda que fuera, se transformaba ante sus ojos en una posible presa y, por

enésima vez, Inés se reprochó el haberse convertido en uno más de sus trofeos

eróticos.

Varias plantas más arriba, tumbado en la amplia cama de dos por dos que ocupaba la

mayor parte de su habitación, Enrique Echevarría también permanecía despierto con

los brazos cruzados detrás de la nuca, mirando el techo con fijeza.

Ahora que su hermana había regresado a su hogar en León, volvía a sentirse solo.

Aunque la soledad había sido su fiel compañera desde la muerte de su mujer, en

realidad no le había resultado insoportable hasta hacía unas pocas semanas. La noche

que pasó con Inés había puesto su mundo patas arriba, y aún no se hacía a la idea de

que no volvería a verla. Estaba obsesionado con ella, hasta el punto de percibir su

aroma embriagador en aquel cuarto maloliente y adivinar en los labios de la

horripilante portera psicópata el contorno de su boca exquisita.

Quizá lo había soñado todo, se dijo. A lo mejor estaba magnificando lo que había

ocurrido entre ellos aquella noche inolvidable, pero, fuera como fuese, no podía

borrar de su mente el recuerdo de aquellos preciosos ojos verdes mirándolo, entre

sorprendidos y excitados, en el momento justo en que la había llevado al orgasmo.

Las yemas de sus dedos hormigueaban aún con las increíbles sensaciones que el

contacto con la suave piel de su cuerpo sensual había dejado grabadas en ellas. Era

incapaz de comprender cómo acertaba a desempeñar su trabajo; su mente no estaba en

lo que hacía. Si aún no se había cargado a ningún paciente era de puro milagro.

Pasaba el día deseando que llegara la noche para así poder tumbarse sobre el colchón,

igual que ahora, y dedicarse a recordar cada segundo de aquel encuentro

imborrable.

Unos días antes, Amparo Galindo se había presentado en su casa por sorpresa y

no le había quedado más remedio que invitarla a cenar, a pesar de saber que Blanca

no la tragaba. Cuando su hija se fue a dormir, solo a un idiota se le habrían escapado

sus insinuaciones, nada discretas, pero él en lo único que podía pensar era en el

momento en que aquella mujer se marchase por fin y pudiera dedicar lo que quedaba

de noche a pensar en Inés.

Enrique estrechó la almohada entre sus brazos y ahogó en ella el gemido que brotó

de su garganta.

«Inés, Inés... ¿por qué?».

Ella había jugado con él, pensó, furioso. Lo había utilizado sin el más mínimo

escrúpulo. Se había introducido en su interior como un germen virulento que había

infectado su cabeza y su cuerpo, y amenazaba con una septicemia mortal. Tenía que

olvidarla, se dijo como se decía cada noche. Seguro que, si por alguna extraña

casualidad volvieran a encontrarse, Inés no sería ni la mitad de fascinante que las

imágenes idealizadas que guardaba de ella. Furioso, maldijo al destino que, una vez

más, le arrebatara de golpe algo importante, maldijo a Inés por haber accedido a hacer

el amor aquella noche y, sobre todo, se maldijo a

sí mismo por no ser capaz de

borrarla de su mente.



Capítulo 15

Enrique estaba cansado. Una operación que, en principio, no revestía gran dificultad

se había complicado y se había alargado varias horas más de lo previsto. Con rapidez,

atravesó el vestíbulo de la finca en dirección al ascensor con un único pensamiento en

mente: subir a su piso y darse una larga ducha caliente. Oyó un ladrido, se volvió y

descubrió a *Pongo* que se acercaba a él meneando el rabo alegremente. Por unos

instantes, permaneció inmóvil, mirándolo muy sorprendido.

— *Pongo*, muchacho, ¿qué haces tú aquí solo?

—Se agachó y acarició al perro

detrás de las orejas, lo que le valió una mirada de rendida adoración.

El médico miró a su alrededor, pero no encontró ni rastro de su hija ni de Mariana,

quien, de vez en cuando, aunque siempre a regañadientes, aceptaba sacar a pasear al

animal si a Blanca o a él les resultaba imposible. Extrañado, notó que la puerta de la

portería estaba entreabierta y vio que el perro desaparecía con toda naturalidad en su

interior. Enrique aguzó el oído y oyó el sonido de varias personas que trataban de

hablar a la vez. Con una ligera sensación de incomodidad, se acercó a la puerta y

permaneció escuchando.

—¡Os digo que no lo haré! Ya podéis venir todos de rodillas en fila india a

suplicarme, que no pienso volver a hurgar en la apestosa basura del sospechoso. ¡Ni

aunque me ofrecierais el mismísimo Koh-i-noor para hacerme una gargantilla

destroza-cervicales!

A Enrique le llevó un tiempo asociar aquella voz cautivadora con los ásperos

gruñidos con los que le obsequiaba a él la señora Santos habitualmente, y su matiz

sedoso agitó memorias casi olvidadas que le pusieron la carne de gallina. Los dedos le

temblaban levemente al empujar la hoja de madera lo suficiente para ver sin ser visto.

En el pequeño salón de la portería estaban agolpadas lo que parecía un número

excesivo de personas. Recostada en un puf de espaldas a él estaba su hija Blanca, a la

que reconoció por su larga melena oscura. Junto a ella descubrió a un hombre que

lucía uno de esos espantosos peinados jamaicanos, al que había pescado en más de

una ocasión merodeando por las proximidades del edificio. Recordó que había

pensado en poner a su hija en guardia contra aquel tipo, pero con el lío que tenía en

su cabeza en los últimos tiempos se había olvidado de ello por completo. Frente a él,

sentadas en un sofá con pinta de incómodo, se encontraban su vecina, la señorita

Montagut, otra mujer que le sonaba vagamente y, a su lado...

¡Imposible!

Enrique Echevarría se quedó clavado donde estaba, incapaz de asimilar lo que

captaban sus pupilas. Por un momento, pensó que la tensión de las últimas semanas le

estaba pasando factura y que veía visiones producto de su mente enferma. Sin

embargo, sentada en el horrible sillón, con la horrible bata floreada, estaba la portera;

pero, en vez de su horrible cara, su horrible moño tirante, las horribles gafas de

cristales azulados y la espesa sombra del

horrible bigote en su labio superior, era el

rostro adorable de Inés, que reía a carcajadas de algo que el *hippie* acababa de decir,

lo que ahora contemplaba, estupefacto.

Enrique notó que se le aflojaban las piernas y tuvo que aferrarse al pomo de la

puerta para sujetarse. Seguía sin aceptar lo que sus ojos le mostraban; pero, a pesar de

que parpadeó varias veces y los cerró con fuerza durante un minuto completo, al

abrirlos de nuevo, además de algunas manchas voladoras, la extraña criatura

mitológica con el cuerpo de la señora Santos y la cabeza de Inés seguía frente a él, así

que no le quedó más remedio que aceptarlo: Inés, *su* Inés, y la portera eran la misma

persona.

Entonces Enrique cayó en la cuenta de por qué la mujer que estaba a su lado le

resultaba tan familiar; era la amiga que había acudido con su novio y con Inés al

congreso de Alcobendas. Y justo en ese mismo instante, el médico se percató de la

presencia de otra mujer más sentada en el suelo en la postura de un yogui hindú. Sin

duda era la misma chica a la que confundió con Inés cuando vigilaba el que él creía

que era el portal de su casa.

¡Otra que le había mentado con descaro y lo había tomado por idiota!

Apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos. De pronto, le

entraron unas ganas irresistibles de entrar ahí dentro, agarrar a Inés por los hombros y

sacudirla hasta descolocar todos y cada uno de los huesos de su embustera persona,

pero el médico —que al fin y al cabo era un hombre práctico, poco dado a las escenas

dramáticas— logró dominar sus instintos asesinos mientras su mente racional

empezaba a elaborar a toda velocidad un plan que le permitiera estar a solas con ella

cuando le exigiera explicaciones.

Ella se rio de nuevo y Enrique se quedó sin aliento. ¡Qué guapa era! En eso, el

recuerdo que guardaba no había exagerado ni un poquito. A pesar de la bata informe

que la cubría, su melena color miel, suelta sobre

los hombros, acompañaba cada uno

de sus movimientos igual que un vistoso eco, y el doctor Echevarría recordó la

suavidad de aquellos brillantes mechones cuando los tuvo enredados entre los dedos.

Al mirarla, no podía pensar en otra cosa que en encerrarla de nuevo entre sus

brazos y no dejarla escapar nunca más mientras le hacía el amor, una y otra vez, hasta

someter su voluntad por completo. Sin embargo, por ahora debía ignorar sus bajos

instintos, se dijo, si no quería volver a sufrir como un idiota. Antes tenía que

averiguar qué clase de juego se traía esa... esa arpía farsante entre manos, y qué lugar

ocupaba él en sus extraños planes. Saltaba a la

vista que Inés no era una portera de

verdad. De pronto, un pensamiento inquietante surgió en su mente: a lo mejor había

adoptado ese disfraz para esconderse de algo o de alguien.

Solo de pensar que alguna persona quisiera hacerle daño, a Enrique le hirvió la

sangre, aunque en seguida empezó a plantearse nuevas preguntas aún más sombrías.

¿Y si, tal vez, era una de esas mujeres que coleccionaba experiencias como otros

coleccionaban latas de refrescos exóticos? En realidad, lo único que sabía de manera

fehaciente era que todo en ella era un engaño, una mentira. A lo mejor él no era más

que la última conquista de una larga lista... pero

¿quién decía que ni siquiera fuese la

última? ¿Cuántos incautos más habrían caído en sus redes después de él? Sus

elucubraciones lo estaban poniendo tan enfermo que, sin querer, golpeó la puerta con

el puño.

—Esperad, ¿están llamando? Me ha parecido oír un golpe. —La mirada de Inés se

volvió hacia la puerta, y tuvo el tiempo justo para echarse hacia atrás y evitar que lo

pescara espiando—. Voy a ver.

Inés se asomó a la puerta y miró a derecha y a izquierda, pero no vio a nadie, así

que se encogió de hombros, regresó adentro y cerró la puerta a su espalda.

De perfil detrás de la columna de escayola blanca imitando mármol que adornaba

el portal, el médico percibía el apresurado latir de su corazón. ¡Se había librado por

los pelos de ser descubierto! Anduvo sobre las puntas de los pies para no hacer ruido

y decidió subir por la escalera en vez de hacerlo por el ascensor. Inés no debía

enterarse antes de tiempo de que conocía su secreto; esta vez, él sería el director de esa

comedia bufa en la que, hasta el momento, el único papel que había desempeñado

había sido el de tonto útil.

El esfuerzo de subir doce tramos de escalera a toda velocidad aclaró un poco la

confusión que reinaba en su cerebro y, más

tarde, la ducha despejó su mente por

completo. ¡Inés y la espeluznante señora Santos eran la misma persona! Mientras el

chorro caliente relajaba poco a poco sus músculos agarrotados, Enrique se dijo que

debía andarse con cuidado. La sensación de euforia que lo embargaba desde que

había encontrado a Inés le preocupaba; no debería sentir semejante alegría por volver

a verla cuando ella, desde el principio, lo único que había hecho había sido burlarse

de él. Lo había utilizado, se recordó, había usado su cuerpo con indiferencia. Esa

portera impostora le había hecho sentirse como uno de esos pañuelos de usar y tirar,

lo había humillado sin piedad y, a juzgar por lo

feliz que se la veía hacía unos

minutos, no sentía por ello ni pizca de remordimientos.

De pronto, imágenes de cómo Inés había abusado de él se proyectaron en su

mente. La forma en que esos dedos curiosos habían acariciado hasta el último rincón

de su piel; sus labios, llenos y suaves, que se habían pegado a su boca con avidez, y,

luego, esos mismos labios enloquecedores que habían recorrido su rostro, su cuello,

su pecho, como si desearan aprenderse la orografía de su cuerpo de memoria...

Soltó un gemido y dio un par de vueltas más al grifo del agua fría. En cuanto se

hubo aclarado bien, salió de la ducha y se secó

con una toalla que después enrolló

alrededor de sus estrechas caderas. Abrió la puerta del baño, dejando que se escapase

el espeso vaho que enturbiaba el interior, y se tumbó sobre la cama con los brazos

detrás de la nuca, en su posición favorita cuando necesitaba concentrarse en algo que

lo preocupaba.

«Está bien —soliloquió—. Puedo aceptar que me utilice de vez en cuando, soy

una persona adulta y puedo manejarlo, es más, quizá hasta le coja el gustillo... ¡Al

demonio! No sé a quién pretendo engañar. Esa mujer me ha embrujado. Debió de

verter unos polvos mágicos en mi copa aquella noche o esa droga que anula la

voluntad y te vuelve un esclavo. Pero no le daré el gusto de saber que me ha sorbido

el seso hasta ese punto, a partir de ahora seré yo quien controle esta... esta... esta cosa

que ha crecido dentro de mí. Y ya veremos quién ríe el último».

Tras soltar un desganado «ja, ja» en voz alta, el médico siguió dándole vueltas a

un plan que le permitiera enfrentarse a Inés a solas, de forma que pudiera decirle a la

cara y sin interrupciones lo que realmente pensaba de ella.

Los dedos de Inés volaban sobre el teclado en un arrebatado de inspiración. La escena

del asesinato con el cortapizza le estaba quedando bordada. El homicida había

necesitado tres pasadas por el cuello de su víctima con la afilada ruedecilla hasta que,

por fin, logró seccionarle la carótida. Eso sí, había puesto perdida la cocina de la

pequeña granja donde se desarrollaban los luctuosos hechos y le iba a costar Dios y

ayuda eliminar las huellas de sangre de su ropa. Tras decidir que el malvado asesino

en serie se desharía de las prendas manchadas quemándolas en la chimenea, a Inés se

le presentaba un nuevo dilema: qué se pondría después el chapucero psicópata, habida

cuenta de que la mujer a la que acababa de liquidar vivía sola y apenas alcanzaba los

ciento cincuenta y cinco centímetros de estatura, mientras que él, descalzo, medía casi

dos metros.

—¡Ejem!

Inés estaba tan concentrada que dio un violento respingo en la silla y se llevó

ambas manos a su desbocado corazón. Frente a ella estaba el propietario del 6.º

derecha mirándola con cara de pocos amigos. A toda prisa, se puso las gafas que se

había quitado para ver bien la pantalla y se enfrentó a él con su ceño más amenazador.

—¡Casi me mata del susto! —le reprochó con aspereza.

—¿No debería estar más atenta a quién entra y quién sale de la finca, señora

Santos? Estaba usted tan abstraída con su ordenador que una pandilla de ucranianos

revienta-pisos podrían haber pasado delante de usted armados con ganzúas y barras

de hierro y usted no se habría enterado — replicó el recién llegado, sarcástico.

—Por supuesto que estaba atenta, yo siempre estoy ojo avizor, así que no me diga

cómo tengo que hacer mi trabajo —se defendió ella de malos modos—. Yo no le digo

a usted si tiene que rematar las suturas de sus pacientes con un nudo en ocho o con un

nudo culo de puerco, ¿no?

A Enrique le costó ocultar la sonrisa que pugnaba por asomarse a sus labios.

Debía reconocer que era graciosa la condenada, y que ejecutaba a la perfección su

papel de portera intratable. Mientras estaba tan

concentrada en lo que quisiera que

fuera lo que estaba escribiendo en su portátil, había podido observarla con

detenimiento. De su moño, ese día no tan tirante, se había escapado un mechón del

color del coñac añejo y sus dedos cosquilleaban ansiosos por retirarlo de su rostro.

Las pestañas, largas y oscuras, sombreaban sus mejillas algo pálidas y había tenido un

atisbo de los preciosos iris verdes antes de que se pusiera las gafas. El disfraz de Inés

era sencillo y perfecto, pensado al detalle para que nadie se parase a mirarla dos veces.

Ahora, mientras hablaba, las pupilas del médico se clavaron de lleno en esa boca de

labios voluptuosos que la sombra del bigote no

conseguía desfigurar.

—Para ser una portera tiene usted unos extensos conocimientos sobre informática

y nudos marineros. Curioso —comentó sin apartar la mirada de sus labios.

Al sentir aquellos cálidos ojos castaños fijos en su boca, Inés se revolvió,

incómoda, pero trató de ocultar su turbación y respondió con impertinencia:

—¿Qué pasa, es usted tan clasista que cree que una humilde portera como yo está

obligada a ser una ignorante? —En seguida, recogió velas. En su mente, la señora

Santos era, en efecto, una portera ignorante y cazurra, así que, si no quería perder

credibilidad, sería mejor que no se saliera del

guion—. Sin embargo, reconozco que

estos trastos son un invento diabólico. Un sobrino me ha pedido que se lo guardara y

confieso que, por un instante, me he visto tentada por El Buscaminas, pero no piense

ni por un minuto que voy a enredar en el *internés* ese. Ni hablar. Eso es solo para

pecadores, pederastas, asesinos en serie y golfos de distinto pelaje.

—Así que El Buscaminas, ¿eh? Sí, reconozco que es un juego adictivo. —Enrique,

a su pesar, se lo estaba pasando en grande.

—Y hay que pensar mucho, no crea. No es para tontos —puntualizó la portera con

un gesto de suficiencia.

—Su inteligencia y... *otras cosas* saltan a la vista, señora Santos —respondió el

médico, al tiempo que se acodaba sobre el mostrador de madera de la garita y

acercaba tanto su rostro al de ella que, sobresaltada, Inés echó la silla hacia atrás en el

acto, lo que produjo un desagradable chirrido—. Perdone, por unos segundos me

había olvidado de que padece usted de afenfosfobia —se disculpó, sardónico, sin

hacer ni el más mínimo intento de alejarse.

—¿Puede saberse qué es lo que quiere? —La actitud insolente del médico, tan

alejada de su comportamiento habitual, la estaba poniendo nerviosa.

—Necesito que suba este sábado a echar un

vistazo al grifo de mi ducha. Gotea.

Me ha comentado la señorita Montagut que es usted una experta en este tipo de

averías. —Los ojos oscuros se deslizaron acariciadores por su rostro, y la pobre Inés

notó que empezaba a hiperventilar.

—El sábado es mi día libre —protestó—. ¡Ni que fuera una esclava!

—Mmm, una esclava... No, por desgracia los tiempos de los amos y los esclavos

ya pasaron. —El tono que empleó, ronco y sensual, provocó una salvaje oleada de

rubor que engulló el rostro de Inés sin que ella pudiera evitarlo.

«¿Qué demonios le ocurre a este hombre? —se preguntó, víctima de una fuerte

taquicardia—. Definitivamente, es un
pervertido». No encontró otra manera de

explicar que un tipo como el doctor Echevarría
le lanzara insinuaciones sexuales a una
mujer como la señora Santos.

—Verá —el médico se separó del mostrador y
se irguió de nuevo con una

expresión tan indiferente que Inés dudó una vez
más y se preguntó si su mente

calenturienta habría imaginado lo anterior—,
necesito estar presente para explicarle

unas cosas y solo puedo hacerlo durante el fin
de semana. Le prometo que no le

llevará mucho tiempo y le daré una buena
propina.

La falsa portera reconsideró la cuestión con

desgana.

—Está bien, estaré allí a las diez. Pero no se acostumbre. Mi turno de trabajo ya es

lo suficientemente largo sin tener que hacer horas extra. Por cierto —Inés miró su

reloj y cerró la tapa del portátil de golpe—, he terminado por hoy. Buenas tardes,

doctor Echevarría.

Se levantó y desapareció a toda prisa tras la puerta de la portería, mientras Enrique

permanecía con los ojos clavados en esa misma puerta, luchando contra las ganas de

seguirla. Un rato después, sacudió la cabeza, se dirigió hacia el ascensor y se encontró

deseando que llegara el sábado con una expectación que hacía mucho que no sentía.

El sábado, a las diez en punto, Inés pulsó con decisión el timbre del 6.º derecha.

Llevaba el moño más tirante que nunca y había extendido una capa doble de sombra

de ojos sobre su labio superior. A los pocos segundos, el doctor Echevarría, descalzo,

con el cabello aún húmedo de la ducha, unos vaqueros desgastados y una vieja

camiseta oscura desteñida por los continuos lavados que ponía de relieve sus anchas

espaldas y sus brazos nervudos, abrió la puerta y la invitó a pasar. Era la primera vez

que Inés lo veía vestido de manera tan informal y, con una respuesta más

condicionada que la del perro de Pavlov, empezó a salivar.

—Buenos días —saludó la señora Santos, desabrida—. ¿No está Mariana?

—Mariana no trabaja los fines de semana.

—¿Y Blanca? —preguntó, inquieta, mientras el médico la conducía por el pasillo.

—Blanca se quedó ayer por la noche a dormir en casa de una amiga.

—¿*Pongo* tampoco está? —Las palabras le salieron ligeramente temblorosas.

—Tampoco, y antes de que siga preguntando, le diré que no hay nadie más en la

casa. A la amiga de mi hija le encantan los perros y en sus invitaciones los incluye

siempre a ambos. Hoy estamos solitos. —Inés detectó la burla sutil que se ocultaba

tras los ojos castaños y se sintió aún más

intranquila. Sin querer, se mordió el labio

inferior, preocupada, y notó que las pupilas del doctor seguían su gesto con avidez.

—Bien, no tengo todo el día. ¿Dónde está ese grifo goteante?

Las comisuras de la boca del doctor subieron hacia arriba en una casi

imperceptible sonrisa, al tiempo que abría una de las puertas y se hacía a un lado para

dejarla pasar, aunque dejó tan poco espacio que Inés no pudo evitar que sus cuerpos

se rozaran cuando entró en el dormitorio. El corazón empezó a latirle en el pecho con

tanta fuerza que temió que el hombre que estaba a su lado pudiera oírlo. En un intento

por recobrar la serenidad, inspiró hondo y miró a

su alrededor con curiosidad.

Lo que había visto del piso le había parecido amplio y luminoso, y el dormitorio

seguía esas dos pautas. Una enorme cama ocupaba gran parte del espacio. Las sábanas

estaban arrugadas y revueltas, y daba la sensación de que aún conservaban el calor de

la persona que había dormido entre ellas. Con rapidez, apartó la mirada y tragó saliva

un par de veces; tenía la sofocante sensación de que el doctor Echevarría no le quitaba

la vista de encima mientras analizaba todas y cada una de las emociones que pasaban

por su rostro. Cada vez más turbada, Inés señaló otra puerta que había en el interior

de la habitación.

—¿Es ese el baño? —Se dio cuenta de que sonaba falta de aliento y procuró

dominarse.

Sin esperar la respuesta, se metió en el interior con la intención de poner la mayor

distancia posible entre ellos, pero fue en vano. El médico la siguió y se pegó tanto a

ella que, aunque el cuarto de baño tenía buen tamaño, a Inés le empezó a entrar

claustrofobia.

—Por favor, doctor Echevarría, recuerde mi enfermedad. Necesito que corra el

aire... ¿Podría alejarse un poco de mí? —suplicó, al borde del desmayo.

—¿Sabe? Creo que es la primera vez que me pide algo por favor... —Su tono,

suave y ronco, reverberó entre las paredes de mármol blanco y se introdujo en los

oídos de Inés como una caricia.

Ella procuró ignorar el escalofrío que le había erizado cada poro de su cuerpo y se

acercó a la enorme ducha de obra, construida con el mismo mármol blanco impoluto

que revestía las paredes, la encimera y el suelo. Se colocó encima del plato y trató de

sonar profesional:

—¿Es este el grifo defectuoso?

—En efecto. He procurado secarlo todo bien después de ducharme para que no se

resbale. —Una vez más, aquel hombre enervante la siguió hasta el interior de la ducha

y se colocó casi pegado a su espalda. Aún olía al gel o al champú que había usado el

médico esa mañana, y ese insignificante detalle le pareció tan tremendamente íntimo

que empezó a sudar.

—No... no parece que le pase nada al grifo. —
Sus dedos temblaban al deslizarlos

por la brillante superficie cromada.

—Qué raro... esta mañana no paraba de gotear.
Déjeme ver.

Extendió un brazo, colocó la mano en la llave y quedó tan cerca de ella que Inés

notó la dureza de su tórax contra su espalda. Alarmada, se dio la vuelta con rapidez,

pero solo para quedar atrapada entre la pared de la ducha y el cuerpo del doctor

Echevarría.

—¡Aléjese de mí! —ordenó sin aliento.

Él apoyó la otra mano al otro lado de su cabeza y preguntó con voz perezosa:

—¿Y si no quiero?

—¡Lo denunciaré por acoso! No piense que soy una pobre portera indefensa;

conozco mis derechos, tengo un amigo en la CNT que es abogado. Acabará con su

reputación y no le quedará otra que irse a la isla de Malpelo a ejercer la medicina. —

Sus amenazas sonaron vacilantes incluso en sus propios oídos.

—Es usted una portera con una vasta cultura. Nunca había oído hablar de esa isla.

¿Por qué la llaman así? ¿Acaso sus habitantes son todos calvos? —susurró su

acosador con aparente interés, al tiempo que se inclinaba sobre ella hasta que su nariz

le rozó el cuello, justo debajo del lóbulo de la oreja; entonces, aspiró con fuerza y

cerró los ojos, embebido en el aroma de su piel.

¡Maldito fuera, una vez más había encontrado su punto débil a la primera!

Inés permaneció muy quieta, procurando mantener al mínimo cualquier contacto

con aquel cuerpo granítico, y respondió, jadeante:

—Tendrá ocasión de comprobarlo cuando lo destinen allí de por vida. Y tenga por

seguro que lo harán si no me suelta en este

mismo instante.

La seductora risa del médico vibró contra su garganta, y un latigazo de deseo azotó

a Inés a traición, dejándola a su merced.

—Me arriesgaré a ese destino tan cruel — afirmó con voz ronca. Con un suave

movimiento, el doctor le quitó las gafas que habían resbalado por el puente de su

nariz y se las guardó en el bolsillo, después enterró los largos dedos en el moño que

aprisionaba los brillantes cabellos y, ya con menos delicadeza, tiró de la goma, pero,

antes de que ella pudiera protestar, los labios del hombre se abatieron sobre la piel

delicada de su cuello, codiciosos.

El cerebro de Inés se quedó en blanco, y las pocas neuronas operativas que le

quedaban se concentraron en cada centímetro de su epidermis donde esa boca

enloquecedora dejaba su rastro. Por fin, esos labios ávidos abandonaron su cuello,

pero solo para atrapar su boca en un beso lleno de pasión. Sin ser del todo consciente

de sus actos, Inés permitió que la lengua impaciente del doctor retozara con la suya en

un juego lujurioso, mientras las hábiles manos masculinas se deslizaban a lo largo de

sus brazos, que permanecían caídos a lo largo de sus costados, en una lenta caricia.

Enrique entrelazó los dedos con los suyos, le alzó las manos y la inmovilizó por

completo contra la fría pared de la ducha, al tiempo que su cuerpo, lleno de aristas

que se clavaban en sus suaves curvas, se pegaba a ella aún más. Un gemido de deseo

escapó de la garganta de Inés, y fue ese mismo sonido el que la sacó de aquel estado

de enajenación mental en el que las frenéticas caricias del médico la habían sumido.

De repente, su tercer ojo percibió con tanta nitidez como si los tuviera frente a ella

los rostros de las dos mujeres, una rubia y la otra morena, con las que el médico

mantenía relaciones. Luego, ese mismo ojo inmisericorde le mostró el aspecto infame

que tenía con su disfraz de portera y, al verse a sí misma en su mente tal y como había

salido aquella mañana de su casa, consiguió recuperar sus perdidas facultades

mentales.

No había duda, se dijo. Las apariencias engañaban una vez más y el circunspecto

doctor Echevarría, en realidad, era un adicto al sexo. Le daba igual si tenía enfrente a

una belleza hollywoodense llena de glamur o a la hembra peluda del abominable

hombre de las nieves; cualquier mujer despertaba en él sus más bajos instintos. Si

viviera en Estados Unidos, lo habrían recluido hacía tiempo en una de esas clínicas de

desintoxicación por las que tantos famosos pasaban. El tipo era un perverso... un

depredador sexual... un sátiro... un...

Apartó la boca de la suya y se revolvió entre sus brazos, al tiempo que golpeaba su pecho con los puños.

—¡Es usted un ninfómano! —gritó.

—¡Estate quieta, Inés!

Enrique había agarrado sus muñecas con fuerza para evitar que se hiciera daño,

pero, al oír su nombre, ella dejó de debatirse en el acto y lo miró boquiabierta.

—¿Cómo me ha llamado?

—Ya puedes dejar de fingir, Inés —ordenó con sequedad—. Sé perfectamente

quién se esconde debajo de esa espantosa bata de flores.

A pesar de la descomunal excitación que la

cercanía que esa mujer despertaba en

él, algo del enojo que sentía regresó con fuerza y, gracias a ello, consiguió dominar

aquella acuciante necesidad de cogerla en brazos, dejarla caer sobre su cama y repetir,

punto por punto y coma por coma, hasta el último detalle de los acontecimientos de

aquella noche inolvidable. Enrique sacudió la cabeza con fuerza en un intento de

volver al presente y se dio cuenta de que ella lo miraba aturdida, así que se obligó a

apartar la mirada de aquellos labios trémulos, que mostraban el provocativo aspecto

irritado y ligeramente hinchado de las bocas recién besadas, para evitar inclinarse de

nuevo sobre ellos y devorarlos.

—Te habrás reído de mí con ganas, ¿no? Tú y tu hermana os lo debéis de haber

pasado de miedo a mi costa. ¿Qué pretendes con este engaño? Y te agradecería que

me dijeras la verdad esta vez. —Inés detectó tanta furia en los ojos oscuros que no

pudo evitar que su voz temblara al suplicar:

—Te diré lo que quieras, pero, por favor, déjame salir de aquí. No... no puedo

pensar si estás tan cerca.

Enrique se apartó de ella con desgana, aunque no soltó su muñeca. La condujo

hasta el salón y la obligó a sentarse en uno de los cómodos sillones de color piedra. Él

se sentó a su lado, demasiado pegado para el gusto de Inés, pues el calor de aquel

muslo sólido, tan cerca del suyo, le dificultaba la concentración.

—Tienes... tienes una casa preciosa... —Trató de sonar serena y confiada, pero,

una vez más, el ligero temblor de su voz la delató.

—Me alegro de que te guste. Mi hermana me ayudó a decorarla. Me gustan los

espacios amplios, sin recargar, y los colores neutros. Y creo que con esto ya hemos

tenido suficiente charla insustancial por hoy, así que, ¡venga, empieza a largar!

A pesar de la aspereza de sus palabras, seguía reteniendo entre las suyas la mano

de Inés. De forma casi inconsciente, su pulgar empezó a acariciar la piel sensible del

interior de la muñeca femenina y sintió el latir acelerado de su pulso bajo su yema. El

delicado roce de ese dedo desencadenó un chispazo que viajó a la velocidad de la luz

por todas las terminaciones nerviosas del cuerpo de Inés, hasta concentrarse en sus

pechos y entre sus muslos, generando una intensa descarga de deseo traidor.

—Será mejor que no... que no me toques. —
Apartó la mano con suavidad—. No

sé qué pasa con tus dedos, hay algo extraño en ellos. Pensé que el suelo de tu piso

estaría enmoquetado, pero ya veo que no es así.

A pesar de lo críptico de sus palabras, él pareció captar su significado a la primera

y una sonrisa de complacencia se extendió por

su rostro.

—Si te sirve de consuelo, a mí me pasa algo parecido cada vez que me acerco a ti.

—Satisfecho, observó el rubor que inundó de lleno sus mejillas y añadió—: Y ahora,

por favor, cuéntame por qué trabajas de portera y te ocultas bajo un disfraz

esperpéntico.

Su instinto de supervivencia —agudizado al máximo desde que se enteró de la

infidelidad de su marido— la advirtió de que no sería prudente contarle toda la verdad

a Enrique Echevarría, un hombre que le había demostrado ser un maestro a la hora de

manipular su buen sentido, así que los engranajes de su mente trabajaron a toda

máquina hasta encontrar una buena excusa, y tan solo comentó que estaba escribiendo

un libro y que había pensado que cambiar su vida por completo le ayudaría a

encontrar una nueva perspectiva a la hora de estructurar su novela y dar un giro más

profundo a sus personajes.

—Un poco drástico, ¿no? Además, eso de la portera ya lo he visto antes... —Se

quedó un rato pensativo—. ¡Ya recuerdo! Hay un libro de una portera y un japonés...

No recuerdo el título ni el autor, pero la historia me pareció original.

— *La elegancia del erizo*, de Muriel Barbery.

—Sí. Ese. ¿No estarás pensando en plagiarlo?

Estaba sentado tan cerca que podía oler la deliciosa fragancia que tanto lo había atormentado durante las últimas semanas. Incapaz de despegar la mirada de ella, la contempló con avidez. Con su bonito pelo suelto sobre los hombros, la sombra del bigote borrada por sus besos y los brillantes ojos verdes liberados al fin de los antiestéticos cristales azules, pensó que era la mujer más preciosa que había visto nunca y, a pesar de que sentía que tenía motivos poderosos para estar furioso con ella y era consciente de que lo más sensato sería mandarla a paseo con educada frialdad, no podía pensar en otra cosa que en hacerla suya una vez más.

Enrique Echevarría no solía engañarse a sí mismo. No era un hombre de

aspiraciones desmedidas, pero cuando quería algo no paraba hasta conseguirlo, y

deseaba a esa mujer más de lo que había deseado nada en su vida, aunque se daba

cuenta de que no estaba siendo del todo sincera con él. También era consciente de que

corría serio peligro de enamorarse con locura, pero estaba dispuesto a arriesgarse.

Algo en su interior le decía que valdría la pena.

—No, no soy ninguna copiona —respondió, molesta. De nuevo el doctor se vio

obligado a contener una sonrisa; cada vez que Inés abría la boca lo hacía reír—. Mi

novela es un *thriller*, lleno de acción, sangre y

misterio, así que no tiene nada que ver.

Él observó una vez más el aspecto, frágil y seductor, de aquel remedo de portera y

comentó, divertido:

—Un *thriller*... ¡qué lástima! Pensé que sería una de esas historias eróticas que

ahora están tan de moda y que a lo mejor tu protagonista estaría inspirado en mí. —

Inés desvió la mirada y carraspeó, turbada, pero, como si no se percatara de su

incomodidad, él prosiguió—: No sé por qué, pero creo que me ocultas algo... En fin,

supongo que por el momento tendré que conformarme con esta explicación.

Una vez más, el médico observó el rubor que inundó sus mejillas y le alegró

comprobar que, aunque la habilidad de Inés para el camuflaje era notable, a la hora de

mentir la pobre resultaba un cero a la izquierda. Sin poder contenerse, alzó su barbilla

con delicadeza y se inclinó de nuevo sobre esos labios sensuales; sin embargo, esta

vez Inés estaba preparada y se apartó en el acto.

—¡No quiero que me beses! —Se puso en pie de un salto, como si el estar un

nivel por encima de él fuera a ayudarla a dominar la situación.

Sin hacer ningún amago de acercarse a ella, Enrique apoyó la cabeza en el

respaldo del sofá y le dirigió una sonrisa lenta que multiplicó por nueve el temblor de

las rodillas femeninas, mientras comentaba roncamente:

—Curioso, antes me ha dado la sensación de que disfrutabas bastante...

—¡Yo no he dicho que no me gusten tus besos!

—Al darse cuenta de lo que

acababa de confesar, el rojo de sus mejillas adquirió un matiz chillón—. Lo que

pasa... lo que pasa es que no tengo ninguna intención de... de enrollarme con nadie.

—No te estoy proponiendo un rollo, Inés. Es verdad que hemos empezado la casa

por el tejado, aunque no puedo decir que me arrepienta en absoluto de ello. —De

nuevo sus labios firmes esbozaron aquella perezosa sonrisa y, si los capilares de sus

mejillas no hubieran alcanzado su límite de dilatación hacía rato, la pobre Inés se

habría puesto aún más colorada—. Pero lo que quiero es tener una cita contigo. Deseo

saber si te gusta la política o la moda; si te vuelve loca la paella o si prefieres el *sushi*;

si odias la lluvia o, por el contrario, adoras bailar debajo de ella a la luz de la luna. En

resumen: quiero conocerte en profundidad.

Sus palabras, envueltas en esa voz grave y acariciadora, se enroscaron a su

alrededor como un encantamiento y, por un instante, Inés sintió la tentación de decirle

que sí, que a ella también le gustaría averiguar si prefería la noche al día; las películas

de acción o las comedias románticas; si

disfrutaba de una buena exposición de pintura

o le iba más hacer senderismo por la sierra. Pero, de pronto, se acordó de Daniel; de

cómo lo había amado casi desde que tuvo uso de razón, de la inmensa confianza que

había depositado en él, y la manera en que su exmarido la había traicionado de la

forma más dolorosa, y tuvo miedo. Habría temido a cualquier hombre que le fuera

con una proposición semejante, pero, además, considerando que bajo su aspecto

equilibrado y fiable el doctor Echevarría ocultaba un adolescente libidinoso con triple

ración de testosterona y que en cuanto la tocaba ella se convertía en un patético ser sin

voluntad, el miedo de Inés se convirtió en terror.

—No —sacudió la cabeza, decidida—, no quiero seguir con esto. Lo nuestro fue un error. A pesar de lo que puedas pensar, no acostumbro a irme a la cama con una persona a la que acabo de conocer.

—Ya me conocías de antes —puntualizó el médico.

—Sí, claro, decir un: «Buenos días, doctor Echevarría o buenas tardes, doctor

Echevarría» cuando te encuentras con alguien mientras barres la escalera te permite

meterte hasta el corvejón en los vericuetos del alma de esa persona. —Inés se refugió

en la ironía en un intento de sacudirse su nerviosismo—. Mira, doctor...

—Enrique —la interrumpió en el acto—. Creo

que lo que pasó entre nosotros te

da derecho a llamarme por mi nombre de pila.

—Muy bien, Enrique. —Lo miró desafiante, a pesar de que notaba que su rostro

seguía en llamas, y declaró con firmeza—: Será mejor que nos olvidemos de aquella

noche. No tengo ninguna intención de que se repita. Yo seguiré siendo la señora

Santos para ti y tú serás el doctor Echevarría, el propietario del 6.º derecha, para mí.

Ahora lo mejor es que me vaya. Creo que lo de tu grifo ha sido una avería pasajera.

Se dirigió hacia la puerta con rapidez, pero antes de que pudiera salir él la agarró

de los hombros, la hizo girar con brusquedad y, arrinconándola contra la plancha de

madera, se acercó a ella hasta que el calor de su cuerpo estuvo a punto de abrasarla.

Inés temió que se repitiera el asalto que había tenido lugar en la ducha, ya que era

consciente de que en esta ocasión tampoco sería capaz de resistirse; sin embargo, él se

limitó a enmarcar su rostro entre las manos con inesperada dulzura, al tiempo que

acariciaba su labio inferior con el pulgar.

—No... no me hagas esto —balbuceó, mirándolo suplicante.

Con los ardientes ojos castaños clavados en ella, el médico declaró:

—Sé que hay mucho más que no me has contado, Inés, pero, créeme, lo

averiguaré. Y, respecto a que no piensas repetir

lo de aquella noche, solo te digo una

cosa: sé que cuando te toco pierdes la cabeza. A mí me ocurre lo mismo... —Se

inclinó y mordisqueó su labio inferior mientras ella cerraba los ojos y se abandonaba

a sus caricias, temblorosa. Al cabo de unos minutos, Enrique alzó la cabeza de mala

gana y prosiguió en el mismo tono, ronco y cautivador, que la ponía fuera de sí—:

Podría seducirte ahora mismo, sé que no te resistirías... sin embargo, no lo haré.

Quiero que nos conozcamos mejor. Y te lo advierto: quizá no ocurrirá de inmediato,

pero, más temprano que tarde, tú y yo volveremos a hacer el amor.

En ese momento, se liberó de su abrazo con

brusquedad, abrió la puerta y corrió

escaleras abajo sin que él hiciera nada por retenerla.



Capítulo 16

—¡Hola, papá!

Como de costumbre, Blanca entró en su casa dando voces mientras *Pongo* se

dirigía a toda velocidad hacia la cocina en busca de su bebedero. Enrique salió a

recibir a su hija con un abrazo y un beso.

—¿Te lo has pasado bien? Pensé que te quedarías hasta el domingo en casa de

Marta.

—Es que tengo muchos deberes, quería terminarlos. —Su padre la miró con

escepticismo, pero ella no se dio por aludida. Había decidido que tenía que estar

preparada para la Operación Atrapa al asesino del 4.º; el viernes siguiente era día

quince y quería tenerlo todo listo. Necesitaba hablar con Inés para convencerla de que

la dejara ir con ellos, y si no lo conseguía... bueno, entonces ya pensaría en un plan

alternativo. Con rapidez, cambió de tema para que su padre no empezara a hacerle

preguntas de difícil respuesta—. ¡Ah, se me olvidó decírtelo, papá! Ayer te llamó la

pesada esa, ya sabes, Amparo. Me imagino que quería salir a cenar o a algo...

—No la llares pesada, y te he dicho mil veces que hay que dar los recados —la

regañó, al tiempo que recogía la pequeña maleta que su hija había dejado tirada de

cualquier manera en mitad del recibidor.

—Lo siento, de verdad. —Pero, en realidad, no lo sentía lo más mínimo. No

tragaba a esa estirada que perseguía a su padre sin descanso. No es que ella fuera la

típica niña mimada que tuviera celos de cualquier mujer que entrara en la vida de su

progenitor. Daba por supuesto que, algún día, él volvería a enamorarse y que se

casaría de nuevo. Lo que ocurría era que lo conocía tan bien que sabía perfectamente

que Amparo Galindo no sería capaz de hacerlo

feliz. A su padre no le convenía tener a

su lado a una redicha que solo sabía hablar de trabajo y de lo mucho que valía; lo que

él necesitaba era una chica, dulce y alegre, que le hiciera disfrutar de la vida y

tomársela menos en serio. Blanca observó los desgastados vaqueros que llevaba su

padre y la vieja camiseta y preguntó—: ¿No has quedado con nadie?

Enrique llevaba todo el día tumbado en la cama, sin dejar de pensar en Inés. Ni

siquiera había tenido ganas de salir a correr.

—No, no tengo ningún plan. ¿Quieres que vayamos al cine o a tomar algo por

ahí?

—Prefiero quedarme. Si quieres puedo preparar unos *tortellini*, ¿te apetecen?

—Me parece perfecto.

Ya en la cocina, el médico dispuso los cubiertos, se sentó en uno de los altos

taburetes de la isla central y charló con Blanca mientras ella preparaba la pasta. La

niña le contó cómo le había ido la última semana en el colegio, aunque no mencionó

en ningún momento que Carlos seguía yendo a buscarla todos los viernes en su moto.

Los dos se habían hecho buenos amigos y Blanca incluso había conocido a su novia, a

la cual le parecía muy divertida su pequeña conspiración. Su padre, a su vez, le habló

de los pormenores de las últimas intervenciones

que había llevado a cabo. A Blanca,

que estaba decidida a estudiar medicina, le encantaba escucharlo y, cuanto más

truculentos eran los detalles, más disfrutaba. En cuanto estuvieron listos los *tortellini*,

se sentó junto a él y empezaron a comer.

—Eres una gran cocinera —la alabó tras llevarse el tenedor a la boca.

—Lo sé. Hervir la pasta es todo un arte. Por cierto, cuando terminemos sacaré un

rato a *Pongo*.

—¿Otra vez? —Entornó los ojos, escamado. Al ver la mirada inocente que le

devolvió su hija tuvo una súbita inspiración, así que clavó en ella sus pupilas

penetrantes y formuló una nueva pregunta—: ¿No será que quieres hablar con la portera?

Ante una interpelación tan directa, Blanca fue incapaz de mentir.

—Pues sí, quería hablar con ella de unos asuntos. Al venir he llamado, pero no había nadie en la portería.

Así que había salido, se dijo Enrique y, presa de un molesto desasosiego, se preguntó con quién. Enojado consigo mismo, trató de hacer aquella incómoda sensación a un lado y prosiguió con el interrogatorio:

—¿Se puede saber qué os traéis entre manos Inés y tú?

—¿Cómo es que de repente llamas a la señora Santos por su nombre de pila? —

preguntó a su vez, extrañada.

—Digamos que he descubierto quién se oculta debajo de ese disfraz de portera

gruñona. Los médicos somos muy observadores y no se nos suele escapar ningún

detalle importante. —Alzó una de sus cejas oscuras con suficiencia; desde luego, no

estaba dispuesto a contarle que su tan cacareada perspicacia era fruto de la más pura

casualidad.

La niña se lo quedó mirando llena de admiración.

—Pues a mí me costó adivinarlo —confesó—. Hasta que la vi un día con el pelo

suelto y sin gafas mientras hablaba con Fran no me di cuenta.

Su padre frunció la nariz como si algo oliera mal.

—¿Fran? ¿Quién es Fran?

—Es un amigo de Inés y ahora también es mi amigo. Es muy divertido y me río

mucho con él.

—¿Ese tal Fran lleva un peinado a lo afro?

—¡Ay, papá, no te enteras! No lleva un peinado afro, son rastas. Como las de Bob

Marley.

Enrique no pudo contenerse un minuto más y, sin dejar de tamborilear con dedos

nerviosos sobre la superficie de mármol de la encimera, le hizo la pregunta que lo

atormentaba:

—¿Ese tipo es el novio de Inés?

Blanca, que no tenía un pelo de tonta, se dio cuenta de que el interés de su padre

por la portera era mucho más personal de lo que cabía esperar y entrecerró los ojos,

calculadora. Ahora que lo pensaba, Inés y su padre harían buena pareja. Inés era

guapa, divertida y encantadora y, de repente, no le cupo la menor duda de que sería

una buena madrastra. Se había portado muy bien con ella con el asunto de Rodrigo y,

aunque era innegable que estaba un poco loca —¿a quién se le ocurría abandonarlo

todo y meterse a trabajar de portera?—, al menos no estaba tan pirada como su

hermana Marisa.

Blanca observó a su padre con detenimiento. Notó la forma en que la vieja

camiseta se pegaba a su pecho, subrayando la anchura de sus hombros y su vientre

plano, y tuvo que admitir que, para ser un cuarentón, se mantenía en forma y era muy

atractivo —al menos eso pensaban las madres separadas de sus amigas— y el pobre

estaba muy solo.

Y, de pronto, lo vio muy claro: ¡Inés y su padre harían una pareja perfecta!

Notó que su padre esperaba su respuesta con impaciencia y contuvo una sonrisa

maliciosa.

—¡Qué va! Fran no es su novio. La pobre aún se está recuperando de un palo

muy gordo.

Al escuchar la segunda parte de su contestación, el alivio que había experimentado

el doctor se desvaneció en el acto.

—¿Un palo? ¿Qué palo?

—¿Por qué, de repente, te interesa tanto la vida de Inés? Pensaba que te caía fatal.

—Los agudos ojos castaños de su hija, tan parecidos a los suyos, no le quitaban la

vista de encima y no se le escapó el leve rubor que asomó en las mejillas morenas de

su padre—. Te has puesto rojo.

Su comentario aumentó el flujo de sangre a su

rostro, pero Enrique trató de

disimular su turbación con una tosecilla poco natural.

—¡Qué tontería! Los tíos machos como yo nunca se ponen rojos. Lo que pasa es

que los *tortellini* aún están muy calientes. La vida de esa falsa portera no me interesa

especialmente —trató de sonar indiferente, aunque no la engañó ni por un segundo—,

es un tema de conversación como otro cualquiera, aunque confieso que tu comentario

me ha provocado un poco de curiosidad.

La adolescente estaba encantada al comprender que, por una vez, era ella la que

ponía a su padre a la defensiva con sus preguntas; sin embargo, se apiadó de él y

decidió contarle lo que sabía.

—Fran me contó que Inés pilló a su marido engañándola con otra —declaró de

sopetón.

—¡Está casada! —Ahora la piel de las mejillas masculinas adquirió un tono

grisáceo. A lo mejor Inés se había acostado con él para vengarse del adúltero, pensó, y

la sola idea hizo que le entraran ganas de vomitar.

—Divorciada.

Aquella palabra hizo que el médico recuperara algo de su sangre fría.

—¿Desde hace cuánto? —En otras circunstancias, no se habría prestado a hacer

averiguaciones a espaldas de la persona en la que estaba interesado, pero, en esa

ocasión, sentía la apremiante necesidad de averiguar todo lo que pudiera sobre Inés,

sin importar que sus métodos no resultaran del todo honestos.

—Creo que se separaron hace año y medio más o menos. Según Fran, Inés se

enamoró de su marido, bueno, exmarido, cuando los dos eran adolescentes. Llevaba

casi la mitad de su existencia con él, así que era lo último que se esperaba. Ahora la

pobrecilla está hecha polvo. Por eso se metió a portera, quería alejarse de todo lo que

había sido su vida hasta entonces. Hasta creo que vendió su casa. Pobre Inés... debía

de quererlo mucho. —La compasión de Blanca era sincera.

—Sí, debía de quererlo mucho. Valiente hijo de...

Enrique se detuvo en el acto; jamás soltaba tacos delante de su hija, pero estaba tan

cabreado que le había costado morderse la lengua. Así que ese era el secreto de Inés,

se dijo. Por eso no quería tener una relación con él. Aún estaba enamorada de ese

bastardo, ese gusano desleal, ese... Sin poder contenerse, se levantó y empezó a

pasear arriba y abajo de la cocina mientras apretaba los puños con fuerza. La mezcla

de indignación y celos lo estaba volviendo loco. Notó que su hija lo miraba

asombrada y procuró tranquilizarse. Cogió su plato, lo metió en el lavaplatos y siguió

recogiendo la cocina en un intento de aplacar sus ansias homicidas.

—No hace falta que me ayudes, Blanca. Si quieres, vete a la portería a ver si ha

vuelto Inés. —Necesitaba estar a solas para pensar, así que se alegró cuando su hija

aceptó su oferta al vuelo y salió corriendo de la cocina.

Ahora estaba todo claro; Inés pensaba que él era una sabandija como su exmarido.

Era evidente que había perdido la confianza en los hombres y no estaba dispuesta a

darle una oportunidad, pero él tampoco estaba dispuesto a dejarla escapar. La había

encontrado de forma casi milagrosa y estaba convencido de que ese hecho no era una

mera casualidad. Entre ellos había algo especial, si no, ¿por qué no había logrado

olvidarla? La atracción física seguía ahí y era evidente que Inés también la sentía; solo

de pensar en cómo se derretía cuando la tocaba le hacía ponerse duro. Pero él no se

conformaba con eso; quería más. Quería conocerla, ser capaz de descifrar hasta el más

mínimo de sus estados de ánimo, saber qué situaciones desencadenaban aquel brillo

de esmeralda recién pulida en sus ojos... Estaba convencido de que lo que había entre

ellos iba mucho más allá del deseo voraz que sentía y no pararía hasta estar

completamente seguro de ello. Lo quería todo de ella y no se conformaría con menos.

No, se dijo, Inés tendría que aprender a confiar de nuevo.

El timbre de la puerta volvió a sonar, pero, como había hecho la vez anterior, Inés no

se movió de la cama. No quería ver ni hablar con nadie; también había desconectado

el teléfono. Desde que había salido del piso del doctor Echevarría, lo único que había

hecho había sido aporrear sin descanso el teclado de su ordenador. Era increíble la

avalancha de inspiración resultante de un simple intercambio de saliva; además de

acabar con un capítulo que llevaba días resistiéndosele, había escrito dos más. La

única pega fue que, cuando por fin hizo a un lado el portátil, los pensamientos que

había relegado a un rincón oscuro de su cerebro volvieron en tromba a atormentarla.

¿Qué iba a hacer ahora? Quizá debería abandonar la portería, pero ¿dónde

encontraría otro lugar tan perfecto para escribir su libro? Desde que estaba allí, parecía

que las páginas se llenaran solas. No le apetecía cambiar de sitio, ¿y si Calíope, Clío,

Lexus o como quiera que se llamara su musa se perdía en el camino y no volvía a

encontrarla? No. Se quedaría allí, en esa pequeña portería, aunque tuviera que luchar

contra médicos libidinosos, asesinos en serie y cualquier otro peligro que pudiera

acecharla. Inés se dijo que lo más práctico para sobrellevar la situación sería evitar a

toda costa quedarse a solas con el propietario del 6.º derecha. Si cada vez que lo veía

se convertía automáticamente en un esclavo Épsilon que solo ansía su ración diaria de

soma, lo que debía hacer al respecto era alejarse de su órbita lo más posible, y cambiar

el soma por una ración doble de chocolate.

A pesar de que hacía semanas que no pensaba en él o, al menos, lo hacía tan solo

durante un par de minutos al día, Daniel se hizo presente en sus reflexiones. Aunque a

punto de cicatrizar, si algún roce levantaba un poco de costra, la herida volvía a

escocer con fuerza. Inés se había casado con

Daniel sintiendo la misma confianza que un trapealista que, al terminar su número, se arroja desde el columpio con una pirueta que corta la respiración del público y cae ligero como una pluma sobre la inmensa red de seguridad que le espera abajo. Solo que en su matrimonio alguien quitó esa red sin avisar, y ella aún estaba recuperándose del terrible batacazo.

No estaba dispuesta a volver a pasar por aquello. Nunca más. Y menos con un hombre en el que ni siquiera confiaba.

Blanca, Inés y la señorita Montagut esperaban sentadas en el sillón del salón de la portería, apretadas y expectantes. Desde el minúsculo cuarto de baño situado junto al

dormitorio de Inés, les llegaba el sonido ahogado de golpes y de imprecaciones varias.

Por fin, al cabo de un buen rato, se abrió la puerta y apareció Fran, que se plantó de

un salto frente a la concurrencia y exclamó:

— *Voilà!*

El silencio que se hizo se podría haber cortado con un cuchillo, o con una navaja;

incluso con una maquinilla de afeitar que ya tuviera algunos usos.

—¿Puede saberse qué hacen tres señoritas bien mirándome el paquete?

En efecto, los ojos de todas ellas convergían sin desviarse ni un milímetro en la

entrepierna masculina. Por fin, Inés recuperó la VOZ:

—¡No puedes salir así a la calle!

—Desde luego que no. Te detendrían por escándalo público —abundó Sasha

Montagut, al tiempo que se abanicaba con el díptico de propaganda de una carpintería

que había encontrado sobre la mesa.

—¡Tú te has metido unos calcetines ahí dentro!

—concluyó Blanca. En su colegio

era vox pópuli que Gonzalo Salido (apellido real, verificado con su propio DNI),

compañero de clase y reconocido pringado, hacía lo mismo.

—Está bien —Fran, alzó las palmas de las manos en un ademán de rendición—,

habéis descubierto por qué cuando me duchaba en el insti después de jugar al fútbol

me llamaban don Bastón y ahora me comparan con el hombre del tiempo de La 1. —

Hizo un gesto de falsa modestia y añadió—: Pero no es en eso en lo que os tenéis que

fijar. Quiero que me digáis, con sinceridad, qué tal me queda este traje. Es importante.

Tengo una reunión con unos tíos y necesito que se conviertan en socios capitalistas de

mi nuevo *business*.

Inés logró, al fin, apartar los ojos de semejante exceso de la naturaleza para

estudiar el resto del conjunto. El traje era indescriptible; las hombreras de la chaqueta

parecían copiadas de uno de los modelitos del grupo Loco Mía, y los pantalones, que

se ajustaban como una segunda piel a las

estrechas caderas de Fran, desembocaban,

de pronto, en unas perneras acampanadas al más puro estilo «Starsky y Hutch». La

tela tenía unos brillos que herían las córneas y solo le faltaba colgarle una etiqueta que

advirtiera: «¡Peligro, altamente inflamable!».

—¡Ejem, ejem! —Inés carraspeó unas cuantas veces en un intento de ganar algo

de tiempo—. ¿De dónde lo has sacado?

Fran sacudió una diminuta mota de polvo de la solapa y respondió, orgulloso:

—Era de mi viejo. De antes de que mi madre empezara a cebarlo con potajes y

cocidos, y sobrepasara los ciento cincuenta kilos. Mi jefa me contó que lo llevaba

puesto en su primera cita y que todas las chicas del barrio habían suspirado de envidia

al verla colgada de su brazo.

—¡Qué espanto! —susurró Blanca; por fortuna, él no la oyó.

—Lo que no entiendo es por qué necesitas disfra... —Inés se mordió la lengua

justo a tiempo—... ir tan elegante para hablar con esos señores. Yo diría que en la

actividad laboral que desarrollas lucirías mejor con un pantalón de chándal oscuro

que dejara ver la marca de tus calzoncillos, una sudadera con capucha y unas

zapatillas de deporte del tamaño de un portaaviones.

—Te equivocas, Inés. Estos hombres no tienen

nada que ver con mi ámbito de

negocio habitual. El otro día, después de fumarme tres petas seguidos tumbado en el

sofá-cama de casa mientras veía una de las *cutrepelículas* porno de mi hermano, tuve

una revelación: ha llegado la hora de que siente la cabeza y tenga una familia. Ya tengo

treinta y ocho años. Me gustaría tener unos cuantos enanos correteando a mi

alrededor, y a ver cómo van a explicar a su señorita en el cole que papi es un camello.

¡Ni hablar! Si algún día tienen que hablar de camellos, que lo hagan de los que

montan los Reyes Magos.

Inés miró por encima del hombro de Fran con fijeza, en un intento de pillar al

ventrílocuo invisible que lo había abducido y se había apoderado de su voz mientras

que, con el brazo oculto por debajo de la camisa de su amigo, abría y cerraba su boca

con un movimiento muy realista..., pero no descubrió nada.

—Aunque no lo sepáis, yo tengo más facetas que un brillante. —De nuevo, ese

gesto de falsa modestia—. Soy ingeniero agrónomo, hasta me saqué el doctorado.

¡Chicas, se os van a salir los ojos disparados de las órbitas y me vais a hacer daño!

Gracias a mi dedicación sin reservas a la plantación de maría, he desarrollado un

sistema de cultivo revolucionario que permite sembrar en la mitad de espacio, ahorrar

un montón en agua, sustratos y... en fin, es largo de contar. Con mis ahorrillos de

estos años he comprado un par de parcelas en Aranjuez y quiero dedicarme a cultivar

frutas y hortalizas de la mejor calidad, por supuesto libres de aditivos y pesticidas,

para venderlas a los mejores restaurantes de Madrid. He encontrado a un par de tipos

que están muy interesados en el negocio y quiero impresionarlos. Así que, venga,

decidme la verdad, ¿cómo me veis?

—Pero Fran, ¿no eras tú el que decías aquello tan bonito de: «No hay nada

especialmente encomiable en el trabajo. Se trabaja para disfrutar del tiempo libre. Solo

la gente estúpida trabaja por no saber qué hacer

consigo misma cuando no está

trabajando»?

—Me halaga que te acuerdes tan bien de mis palabras, Inés, aunque no son mías,

en realidad, sino de mi admirado Somerset Maugham, pero he cambiado de opinión;

si quiero sentar la cabeza, y quiero, créeme, necesito un buen trabajo.

—Pero ¿con quién te vas a casar? —Blanca consiguió recuperar, por fin, el uso de

sus cuerdas vocales.

—Con Marisa, por supuesto —afirmó con la misma seguridad con la que alguien

pronunciaría su propio nombre.

—Fran, Fran... —La voz de Inés rezumaba

compasión—. Marisa ha jurado por

activa y por pasiva que jamás se casará, que piensa acabar sus días en el *áshram* de

Ahmedabad, el mismo en donde Gandhi pasó una temporada, meditando y recibiendo

cursos de terapias orientales. Tampoco tiene una buena opinión del capitalismo, lo

digo por tu nuevo negocio; de hecho, cuando yo vivía acorde con el sueldazo que

ganaba como *broker* me llamaba alimaña codiciosa, aunque, eso sí, no parecía tener

mucho reparo a la hora de tomar prestada de vez en cuando mi ropa de marca.

Además, y sin ánimo de ofender, siempre le han gustado unos tíos enormes y

musculosos; su último novio medía casi dos

metros y tenía más pecho que ella...

La expresión de confianza del rostro de Fran no varió en absoluto al escuchar sus palabras.

—Y no se ha casado con ninguno de ellos, ¿no es así? Tu hermana ha estado buscando en la dirección equivocada. Créeme, Inés, en cuanto la vi, supe que Marisa era la mujer de mi vida.

—¡Qué bonito! —exclamó la señorita Montagut, llevándose su eterno pañuelito de encaje a la comisura de los ojos.

—¡Cuenta conmigo, Fran! ¡Te ayudaré en lo que sea! —afirmó Blanca con entusiasmo.

—En fin. Yo ya te he avisado —suspiró Inés, resignada—. Lo único que puedo

hacer por ti en estos momentos es ayudarte a encontrar un traje en condiciones y una

corbata que no haga pelotillas, el resto corre de tu cuenta.

—¡Perfecto! Confíad en mí, chicas. —Les guiñó un ojo con picardía.

—Hablando de otra cosa, os recuerdo que este viernes es día quince —

interrumpió la exvedette, al tiempo que les lanzaba una de esas miradas cargadas de

significado a las que era tan aficionada.

—No se preocupe, Sasha, está todo bajo control. Lo único que nos queda ya es

sincronizar los relojes —respondió Fran con

convicción; luego miró el suyo y añadió

—: Y hablando de relojes, me tengo que ir. Entonces, Inés, quedamos para ir de

compras, ¿no? Y este viernes, a las diez y media de la noche, esperaremos todos en mi

furgoneta a que este pájaro salga de su nido. A partir de ese momento, comenzará la

operación secreta: Caza al pichón.



Capítulo 17

La luna se ocultaba tras densos nubarrones y la lluvia había empezado a caer con

suavidad, pero, a pesar de aquella atmósfera desapacible, el viernes, a las diez y media

en punto, los conspiradores aguardaban, pacientes, en la furgoneta del hermano de

Fran la salida del pichón. El vehículo solo tenía dos asientos en la parte delantera, así

que decidieron que Marisa, que era la que mejor veía en la oscuridad, se sentara allí

para no perder de vista el objetivo y a Inés le tocó introducirse a regañadientes en la

zona de carga, sin parar de protestar por la horrorosa peste a pescado que impregnaba

el interior. La furgoneta estaba vacía excepto por un bulto tapado por una manta llena

de manchas sospechosas de la que Inés procuró mantenerse lo más alejada posible.

Después de esperar durante casi hora y media sentada en el incómodo suelo de

metal, sin otro entretenimiento que escuchar las pullas que Marisa y Fran se lanzaban

el uno al otro sin tregua, y con el olor a pescado rodeándola como una miasma

infecciosa, Inés estaba al borde del ataque de nervios.

—¡Vosotros dos, dejadlo ya! —ordenó, furiosa.

—¡No te pongas así, hermanita! Qué poca paciencia, se ve que no tienes madera

de detective. Espera... ¡¿Fran, no es ese el tipo que buscamos?! —Los dos habían

estado tan entretenidos en su lucha de ingenios que, por unos momentos, habían

perdido de vista el fin último de la misión.

En efecto, del número 185 acababa de salir un hombre bajo y robusto. El tipo iba

cubierto de pies a cabeza con un impermeable oscuro que le daba una apariencia

rocosa y entre sus brazos cargaba un bulto bastante grande envuelto en plástico negro.

—¡Lleva un muerto! —exclamó Inés, quien, de cuclillas tras los asientos,

observaba también al sospechoso.

—Bueno, tampoco hay que perder la cabeza. Podría ser cualquier cosa, desde una

alfombra persa que lleva a limpiar hasta...

—¡Ah! —gritaron los tres a la vez, horrorizados al descubrir un pie infantil que se

balanceaba bajo la capa de plástico, al ritmo de una nana silenciosa y siniestra.

El hombre abrió el maletero de un viejo Ford Focus gris que estaba aparcado

frente al portal y dejó caer el cuerpo en el interior sin la menor delicadeza. Luego se

subió al vehículo, arrancó y rodó calle abajo.

—¡Dios mío, este tío es el Ted Bundy madrileño, solo que en feo! —Inés, antes de

empezar a escribir su novela, se había documentado a fondo sobre los asesinos en serie.

—¡Arranca el coche, Fran! ¡Arránvalo, por Dios! —exclamó Marisa, histérica.

Al contrario que Carlos Sainz, Fran logró poner en marcha la furgoneta a la

primera y salieron en persecución del asesino envueltos en un desagradable chirrido

de ruedas. El hombre conducía despacio y no fue difícil seguirlo por las calles

estrechas —y a esas horas mucho más tranquilas— del barrio de Salamanca, aunque

Fran procuraba no acercarse demasiado para que no los descubriera. A pesar de

guiñar mucho los ojos detrás de sus gafas, a Fran le deslumbraban las luces de los

otros coches, así que, una vez más, Marisa se hizo con el papel de Luis Moya.

—Fran, a la derecha, ras, ¡no, esa es prohibida! Sigue, va por ahí. No, no,

izquierda, izquierda. ¡Por Dios, no ves tres en un burro, tendría que conducir otro!

—¡Pues conduce tú, listilla! —Estaba empezando a ponerse nervioso.

—No sé conducir. Inés, será mejor que cojas tú el volante, o en breve nos

convertiremos en una luctuosa estadística más de la Dirección General de Tráfico.

—Yo tengo astigmatismo, de noche no veo un pimiento. Casi que lo dejamos y

volvemos otro día con Silvia, que es la única persona que conozco que nunca se ha

dado un golpe con el coche y ve en la oscuridad como los gatos —sugirió Inés, que

iba dando bandazos en el interior de la furgoneta.

De repente, el bulto que había debajo de la manta cobró vida y la joven soltó un

alarido de terror que hizo que Fran diera un volantazo.

—¡Joder, Inés! ¿Qué pasa? —En el último segundo, consiguió enderezar el

vehículo y logró esquivar la acera derecha.

—¡Blanca! Pero ¿qué haces aquí?!

La niña echó la manta a un lado y la miró desafiante.

—¡Esta misión es tan mía como vuestra! —
Saltaba a la vista que se le había

pegado la vena dramática de Sasha Montagut.

Inés le devolvió la mirada muy enfadada y replicó:

—¡Solo falta que tu padre descubra que no
estás en tu cama! ¿No te das cuenta de

que le puedes dar un susto de muerte? Quizá
hasta llame a la policía y nos meta a

todos en un buen jaleo.

—No te preocupes, le he dejado una nota.

Además, el pobre llega tan cansado del

trabajo que duerme como un tronco. ¡Qué horror, casi no podía respirar debajo de esa

manta, no puedes imaginarte lo mal que huele!
—Hizo una mueca de asco.

—Esa es otra. Has estado más de una hora debajo de eso. —Inés señaló con un

gesto de repugnancia la tela manchada—. Vamos a tener que descontaminarte y hoy

no me he traído mi traje NBQ[1].

—Mierda, Fran, te he dicho derecha, de-re-cha, ¿estás sordo?, ¿o es que te

perdiste el capítulo de «Barrio Sésamo» donde se explicaba la diferencia entre

izquierda y derecha? —El tono furibundo de Marisa interrumpió su discusión.

—¿Puedes dejar de gritarme? Me pones nervioso. —Irritado, Fran golpeó el volante con fuerza.

Acababan de entrar en la M-30 cuando una tromba de agua, tan intensa como si

alguien se hubiera dejado abiertas las compuertas de la presa de las Tres Gargantas,

empezó a descargar sobre ellos. El estruendo de las gotas de lluvia sobre el techo

metálico de la camioneta los silenció en el acto. Fran levantó el pie del acelerador y el

velocímetro del coche descendió hasta los veinte kilómetros por hora.

—No se ve nada —susurró Inés con la vista clavada en el parabrisas, al tiempo

que rodeaba con un brazo los hombros de la

niña, que también observaba, asustada,

el impenetrable muro de agua que tenían enfrente.

En ese momento, un enorme camión que circulaba ilegalmente por la vía pasó

bramando tan cerca de ellos que rozó el retrovisor de la furgoneta. Fran giró el

volante con brusquedad en un vano intento por esquivarlo, y el vehículo empezó a

patinar sin control por el asfalto empapado. En un acto reflejo, Inés envolvió a Blanca

entre sus brazos, tratando de impedir que se golpeará contra las paredes de la Kangoo,

mientras el interior de la furgoneta se llenaba de gritos de terror. Durante unos

instantes eternos, siguieron girando sobre sí

mismos hasta que el vehículo chocó

contra un guardarraíl y se detuvo al fin.

—¿Estáis todos bien? —La voz de Fran rompió el pesado silencio que se había

hecho tras la colisión. Entonces encendió la luz interior, y casi se sentó encima de

Marisa en su afán de comprobar si estaba herida. Con dedos temblorosos empezó a

palpar sus brazos y sus piernas hasta que ella protestó.

—Déjame, Fran, estoy bien. —Trató de apartarse, pero él le sujetó la cara entre sus

manos y, durante unos segundos, la miró fijamente a los ojos.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó con voz ronca.

—Que sí, ya te lo he dicho. —Sacudió la cabeza tratando de liberarse y él la soltó

al fin. En realidad, Marisa era la que había salido mejor parada, pues llevaba puesto el

único cinturón de seguridad que no estaba roto.

—Yo también estoy bien —anunció Blanca, con voz trémula, y al alzar el rostro

que mantenía enterrado en el pecho de Inés gritó, asustada—: ¡Inés, tienes sangre en

la frente!

De un pequeño corte en su sien derecha manaba un hilo de sangre. Inés se tocó la

herida y luego utilizó la manga de su jersey para detener la hemorragia.

—No te preocupes, Blanca, no es nada.

—¿Y a ti qué te ocurre, Fran? Estás muy pálido.

—A Marisa no se le había

escapado la ligera mueca de dolor que esbozó al volver a su asiento.

—Me duele un poco el costado, creo que me he golpeado con el volante. —Se

llevó una mano a la zona y, de nuevo, hizo un gesto de dolor.

La hermana de Inés se volvió hacia él para examinarlo. Sin pedirle permiso

levantó el viejo jersey de lana gris y la camiseta que llevaba debajo y, con mucha

suavidad, empezó a recorrer con las yemas de los dedos aquel pecho

sorprendentemente musculoso y bien formado.

—¿Dónde te duele?

Fran señaló su costado derecho, apoyó la cabeza en el respaldo, cerró los ojos y se

dispuso a disfrutar de aquel inesperado contacto. De los dedos hábiles de Marisa

surgía una agradable calidez que comenzó a calmar el dolor casi de inmediato.

—Mmm —suspiró, extasiado—. Tienes unos dedos mágicos, Marisa... ¿te

importaría tocarme un poco más abajo?

Ella lo ignoró por completo y siguió palpando su tórax con delicadeza.

—Creo que tienes una contusión, pero no te has roto la costilla. De todas formas,

deberías ir a un hospital a hacerte una radiografía. Solo he dado unas cuantas clases,

así que aún no soy ninguna experta.

—No pienso ir a ningún hospital, confío plenamente en tu diagnóstico, Candace,

aunque creo que me vendría bien un buen masaje...

Sin hacerle el menor caso, Marisa le bajó de nuevo la camiseta y el jersey, y se

volvió hacia las ocupantes de la parte de atrás. Cuando se cercioró de que nadie estaba

herido de gravedad, empezó a dar órdenes a diestro y siniestro.

—Fran, quítate de ahí. Yo te ayudo, despacio, ¡con cuidado! ¡Inés, intenta arrancar

el coche!

Su hermana obedeció con dificultad y se puso al volante, pero al girar la llave de

contacto tan solo se oyó un desagradable

chirrido metálico.

—Me temo que no va a funcionar —anunció con serenidad. Luego acercó el

rostro al cristal astillado del parabrisas y añadió —: Por lo poco que veo del capó, la

sirena ha quedado varada de por vida. Habrá que llamar a la grúa.

Fran rebuscó en la guantera y sacó los papeles del vehículo; por fortuna, estaba

todo en orden y la furgoneta contaba con un seguro a todo riesgo. La asistencia tardó

bastante en llegar; aquella era una de esas noches en las que los bomberos, la policía y

las emergencias en general no daban abasto. Casi tres horas después, un taxi los

dejaba a los cuatro, exhaustos y ateridos, frente

al 185 de la calle Lagasca, y Marisa le

pidió al conductor que esperase un momento mientras bajaban a acompañar a Blanca

y a su hermana.

Sin embargo, las desdichas nocturnas no parecían haber terminado aún. Nada más

posar los pies sobre la acera, el doctor Echevarría, parapetado bajo un enorme

paraguas de golf, salió a su encuentro echando chispas.

—¡Blanca, ¿puede saberse de dónde vienes a estas horas?! —La niña abrió la boca

para tratar de explicarse, pero al ver su rostro, pálido y agotado, su padre la

interrumpió sin miramientos y ordenó—: Déjalo, sube a casa, date una ducha caliente

y acuéstate, ya hablaremos mañana tú y yo.

La mirada compungida de Blanca se posó en Inés, quien le guiñó un ojo

indicándole que no se preocupara, así que la adolescente entró en el portal sin

protestar. Al ver la ira que brillaba en los iris oscuros del médico, Marisa se dijo que

había llegado el momento de desaparecer también.

—Nosotros nos vamos. Esta noche puedes pasarla en mi piso, Fran. Quiero vigilar

esa contusión. —Por la cara de Fran pasó un abanico de emociones que la hermana de

Inés no tuvo ninguna dificultad en interpretar, así que agregó—: No te hagas ilusiones.

Dormirás en el sofá.

La expresión de decepción de su amigo fue tan cómica que, a pesar de lo cansada

que estaba, Inés no pudo reprimir una carcajada.

—Te parece todo muy divertido, ¿no es así? Llevo desde las doce y media, muerto

de preocupación, esperando bajo el diluvio a que aparezcáis. —El aspecto del doctor

era tan aterrador que Inés, al ver a Fran y a su hermana desaparecer dentro del taxi a

toda prisa, estuvo a punto de salir corriendo detrás de ellos. Sin embargo, no le quedó

otra que enfrentarse sola a ese energúmeno de pupilas fulgurantes.

—Será mejor que entremos. —Trató de sonar tranquila, pero él detectó un ligero

temblor en su voz.

La siguió en silencio al interior del portal y al encender la luz descubrió, alarmado, las huellas de sangre en su rostro.

—¡Estás herida! ¿Qué ha pasado? ¡Abre la puerta —exigió—, tengo que examinar esa herida!

Demasiado cansada para protestar, Inés sacó sus llaves y lo condujo hasta el pequeño cuarto de baño al fondo del pasillo. Él la tomó de la barbilla y, moviendo su cabeza con delicadeza a un lado y a otro, inspeccionó el corte bajo la luz del fluorescente.

—No es grave, pero es profunda. Tendré que darte algunos puntos. —Sin mostrar

la menor compasión al ver su expresión horrorizada, el propietario del 6.º derecha

siguió dando órdenes—: Subiré a casa a buscar mi botiquín, mientras tanto date tú

también una ducha caliente. Estás tiritando.

En cuanto salió por la puerta, Inés corrió al cuarto de baño y se metió bajo el

chorro de agua caliente hasta que su cuerpo empezó a reaccionar al cabo de diez

minutos. Salió de la ducha, se secó el pelo con una toalla y se puso uno de los gruesos

pijamas de felpa —muy alejado de los camisones de raso y encaje que usaba en su

vida anterior—, decorado con corazones azules y rosas, que, previsora, había

comprado en un hipermercado para capear las

frías noches de invierno. Al mirarse en

el espejo, pensó que nadie podría acusarla de intentar seducir al doctor.

Él la esperaba sentado en el sofá del salón. Su pequeño maletín estaba abierto

sobre la mesa de centro y había acercado la lámpara de pie que había encontrado en la

zona del comedor, de manera que el sofá quedaba convenientemente iluminado.

—Siéntate —ordenó con frialdad.

Inés tragó saliva y se sentó en la otra punta del sillón. El médico se limitó a mirarla

con severidad y, de mala gana, la joven se fue acercando, centímetro a centímetro,

hasta quedar a una distancia adecuada. Enrique colocó un dedo bajo su barbilla, alzó

su rostro hacia la luz y, al ver la aprensión reflejada en aquellos expresivos ojos

verdes, anunció inflexible:

—Voy a ponerte un poco de anestesia local, luego te limpiaré la herida y te daré

unos puntos.

Rebuscó en el maletín y sacó una jeringuilla. Al ver la aguja ella dio un violento

respingo y se encogió todavía más.

—La señora portera nos ha salido un poco medica, ¿no? —comentó con

sarcasmo—. Estate quieta o te dolerá más.

Intimidada por su frialdad, Inés obedeció y permaneció muy quieta, mientras él la

pinchaba. A pesar de sus temores, apenas notó

el agujonazo en su piel. El doctor

Echevarría —como había descubierto en sus propias carnes— tenía unos dedos muy

hábiles. Los bonitos ojos castaños, rodeados de espesas pestañas oscuras, estaban tan

cerca de los suyos que Inés casi podía contar las atractivas pintas doradas que

salpicaban sus iris. Notó que se le aceleraba la respiración, pero lo achacó a sus

nervios destrozados por los calamitosos acontecimientos nocturnos.

—Esperaré un poco a que haga efecto; mientras tanto, quiero que me cuentes qué

ha ocurrido esta noche.

Inés decidió colaborar y le contó la historia desde el principio. Le habló de las

fundadas sospechas que tenían de que el inquilino del 4.º izquierda fuera un asesino

en serie y de cómo, entre todos, habían elaborado un plan para cazar al pichón.

Enrique conservó su aspecto adusto mientras terminaba de limpiar la herida, a pesar

de que, en más de una ocasión, se vio obligado a reprimir una sonrisa al escuchar el

relato de las peripecias surrealistas de aquellos aprendices de cazador.

—¡Te juro que le prohibí a Blanca que viniera con nosotros, Enrique, tienes que

creerme! Ni siquiera sabía que estaba en la furgoneta cuando nos pusimos en marcha.

Se había escondido debajo de una manta, tan repugnante que, a lo mejor, tienes que

hacerle las pruebas del tifus. Siento muchísimo lo que ha pasado y entiendo que estés tan enfadado. Lo siento de verdad.

Los ojos color musgo irradiaban sinceridad, y Enrique no puso en duda sus explicaciones. Conocía de sobra a su hija y sabía que, cuando se le metía algo en la cabeza, no paraba hasta conseguirlo. En eso era igualita que él.

—Ahora tienes que quedarte muy quieta —exigió el doctor, que, entretanto, había terminado de enhebrar el hilo de sutura en una pequeña aguja.

Asustada, Inés cerró los ojos, y notó el tacto delicado de esos dedos competentes sobre su sien. La anestesia había hecho efecto y

no sintió dolor alguno. Después de

unos instantes oyó que el médico decía con voz ronca:

—Ya puedes abrir los ojos. He terminado.

Muy despacio, abrió los párpados y se encontró los labios del doctor Echevarría a

menos de dos centímetros de los suyos, pero, antes de poder pensar siquiera en

apartarse, aquella boca ansiosa se apoderó de la suya y, una vez más, perdió la cabeza

ante el asalto de esos labios expertos. Con un gemido, alzó los brazos, rodeó el cuello

del médico y lo atrajo aún más hacia ella.

Su ardor lo enloqueció. Impaciente, introdujo la mano bajo la camisa del pijama y

la subió despacio por su costado desnudo, dejando a su paso un rastro de fuego y

carne de gallina, hasta posarla sobre su seno. El sensible pezón de Inés se irguió aún

más bajo el roce de su pulgar y un gemido ahogado escapó de su garganta; al oírlo, la

excitación de Enrique creció de forma exponencial.

Al verla salir de la ducha con ese ridículo pijama, el pelo mojado y la cara pálida

de cansancio, le había invadido tal sensación de ternura que había tenido que luchar

con todas sus fuerzas para recordarse a sí mismo que estaba enfadado con ella, pero

no había podido resistirlo más. Mientras cosía aquella piel suave, la intensidad de su

deseo había alcanzado el punto de no retorno. No podía seguir engañándose. A pesar de que apenas la conocía, se había enamorado de Inés con toda la vehemencia de un corazón solitario que hacía tiempo que no sentía a su lado la dulzura de una presencia femenina.

De repente, sin saber muy bien cómo, se encontró tumbado sobre ella en el incómodo sillón. Las manos de Inés le acariciaban la espalda por debajo de la camisa con abandono e, igual que le ocurrió en la otra ocasión en que estuvieron juntos, no pudo evitar temblar al sentir su contacto mientras sus propios dedos exploraban, llenos de curiosidad, bajo la cinturilla del

pantalón del pijama y acariciaban la piel

tersa de su cadera y sus nalgas con avidez.
Incapaz de resistirlo un segundo más,

desató la hebilla de su cinturón y se desabrochó
el botón del pantalón dispuesto a

enterrarse sin más preámbulos en el húmedo
interior de Inés, cuya pelvis se movía

contra sus muslos en una clara invitación.

Sin embargo, al sentir aquella conocida dureza
contra su vientre, ella recobró un

atisbo de cordura y, con un esfuerzo
sobrehumano, colocó las palmas de las manos

contra su pecho y exclamó:

—¡Enrique, no podemos! ¡Podría quedarme
embarazada!

Aquellas palabras penetraron con la precisión de un bisturí la bruma de deseo que

nublaba la mente del médico, que se detuvo en el acto. Por unos instantes, permaneció

tendido sobre el cuerpo de Inés, jadeante, hasta que, por fin, se incorporó sobre sus

antebrazos y clavó las pupilas en los preciosos ojos verdes que rezumaban aún un

deseo intenso. Durante unos segundos, se estableció entre ellos una extraña

comunicación sin cables, hasta que, finalmente, se inclinó sobre Inés, depositó una

vez más un beso ligero sobre sus labios, algo magullados, y se levantó del sofá.

—Perdona, he perdido la cabeza —se disculpó con voz ronca mientras, de

espaldas a ella, luchaba con dedos trémulos con la cremallera de su pantalón.

—No hay nada que perdonar —descartó Inés, quien, a toda prisa, se dedicaba

también a recomponer su apariencia, bastante maltrecha después del apasionado

encuentro.

Un poco más presentable, Enrique se sentó a su lado y la tomó de la mano, pero

ella apartó la suya con rapidez.

—Será mejor que no me toques, Enrique. Cuando lo haces pierdo los papeles —

reconoció con los ojos bajos.

El ritmo cardíaco del doctor, que aún no había recuperado la normalidad, se

disparó de nuevo al escuchar aquella sencilla confesión y tuvo que recurrir a todo su autodomínio para no estrecharla de nuevo entre sus brazos y terminar de una vez lo que habían comenzado.

—Es evidente que a mí me pasa lo mismo, Inés; no puedo estar cerca de ti un segundo sin tocarte —admitió sin rodeos.

Entonces, las miradas de ambos se cruzaron y se sonrieron.

—Y esta enfermedad, doctor, ¿es grave? —Los ojos verdes relucían con picardía.

—Me temo que sí, señora Santos. Creo que es fatal —afirmó en un tono redicho,

que hizo que ella soltara una carcajada—. En serio, Inés, quiero conocerte. Quedemos

en un sitio público, donde, simplemente, podamos hablar.

Como si tuviera voluntad propia, su mano agarró de nuevo la de Inés y, al

instante, la yema de su pulgar localizó aquel pulso delator que se agitaba bajo la piel

delicada de su muñeca. Ella trató en vano de controlar el efecto de las pequeñas

descargas eléctricas que la rítmica caricia de su dedo provocaba y, en ese momento, el

recuerdo de la imagen de la mujer rubia vino en su ayuda.

—¿Y qué pasa con tu novia?

—¿Novia? —El médico la miró, perplejo.

—Sí, tu novia, no te hagas el inocente. Estás viviendo con una mujer y me parece

fatal que cuando no la tienes a mano te desfogues con la portera. —Sus ojos echaban chispas.

—Estás loca. Yo vivo solo con mi hija. —De repente, una bombilla se encendió en

su cerebro y añadió—: No estarás refiriéndote a mi hermana, ¿verdad?

—¡¿Tu hermana?! —La famosa piedra de dos toneladas que a veces aplastaba los

corazones y que hasta ese momento había estado chafando el de Inés con saña se

desintegró en el aire—. Rubia, elegante, no muy alta...

—Es mi hermana Pilar. Se quedó varios días porque necesitaba organizar unos

papeles en Madrid. Ella vive en León con su

familia. Ahora entiendo por qué me

llamaste ninfómano aquel día en mi casa —
afirmó, divertido, al recordar la expresión

que había utilizado Inés y que tanta gracia le
había hecho.

Incapaz de sostener aquella mirada llena de
ternura, Inés bajó los ojos,

avergonzada, y empezó a confesar en un ronco
susurro lo que había llegado a pensar

de él.

—Creía que eras un conquistador. Primero
aquella noche en que lo manejaste

todo con tanta habilidad; luego la mujer rubia; la
otra mujer morena que viene de vez

en cuando a visitarte y, después, cuando le
tiraste los tejos a la horrible señora

Santos...

—¡Caramba, visto así parezco el mismísimo Barba Azul! —Una lenta sonrisa se

dibujó en los labios masculinos, y a Inés le pareció tan atractivo que tuvo que llamarse

al orden para no arrojarse en plancha sobre él y colgarse de su boca una vez más. Sin

embargo, el doctor en seguida recuperó la seriedad y declaró—: No soy un

depredador, Inés. No he tenido una relación seria con ninguna mujer desde que la mía

murió. La rubia de la que hablas es mi hermana, la morena es una compañera de

trabajo más insistente de lo debido. Y a la portera de mi edificio comencé a acosarla

cuando descubrí que era la misma mujer que me

sorbió el seso aquella noche tan

especial, en la que estaba tan nervioso como un adolescente en su primera cita.

Aquel sencillo discurso y la franqueza que brillaba en los iris castaños la

conmovieron profundamente. Enrique Echevarría era un hombre íntegro, tal como su

corazón, en lucha constante con su cerebro, había sospechado desde el principio. Y,

de repente, reconocerlo la asustó aún más. Si cuando pensaba que era un perverso

no había podido resistirse a él, ahora que sabía que era un hombre que merecía la

pena, ¿qué pasaría?

Como si de pronto hubiera percibido su temor, el médico se levantó del sillón y le

dijo:

—Ahora te dejaré sola, debes de estar agotada y no es el momento de hablar. Yo

aún siento los... los desconcertantes efectos de nuestro breve encuentro. —Notó,

complacido, que Inés se ponía colorada—. ¿Quieres comer mañana conmigo en algún

restaurante? Te prometo que no te tocaré —añadió, burlón.

Turbada, Inés asintió en silencio mientras lo acompañaba hasta la puerta.

—Entonces te recogeré a las doce. Hasta mañana. —La empujó contra la pared,

tomándola completamente desprevenida, y la inmovilizó con su cuerpo, al tiempo que

depositaba un beso brusco y hambriento sobre

sus labios. Cuando la soltó, a Inés le

temblaban las piernas de mala manera y apenas acertó a balbucear:

—Dijiste... Has prometido que... que no me tocarías.

—He prometido que mañana no te tocaría, pero no he dicho nada de esta noche.

Por fin la soltó y, sin decir nada más, desapareció escaleras arriba a toda

velocidad. Inés, entretanto, permaneció apoyada en la puerta, jadeante, mientras

escuchaba desvanecerse el eco de sus pasos en los peldaños de piedra.



Capítulo 18

A Inés le habría gustado tener un fondo de armario más surtido donde poder elegir,

pero no le quedó más remedio que echar mano de la poca ropa que se había llevado a

la portería. Por fin, se decidió por unos vaqueros ajustados, botas de tacón y una

elegante camisa de seda blanca, acompañada por un fular de gasa estampado y unos

llamativos pendientes.

— *Arreglá* pero informal. En fin, es a lo más que puedo aspirar —comentó en voz

alta, mientras terminaba de aplicarse un poco de máscara de pestañas y se daba el

toque final con el *gloss*.

En ese momento, sonó el timbre y corrió a abrir.
Al otro lado, el doctor

Echevarría, vestido con unos pantalones claros y
un polo gris marengo, sujetaba con

firmeza la correa de un excitado *Pongo* que
movía la cola con tanto brío que resultaba

la imagen misma de la felicidad. Los ojos
castaños la recorrieron de arriba abajo,

apreciativos, y la saludó con calidez:

—Estás muy guapa.

Inés pertenecía a ese tipo de mujeres que
aunque fueran envueltas en un trapo

creaban tendencia, y Enrique, a pesar de no ser
un entendido en moda femenina, cada

vez que la veía sin su disfraz de portera la
encontraba extremadamente atractiva;

aunque, si era sincero consigo mismo, de un tiempo a esta parte le parecía preciosa

incluso con la repelente bata floreada.

—Tú también estás muy bien, doctor. —Ella le sonrió con sincera calidez y añadió

—: Dime si hay moros en la costa, quiero que la señora Santos conserve su legendaria

reputación de ser una de las mujeres peor vestidas de España.

—Vestíbulo despejado, cambio. —Fingió hablarle a un dispositivo camuflado en

su reloj.

Entre risas, los dos salieron a la calle precedidos por el perro. Hacía una de esas

mañanas primaverales, tan raras en Madrid, en las que a pesar de que el sol brillaba

con fuerza la temperatura era muy agradable, así que fueron paseando en dirección a

El Retiro. Al parecer todos los habitantes de la ciudad habían tenido la misma idea,

pues, mientras deambulaban cerca del estanque, sumidos en una animada

conversación, una multitud de ciclistas, malabaristas, mimos y familias llenas de niños

que se paraban en cada uno de los guiñoles que sembraban el paseo los rodeó.

Después de caminar durante un buen rato, decidieron sentarse al aire libre en la única

mesa desocupada de un quiosco abarrotado.

—Qué bien se está. —Tras dar un buen sorbo a su cerveza, Inés disfrutaba de los

cálidos rayos de sol sobre su rostro con los ojos

cerrados.

—En la gloria —corroboró su acompañante, devorándola con la mirada.

Mientras se comían, en un entusiasta mano a mano, la escandalosa cantidad de

raciones que habían pedido, siguieron hablando y riendo sin parar como habían

estado haciendo a lo largo de la mañana. Acababan de terminarse el café cuando una

voz conocida cortó de raíz la alegría de Inés.

—¡Inés, no me lo puedo creer! ¡¿Cuándo has vuelto de Nueva York?!

Al notar la súbita rigidez de la joven, el médico examinó con curiosidad al recién

llegado que, plantado junto a su mesa, contemplaba a Inés con una mirada

hambrienta. Era un hombre alto y rubio, de unos treinta y tantos años que, a juzgar

por los pantalones cortos, la camiseta y las zapatillas de deporte que llevaba, había

interrumpido de golpe su sesión de *footing* para acercarse a ellos.

—Volví... —Inés miró a Enrique, muy nerviosa, y soltó la primera mentira—.

Volví ayer.

La cara del médico permaneció inexpresiva por completo mientras sus agudos

ojos castaños los escudriñaban a ambos.

—Inés, ¿podemos hablar? —El rubio se pasó una mano nerviosa por el rostro

sudoroso y apartó un mechón húmedo de su frente; parecía haber olvidado por

completo que no estaba sola.

—Yo... no creo que sea buen momento. —
Echó una ojeada al reloj con un

ademán exagerado y se puso en pie de un salto

—: ¡Uy, es tardísimo! Tenemos que

irnos.

—¿No me presentas a tu amigo, Inés? —Con
los párpados entrecerrados, el rubio

inspeccionó a Enrique con arrogancia.

—De verdad que lo siento, Daniel, pero se nos
ha hecho tardísimo —repitió Inés,

cada vez más nerviosa.

Sin hacerle el menor caso, los dos hombres se
midieron con los ojos, retadores,

hasta que al fin Daniel anunció, desafiante:

—Soy Daniel Arana, el marido de Inés.

Al oír aquello, ella saltó como si se acabara de clavar una alcayata en la planta del

pie.

—¡Ya no, Daniel! Te recuerdo que estamos divorciados. Está bien, te presento a

Enrique Echevarría, mi... mi novio. —Las palabras salieron de su boca antes de que

ella pudiera hacer nada por detenerlas. Avergonzada, le dirigió al médico una mirada

suplicante, pero en el rostro masculino, que continuaba impassible, no se movió ni un

músculo.

—¿Desde cuándo estáis saliendo? —Los ojos azules del exmarido de Inés

adquirieron un matiz turbulento mientras iban del uno al otro.

—En realidad no es de tu incumbencia, pero salimos desde hace unos seis meses.

—Inés se había embalado, y cualquiera que la conociera un poco sabría que ya no

sería capaz de detenerse—. Enrique es médico. Lo conocí cuando operó a mamá de...

de...

—Hemorroides —apuntó muy serio; era la primera vez que abría la boca desde la

aparición del otro y, al oírlo, Inés no pudo evitar dar un respingo.

—¿Y cómo es que nadie me ha dicho nada? — Saltaba a la vista que su ex estaba

rabioso.

—¿Y por qué habría tenido nadie que decírtelo? Estamos divorciados, ¿recuerdas?

—respondió ella con agresividad. De repente, estaba furiosa y lo único que quería era

largarse de allí cuanto antes—. Además, lo de mi madre... en fin, que no es un tema

que la gente vaya proclamando a voz en grito, como comprenderás.

A pesar de que estaba enfadado con Inés por utilizarlo para tratar de dar celos a su

exmarido, Enrique tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener una sonrisa. Ya

ajustaría cuentas con ella más tarde, se dijo, y decidió colaborar. Alargó el brazo,

rodeó la cintura femenina y la atrajo hacia sí con un ademán posesivo y, al detectar un

brillo asesino en los ojos de su rival, se sintió recompensado.

—Será mejor que nos vayamos, cariño. Es nuestra hora de... ya sabes —le guiñó

un ojo, picarón, y sin hacer caso de la mirada horrorizada que le lanzó Inés, la empujó

con disimulo en dirección a la puerta del parque —. Bueno, Daniel. Encantado de

conocerle por fin. Inés me ha hablado mucho de ti. Ya nos veremos por ahí un día de

estos. Vamos, *Pongo*.

Casi habían llegado a la puerta cuando Inés recuperó el habla.

—¿Puede saberse por qué has dicho semejante cosa? —preguntó, airada—. Me

has hecho parecer una... una...

—¿Ninfómana? Parece que hoy tenemos dificultades para encontrar las palabras

adecuadas —respondió con sorna, sin dejar de

arrastrarla hacia la calle.

—No tenías ningún derecho. —Se retorció, tratando de liberarse.

—¿No? Pensé que habías dicho que era tu novio.

Las mejillas de Inés se tiñeron de rojo.

—Lo he dicho porque... lo he dicho porque...

—Sé por qué lo has dicho —la interrumpió con dureza—. Querías darle celos a

mi costa.

—¡No es así! —Sacudió la cabeza en una negativa tajante, aunque luego se quedó

un rato pensativa y reconoció—: Está bien, quizá hay algo de eso, pero es que me ha

cogido totalmente por sorpresa. Lo último que

esperaba era que él apareciera de repente.

—Así que, cada vez que algún fantasma de tu pasado aparezca de repente, vas a

echar mano del pobrecillo del médico para ponerlo celoso. —A pesar de que Enrique

no había levantado la voz, la aspereza de su tono le hizo dar un bote.

—¡No digas eso! Cualquiera diría que desayuno hombres crudos nada más

levantarme de la cama. No lo he pensado, de verdad. Es que, de pronto, me han

entrado ganas de hacerlo sufrir aunque sea una milésima parte de lo que él me hizo

sufrir a mí. Es patético, lo sé, perdóname.

—No tan patético. Créeme cuando te digo que a tu ex se le han retorcido las

entrañas cuando te he agarrado de la cintura.

Inés alzó los ojos hacia él y lo miró dubitativa.

—¿Lo crees de verdad?

Enrique Echevarría se detuvo de súbito en mitad de la acera sin importarle las

protestas de algunos viandantes y, volviéndose hacia ella, la sujetó de los brazos con

fuerza.

—¿Tanto te importa? ¿Acaso sigues enamorada de él? —Sin darse cuenta, hundió

los dedos en su carne mientras esperaba, angustiado, su respuesta.

Inés permaneció muy quieta y consideró la

cuestión en profundidad. Estaba tan

concentrada que ni siquiera notaba el fuerte apretón de aquellos dedos que le estaban

dejando marcas en la piel que serían visibles al día siguiente.

—Creo que hay traiciones que hacen tanto daño que, una vez superado el dolor, es

imposible perdonar. Al menos en mi caso — declaró finalmente.

—Y entonces, ¿a cuento de qué viene esa necesidad de ponerlo celoso? —La

sacudió un poco y añadió sin apartar la vista de su rostro—: No voy a prestarme para

este tipo de juegos, Inés, quiero que te quede muy claro.

—Ya te he pedido perdón. No pretendo jugar a

ningún juego; no quiero saber

nada de él, pero reconozco que soy humana y que, por un momento, me ha tentado la

idea de devolverle algo del daño que me ha hecho —se defendió con vehemencia y, a

pesar de que los límpidos ojos verdes lo miraban llenos de sinceridad, Enrique no

quedó muy convencido.

«Estoy seguro de que aún sigue medio enamorada de ese guapito de cara», se dijo,

entre triste y furioso, y no tuvo ningún problema en reconocer la emoción que lo

atormentaba: era un caso clarísimo de celos salvajes.

Siguieron caminando en silencio hasta que llegaron al número 185. Una vez en el

interior del vestíbulo, el médico se detuvo a su lado mientras daba la vuelta a la llave,

pero Inés entreabrió la puerta lo justo para hacerle ver que no tenía ninguna intención

de invitarlo a pasar y, con su mejor sonrisa de visita, se volvió hacia él y le dijo:

—Muchas gracias por un día maravilloso, Enrique. Lo he pasado muy bien; sin

embargo, creo que no deberíamos repetirlo. No sé si buscas una relación superficial o

algo más serio, pero yo aún no estoy preparada para ninguna de las dos... —De

pronto, la empujó hacia el interior y cerró la puerta a sus espaldas, interrumpiendo el

resto del sereno y cortés discurso que ella había ido rumiando por el camino.

Indignada, abrió la boca para protestar, pero antes de poder decir ni una palabra,

el médico la inmovilizó con su cuerpo contra la pared como tenía por costumbre y

empezó a devorar su boca con un ansia que no tenía nada que envidiar a la de una

fiera hambrienta. Estaban tan juntos que su más que evidente erección se clavaba

entre sus muslos. Inés se sentía flotar llena de excitación y no supo cuánto tiempo

pasó hasta que, sin saber cómo, logró sacar fuerzas de algún rincón de su ser y,

apartando el rostro de aquellos labios que le robaban la razón, colocó las manos sobre

el sólido pecho en un vano intento de alejarlo de ella.

—Esto no... esto no es lo que habíamos acordado —susurró, temblorosa, al

tiempo que sentía bajo sus palmas los agitados latidos del corazón masculino,

completamente en sintonía con el suyo propio.

—¿A qué te refieres? ¿A cuando te dije que hoy no te tocaría? —preguntó el

doctor con esa voz suya, ronca y tierna, que convertía sus rodillas en jalea, mientras

acariciaba con el pulgar su trémulo labio inferior. Incapaz de contestar, ella se limitó a

asentir con la cabeza.

—Te mentí —afirmó con tanta tranquilidad que Inés se enfadó y, de golpe,

recuperó el uso de sus extremidades y de su lengua.

—¡Eso no está bien! —Furiosa, empujó con todas sus fuerzas aquel pecho ancho

y fuerte que la mantenía atrapada. Sin embargo, fue como tratar de mover una puerta

acorazada sin tener la combinación—. ¿Es que no puedo confiar en nadie?

—Por supuesto que puedes confiar en mí... salvo por un pequeño detalle. —

Enrique la contempló embelesado y, de pronto, confesó en un áspero susurro que la

hizo estremecer—: Me vuelves loco, Inés. No consigo apartar las manos de ti, llevo

todo el día deseando hacer esto.

Enmarcó el rostro femenino entre sus dedos y, de nuevo, se inclinó sobre sus

labios enrojecidos con un ardor irreprimible que

hizo que ella se olvidara de todo lo

que no fuera esa boca que parecía decidida a devorarla. Luego el médico bajó las

manos hasta colocarlas sobre sus nalgas y la apretó aún más contra sí, de forma que

dejó clara, más allá de cualquier duda, la intensidad de su deseo y, en ese instante, la

pobre Inés perdió por completo la cabeza. Su grado de excitación era tan intenso que,

si no hubiera sido por *Pongo* —que se había quedado fuera y eligió ese preciso

momento para arañar la puerta y emitir un agudo gemido—, la joven le habría

permitido al doctor Echevarría satisfacer sus perversas intenciones con su más

entusiasta colaboración.

—¡Maldición! —masculló el médico entre dientes, al tiempo que se volvía para

abrir la puerta y dejaba pasar al inoportuno can.

Inés aprovechó el inesperado tiempo muerto para alejarse de él y parapetarse

detrás del sofá. Al verla, Enrique se atusó el pelo con dedos temblorosos y sin poder

controlar su respiración alterada comentó, irritado:

—Puedes salir de ahí detrás, no voy a violarte.

Inés se aferró al respaldo del asiento hasta que sus nudillos se volvieron blancos,

alzó la nariz, pequeña y recta, y respondió desafiante:

—Pues yo no puedo hacerte promesas. No estoy segura de poder contenerme.

Al oírlo, el enfado del médico se esfumó de golpe. Echó la cabeza hacia atrás y

soltó una carcajada:

—Inés, Inés, qué voy a hacer contigo... —Le tendió ambos brazos en un gesto

amistoso, pero ella permaneció donde estaba y lo miró con desconfianza.

—No voy a picar.

Sin perder la sonrisa, el doctor Echevarría se metió ambas manos en los bolsillos

de su pantalón y anunció:

—Ya puedes salir.

Despacio y sin apartar sus ojos recelosos de él, Inés abandonó su refugio.

—Esto no puede seguir así. Tienes que

prometerme... —Se interrumpió a sí

misma con un encogimiento de hombros—. ¡Bah! ¿Y de qué serviría? No tienes

palabra y yo tengo menos fuerza de voluntad que una ameba.

Inés se derrumbó sobre el sofá y él se sentó a su lado, luchando por no sonreír al observar su aspecto abatido.

—Pero te lo digo en serio, Enrique, no deseo involucrarme en ninguna relación.

—Sus palabras hicieron que el médico recuperase la seriedad en el acto.

—¿Cuánto hace desde que te enteraste de que tu ex te engañaba? —Al oírlo, Inés

saltó como si la hubieran pinchado y preguntó, furibunda:

—¿Quién te lo ha dicho?

El doctor contestó sin inmutarse:

—Me lo contó Blanca.

—¡Ya no me queda ni siquiera un mínimo derecho a conservar un pedacito de

orgullo! ¡Hala! ¡Que se entere todo el mundo: la patética Inés Santaolalla es una

cornuda! —Los iris verdes despedían chispas ardientes.

Sin hacerle caso, Enrique insistió:

—Venga, contéstame.

—Para tu información, si tanto te interesa, me enteré hace ya casi un año y cuatro

meses; exactamente un 20 de enero, lo recuerdo bien. —Su voz sonó cargada de

desdén—. Me lo dijo «un buen amigo». Claro que yo fui tan estúpida que ni siquiera

le creí, tuve que verlo con mis propios ojos para darme por aludida. Una tarde, salí del

trabajo antes de lo habitual y decidí ir a la sucursal del banco donde trabaja Daniel de

director para darle una sorpresa. Ni que decir tiene que la sorpresa me la llevé yo.

La expresión de su rostro rezumaba amargura y Enrique sintió una necesidad, casi

dolorosa, de ir corriendo a buscar al energúmeno del parque y partirle la cara de un

puñetazo; sin embargo, tuvo que conformarse con apretar la mano de ella entre las

suyas, procurando transmitirle un consuelo que sabía a todas luces insuficiente.

—Mira, Inés, aunque por otros motivos, sé lo que es perder a la persona que amas

y créeme cuando te digo que abandonarse a la amargura no conduce a nada.

Inés alzó la vista hacia el atractivo rostro masculino y, de pronto, se dio cuenta de

que hasta ese momento no se había parado a pensar en la pérdida que había sufrido

Enrique Echevarría. Estaba tan absorta en su propio dolor que ni siquiera había caído

en la cuenta de que, muy cerca de ella, había otras personas que lo habían pasado

mucho peor. Avergonzada de sí misma, alzó la mano y, con cierta timidez, la posó con

suavidad sobre la áspera mejilla y lo miró con compasión. Permanecieron un rato en

silencio, con las pupilas entrelazadas, hasta que él agarró su mano, giró un poco el

rostro y, con delicadeza, depositó un cálido beso en la palma. La ternura de aquel

gesto empañó los ojos de Inés y, a pesar de que trató de sonreír, no pudo evitar que

sus labios temblaran.

—Los dos hemos sufrido, Inés, pero estoy convencido de que esto que ha surgido

entre nosotros merece la pena. No podemos dejar que el miedo a sufrir de nuevo nos

haga dejar escapar algo valioso. Démonos una oportunidad, te prometo... —al oírse a

sí mismo, hizo una mueca que la hizo sonreír de nuevo—... te prometo que intentaré

que las cosas vayan despacio, aunque me lo

pones muy, muy difícil.

La ternura que brillaba en las oscuras pupilas era difícil de resistir y, asustada ante

la disparidad entre lo que le decía su cerebro y lo que le pedía su cuerpo, Inés se puso

en pie con brusquedad y le dijo en lo que esperó que fuera un tono sereno:

—Ahora será mejor que te vayas, Enrique. Creo que aún estoy en estado de *shock*

y necesito estar sola y pensar.

El médico creyó detectar un rastro de temor en los francos iris verdes y no

protestó. Se levantó, cogió la correa de *Pongo* y se dirigió a la puerta. Era evidente

que Inés necesitaba más tiempo, y él se lo daría; eso sí, no le permitiría alejarse

demasiado. No quería que empezara a darles vueltas a las cosas y a erigir barreras

absurdas entre ambos. La vigilaría de cerca, se dijo, y le demostraría algo de lo que él,

a pesar del poco tiempo que hacía desde que se conocían, estaba más que seguro: se

había enamorado de Inés y ella también sentía algo por él.

—Nos vemos, Inés —se despidió con un suave beso en su mejilla.

—Nos vemos, Enrique —repitió ella, conteniendo el impulso de llevarse la mano

a la mejilla y posarla en el mismo lugar donde la piel le cosquilleaba tras esa leve

caricia.



Capítulo 19

A Enrique Echevarría le pareció que los días siguientes discurrían con una lentitud

desesperante. A pesar de que había intentado quedar con Inés en más de una ocasión,

ella se había negado en redondo y el médico, decidido a mostrarse paciente y a no

atosigarla, había tratado de no enfadarse a pesar de su creciente desilusión.

A modo de excusa Inés se dijo a sí misma que tenía que centrarse en su novela;

apenas le quedaba dar los últimos toques al desenlace y ya había elegido dos

editoriales a las que mandar el manuscrito. No quería que nada la distrajera en un

momento tan importante y se convenció de que, si de verdad lo que había entre ella y

el doctor Echevarría merecía la pena, podría esperar unos cuantos meses. Quizá para

entonces ella sabría ya, por fin, qué era lo que quería hacer con su vida.

A pesar de todo, siempre que se encontraban en el vestíbulo o cuando ella estaba

en su cubículo de la portería y él llegaba temprano, el médico se detenía a conversar

un rato. En una de aquellas ocasiones, Inés fregaba con ímpetu las losetas de mármol

del vestíbulo cuando el médico, que iba acompañado de su hija, la saludó con calidez

y se detuvo a charlar con ella.

A Blanca, que era una niña muy observadora, no le pasó desapercibido el hecho

de que Inés había suprimido de un plumazo dos elementos fundamentales de su

disfraz; por un lado, ya no llevaba las horripilantes gafas de cristales azulados y, por

otro, tampoco se pintaba esa sombra de bigote en el labio superior que tanto la

desfiguraba. Las pupilas curiosas de la adolescente iban de su progenitor a la falsa

portera sin perder detalle. En los ojos castaños de su padre detectó un brillo tierno,

distinto al que mostraban cuando la miraba a ella, que Blanca no recordaba haber

visto en ellos desde que murió su madre.

«¡Prueba conseguida!», se dijo, estaba claro que su padre estaba loco por Inés.

Pero ¿y ella? ¿Qué sentía Inés por su padre? A pesar de que Blanca permaneció

examinándola con tanta fijeza que, en un momento dado, Inés se preguntó si se habría

dejado algún cuerpo extraño en la nariz al sonarse esa mañana, no logró averiguar

cuáles eran sus sentimientos. Cierto que mientras hablaba con él los ojos verdes

relucían como los del Nenuco que cuidaba con esmero cuando era una niña, y que sus

mejillas cambiaban de color a menudo; pero, a pesar de ello, aunque Blanca estaba

segura de que a su nueva amiga le gustaba su padre, no era capaz de adivinar hasta

qué punto. Lo que tenía muy claro era que él había decidido no agobiarla.

Error.

Para Blanca era obvia y cristalina la necesidad de agobiar a Inés lo más posible, de

acapararla, de aturdirla, de no dejarle ni un segundo libre para pensar. En cuanto los

adultos empezaban a darles vueltas a las cosas... malo. Era mucho mejor la técnica del

mazazo en la cabeza, en sentido figurado, por supuesto. No había más que ver a Fran,

quien, a base de volver loca a Marisa, y no precisamente de pasión, estaba

consiguiendo que ella se fijase en él.

En fin, se dijo Blanca con un imaginario encogimiento de hombros, no tendría

más remedio que ejercer de casamentera; estaba claro que no se podían dejar cosas tan importantes como los asuntos del corazón en manos de un hombre solo. Su padre no sabía la suerte que tenía de tener una hija inteligente, resolutiva y capaz, dispuesta a ayudarlo a llevar esa historia a buen puerto. Para empezar, tenía que conseguir que los dos se encontraran fuera del ámbito de la escalera del vestíbulo, así que la adolescente sugirió como si se le hubiera ocurrido de repente:

—Papá, podrías venir el próximo jueves a casa de Inés. Tenemos que reelaborar el plan Caza al pichón, y vamos a necesitar un coche en buen estado.

Inés trató de protestar:

—Blanca, tu padre es una persona muy ocupada, no lo metas en esto.

Sin embargo, Enrique estaba feliz con la invitación de su hija. Inés llevaba días

rehuyéndolo y ya iba siendo hora de ponerla firme.

—No te preocupes, Inés, iré encantado. A eso de las ocho, ¿no?

El jueves la primera en llegar fue Marisa, que entró en tromba en la portería, sin parar

de protestar, mientras se iba quitando prendas de ropa y las dejaba donde primero

caían, de cualquier manera.

—¡No puedo soportarlo más, Inés! —Su hermana no tenía ni la menor idea de

qué le estaba hablando, así que hizo un sonido con la garganta que podía significar

cualquier cosa y siguió con los sándwiches que estaba preparando—. ¡No sabes lo

que ha sido! Solo lo invité una noche para mantenerlo en observación, pero el muy

morrudo se ha quedado todo el fin de semana, volviéndome loca con esa idea absurda

de que él y yo vamos a acabar juntos.

—Ah, hablas de Fran —respondió Inés sin inmutarse mientras sacaba otro

paquete de pan de molde de la despensa.

—Es como un padre, pesadísimo para más señas. Que si tengo que dejar de comer

porquerías, que si estoy muy delgada... Me ha llenado el frigorífico de comida y esta

mañana ni siquiera he podido encontrar mi paquete de tofu. ¿Te puedes creer que el domingo me preparó un cocido?

Marisa la miró como si el mundo hubiera enloquecido de repente.

—¿Y estaba bueno? —Inés colocó la bandeja con los sándwiches en la mesa baja, frente al sofá.

—La verdad es que cocina de muerte. Hacía tiempo que no comía nada tan rico —

confesó su hermana, al tiempo que apartaba un rubio mechón de pelo de su rostro

con dedos impacientes—. ¿Tú crees que la maría le ha afectado el cerebro? No ha

parado de hablar de los tres hijos que vamos a tener y de la casita rodeada de campo

en la que vamos a vivir. ¡Me está volviendo loca!

Inés sacó una Coca-Cola de la nevera, le quitó la chapa y se la pasó a su hermana.

—Está colado por ti. Creo que es un caso clarísimo de amor a primera vista.

—¡Pero si me trata fatal! No hace más que meterse conmigo. Además, Fran no es

para nada mi tipo —descartó Marisa, antes de dar un trago directamente de la botella.

Su hermana, con la cabeza metida en la nevera, respondió:

—Ya se lo dije, pero no me ha hecho ni caso. ¡Vaya por Dios! Se ha acabado el

Bitter Kas, y Sasha Montagut no bebe otra cosa...

—No te preocupes, iré a comprar un *pack* a los chinos de la esquina —se ofreció

Marisa, servicial, así que volvió a ponerse cada una de las prendas que había dejado

tiradas por ahí a pesar de que hacía bastante calor y salió de nuevo como una

exhalación.

Cuando volvió, la puerta de la portería estaba entornada, así que entró sin llamar.

Sorprendida, se detuvo en seco al ver al elegante desconocido, vestido de chaqueta y

corbata, que se volvió a mirarla. El hombre no era muy alto, pero tenía muy buena

facha; el traje azul marino resaltaba la anchura de sus hombros y le sentaba a la

perfección. Hasta la corbata de seda en tonos

azules y verdes que llevaba le pareció
preciosa.

La hermana de Inés tenía una debilidad que
jamás había confesado a nadie, pues

la avergonzaba profundamente: a ella, Marisa
Santaolalla, que despreciaba cualquier

cosa que oliese remotamente a capitalismo, le
fascinaban los hombres vestidos como

esos tiburones de la City de Londres que
cerraban en un par de segundos

transacciones por millones de libras sin un
pestañeo. Y ese tipo, en particular, le

pareció que tenía un atractivo muy especial, con
su corto pelo castaño claro, los

bonitos ojos grises que brillaban, guasones, en su
rostro bronceado, y la amplia

sonrisa que mostraba unos dientes blancos y parejos. Marisa se preguntó, una vez

más, cómo se las arreglaba su hermana Inés para conocer a esos tipos tan seductores.

—Qué, Marisa, ¿a que estoy guapo?

Ella se lo quedó mirando pasmada, hasta que logró salir de su estupor y consiguió

decir:

—¿Fran? ¿Es posible que seas tú?

—El mismo, para servirte, mi querida Candace.

—El hombre se inclinó en una

reverencia de lo más teatral.

—¿Y las rastas? ¿Y las gafas? —Aún no podía creer que aquel tipo tan elegante y

tan guapo fuera el mismo *hippie* costoso con el

que se había peleado sin tregua

durante las últimas semanas.

—A Sansón también le llegó el momento de cortarse la melena y me he hecho

unas lentillas —afirmó, sonriente. Luego añadió —: Está claro que te he dejado sin

habla, pequeña. Te prometo que cuando nos casemos me pondré este traje al menos

una vez a la semana para que disfrutes.

Lo dijo tan convencido que Marisa se quedó sin saber qué decir, mientras le

dirigía a su hermana Inés una mirada de impotencia. Por fortuna, la llegada del resto

de los conspiradores le evitó tener que responder, así que se sentó en su rincón

habitual desde el que, de vez en cuando, lanzaba al nuevo Fran miradas de soslayo

por debajo de las largas pestañas.

Inés dio un par de palmadas para captar la atención general y anunció:

—Os presento, aunque creo que todos lo conocéis ya, al doctor Enrique

Echevarría, del 6.º derecha, que ha decidido unirse a nuestro aquelarre particular. De

paso, ha ofrecido su coche para las labores de vigilancia y seguimiento.

Un fuerte aplauso resonó en la portería y el médico inclinó la cabeza, sonriente.

Entre Inés y Marisa repartieron las bebidas y, cuando terminaron de devorar los

sándwiches que la primera había preparado,

dejaron de charlar de cosas

intranscendentes y se pusieron serios.

—Os recuerdo que apenas quedan unos días para el treinta —anunció Sasha

Montagut, tras dejar su plato vacío sobre la mesa—. Esta vez no podemos fallar, no

podemos permitir que haya más víctimas.

Todos estuvieron de acuerdo y cada uno expuso su punto de vista sobre el asunto;

algunos tan delirantes como el de Fran, que propuso simular un incendio frente a la

puerta del 4.º izquierda para hacerlo salir de su guarida, mientras él se ofrecía a

colarse dentro y echar un vistazo.

—Estás como una cabra, Fran. —Marisa

descartó aquella sugerencia con un

ademán desdeñoso—. Yo tengo una idea mucho mejor: me presentaré en su casa

haciéndome pasar por una masajista a domicilio y, cuando lo tenga bien relajado en mi

camilla portátil, aprovecharé para explorar el piso de forma discreta.

Fran se levantó de un salto y exclamó, enojado:

—Sí, claro, con minifalda, liguero y enseñando bien el escote. ¡Por encima de mi

cadáver!

—¡Oye, tú a mí no me dices lo que puedo y no puedo hacer! —Marisa, hecha una

furia, se puso también en pie y se enfrentó a él con los brazos en jarras.

—Como tu futuro marido tengo perfecto derecho a trazar una línea roja donde

crea conveniente —replicó Fran mientras su dedo índice la apuntaba, amenazador.

—¡Argh, no puedo más! ¡Que alguien le diga a este *cromagnon* que nunca, jamás,

en la vida me casaré con él! —gritó Marisa, tirándose de los pelos.

—Bueno, tranquilos, haya paz. —Inés se interpuso entre ellos y declaró en tono

sereno—: Quedan terminantemente rechazadas ambas propuestas. Por unanimidad.

Al escuchar sus palabras, Fran y Marisa se volvieron hacia ella, indignados, y, por

una vez, pareció que se ponían de acuerdo para responder:

—¿Quién lo ha dicho?

—¿Qué unanimidad?

Inés se volvió hacia el resto de los reunidos y dijo:

—Quien esté de acuerdo en rechazar las propuestas de Marisa y Fran que levante la mano.

La mayoría de ellos alzó la mano en el acto, aunque Blanca titubeó unos segundos.

En el fondo las dos proposiciones le parecían valientes e imaginativas; el tipo de plan

que ella habría sido la primera en sugerir. La niña miró a su padre, que, como el resto,

estaba con la mano en alto, y lo pilló guiñando un ojo a Inés con disimulo. A Blanca

tampoco se le escapó la sonrisa cómplice que se dibujó en los labios de ella y,

complacida, pensó que su maquiavélico plan para conseguir una madrastra a su gusto

antes de que acabara el año iba viento en popa.

Por su parte, Inés se alegraba de que Enrique hubiera decidido hacer acto de

presencia en aquellas locas reuniones de los jueves. Saltaba a la vista que el médico se

lo estaba pasando en grande con las ocurrencias del personal. En seguida se había

adaptado al ambiente y había aportado sus propios y disparatados comentarios, que la

hicieron reír hasta que se le saltaron las lágrimas. En ese aspecto, debía reconocer que

era muy diferente de Daniel. Su ex nunca habría

apreciado la compañía de alguien

como Fran o Sasha Montagut y tampoco habría sido capaz de comprender por qué

Inés pasaba tan buenos ratos en compañía de unos personajes tan extravagantes y

distintos de la gente a la que solían frecuentar. Unas personas que nunca hablaban del

siguiente país exótico que pensaban visitar durante las vacaciones, del cochazo que

acababan de comprar o del último restaurante de moda en el que habían cenado.

Era curioso, se dijo; nadie al ver el aspecto serio y formal del doctor Echevarría

diría que tenía un sentido del humor tan desarrollado. Reconocía que era una de las

cosas que más le gustaban de él. Eso y...

irritada consigo misma, Inés se llamó al

orden. Si seguía por ese camino, acabaría cediendo ante su cuerpo traidor y las cosas

se complicarían. Y lo último que necesitaba ahora que por fin empezaba a recuperarse

del golpe que había supuesto su divorcio era complicarse la vida con una nueva

relación.

Al ver que sus maquinaciones eran rechazadas de plano por mayoría, Marisa y

Fran se miraron, enarcaron las cejas, y se encogieron de hombros al unísono, pero

justo entonces, la hermana de Inés recordó que seguía enfadada con aquel hombre

que, a pesar de estar guapísimo con su traje nuevo y ese corte de pelo, no era otro que

el mismo y desesperante Fran de siempre, así que, con la dignidad de una princesa,

alzó la nariz en el aire y fue a sentarse en su rincón de costumbre.

Siguieron discutiendo sobre el nuevo plan de acción mientras Inés se levantaba a

cada rato para sacar latas de aceitunas, patatas fritas... incluso se comieron los quicos

rancios que habían sobrado del día de la mudanza. Cuando, por fin, la despensa de la

portería se vació por completo, decidieron que ya era hora de levantar el campamento.

Aunque el nuevo plan no se diferenciaba en nada —salvo en el cambio de modelo de

coche, pues habían quedado que se apretujarían como pudieran en el del médico—

del anterior, todos se fueron satisfechos. Sasha Montagut fue la primera en retirarse

para no perder ni un segundo de sueño reparador, y Fran y Marisa, como de

costumbre, se marcharon juntos sin dejar de discutir.

Enrique trataba de pensar en alguna excusa para no tener que despedirse de Inés,

cuando su hija salió al quite y preguntó:

—Inés, ¿quieres venir a casa a cenar? Hoy tenemos *pizza*.

Tras un ligero titubeo ella respondió:

—No hace falta, gracias, llevo toda la tarde picoteando y no tengo hambre. —En

realidad, lo que no deseaba era pasar más tiempo del necesario cerca de Enrique

Echevarría. Notaba que le gustaba demasiado para su paz mental.

Blanca miró a su padre con disimulo y frunció el ceño, así que Enrique,

interpretando correctamente que era su turno de intervenir, añadió sus ruegos a los de

su hija con tanta insistencia que a Inés no le quedó más remedio que aceptar.

Satisfecha, la niña le dirigió a su padre una mirada encubierta de aprobación y

subieron todos juntos en el ascensor, sin parar de charlar animadamente.

A Inés le encantó la enorme y moderna cocina en tonos blancos y negros. Blanca

le había contado que hasta que murió su madre vivían en un chalé a las afueras de

Madrid, pero su padre pensó que sería mejor trasladarse a una casa que no albergara

tantos recuerdos y por eso fueron a vivir al piso de la calle Lagasca.

En seguida, la niña puso a todo el mundo manos a la obra; mientras ella sacaba la

masa de la *pizza* y el tomate de la nevera, le encargó a su padre que pusiera la mesa y

a Inés, que se había ofrecido a ayudar, le dijo que cortara los champiñones.

Al tiempo que iba colocando manteles, platos y vasos, Enrique no le quitaba ojo a

Inés, que parecía completamente a sus anchas trajinando en su cocina. Llevaba

puestos los pantalones oscuros que formaban parte del uniforme y una camiseta negra

de manga larga y, con el pelo dorado recogido en una coleta de la que escapaba algún

que otro mechón, el paño de cuadros que Blanca le había prestado atado a la cintura y

un enorme cuchillo en la mano, apenas parecía unos pocos años mayor que su hija.

Observó cómo bromeaba y charlaba sin parar con esta; saltaba a la vista que ambas

disfrutaban de su mutua compañía y, al verlas juntas, notó un pinchazo de anhelo.

En ese instante, se dio cuenta de que quería que aquella entrañable escena

hogareña se repitiera todos los días. De pronto, la necesidad de poner fin a esa

soledad que durante tantos años había sido su más fiel compañera se hizo casi

dolorosa. Deseaba volver a compartir su vida con una mujer; amar y ser amado de

nuevo; llegar a casa y que hubiera alguien esperándolo para hablar de cómo les había

ido el día, de sus ilusiones, de sus problemas; reír con ella de todo y de nada. Quería

despertar en su cama abrazado a un cuerpo cálido y vibrante tras haber pasado la

noche haciendo el amor hasta caer rendidos. Quería todo eso y más, pero, sobre todo,

tenía claro quién era aquella persona que ansiaba tener a su lado: Inés, la misma mujer

que en ese preciso instante echaba la cabeza hacia atrás y reía a carcajadas de algo que

había dicho su hija.

Las ganas que sentía Enrique de estrecharla

entre sus brazos eran abrumadoras y,

justo entonces, como si Inés hubiera oído el grito desesperado que profería su

corazón, las pupilas femeninas se cruzaron con las suyas y ella recuperó la seriedad en

el acto. Los iris de ambos se trabaron, verde fundido con castaño oscuro, y el tiempo

se detuvo durante unos instantes en los que ambos se olvidaron hasta de respirar.

Segundos más tarde, Inés, con las mejillas encendidas, bajó la vista hacia los

champiñones que estaba cortando y el encanto se rompió.

Enrique reparó en que los vivos ojos castaños de Blanca iban de uno a otro con

maliciosa curiosidad y, muerto de vergüenza,

notó que él también se ponía colorado

como un ruboroso querubín. Para tratar de disimular su turbación, cogió un

sacacorchos y con manos no muy firmes intentó abrir una botella de vino tinto,

aunque lo único que consiguió fue incrustar el tapón hasta el fondo.

—¡Vaya por Dios! —exclamó, irritado.

—Ay, papá, para ser cirujano a veces resultas de lo más torpe. Hoy estás raro, no

sé, pareces nervioso —declaró su hija con un tono de reproche burlón y añadió—:

¿Puedo tomar vino yo también?

—Mi hija resulta de lo más graciosa, ¿no es verdad, Inés? —La mirada

centelleante del padre prometía represalias, pero Inés, concentrada por completo en la

apasionante tarea de cortar los champiñones en dos mitades perfectas, se limitó a

emitir un sonido que podía querer decir cualquier cosa.

Cuando la adolescente sacó la *pizza* del horno, el ambiente de la cocina se había

relajado bastante y los tres se sentaron sobre los altos taburetes que rodeaban el

extremo de la isla y devoraron sus inmensas porciones, sumidos en una bulliciosa

conversación.

Blanca dio el último mordisco, se levantó de un salto y comentó con la boca llena:

—No os importa que no os ayude a recoger,

¿verdad? Acabo de acordarme de que

me quedan dos problemas de matemáticas por hacer. —Tiró su servilleta sobre la

mesa de cualquier manera y salió de la cocina sin esperar respuesta, dejándolos solos.

—Me parece que tu hija te ha salido un poco alcahueta —declaró Inés, muy seria,

ante la poco discreta maniobra de la adolescente.

—Sí, una alcahueta nada sutil, por cierto. —Frunció el ceño con fingido

desagrado. Ambos intercambiaron una sonrisa divertida, y Enrique añadió—:

Aunque, si te soy sincero, se lo agradezco. Llevas toda la semana evitándome.

—Eso no es cierto. No te he evitado.

—Bueno, digamos que me has rehuido, soslayado, esquivado, eludido...

Inés alzó una mano para detener la retahíla y reconoció a regañadientes:

—Está bien, lo admito, puede que te haya evitado un poco. Por cierto, resulta

admirable tu dominio de los sinónimos, pensé que la escritora era yo.

—¿Qué pasa, que los matasanos solo podemos manejar palabras tipo:

esternocleidomastoideo y dimetilnitrosamina?

Inés se lo quedó mirando con admiración.

—Creo que sería incapaz de pronunciar ninguna de las dos.

—Reconozco que me han irritado la garganta — confesó, al tiempo que rellenaba

las dos copas de vino—. Ven, vamos al salón a terminarlas.

—Pero tenemos que recoger —protestó Inés.

—Déjalo, ya has ayudado a preparar la *pizza*. Ya lo recogeré yo todo más tarde.

El médico reguló la iluminación del salón de modo que quedó sumido en una

agradable semipenumbra, encendió un pequeño equipo de música de diseño y, al

instante, una suave melodía inundó la habitación. Luego le indicó a Inés que se

acomodara en el sillón, y él a su vez se sentó tan cerca de ella que sus muslos se

rozaban.

Inés lo miró con recelo y preguntó:

—No estarás pensando en seducirme, ¿verdad?

Enrique pasó un brazo por el respaldo del sillón y la contempló, burlón:

—Hace días que no pienso en otra cosa, pero, con Blanca estudiando dos tabiques

más allá, creo que tendré que controlarme. —A pesar de sus palabras tranquilizadoras,

los dedos que estaban sobre el respaldo se enredaron en uno de los suaves mechones

que habían escapado de la coleta de Inés.

Ella no pudo evitar que su respiración se acelerara de cero a cien en un segundo y,

sofocada, apartó la cabeza y se inclinó para coger su copa de vino de la mesa de

centro y darle un buen sorbo mientras trataba de ganar tiempo.

—Tengo la sensación de que esto ya lo he vivido antes —declaró, inquieta.

La sonrisa que se dibujó en aquellos labios firmes era tan seductora que a la pobre

Inés no le quedó más remedio que dar otro largo trago a su copa.

—Como sigas bebiendo a esa velocidad, la señora Santos tendrá mañana una

espantosa resaca que le impedirá dejar la escalera como los chorros del oro. —Estaba

claro que su agitación le divertía.

—No puedo evitarlo, me pones nerviosa. —Sin querer, los ojos de Inés se

clavaron en la boca masculina y tragó saliva.

Enrique contempló embelesado esos iris que, incapaces de disimular el deseo que

la invadía, resultaban casi transparentes. Luego se inclinó sobre ella y susurró en su

oído sin apenas rozarla:

—Me encantan tus ojos. Cuando me asomo a ellos, puedo afirmar que es cierto

eso que dice la gente de que son el espejo del alma... —Su tono era ronco y, al oírlo,

Inés sintió que se le erizaba la piel y sus labios se entreabrieron en una súplica

inconsciente—. Me encanta tu pelo, tan suave y tan brillante. Me encanta tu piel, que

tiene la tersura de la seda, pero lo que más me gusta de ti —siguió diciendo pegado a

su oreja, mientras Inés cerraba los ojos y se concentraba en las increíbles sensaciones

que aquellas palabras y el roce de sus labios

cálidos en su oreja despertaban en su

cuerpo— es lo que hay debajo de ese maravilloso envoltorio. A pesar de que hace

poco que te conozco, me he dado cuenta de que esconde una profunda lealtad, una

honestidad a prueba de bombas y una inmensa capacidad de amar.

Incapaz de resistirlo más, Inés apoyó su mejilla contra la áspera mejilla masculina

y murmuró algo entre dientes.

—No te he oído, ¿qué has dicho, Inés? —
Apenas se tocaban, pero se sentía

profundamente excitado.

—He dicho que más te valdría hablarme de cosas como el ácido

desoxirribonucleico y los encefalogramas. —Ella sintió, más que vio, la sonrisa que se

dibujó en el rostro del médico y, con un suspiro, se separó de él y se puso en pie—.

Será mejor que me vaya antes de que me lance en plancha sobre ti y nos pille tu hija.

—Venga, te acompaño —anunció Enrique, levantándose a su vez.

—Ni hablar.

—Ya lo creo que sí.

—¡No!

El médico se llevó una mano al corazón y declaró:

—Prometo que solo hablaré de mi última apendicectomía de urgencia.

—Me lo pones muy difícil, la verdad. —Lo miró con desaprobación.

—¿Sabías que el apéndice vermicular es una prolongación delgada y hueca, de

longitud variable, que se halla en la parte inferior del intestino ciego? —Enrique

colocó su mano en la cintura de Inés y la empujó con firmeza hacia la puerta.

—No tenía la menor idea, pero es fascinante.

—¡Pero papá, por Dios! ¿Qué rollo le estás contando a la pobre Inés?

—Un estudio científico ha demostrado que las personas que espían detrás de las

puertas son propensas a sufrir apendicectomías de urgencia sin anestesia. —El doctor

Echevarría siguió hablando con placidez, como si

no hubiera oído las palabras de su

hija.

—A mí me habían contado también que a los cotillas luego los cosen con agujas

de punto de veinticinco milímetros —añadió Inés en el mismo tono—. Hasta mañana,

Blanca.

—Hasta mañana —gruñó la niña.

Enrique la acompañó en el ascensor sin parar de hablar en farragosos términos

médicos y se coló en la pequeña vivienda del portero, detrás de Inés.

—Doctor Echevarría, creo que no es una buena idea...

Nunca se supo lo que Inés no consideraba una

buena idea, porque el médico la

atrapó entre sus brazos y pegó su boca a la suya con una urgencia tan apasionada que

a ella no le quedó más remedio que enredar los dedos en los cabellos masculinos,

entreabrir los labios y responder con vehemencia a ese beso hambriento.

Inés no supo cuánto tiempo pasó hasta que, por fin, Enrique liberó su boca y

apoyó la frente sobre la suya.

—Me vuelves loco —afirmó, respirando entrecortadamente.

—¡Ay, Dios! —fue lo único que consiguió contestar una Inés rendida por

completo a sus caricias.

El médico tomó su rostro entre sus manos, clavó sus pupilas ardientes en ella y

anunció:

—Está bien, Inés. Me iré. Por ahora. Pero recuerda: no permitiré que te escondas

el resto de tu vida en esta siniestra portería. — Sin más, depositó un casto beso sobre

su frente antes de salir de la pequeña vivienda a toda prisa.



Capítulo 20

Una semana después, a las diez y media de la noche, el comando de operaciones

especiales casi al completo esperaba en el

BMW X6 Coupé del doctor, de tan solo
cuatro plazas, apretado como sardinas en lata.

—¡Fran, tío, no me lo puedo creer! —exclamó
Marisa, indignada.

—Lo siento, Marisa, si no te movieses tanto...
no lo puedo evitar. ¡Soy un

hombre, caramba! —Sus brazos apretaron la
cintura de la chica con más fuerza,

impidiéndole que se levantara de su regazo.

—¡Vosotros dos, que hay menores! —los
amonestó Inés, que sentada en el asiento

del copiloto no apartaba la vista del portal.

—¿Vas muy incómoda conmigo encima, Sasha?
—preguntó Blanca a la exactriz,

sin hacer caso del resto de los ocupantes del

coche.

—No te preocupes, querida, no pesas nada. —
La señorita Montagut, dominada

por la emoción de la aventura, se sentía como
una jovencita de veinte años; hacía

tiempo que no se divertía tanto.

—Nos estamos empañando —anunció Inés, al
tiempo que bajaba un poco la

ventanilla cubierta de vaho. Luego le dirigió una
mirada de disculpa a Enrique, que

permanecía tranquilamente sentado frente al
volante—. Espero que esto sirva para

algo, como el pichón decida no abandonar el
nido esta noche...

En ese momento, el médico se irguió sobre el
asiento y señaló hacia el portal.

—Mira, ¿no es él?

En efecto, de la finca acababa de salir el siniestro vecino del 4.º izquierda cargado

con un nuevo bulto sospechoso, envuelto en plástico negro, entre sus brazos. Una

exclamación llena de horror se escapó de los labios de Inés sin que esta pudiera

evitarlo:

—¡Se ha cargado a otro!

—¡Qué bestia! A una media de dos muertos al mes este tío va a aparecer en el

libro Guinness. —Blanca se asomó por uno de los lados del reposacabezas, en un

intento desesperado de no perderse ni el más mínimo detalle.

—Voy a seguirlo —anunció el doctor Echevarría, al tiempo que daba la vuelta a la llave de contacto y, con mucha suavidad, partía detrás del Ford Focus gris del sospechoso.

Por fortuna, esa noche no llovía y una gran luna llena brillaba en lo alto del cielo.

Gracias a la pericia del médico al volante, se mantenían a la distancia justa para no perderlo de vista, pero sin correr el riesgo de que los descubriera.

—¡Fran, no me toquetees! —Marisa apartó de un manotazo la cálida palma de su muslo.

—Joder, Marisa, no te estoy toqueteando. Te recuerdo que vamos un poco justos

de espacio y en algún sitio tengo que poner las manos. ¿Te gusta más aquí?

Con una exclamación indignada, la hermana de Inés rechazó con brusquedad el

contacto de aquella mano codiciosa que ahora se había posado sobre uno de sus

pequeños pechos.

—Eres... eres... —Se retorció para evitarlo, pero en el escaso espacio del

habitáculo era misión imposible.

Fran sonrió con malicia y, sin hacerle caso, la inmovilizó con uno de sus brazos,

mientras que con la mano contraria apartaba la sedosa melena rubia de su cuello y se

lanzaba en picado sobre la delicada piel de su nuca. El estremecimiento de deseo que

le provocó el suave mordisco de su acosador tomó a Marisa completamente

desprevenida y, durante unos segundos, se quedó petrificada dejándole hacer.

—Estos dos ya sé yo cómo van a acabar... — afirmó Sasha Montagut sin dirigirse

a nadie en particular.

—¡No, no y no! Fran, como no pares de una vez te voy a denunciar por acoso.

¡Te lo advierto! —Marisa estaba indignada, temblorosa y extrañamente alterada, pero

eso último lo achacó a que habían pasado meses desde la última vez que un hombre la

había besado.

—Está bien, cariño. Te prometo que me comportaré, pero en algún lugar tengo

que apoyar las manos. ¿Te parece bien aquí? —
Las posó sobre su espalda y a ella no

le quedó más remedio que aceptarlo a pesar de
que, casi al instante, aquel hombre

desesperante empezó a trazar complicadas
figuras con las yemas de sus dedos sobre su

piel que le pusieron la carne de gallina. Sin
embargo, en esta ocasión no protestó y se

dejó llevar por la extraordinaria sensación de
bienestar que aquellos dedos hábiles

desencadenaban.

A pesar del jaleo que armaban los ocupantes de
la parte trasera, el doctor

Echevarría no se había distraído de su objetivo y,
media hora más tarde, aparcaba su

reluciente coche negro a unos cincuenta metros

del decrepito Ford, en una de las

solitarias calles del polígono industrial al que se había dirigido el sospechoso.

—¿Qué está haciendo? —Inés no veía un pimiento de lejos y menos de noche.

—Está sacando el cuerpo del maletero —informó el médico.

Todos permanecieron en silencio mientras observaban al corpulento señor

Hurtado dirigirse con el bulto en brazos hacia una nave cercana y desaparecer tras la

puerta.

—Será mejor que os quedéis aquí. Yo iré a echar un vistazo. —El doctor

Echevarría no había calculado el abucheo de desaprobación que desencadenarían sus

valientes palabras.

—¡Sí, hombre, papá!

—¡A mí nadie me va a tratar como a una anciana inútil!

—¡No pienso dejar que vayas solo!

—¡Oye, matasanos, que yo también soy muy macho!

—¡La presencia tranquilizadora de una maestra de reiki nunca está de más!

Enrique Echevarría sacudió la cabeza, abrumado, alzó los brazos para contener la

protesta y contestó:

—Está bien, calma. Iremos todos.

Salieron del coche y se dirigieron hacia la nave industrial en silencio. La

construcción tenía claros signos de abandono. Muchos de los sucios cristales de las

pocas ventanas que se abrían en la fachada estaban rotos y la pintura se caía a

pedazos. La única entrada era una puerta de garaje llena de herrumbre en la que se

abría otra más pequeña. En el letrero, colocado encima de la puerta de mayor tamaño,

medio borrado por el tiempo y la humedad, apenas eran legibles unas cuantas palabras

sin sentido: «Anima», «tado», «tions».

—¡Ánima! Eso quiere decir espíritu —los ilustró Sasha Montagut con voz tétrica

—. No me extrañaría nada que utilizara a sus víctimas para celebrar misas negras.

Inés notó que Blanca se estremecía y le pasó un

brazo sobre los hombros para tranquilizarla.

—Está abierto —susurró el médico y empujó la puerta con cuidado para que no hiciera ruido.

A la luz exigua de una de las farolas que iluminaban la calle vieron que el interior estaba dividido en dos plantas; la de abajo, completamente diáfana, era evidente que estaba vacía. Se miraron unos a otros sin decir palabra y, en silencio, empezaron a subir en fila india por una estrecha escalera que llevaba al nivel superior. Enrique

Echevarría iba a la cabeza, seguido por Inés, Blanca, Sasha y Marisa. Fran cerraba la

marcha.

Esa planta, al contrario que la otra, estaba dividida en numerosos compartimentos

y pasillos, lo que le daba un aspecto laberíntico. Permanecieron inmóviles sin saber

muy bien qué dirección tomar, hasta que el ruido seco de unos martillazos les heló la

sangre en las venas.

—¡Está espachurrando el cuerpo para hacerlo desaparecer! —susurró Fran entre

excitado y horrorizado.

—Lo dudo —dijo el doctor Echevarría—. Deshacerse del cuerpo de una persona a

martillazos le llevaría a cualquiera un par de siglos, mínimo.

—¡Tenemos que hacer algo! Ese animal no puede salirse con la suya —intervino

la exactriz con firmeza.

El semblante de Enrique se tornó sombrío.

—¡Vamos a buscarlo!

Se llevó un dedo a los labios, pidiendo silencio, y, una vez más, se puso al frente

de la expedición. Inés, que estaba muerta de miedo, agarraba a Blanca con una mano y

con la otra se aferraba con fuerza a la camisa del médico. Casi de puntillas avanzaron

por corredores oscuros, llenos de polvo y restos de cajas de cartón. El ruido sordo de

los martillazos reverberaba a su alrededor, lo que hacía difícil adivinar de dónde

procedía el sonido. A pesar de ello, siguieron avanzando y el estrépito se fue haciendo

cada vez mayor.

—Los golpes vienen de allí. —El médico señaló una abertura, que resaltaba como

una cicatriz siniestra en la pared del fondo, de la que dimanaba un tenue resplandor.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, se arrimaron más los unos a los otros

bien protegidos en todo momento tras la ancha espalda del doctor y se acercaron a

paso de caracol lisiado hacia lo que, para ellos, cada vez se asemejaba más a la

antesala del infierno. Recorrieron el estrecho pasillo sin despegarse ni por un

momento, como una parvada de patitos

corriendo, atolondrados, detrás de mamá pata,
y llegaron a una amplia habitación en penumbra.

—¡Ahh! —El chillido desgarrador de Marisa y
Sasha Montagut rasgó el silencio

reinante antes de que Fran, sin mucha
delicadeza, pudiera teparle la boca a la hermana
de Inés y que Blanca hiciera lo propio con la
exvedette.

Con el corazón latiéndoles en los oídos,
permanecieron todos inmóviles mientras

contemplaban el esperpéntico espectáculo
causante de aquellos gritos. Colgado de una

gruesa sogá que, a su vez, estaba amarrada a
una viga del techo, el cuerpo de una

mujer se balanceaba rítmicamente. Inés, con la
mano apretada contra su boca, en un

intento de contener ella también un alarido, anunció de repente en un susurro

apremiante:

—¡Ya no se oyen los martillazos!

En efecto. El golpeteo constante que los había acompañado hasta ese momento

había cesado por completo. Se miraron asustados sin saber qué hacer, hasta que el

médico, tomando una vez más la iniciativa, le pidió a Fran:

—Ayúdame a bajar el cuerpo a ver si todavía puedo reanimarla.

Fran obedeció en el acto y, mientras Enrique sujetaba las piernas de la mujer, se

subió a una silla que había cerca y cortó la cuerda con una navaja suiza que sacó del

bolsillo de sus pantalones. Con suavidad, tendieron el cadáver en el suelo y el médico

se arrodilló junto a él mientras los demás formaban un semicírculo alrededor y

contemplaban la escena, aterrados.

—¡Joder! —Aquel taco insólito en la boca del doctor Echevarría les hizo dar un

respingo.

—¿Qué pasa? —A Inés le temblaba la voz.

—¡Es un muñeco!

—¿Un muñeco?! —preguntaron los demás al mismo tiempo.

Sin contestar, el médico sacó su móvil del bolsillo trasero, encendió la aplicación

que hacía las veces de linterna y alumbró el

rostro de lo que quiera que fuese que

yacía en el suelo y, una vez más, los otros fueron incapaces de contener una

exclamación de estupor.

—¡Pero si soy yo! —La voz de una patidifusa Sasha Montagut, que no apartaba la

mirada de la cara del muñeco, resonó una vez más en la habitación.

En efecto, el pseudocadáver era un clon increíblemente realista de la exvedette.

Incluso las largas pestañas postizas que remataban los párpados, abiertos de par en

par, eran idénticas a las de la artista. Al verlo, a los allí reunidos les recorrió un

escalofrío desde las cervicales hasta el coxis. Justo en ese momento, las luces de la

habitación se encendieron de golpe y parpadeando con rapidez, medio cegados, se

volvieron hacia el hombre que los apuntaba con una escopeta de cartuchos. Con un

rápido movimiento protector, Enrique Echevarría agarró del brazo a Inés y a su hija y

las colocó detrás de su espalda, mientras Fran hacía lo propio con Marisa y la exactriz.

—¿Qué diablos hacen aquí?! ¡Voy a reventarlos a tiros! —Frente a ellos, el

odioso inquilino del 4.º izquierda, vestido con una de sus sempiternas camisetas de

tirantes llena de manchas, blandía la escopeta, amenazador.

—¡Baje el arma! —ordenó el doctor Echevarría en un tono firme y sereno que

hizo que Inés contemplara su espalda con admiración.

—¿Doctor Echevarría? —El hombre lo miró con estupor.

—El mismo —respondió Enrique, sorprendido a su vez de que el otro supiera su nombre.

—Y la señorita Montagut —añadió el torvo individuo que, por vez primera,

dirigió el cañón de la escopeta hacia el suelo, al tiempo que proseguía en tono

sarcástico—. Vaya, vaya, qué sorpresa tan agradable. No sé quiénes son todos los

demás, pero quiero saber qué es lo que buscan aquí antes de llame a la policía y

los metan a todos en el calabozo. ¡Hable,

doctor!

En ese momento, Inés, que pensaba que no era justo que el pobre Enrique cargara

con toda la responsabilidad cuando habían sido ellos los que lo habían metido en

aquel fregado, asomó la cabeza por detrás de su espalda y, tras un breve carraspeo,

anunció con un hilo de voz:

—Creíamos que era un asesino en serie y decidimos seguirlo para descubrir cómo

se deshacía de los cadáveres.

Por unos momentos, el hombre se la quedó mirando con la incredulidad pintada

en el rostro, hasta que, de pronto, echó la cabeza hacia atrás y lanzó una estrepitosa

carcajada. En silencio, los demás observaron, fascinados, la forma en que aquel súbito

ataque de hilaridad hacía que el voluminoso cuerpo del tipo —que parecía incapaz de

dejar de reír— se agitara igual que la jalea, hasta que Fran reaccionó y comentó, muy

educado:

—¿Le importaría soltar la escopeta mientras se carcajea, machote? No molaría

mucho que se le escapara un disparo. Ya se sabe que esas cosas las carga el diablo...

El tipo se secó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas con el dorso de la

mano y, obediente, dejó el arma a un lado apoyada contra la pared.

—No está cargada.

De pronto, Sasha Montagut salió del estupor en el que se había sumido al

descubrir que el «cadáver» que habían rescatado de la horca era su doble idéntico y,

con los brazos en jarras, se enfrentó a aquel extraño individuo y le pidió

explicaciones, indignada:

—Quiero saber qué significa todo esto. ¿A cuento de qué viene tanto traer y llevar

muñecos de acá para allá en mitad de la noche? ¿Y puede saberse por qué esta cosa

sinistra sería clavada a mi hermana gemela, en el caso de que tuviera una? —Sin

poder contenerse, le pegó una patada al muñeco que yacía a sus pies, furiosa.

—¡Eh, cuidado! Que todavía no he terminado el

corto. —El señor Hurtado se

puso rodilla en tierra y, con una delicadeza nada acorde con su aspecto de antropoide,

alzó a la inanimada versión de Sasha Montagut entre sus brazos.

—¿Corto? —preguntó Blanca con curiosidad.

—Sí, corto. Vengan por aquí, les enseñaré todo esto. —Con inesperada

amabilidad, el hombre, sin soltar el muñeco, los condujo hasta otro cuarto, en esta

oportunidad limpio y muy bien iluminado, en el que destacaban dos sofisticadas cámaras

de vídeo colocadas sobre sendos trípodes y tres inmensos ordenadores de última

generación, unidos a unos complicados teclados que ninguno de ellos había visto

antes—. Este es mi estudio.

Los visitantes miraron a su alrededor con viva curiosidad. Frente a las cámaras,

alguien había colocado la figura de un niño —su asombrosa semejanza con un chaval

de carne y hueso era tal que parecía que fuera a echar a correr en cualquier momento

— y tras él una pared pintada en un tono verde brillante hacía de fondo.

—Me dedico a rodar películas y cortos con la técnica de animación *stop-motion*.

Es un método que consiste en conseguir que objetos estáticos adquieran movimiento

por medio de sucesivas imágenes fijas. Además, yo mismo creo a mis propios

protagonistas; primero fabrico una armadura

articulada y luego la recubro de látex. No

me negarán que me quedan bien, ¿eh? —El hombre los miró con expresión satisfecha

y continuó—: He ganado un montón de premios y recibo cientos de encargos para

todo tipo de producciones, incluso del extranjero.

De pronto, Fran, que siempre parecía estar al tanto de las últimas tendencias,

preguntó, pasmado:

—¿No serás el dueño de Animación Hurtado Productions?

—El mismo. —El señor Hurtado hinchó el pecho con orgullo.

El penetrante silbido de admiración que lanzó el amigo de Silvia resonó en la

habitación, luego se volvió hacia el resto y explicó:

—Animación Hurtado Productions es la empresa de animación más conocida de

España. Uno de sus cortos estuvo nominado a los Oscar el año pasado.

Los ojos de los presentes relucían con sorprendido interés al posarlos una vez más

en el inquilino del 4.º izquierda, quien lucía una sonrisa modesta en su rostro. La

verdad, pensó Inés, no parecía la misma persona que hacía unos meses la había

echado con cajas destempladas de su piso. Como si quisiera hacer hincapié en el

cambio radical de actitud que había sufrido, el señor Hurtado añadió:

—Debo confesar que tengo unos horarios un poco enrevesados. Me gusta trabajar de noche y dormir durante el día. Ahora iba a picar algo, si quieren pueden acompañarme.

Con amabilidad, los condujo por el laberíntico pasillo hasta una reluciente cocina muy bien equipada. Inés miró el reloj con disimulo. Las dos de la madrugada. Desde luego, los horarios del inquilino del 4.º izquierda eran bastante peculiares; a pesar de todo, no sabía si por las emociones nocturnas o qué, notó que estaba muerta de hambre y, a juzgar por las caras de los demás, a ninguno le desagradaba la idea de tomarse un tentempié.

Al final, el señor Hurtado resultó ser un anfitrión divertido y generoso, nada que

ver con el tipo insociable y huraño por el que todos ellos lo tenían. En pocos minutos,

había sacado un jamón ibérico inmenso, quesos variados, una lata de *foie*, varias

botellas de vino y una Coca-Cola para Blanca. En resumen, fue un banquete nocturno

memorable. La comida y, sobre todo, el delicioso vino tinto se encargaron de desatar

las lenguas, y el resto de la noche transcurrió entre risas y multitud de anécdotas

picantes con las que, tanto el vecino del 4.º como Sasha Montagut, competían por

divertirlos en un escandaloso mano a mano. En un momento dado, Inés, con las

lágrimas corriéndole por las mejillas, alzó la vista y descubrió los ojos oscuros del

médico fijos en ella, rebosantes de risa y de ternura. Se estremeció y permaneció muy

quieta, incapaz de apartar la mirada de aquellas pupilas del color del chocolate

fundido, y aún más calientes, que parecían querer absorberla por completo hasta

someterla a la voluntad de su dueño.

Sasha —que por una vez no parecía estar preocupada por su cura de sueño— y

Blanca, a las que aquel revelador choque de miradas no les pasó desapercibido,

intercambiaron sendos codazos, al tiempo que una sonrisa maliciosa se dibujaba en

sus bocas.



Capítulo 21

Cuando por fin decidieron regresar, el sol hacía tiempo que había salido. Inés y

Enrique hablaban en voz baja para no despertar al resto del comando, que se había

quedado dormido nada más subirse al coche.

—Mira qué cuadro —susurró el médico señalando hacia atrás con el pulgar.

Inés se volvió y descubrió a Blanca y a Sasha profundamente dormidas la una en

brazos de la otra, y a Marisa, completamente traspuesta, acurrucada sobre el pecho de

Fran, que le guiñó un ojo con complicidad.

«Marisa, Marisa, me temo que estás perdida — se dijo Inés—. Qué gran verdad es

eso de: El que la sigue la consigue».

Enrique desvió la vista de la calzada y los dos se miraron durante unos segundos,

sin poder ocultar su felicidad. Luego, el doctor alargó la mano y entrelazó sus dedos

con los de ella en una simple caricia que, sin embargo, resultó tremendamente íntima.

Sin poder evitarlo, Inés alzó su mano y besó los nudillos masculinos con ternura y,

casi al instante, la soltó asustada por la elocuencia de ese sencillo gesto mientras se

pegaba a la puerta, como si quisiera alejarse de él lo más posible. Enrique permaneció

en silencio, en apariencia concentrado en el

escaso tráfico de una mañana de sábado a

primera hora. Unos minutos después, la miró de nuevo y musitó:

—Te quiero, Inés.

Al oírlo, Inés se quedó sin aliento y su corazón se puso a bombear a la misma

velocidad que una plataforma petrolífera a pleno rendimiento. Confusa, desorientada,

sin saber muy bien qué contestar, hizo un gesto negativo con la cabeza antes de

responder en un tono bajo y apremiante:

—¡No! No digas eso, Enrique, no me conoces de nada.

—Te conozco lo suficiente —replicó él en el mismo tono—. Tengo cuarenta y dos

años, Inés, no soy un niño. Sé lo que siento.

—Los hombres de cuarenta y dos años también pueden confundir sus

sentimientos. La edad no te hace más sabio. Lo que hay entre nosotros es una inmensa

atracción física, nada más. Tú quieres volver a llevarme a la cama y yo... yo también

te deseo —Inés notó el súbito calor de la sangre en las mejillas—, pero no nos

engañemos; no hace falta adornar con la palabra amor unas emociones tan primarias.

—A ella misma le sorprendieron sus duras afirmaciones, pero estaba aturdida por

aquella confesión y, no sabía por qué, de pronto le habían entrado ganas de herirlo.

—Entiendo —se limitó a contestar su

interlocutor, con la mirada fija en la calzada.

A Inés no se le escapó el dolor encerrado en esa mera afirmación ni la súbita

rigidez de su cuerpo y se sintió fatal consigo misma; no obstante, fue incapaz de decir

nada que aliviara la tensión que, de pronto, se había instalado entre ellos. Por fortuna,

ya estaban llegando. Pocos minutos después, el médico detuvo el coche frente al

portal y bajó a despertar a Blanca.

—Marisa, despierta. —Sin poder contenerse, Fran alzó con delicadeza la barbilla

de la hermana de Inés, que seguía durmiendo ajena a todo, y pegó sus labios a los de

ella con suavidad. Aún medio dormida, Marisa respondió instintivamente y, de

repente, la delicada caricia se convirtió en un beso hambriento que la despertó en el acto.

Jadeante y muy excitada, abrió los párpados y miró a Fran con una mezcla de

asombro y deseo y, al descubrir los apasionados ojos grises tan cerca de los suyos, por

primera vez en su vida no supo qué decir. Como si entendiera su confusión, Fran le

sonrió con infinita ternura, la besó en la frente por última vez y anunció:

—Ya hemos llegado.

Atontada y con las piernas temblorosas, Marisa se reunió con el resto de la

comitiva en la acera y juntos entraron en el portal. En cuanto cruzaron el umbral, el

grito de sorpresa de su hermana atravesó sus tímpanos y la espabiló por completo.

—¡Mamá!

—¡Inés!

—¡Daniel!

—¡Enrique!

—¡Antonio!

—¡Mamá!

—¡Marisa!

—¿Qué hacéis vosotros aquí?! —Inés, lívida, se tambaleó un poco y Enrique se

apresuró a rodear su cintura con un brazo para sujetarla, pero ella se apartó al instante

y, herido en lo más hondo, el médico retrocedió

un paso sin apartar la vista de su ex,
que lo miraba con odio.

El drama que se respiraba en el amplio vestíbulo de la finca hizo que Sasha y

Blanca se desprendieran de los últimos restos de la modorra y, totalmente alertas,

dirigieron sus miradas de unos a otros con curiosidad.

—Así que es cierto que no estabas en Nueva York. —La respuesta a la afirmación

materna era tan obvia que Inés no se molestó en contestar.

—¿Quién es ese? ¿Y de qué conoce al doctor Echevarría? —preguntó, en cambio,

al tiempo que señalaba a un hombre de unos sesenta y muchos años, con buena planta

y elegantemente vestido, que permanecía en un discreto segundo plano.

Su madre se calmó lo suficiente para hacer las presentaciones:

—Niñas, os presento a Antonio Benjumea. Antonio, estas son mis hijas, Inés y

Marisa.

El hombre se acercó a ellas y, como un caballero de otro siglo, tomó la mano de

Inés, se inclinó sobre ella sin llegar a posar los labios en el dorso y repitió el gesto con

Marisa.

—Encantado de conoceros por fin. Cristina me ha hablado mucho de vosotras. —

Con los ojos clavados en Inés, explicó—: Enrique me operó de una úlcera hace unos

meses. ¡Qué agradable coincidencia!

—¡Menudo cursi! —comentó Blanca al oído de Sasha en un sonoro susurro que

los demás fingieron no oír.

—¡Y ahora quiero una explicación! —Los ojos verdes de su madre, tan parecidos

a los de Inés, echaban chispas—. ¿Por qué me habéis estado engañando vosotras dos?

Inés, ¿qué es eso que me ha contado Daniel de que trabajas aquí de portera? ¿Quién

es toda esta gente tan extraña? ¿De dónde venís a estas horas? ¿Por qué...?

Inés decidió cortar en seco, antes de que su madre entrara en modo rifle de

repetición.

—Tranquila, mamá, respira. Respira hondo...

—¡No me trates como a una estúpida, Inés! ¡No te lo consiento! Quiero saber por

qué tú y tu hermana me habéis engañado como a una china. —Cristina hizo un

puchero y su acompañante se apresuró a agarrarla por la cintura y a atraerla hacia sí,

en un intento de consolarla. Al ver a su madre tan afectada, su hija mayor se llenó de

remordimientos.

—Lo siento, mamá, de verdad. Solo quería... — Le costaba encontrar las palabras

adecuadas—. Solo quería alejarme de todo y de todos para lamerme las heridas y

acabar mi libro de una vez.

—Sí, mamá, no la tomes con Inés. Yo también me quedé de piedra cuando me

enteré de lo que había hecho, pero ya sabemos lo rarita que es la pobre. —El torpe

intento de Marisa de echarle un cable tan solo le valió una mirada indignada de su

hermana.

—¿Y qué pinta él en todo esto? —Daniel intervino por primera vez, señalando al

médico con su dedo índice. Parecía muy furioso e Inés, que por unos instantes se

había olvidado de su presencia, se encaró con él, desafiante.

—¿Y a ti qué te importa? Ya no eres nada mío, no creas que puedes venir aquí

pidiéndome explicaciones. —Llena de rabia, se

retiró un mechón de pelo que había

resbalado sobre su rostro con dedos temblorosos
—. Además, ahora la que quiere

explicaciones soy yo: ¿puede saberse cómo me
habéis encontrado?

La mirada de Inés iba de su madre a su ex y
vuelta.

—Fácil. Aquel día en El Retiro después de
hablar contigo te seguí hasta aquí.

Luego te he visto en varias ocasiones barriendo
la acera disfrazada de esperpento, así

que le pedí a un amigo mío que hiciera las
averiguaciones precisas. Todavía no

entiendo esta absurda decisión de meterte a
portera.

Ella lo contempló, boquiabierta, y cuando logró

recuperar la voz preguntó:

—¿Por qué? ¿Qué puede importarte dónde viva o lo que haga? ¡No me gusta que

me vigiles!

Daniel enrojeció ligeramente, pero a pesar de ello respondió con firmeza:

—Estaba preocupado por ti, Inés. No me gustan tus nuevas compañías. —Una vez

más lanzó una mirada de odio en dirección al médico, quien permanecía inmóvil cerca

de su exmujer, siguiendo su intercambio con expresión impenetrable—. Quería

asegurarme de que estabas bien. Al fin y al cabo soy tu marido, hemos estado casados

ocho años y ya no recuerdo cuántos estuvimos de novios.

—Pues ese detalle no pareció importarte mucho cuando decidiste ponerle los

cuernos a mi hermana —intervino Marisa sin piedad y, en ese momento, a Enrique le

dieron ganas de darle un buen beso en los morros.

—¡Tú no te metas, Marisa! —ordenó Daniel, airado, al tiempo que se pasaba una

mano nerviosa por su pelo rubio—. Nunca me has soportado.

—En efecto, siempre he pensado que no le llegabas a Inés ni a la suela del zapato

y tu comportamiento lo ha confirmado. Está claro que, como psicóloga, le doy mil

vueltas a mi hermana.

—¡Basta ya! —la interrumpió Inés que, de

pronto, sentía la necesidad imperiosa

de asesinar a alguien—. Gracias por tu ayuda, Marisa, pero soy perfectamente capaz

de luchar mis batallas yo sola. Mira, Daniel, es ridículo que, de repente, vengas a

pedirme explicaciones. Los dos firmamos el divorcio de mutuo acuerdo y los años

que compartimos, muchos o pocos, ya no significan nada.

—¡Pero es que yo aún te quiero, Inés! —A su exmarido no pareció importarle la

considerable audiencia que seguía aquella conversación sin hacer el más mínimo

intento de disimular su interés—. Te he querido desde siempre. ¿Recuerdas cuando

nos conocimos en aquellos autos de choque?

¿Recuerdas lo que sentimos nada más

vernos o ya lo has olvidado?

Eso fue un golpe bajo.

Inés se acordaba muy bien. El pueblo de la sierra donde veraneaba estaba en

fiestas y su hermana y ella, montadas en un pequeño coche color rosa, sufrían el

acoso de todos los chicos del vecindario. La diversión hacía rato que se había trocado

en temor y las dos notaban las cervicales doloridas por los continuos topetazos. Justo

en ese instante, apareció Daniel subido en un coche color azul—aunque a Inés le

pareció que lo hacía a lomos de un reluciente caballo blanco— y empezó a cargar, una

y otra vez, contra el resto de los muchachos hasta que sonó la bocina que indicaba el

final del tiempo y las hermanas pudieron bajarse, al fin, de su vehículo con las piernas

temblorosas. Aún le parecía estar viendo a Daniel de pie a su lado, alto, rubio y muy

seguro de sí mismo —a pesar de sus quince años recién cumplidos—, igualito que los

príncipes azules que poblaban los cuentos que leía cuando era pequeña.

La tosecilla irritante que emitió su hermana la devolvió de golpe al presente, y

tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dejarse afectar por la memoria de aquellos

días felices.

—Lo recuerdo muy bien, Daniel. También

recuerdo muy bien lo que sentí aquella

tarde al verte abrazar y besar a aquella mujer cuando salíais de la sucursal del banco.

Recuerdo las espantosas noches en blanco, sin cesar de dar vueltas, mientras trataba

de dilucidar qué parte de culpa tenía yo en todo el asunto. Sí, Daniel, porque, a la

incredulidad, al horrible sentimiento de pérdida y al espantoso dolor, le siguieron la

debilitadora sensación de que yo no valía nada y un profundo sentimiento de culpa. Y

todo ello vino de la última persona de la que podría haberlo esperado. Del hombre en

el que confiaba ciegamente y al que había querido más que a nada en el mundo,

incluso desde antes de ser una mujer.

Los ojos de Inés brillaban por las lágrimas no derramadas, pero su voz, a pesar de

estar cargada de emoción, no temblaba. Blanca tuvo que tragar saliva un par de veces

y Sasha, que se había llevado su eterno pañuelito a los ojos, esta vez lo retiró húmedo

y con manchas de rímel. Cristina apoyó la cabeza en el hombro de su acompañante,

buscando refugio del desconsuelo que emanaba de las palabras de su hija, y Marisa

hizo lo mismo sobre el pecho de Fran.

El dolor que asomó a las pupilas de Daniel no era fingido y la lágrima que secó,

impaciente, con el dorso de su mano, tampoco. A Marisa le pareció curioso que un

hombre tan gallito como su excuñado le había

parecido siempre fuera capaz de

desnudar sus sentimientos en público de aquella manera y, por primera vez desde que

se enteró de su traición, sintió una cierta lástima por aquel guapo gigante que no podía

disimular su angustia.

—Inés. —Daniel se acercó, la agarró por los brazos y clavó su mirada en ella—.

Cometí un error, un inmenso error. Te juro que aquella mujer no significó nada para

mí. Pasaba una mala racha, las cosas no me iban bien en el banco, había perdido una

importante cantidad en aquel negocio que quise montar con Raúl. Tú, en cambio,

acababas de recibir un aumento de sueldo y tus jefes te habían ofrecido

promocionarte. La gente te adoraba; eras la perfecta anfitriona, el alma de las fiestas,

todo el mundo me felicitaba por la suerte que tenía de tener una esposa como tú. Mi

autoestima estaba por los suelos. Sé que no es excusa, que es patético que llegara a

sentir celos de la persona a la que más quiero, pero mi única excusa, Inés, es que soy

humano. Te ruego que me perdones, que me des otra oportunidad. Reconozco que

soy tan vano que no podía creerlo cuando pediste el divorcio. Estos meses han sido

infernales sabiendo que, por un error estúpido, había perdido a la única persona que

hacía que valiera la pena levantarse por las mañanas. Perdóname, Inés. Por favor,

vuelve conmigo...

La mirada suplicante de su exmarido la hizo vacilar. En el portal reinaba ahora un

silencio denso y opresivo. Inés miró a su alrededor y notó todos los ojos fijos en ella

y todos los oídos pendientes de sus labios. Tanto ella como el resto de los presentes

eran conscientes de que lo que dijera en ese momento cambiaría el rumbo de su vida

para siempre. Notaba la boca seca, le palpitaban las sienes y, una vez más, retiró un

mechón de pelo de su rostro con dedos trémulos. Quería arrojarse sobre el pecho de

su madre y dejar que ella se hiciera cargo de la situación, como cuando era niña, pero

sabía desde hacía tiempo que tomar decisiones

trascendentales y atenerse a las

consecuencias era el precio que los adultos tenían que pagar si querían hacerse

merecedores de ese nombre.

Sin poder evitarlo, sus pupilas se posaron sobre Enrique Echevarría. El médico

había permanecido todo el tiempo de pie a su lado, con los brazos cruzados sobre el

pecho y encerrado en un mutismo absoluto. Su rostro, moreno y atractivo, no dejaba

entrever ninguna emoción, pero a Inés le pareció que estaba algo más pálido que de

costumbre y notó el pequeño músculo que latía, incontrolable, en su mandíbula. Sin

embargo, él no hizo el más mínimo amago, ni por gestos ni de palabra, de influir en

su decisión.

Estaba aterrada. ¿Y si se equivocaba?, ¿y si dejaba pasar la oportunidad de su

vida?, ¿y si...? Antes de que pasara por su mente hasta la última de las posibilidades

que existían de que metiera la pata, Inés se oyó decir a sí misma:

—Lo siento, Daniel. De verdad. Te juro que te perdono, pero no me siento capaz

de olvidar. No es posible recuperar la confianza en una persona de la noche a la

mañana, y me temo que a mí me llevaría toda la vida. A partir de ahora trataré de

pensar sin amargura en lo que hubo entre nosotros, esos años fueron muy importantes

para mí. Durante casi la mitad de mi vida tú has

tenido un papel estelar en ella, pero

no puedo vivir de recuerdos. —Tomó la cara de Daniel entre sus manos y lo miró con

los ojos verdes rebosantes de ternura. Luego, se alzó de puntillas, depositó un suave

beso sobre los labios de su exmarido y repitió—: Lo siento, Daniel.

Con rapidez, abrió la puerta de la portería, se metió dentro y volvió a cerrar. El

ruido de la llave al girar en la cerradura resonó en el vestíbulo con la contundencia de

un disparo y les dejó claro a los allí presentes que deseaba estar sola.

De pronto, el pesado silencio se quebró por el intenso zumbido producido por

varias personas hablando al mismo tiempo.

Durante unos segundos, Daniel

permaneció inmóvil en el mismo sitio con el rostro gris y los ojos llenos de dolor.

Entonces, notó el peso, leve y reconfortante, de una mano sobre su antebrazo.

—Me hubiera gustado que volvierais a estar juntos, Daniel.

La lástima que percibió en la mirada de su exsuegra hizo que Daniel apretara los

dientes para contener el gemido que subía por su garganta. Luchando por controlarse,

se frotó el rostro un par de veces con las palmas de las manos y, algo más sereno,

dirigió la vista hacia Enrique, que seguía en la misma postura en la que había

permanecido desde que empezó la conversación,

con expresión de aborrecimiento y

declaró con una voz cargada de veneno:

—¡Esto no quedará así! No pienses que te la voy a ceder sin luchar. Inés es y será

la mujer de mi vida.

—Eso es ella la que tiene que decirlo —se limitó a contestar el médico, que aún

tenía que hacer esfuerzos para no traicionar el alivio abrumador que había sentido al

escuchar las palabras de Inés.

Al oírlo, Daniel le lanzó una nueva mirada de desprecio y dio media vuelta pero,

antes de salir a toda velocidad, se volvió una vez más hacia la madre de Inés y le dijo:

—Adiós, Cristina. Quiero que sepas que

lamenté no enterarme a tiempo de tu
operación de hemorroides.

Ella se quedó boquiabierta, incapaz de apartar
los ojos de la alta figura de su
antiguo yerno que desaparecía ya calle abajo.

—¿Puede saberse a qué ha venido eso? —
preguntó, perpleja—. La verdad es que

esto parece una de esas obras del teatro del
absurdo en las que van apareciendo, uno

detrás de otro, una serie de personajes extraños
que no sueltan más que frases sin

sentido —prosiguió muy enojada. Acto seguido,
se encaró con su hija menor con los

brazos en jarras—. Aún no puedo creer que
Inés haya pasado todos estos meses

escondida en este cuchitril mientras yo pensaba que estaba en una de las glamurosas

sedes de su banco en Nueva York. ¡Me debes unas cuantas explicaciones, Marisa!

Fran apretó aún más el brazo que mantenía alrededor de su cintura en un gesto

protector y ella se sintió extrañamente reconfortada.

—Lo que no entiendo, mamá —Marisa sabía bien que la mejor defensa era

siempre un buen ataque—, es qué haces tú aquí. Me dijiste que te ibas con Antonio a

pasar unos días a su casa de Mallorca. Te hacía allí desde hace una semana.

Como de costumbre, la táctica del despiste funcionó, y su madre se apresuró a dar

explicaciones sin que tampoco a ella, al parecer, le importara mucho tener una

audiencia que parecía decidida, a pesar de la falta de sueño, a echar el resto del día en aquel portal.

—Daniel me llamó hace unos días. Estaba muy raro. Me dijo que había localizado

a Inés, que en pocos días tendría las pruebas necesarias y que no te dijera nada a ti...

—¡Esta sí que es buena! —la interrumpió Marisa, indignada—. Así que alguien te

dice semejante cosa y tú vas y le haces caso.

—Pues claro que le hice caso, Marisa, que ya nos conocemos. —Sin prestar la

menor atención al bufido de irritación que soltó su hija, Cristina continuó—: Como

comprenderás no me iba a ir a Mallorca de vacaciones sin haber averiguado antes qué

estaba ocurriendo aquí. Antonio, tan amable como siempre, se hizo cargo de mi

dilema al instante y anuló los billetes.

Por la mirada de adoración que le dirigió el aludido, Enrique comprendió que el

pobre Antonio era incapaz de oponerse al más mínimo deseo de su amada y no pudo

evitar sentirse identificado con él. Había algo en las mujeres de la familia Santaolalla,

se dijo el médico, que las hacía absolutamente irresistibles.

—Daniel me llamó esta mañana a una hora intempestiva y, asustada, yo llamé a mi

vez a Antonio. Nos vinimos para acá a toda

prisa y llevábamos más de una hora

esperando en este portal cuando habéis aparecido. Por cierto, hija, ¿puede saberse

quién es toda esta gente?

Marisa empezó al punto con las presentaciones, pero estaba claro que quienes le

interesaban en realidad a su madre eran Enrique y Fran, que aún sostenía a Marisa de

la cintura con aire posesivo.

—Así que eres médico... por casualidad no sabrás a qué se refería Daniel cuando

ha hablado de mi operación de hemorroides, ¿verdad? —Los ojos de Cristina eran

dos estrechas ranuras verde brillante.

—No tengo ni la menor idea —mintió Enrique,

muy serio.

—¿Y ese chico que no te suelta ni dos segundos?

Marisa se ruborizó ligeramente y se revolvió un poco para liberarse de su abrazo.

—¡Ah, sí! Este es Fran, un amigo de Silvia — contestó con aparente indiferencia,

como si se hubiera olvidado de él. Fran la miró con indignación, pero ella hizo como

que no se daba cuenta y siguió hablando con su madre—: En fin, mamá, has

descubierto el oscuro secreto de Inés. En vez de irse a Nueva York, ha estado

trabajando de portera en este edificio, está a punto de terminar su manuscrito y,

además, se ha asegurado de que no haya un

asesino en serie suelto por el barrio de

Salamanca. Como verás —Marisa se tapó la boca con una mano para tratar de ocultar

el bostezo que no había podido reprimir—, han sido unos meses de lo más

productivos.

Su madre puso los ojos en blanco y anunció:

—Ya hablaremos más despacio de todo esto. Parecéis todos a punto de quedaros

dormidos de pie como los caballos. Mañana domingo os quiero a las dos en casa a la

hora de comer. ¿Entendido?

Y dirigiendo a su hija una última mirada amenazadora, abandonó el portal

agarrada del brazo de su acompañante.



Capítulo 22

Durante el trayecto en ascensor hasta la 6.^a planta, Blanca no había parado de bostezar,

a pesar de ello, en cuanto entraron en su piso le preguntó a su padre:

—¿Qué vas a hacer con Inés?

La pregunta de su hija lo puso en guardia en el acto y respondió con fingida

indiferencia:

—Pues dejarla dormir, por supuesto.

—Vamos, papá —replicó Blanca, impaciente—. Sé de sobra que estás colado por

ella.

Al oírla, Enrique notó un incómodo calor en el rostro, pero fue incapaz de negar

aquella afirmación tan directa.

—Está claro que Inés necesita tiempo para... pensar —respondió al fin con un

ligero titubeo—. Creo que lo mejor será no agobiarla.

—¡Ay! Pero ¿cómo podéis ser tan simples los hombres? —Su hija se llevó ambas

manos a las mejillas en un gesto cargado de desesperación—. Tú le gustas, papá.

Créeme, he visto cómo te mira. Pero como le des mucho tiempo para pensárselo sé

bien lo que va a pasar. Inés empezará a comerse el tarro sin parar; la cosa más

insignificante se volverá superimportante a sus

ojos; te meterá en el saco de los tíos

infieles en los que no se puede confiar y acabará convirtiéndose de verdad en una

portera amargada. Sé lo que digo, papá. Yo soy una mujer... —Su padre enarcó una

ceja con escepticismo, y ella puntualizó—: Está bien, casi una mujer. Sé de sobra

cómo funcionan nuestras mentes calenturientas y te aseguro que no siguen en

absoluto el camino, recto y aburrido, de la lógica masculina.

La vehemencia de su hija lo cogió por sorpresa y notó cómo se le aceleraba el

pulso.

—¿Tanto te gusta Inés? —preguntó, nervioso.

—Sí, papá. Inés me gusta. Un montón.

—Había pensado... —De nuevo titubeó y emitió un ligero carraspeo—. Sé que

hace poco que la conozco, pero... —Enrique se detuvo, se pasó el índice por el cuello

de la camisa como si le apretara y, una vez más, notó ese desagradable calor en el

rostro. A pesar de todo, hizo un esfuerzo, aspiró con fuerza y lo soltó de golpe—:

Blanca, estoy enamorado de Inés. Voy a pedirle que se case conmigo.

Su hija le lanzó una mirada de superioridad.

—Pobre papá, ¿te crees que a estas alturas no me había dado cuenta?

—Entonces... ¿no te importa? —Un profundo alivio lo invadió y empezó a

respirar casi con normalidad.

—Te lo estoy diciendo. Inés me cae fenomenal. Creo que es la mujer perfecta para

ti; además, os reís todas las gracias el uno al otro. No es una pesada como esa

motivada de la vida que te persigue sin tregua y que está empeñada en hacerse amiga

mía a toda costa. Inés ya es mi amiga, pero la pobre ha sufrido mucho. Si quieres que

accepte casarse contigo sigue mi consejo, papá: ¡Ataca! ¡Es ahora o nunca!

Emocionado, Enrique miró los grandes ojos castaños de su hija antes de rodearla

con los brazos y estrecharla con fuerza contra su pecho, al tiempo que hundía el rostro

en los cabellos oscuros. Permanecieron un rato

así, saboreando el momento, hasta que

el médico rompió el silencio por fin:

—Muy bien, hija mía. Prometo que seguiré tu consejo. La dejaré dormir unas

horas, pero esta tarde me pertrecharé con el kit completo de asalto a fortalezas

inexpugnables y te prometo que haré que se rinda.

—¡Ese es mi padre!

Esa misma tarde, a eso de las seis, el timbre de la puerta despertó a Inés de un sueño

profundo. Mascullando una sarta de imprecaciones, saltó de la cama y se acercó hasta

la puerta sin molestarse siquiera en ponerse unas zapatillas.

—¿Quién es? —gruñó, frotándose los ojos una y otra vez.

—Abre, soy yo.

Al oír la voz del médico, se espabiló en el acto, pero no hizo ningún intento de

abrir la puerta.

—No puedo abrirte, estoy en pijama. —Trató de ganar tiempo mientras cambiaba

el peso de un pie al otro, para que no se le congelaran.

—¿El de corazones azules y rosas? No hay problema. Lo conozco. Con ese estás a

salvo.

Inés no pudo evitar una sonrisa; Enrique siempre conseguía hacerla reír.

—No, no es el de corazones azules y rosas.
Este tiene florecitas, bueno, en realidad

son floripondios tamaño orquídeas de la selva.
Naranjas y marrones.

—¡Demonios!

—Sip.

—Entonces, definitivamente, no hay de qué
preocuparse. Abre la puerta antes de

que baje algún vecino cotilla y me pille aquí,
hablando solo frente a la casa de la

portera.

—Está bien, pero promete que te comportarás

—aceptó de mala gana, al tiempo

que daba la vuelta a la llave.

—Por supuesto —replicó muy serio, antes de

colarse en el interior y cerrar la

puerta tras él.

Inés permanecía de pie, a la defensiva, con los brazos cruzados sobre el pecho y

una expresión severa en su rostro. En efecto, el pijama que llevaba era horroroso,

pero con el pelo castaño claro revuelto, la marca de las sábanas en una de sus mejillas

y los pequeños pies descalzos, Enrique la encontró irresistible y le costó grandes dosis

de autocontrol no abalanzarse sobre ella y estrujarla contra su pecho.

—Dime —dijo, en cambio, en un tono engañosamente tranquilo—. ¿Dónde

encuentras esos saltos de cama tan sexis? No debe de ser fácil. ¿Te los hacen a

medida?

Al notar su actitud relajada, Inés bajó un poco la guardia y respondió en el mismo

tono afable:

—Sí, me los hace a medida una modista. El lema de su negocio es: «Déjalos KO,

por las buenas o por las malas». Voy a prepararme el desayuno, ¿quieres algo?

Sin dejar de reír, el médico la acompañó a la cocina y preparó el café mientras ella

tostaba un poco de pan. Luego cargó con la bandeja repleta y la depositó sobre la

mesa del comedor. Los dos estaban hambrientos y dieron cuenta de las tostadas con

rapidez, sin dejar de charlar de cosas intrascendentes. Enrique notó que era incapaz

de

apartar la vista del precioso rostro de Inés; hasta el más mínimo de sus gestos se le

antojaba encantador y esa mirada, acariciadora y sensual, empezaba a dificultar por

momentos la respiración de la joven.

—¡No me mires así! —exclamó al fin, sin poder contenerse.

—¿Así cómo? —preguntó él sin cambiar de actitud.

—Como si..., como si...

—¿Como si quisiera devorarte? —siguió preguntando, solícito—. ¿Como si

quisiera abalanzarme sobre ti y besarte hasta dejarte sin aliento? ¿Como si quisiera

arrancarte a tiras ese horrible pijama y recorrer hasta el último milímetro de tu piel

desnuda con mis manos? ¿Como si...?

—¡Basta! —ordenó, sonrojada, sin resuello y al borde de la taquicardia—. Lo has

entendido a la perfección. No me mires así.

—Caramba, Inés, no paras de dar órdenes. Habrías sido un capitán de fragata de

primera —protestó el doctor con fingido enojo, al tiempo que se ponía en pie y

avanzaba hacia ella, amenazador. Inés echó la silla hacia atrás y se levantó a su vez a

toda prisa—. No me mires así, no quiero hablar de eso, no deseo volver a acostarme

contigo, no me interesa una relación...

A medida que él se acercaba, ella retrocedía sin perderlo de vista, hasta que

tropezó con el sofá y cayó de espaldas sobre él. Entonces, Enrique se inclinó sobre

ella y apoyó las manos sobre el respaldo del sillón, a ambos lados de su cabeza, de

manera que quedó inmovilizada y con el rostro a menos de diez centímetros del rostro

masculino.

—Ya estoy cansado. Ahora voy a ser yo el que dé las órdenes. —Los ardientes

ojos oscuros amenazaban con derretirla y la pobre Inés, incapaz de moverse o

protestar, se perdió en ellos—. Voy a besarte, voy a acariciarte de arriba abajo, de

abajo arriba, de izquierda a derecha y de

derecha a izquierda hasta que me aprenda el relieve de tu cuerpo de memoria, voy a hacerte el amor y voy a casarme contigo. En ese orden.

Ella lo miró atónita.

—¿Casarnos? Estás loco...

—Has oído bien. Nos vamos a casar, Blanca necesita una madre.

Inés se revolvió tratando de liberarse y le lanzó una mirada cargada de indignación.

—¡Suéltame! Si buscas una madre para tu hija, no dudo que habrá un montón de mujeres que se ofrecerán voluntarias para el puesto. Pídeselo a la morena esa que te

acosa.

—Es imposible. Blanca no la soporta. En cambio tú le caes muy bien.

No podía creer lo que estaba oyendo y sus iris verde esmeralda despedían chispas

homicidas.

—¡Déjame salir de aquí de una vez, Enrique!
¡No pienso casarme contigo y menos

para convertirme en madre de una adolescente!
Quiero mucho a Blanca, es una niña

encantadora, pero nunca me casaría por esa razón. En realidad, no pienso casarme por

esa razón ni por ninguna otra. El matrimonio se acabó para mí. He estado casada

muchos años y mira cómo ha resultado. ¡No me casaré nunca! ¡Jamás!

Para levantarse del sillón tenía que empujar el poderoso pecho masculino, pero lo

último que deseaba era tocar aquella piel que desprendía un calor abrasador incluso a

través de la tela de la camisa.

—Inés, Inés... —Tuvo la desfachatez de chasquear la lengua contra el paladar y

continuó en un tono sereno y desgano, como si se dirigiera a otra adolescente

rebelde—: No quieres enterarte, ¿verdad? No te estoy pidiendo que te cases conmigo.

¡Es una orden!

—¡Esto sí que es un caso claro de enajenación total y absoluta! ¡Vete de mi casa!

—Nunca había sido una persona violenta pero, en ese momento, la palma de su mano

ardía con el deseo de estrellarse contra ese rostro atractivo y borrar de golpe su sonrisa burlona.

—¿Es eso cierto, Inés? ¿Quieres que me vaya? Solo tienes que decírmelo y lo haré.

Inés se asomó a esos ojos castaños que le hacían perder el seso; observó aquellos labios, firmes y seductores, separados de su boca por apenas unos pocos centímetros y tuvo que tragar saliva un par de veces antes de contestar en un murmullo casi

inaudible:

—Vete.

En vez de obedecerla, él se acercó aún más y

con la punta de la lengua dibujó el

perfil de sus labios con morosidad, en una caricia sensual y provocadora que anuló su

voluntad por completo. Con las manos apoyadas sobre el respaldo del sofá, a ambos

lados de su cabeza, tan solo la tocaba con la boca pero, para Inés, era como si la

hubiera sujetado con unos grilletes clavados en la pared. Incapaz de apartarse de

aquella dulce tortura, no pudo reprimir el gemido de deseo que subió a su garganta.

Al oírlo, Enrique sonrió contra sus labios y siguió besándola con pericia durante lo

que a ella se le antojó un siglo. Luego se separó con lentitud y, una vez más, no pudo

evitar una sonrisa al oír el sonido de protesta que

emitió ella.

Muy despacio, Inés abrió los párpados. Sus ojos verdes reflejaban a la perfección

el deseo que inundaba los ojos oscuros y tan solo fue capaz de decir, casi sin aliento:

—Dijiste... dijiste que si te decía que te fueras lo... lo harías.

—Te mentí.

—Una vez más. —Lo miró con expresión de disgusto—. Para ser médico mientes

mucho.

—Lo sé. Es una tara que tengo. Hay gente que acumula desperdicios en su casa,

otros coleccionan dientes de leche... yo miento. En realidad, debo admitir que no es la

única mentira que te he contado hoy —confesó en tono contrito.

Inés reprimió una sonrisa y respondió, severa:

—¡Suéltalo de una vez!

—No te importa que me ponga cómodo, ¿verdad?, me está empezando a doler la

espalda. —Sin esperar su permiso, Enrique se sentó en el sofá y con un rápido

movimiento la colocó sobre su regazo—. Así está mucho mejor —afirmó, al tiempo

que hundía la nariz en los fragantes cabellos color miel y aspiraba con fuerza.

Inés agarró su cabeza y lo apartó con firmeza, aunque no pudo evitar que sus

dedos se enredaran durante unos segundos en las suaves ondas oscuras de su nuca.

—Venga, confiesa tus pecados y la hermana Inés tendrá compasión de ti. O no.

Enrique enmarcó el bonito rostro entre sus manos, clavó sus ojos en los suyos y se puso muy serio.

—Antes, cuando te he dicho que quería casarme contigo para darle una madre a

Blanca, te he mentado.

—Ah, ¿sí? —Las palabras salieron con dificultad de su garganta, repentinamente seca.

—Sí. En realidad ha sido una gran mentira.

—Entonces, ¿ya no deseas casarte conmigo? —
A pesar de que la idea del

matrimonio le producía sarpullido, no pudo evitar

sentirse desilusionada.

—No.

—¿No? —repitió con un hilo de voz.

—No, la mentira no es esa.

Alzó los ojos al cielo, exasperada.

—¿Entonces?

—La verdadera razón por la que deseo casarme contigo es porque te quiero.

Al oírlo, el corazón de Inés se aceleró al máximo y, una vez más, comenzaron sus

problemas respiratorios.

—¿Me quieres?

—Te quiero —repitió muy serio, sin apartar la mirada de ella.

—A ti lo que te pasa es que quieres llevarme al huerto. —Los ojos verdes

brillaron, desconfiados.

—También.

—Nos hemos visto en contadas ocasiones, casi no nos conocemos.

—Te conozco lo suficiente.

—Es solo sexo —afirmó, convencida.

—Es sexo y es amor —declaró él con firmeza.

—Estás reaccionando como un adolescente con subidón hormonal. En realidad es

solo sexo —repitió como si tratara de persuadirse a sí misma.

—Está claro que me veré obligado a convencerte, señorita escéptica —replicó

Enrique, muy decidido.

Inés se cruzó de brazos y lo miró desafiante.

—Dudo que lo consigas, ¿qué pretendes hacer?

—Muy sencillo. Voy a hacer, exactamente, lo que te he dicho antes. Voy a besarte,

voy a acariciarte de arriba abajo y voy a hacerte el amor con furia y, cuando

terminemos, te pediré que te cases conmigo y tú aceptarás.

Lo dijo con tanta seguridad que ella se lo quedó mirando boquiabierta.

—Estás loco —afirmó al fin.

—Por ti.

—No me casa...

—¡Basta de cháchara! —ordenó, autoritario, luego atrajo el rostro de Inés hacia sí

y puso fin a sus protestas de manera expeditiva.

En cuanto la boca masculina se posó sobre la suya, Inés se olvidó de sus reparos y

de sus miedos. Profundamente excitada, volvió a enredar sus dedos en los cabellos

oscuros y lo acercó aún más; se sentía como si hubieran pasado años, en vez de

minutos, desde la última vez que se besaron. La boca del médico tenía un extraño

poder adictivo y ella se había vuelto completamente dependiente. De pronto, notó que

Enrique introducía su mano bajo la camisa del pijama y, al notar la calidez de sus

dedos encima de su pecho, se sintió enloquecer. El estado del doctor no era mucho

mejor: en cuanto notó bajo su palma la piel delicada de su seno y la forma en que el

pezón se irguió al instante al tocarlo con la yema del dedo, pensó que explotaría como

un muchacho que hacía el amor por primera vez.

Jadeante, apretó los brazos en torno a su cuerpo y, con un poderoso impulso, se

levantó del sofá sosteniéndola en alto.

—Lo siento, Inés. Quería que... quería que esta vez fuera lento, deseaba...

recorrer tu cuerpo sin prisa con mis manos y mi boca, pero... no puedo más —

confesó con voz entrecortada.

—Así que va a ser un «aquí te pillo, aquí te mato»... —susurró, provocativa, con

los brazos estrechamente enlazados alrededor de su cuello, sin dejar de salpicar de

besos y suaves mordiscos la sensible zona de su cuello.

—Exactamente.

Sin perder ni un segundo, la arrojó en la cama y se lanzó sobre ella. Con poca

delicadeza le quitó la camisa del pijama por la cabeza, y un par de botones salieron

disparados en distintas direcciones.

—Ya sabía yo que este pijama era demasiado provocativo —comentó Inés con

mansedumbre mientras lo ayudaba a su vez a despojarse a toda prisa de la camisa.

—Lo más *sexy* que he visto jamás. —Su voz sonó áspera antes de inclinarse,

hambriento, sobre sus pechos desnudos.

Al notar esa lengua incitante, primero sobre uno de sus pechos y luego sobre el

otro, a Inés se le quitaron las ganas de seguir hablando, así que hundió sus dedos en

los cabellos oscuros y lo atrajo aún más hacia sí. Como si les hubieran anunciado que

quedaban dos minutos para que se acabara el mundo, se despojaron el uno al otro del

resto de sus ropas, frenéticos, y mucho antes de que acabara el plazo Enrique estaba

dentro de Inés y los dos cabalgaban en pos de un placer que, increíblemente, fue aún

más intenso que el que compartieron la primera

vez.

Estrechamente abrazados, sudorosos y saciados al fin, se miraron a los ojos,

sonrientes.

—Prometo que la próxima vez trataré de durar al menos tres segundos más —

murmuró Enrique, al tiempo que se alzaba un poco sobre sus antebrazos y depositaba

un beso lleno de ternura en su frente.

—A pesar de todo, no ha estado tan mal — admitió ella con aparente desinterés.

—Caramba, Inés, tú sí que sabes mimar el ego masculino. En fin, creo que ha

llegado el momento.

—Mmm —respondió, somnolienta.

—Nada de quedarse dormida. Ahora es cuando yo te pregunto: «¿Quieres casarte

conmigo, Inés?», y tú me contestas: «Por supuesto que sí, Enrique, he caído de lleno

en tu trampa. Eres un hombre muy inteligente».

—¿Y eso? —Sus labios esbozaron una sonrisa perezosa.

—Mi querida Inés, estabas tan entusiasmada con mis habilidades amatorias que ni

siquiera te has dado cuenta de que no hemos usado preservativo. A lo mejor ya estás

esperando un hijo mío.

Enrique había pensado que ella no se sentiría muy feliz ante semejante descuido,

pero lo último que esperaba era que le respondiera con una risilla perversa.

—Inocente. —La miró perplejo y ella prosiguió, muy divertida—: Querido doctor,

admítelo, he sido yo la que te ha tendido una trampa maquiavélica...

—¿Y eso? —repitió sus palabras mientras contemplaba, fascinado, los chispeantes

ojos verdes que relucían, traviosos.

—Llevo años deseando tener un hijo.

A Enrique le costaba creer que se pudiera ser más feliz de lo que se había sentido

segundos antes, pero así fue.

—Así que me has usado como semental. —Frunció el ceño y la miró con fingido

reproche, en tanto enredaba y desenredaba un suave mechón castaño claro en su dedo

índice.

—Ajá.

—Entonces, ¿te casarás conmigo solo por eso?

—preguntó sin dejar de jugar con

con su pelo.

—Bueno, está también la otra cosa. —Inés utilizó su tono más displicente.

—¿Qué otra cosa?

—Que te quiero.

Se inclinó sobre sus labios y lo besó una vez más.



Cuatro años y medio después...

—Me siento como un acaudalado terrateniente que contempla, orgulloso, sus dominios.

—En realidad es para estar orgulloso, es increíble lo que has conseguido en tan poco tiempo.

La llegada de la primavera era palpable en los campos; la tierra fértil empezaba a dar fruto, y los brotes de color verde brillante se alineaban en ordenadas hileras hasta donde alcanzaba la vista.

—Sabes que nada de esto habría sido posible sin ti. —Los ojos grises de Fran relucieron llenos de amor al posarse en el precioso rostro de la mujer que permanecía

en pie a su lado.

—Deja de hacerte el modesto, pasar del trapicheo con marihuana a esto —Marisa

hizo un gesto que abarcó todo lo que la rodeaba
— no es algo que pueda hacer

cualquiera.

—¡Shh! Ya sabes que dicen que pueden oírlo todo, y te recuerdo que ya solo

fumo en mis cumpleaños. —Fran se arrodilló encima de la tierra parda sin importarle

lo más mínimo que estuviera embarrada, agarró el redondeado vientre de Marisa entre

sus manos y empezó a hablar con él—. No hagas ningún caso, enano, a mamá se le ha

subido la infusión de camomila con pétalos de rosa del desayuno a la cabeza. Papá es

ahora un respetable agricultor.

Con delicadeza, alzó la amplia blusa de algodón y depositó una ristra de besos

sobre la piel tirante de su vientre. Marisa soltó un suspiro de placer, alzó la cara y

cerró los ojos para recibir los tibios rayos de ese sol amistoso mientras acariciaba los

cortos cabellos de su marido.

Era increíble cómo había cambiado su vida en apenas cuatro años y medio, pensó.

Aún no entendía cómo se las había apañado Fran para convencerla de que se casara

con él y se fueran a vivir a una modesta casita de campo a las afueras de Aranjuez,

donde su marido se ocupaba de su floreciente negocio de venta de frutas y hortalizas

de primera calidad a restaurantes de lujo. Y lo más curioso era que estaba encantada

con su nueva existencia. Tenía un pequeño local en aquella ciudad agradable y

hermosa especializado en terapias y tratamientos reiki, en el que, además, vendía

lociones y cremas que ella misma elaboraba con las hierbas medicinales que cultivaba

en su pequeño huerto. Había abierto hacía menos de un año y ya tenía una numerosa

clientela. De hecho, había tenido que contratar a una ayudante, pues en pocas semanas

nacería su hijo y deseaba criarlo de una forma completamente natural, con leche

materna, ropa ecológica y, por supuesto, pañales de tela; no pensaba contribuir a

asfixiar el planeta a base de celulosa que tardaba quinientos años en desintegrarse.

Fran, en cambio, no estaba muy convencido, pero ya se encargaría ella de persuadirlo.

En ese momento, su marido se incorporó, la tomó entre sus brazos y empezó a

besarla apasionadamente, y ella se olvidó de todo lo que no fueran aquellos labios,

tiernos y ávidos, que desde la primera vez que se posaron sobre los suyos le habían

hecho perder la razón.

En cuanto logró recuperar el aliento, él apoyó la frente sobre la suya y susurró

ronco de deseo:

—Marisa, volvamos a casa, creo que te vendría bien que te diera un masaje con

ese fabuloso aceite de almendras que preparas.

—Me has leído el pensamiento, Fran. Justo acabo de sufrir un calambre. —Lo

miró con picardía y caminó en dirección al coche, que estaba aparcado a un lado del

camino de tierra. Fran permaneció un rato contemplando a su mujer, cuyo abultado

vientre parecía demasiado pesado para su cuerpo diminuto y delicado, y pensó que, si

la gente pudiera explotar por exceso de amor, él saltaría en pedazos en ese mismo

instante.

A pesar de su impaciencia, condujo con cuidado esquivando lo mejor que pudo

los molestos baches del camino.

—Te pondrás el traje y la corbata esta noche para la entrega de premios, ¿no? —A

Marisa le faltó relamerse cuando lo miró y Fran, muy ufano, se sintió el tío más

atractivo del planeta Tierra.

—Tus deseos son órdenes, mi reina —respondió al tiempo que alargaba el brazo,

entrelazaba sus dedos con los dedos esbeltos de ella y alzaba su mano hasta sus labios.

—Conociendo a Inés, tiene que estar de los nervios, y no quiero contarte cómo

estará mi madre, que ha aceptado quedarse a cuidar de los mellizos; bueno, de Lucifer

y Belcebú, como los ha rebautizado. Menos mal que Antonio tiene buena mano con

los niños.

Después de varias negativas, Inés había logrado publicar su novela, que pasó con

más pena que gloria por las librerías; sin embargo, un ejemplar había caído en manos

del señor Hurtado, el vecino del 4.º izquierda, quien, nada más acabarla y sin

importarle que el sol aún estuviera alto en el horizonte, había subido corriendo los

cuatro tramos de escalera que los separaban y se había presentado en su piso para

convencerla de que adaptara su obra a un guion cinematográfico. Incluso Sasha

Montagut —encantada de volver al mundillo, aunque en esta ocasión fuera entre

bambalinas— había intervenido en la realización con valiosos consejos y, a partir de

ahí, había surgido la serie animada «El asesino del cortapizza», que había batido todos

los índices de audiencia y que no había parado de recibir premios. Ahora estaba

nominada a los Goya y, desde que había recibido la noticia, Inés flotaba en una nube

de la que solo su marido, del que cada día se sentía más enamorada, y sus hijos, a

base de sustos que le quitaban años de vida, conseguían bajarla de vez en cuando.

Blanca había recibido entusiasmada la noticia de que iba a tener dos hermanos de

golpe. Nunca le había gustado ser hija única y le encantaba ocuparse de ellos; en

realidad, era la única persona, después de sus padres, a la que los mellizos respetaban

y nunca le metían cucarachas muertas en su cama ni le escondían los zapatos, bromas

de dudoso gusto de las que la pobre Mariana, en cambio, no se libraba; aunque, para

alivio de Inés, lo llevaba con resignación. Como también lo hacía *Pongo*, que sufría

un grave conflicto de personalidad, pues, de la noche a la mañana, había pasado de

ser un perro a convertirse en un manso corcel.

Silvia y Sandro, que acababan de volver de Milán con su hija Chiara —«la niña

más *cool* del mundo mundial después de Suri Cruise», en palabras de Blanca—,

también asistirían a la ceremonia de entrega de premios.

—¿Has pensado ya en algún nombre? —Fran

se vio obligado a soltarle la mano

para cambiar de marcha.

—Estoy barajando varios. —Apretó la mano contra su tripa y notó el bulto de un

pequeño pie—. ¿Qué te parece Mahatma, en honor a Gandhi?

Fran empezó a sudar, pero trató de conservar la calma y contestó en tono sereno:

—Cariño, en mi colegio había un niño, un tal Genovevo, que era como el saco de

las hostias. Todo el que pasaba a su lado le soltaba una colleja, y eso que ni siquiera

era el empollón de la clase. No querrás que nuestro hijo venga al mundo con un mal

karma, ¿verdad?

—Entonces, ¿no te convence? —Marisa reprimió una sonrisa; le encantaba

tomarle el pelo a su marido—. Bueno, tengo otro nombre en la recámara, pero es más

vulgar.

Fran cerró los ojos durante un segundo, asustado.

—Dispara.

—He pensado que... tal vez podríamos llamarlo... ¿qué te parece...?

—¡Dilo de una vez! —Se agarró con fuerza al volante.

—Pablo.

—¿Pablo? —Fran no podía creerlo.

—Sí, Pablo, ¿qué opinas?

—¡Pablo! Es cortito y no es el típico nombre que la gente le pone a su perro.

—¿Es eso un sí? —preguntó, burlona. Al ver que su marido enfilaba directo al

arcén de la solitaria carretera que conducía hasta su casa, añadió—: ¿Por qué

paramos?

—Necesito besarte y no quiero que nos matemos.

Fran se soltó el cinturón de seguridad, echó hacia atrás el asiento hasta que llegó al

tope, se inclinó sobre ella y, con un movimiento fluido, la colocó sobre su regazo.

Luego posó una mano sobre la voluminosa barriga mientras que con la otra sujetaba

la nuca femenina, la atrajo hacia sí y la besó con

vehemencia. Marisa, que estaba

incapacitada biológicamente para resistirse a sus caricias, enredó al instante los brazos

alrededor de su cuello y le devolvió el beso con frenesí.

Al cabo de muchos, muchos minutos, con la mano posada sobre uno de los

hinchados pechos de su mujer, Fran murmuró con voz ronca:

—Olvídate del masaje. ¿Cuánto tiempo hace que una embarazada respetable como

tú no hace el amor en un coche tan chulo como este?

Marisa apoyó la cabeza en su hombro, jadeante, y contestó:

—Una semana y tres días, exactamente.

—Pues eso es demasiado tiempo —afirmó él, al tiempo que se inclinaba una vez

más sobre su boca y atrapaba sus labios entre los suyos.



Nueve horas más tarde...

Inés salió del cuarto de baño colocándose uno de los espectaculares pendientes de oro

blanco con diamantes negros y blancos que Enrique le había regalado tras el

nacimiento de los mellizos. Divertida, notó que su marido, con los ojos fijos en ella,

fracasaba, una y otra vez, en el intento de meter uno de sus gemelos de oro por el ojal

del puño de la elegante camisa blanca.

—¿Puedes subirme la cremallera, por favor? —
preguntó con un mohín

provocativo.

Enrique dejó caer el gemelo sobre la mesilla de
noche, impaciente, y con un brillo

ardiente en sus ojos oscuros se acercó a ella en
dos zancadas y preguntó con voz

ronca:

—¿Le he dicho ya, señora Echevarría, que es
usted la mujer más hermosa del

universo?

—Creo recordar que unas cuantas veces, pero
no se preocupe, doctor Echevarría,

por mí puede repetirlo siempre que quiera, ya

sabe que me encanta oírlo...

Se dio la vuelta y él no pudo contener un jadeo ahogado ante la visión de aquella

espalda espectacular que el vertiginoso escote del vestido de noche dejaba casi

totalmente al descubierto. Con dedos torpes y algo temblorosos sujetó la cremallera,

pero, antes siquiera de subir un solo centímetro, la otra mano, que había decidido ir

por libre, apartó el tirante bordado con pedrería y dejó al descubierto un hombro

sedoso. Incapaz de resistirse ante aquella apetitosa visión, Enrique bajó la cabeza y

empezó a mordisquear con suavidad la delicada piel.

—¡Enrique, por favor, no me hagas esto! ¡No

vamos a llegar! —suplicó Inés,

aunque, a juzgar por la manera en que se apartó la melena para facilitarle el acceso a

ese punto tan erótico justo debajo del lóbulo de su oreja que su marido conocía tan

bien, lo hacía con la boca pequeña.

Al sentir la mano masculina sobre su pecho desnudo y el intenso calor de aquel

cuerpo firme contra sus caderas, soltó un suspiro cargado de deseo y volvió a pensar,

como había hecho mil veces durante los últimos años, que aquellos habilidosos dedos

de cirujano estaban llenos de magia.

—Mmm... No llevas sujetador —susurró en su oído, sin dejar de acariciarla.

—Es que es... imposible... con... ¡oh, Dios mío!... el... el escote de ¡ah!... este

vestido. —Casi no sabía lo que decía, pero al notar la forma en que aquellos dedos

curiosos descendían por dentro del vestido a lo largo de su costado y seguían bajando,

y bajando, y bajando... su capacidad para enhebrar ni siquiera un pensamiento

coherente desapareció de un plumazo y, muy excitada, se pegó aún más a él.

El golpeteo de un puño contra la puerta cerrada los sacó de sopetón de aquel

universo paralelo en el que lo único que existía eran ellos dos y la intensa pasión que

los envolvía con la densidad de una niebla otoñal. Inés escuchó la trabajosa

respiración de su marido mientras terminaba de subir la cremallera de su vestido, y su

propia voz, jadeante y temblorosa, le sonó extraña al preguntar:

—¿Sí...? ¿Qué... qué ocurre?

—¿Lo ves, Cristina? No puede ni hablar, te dije que fijo que se estaban liando.

La voz de Blanca atravesó la hoja de madera con claridad, y su padre no pudo

ocultar una enorme sonrisa al ver la forma en que las mejillas de Inés enrojecían con

furia bajo el maquillaje.

—¿Inés, hija, no hay tiempo para hacer lo que sea que estéis haciendo! —gritó su

madre, y subrayó—: Y, que conste, que no tengo el menor interés de saber lo que es,

¿eh? En fin, que os esperan en el Centro de Convenciones en tres cuartos de hora,

pero antes tenéis que enfrentaros a un código rojo.

Inés miró a su marido a ver si estaba decente. Con aquel esmoquin negro hecho a

medida, la impecable camisa blanca y la pajarita algo torcida después de aquel breve,

pero apasionado, interludio, estaba para empujarlo encima de la cama y violarlo media

docena de veces; sin embargo, con un esfuerzo sobrehumano puso freno a aquel

instinto de depredador sexual que la asaltaba cada vez que posaba la vista en él y, al

notar el apreciable bulto que se marcaba en el frente de sus pantalones, le hizo un

gesto con el dedo para que se volviera antes de ir a abrir la puerta.

—Para tu información, mi querida Blanca — trató de aparentar tranquilidad al

dirigirse a su hijastra, que estaba preciosa con el vestido largo de color verde que

habían comprado juntas para la ocasión—, y aunque no es de tu incumbencia, te diré

que tu padre y yo no estábamos haciendo cochinas.

Inés cruzó los dedos detrás de la espalda y se alegró de no ser Pinocho.

—Ya, claro. —Blanca alzó una ceja con socarronería y colocó el tirante del vestido

en su sitio. Divertida, observó que hasta la piel del escote de Inés se teñía de rubor—.

Y, por cierto, que sepas que se te ha corrido el lápiz de labios.

Muerta de vergüenza y deseosa de cambiar de tema, Inés se volvió hacia su madre:

—¿Cuál es la emergencia?

—Lucifer —ese era Gonzalo— ha puesto el tapón en la bañera y ha abierto el

grifo a plena potencia. Ha habido suerte porque Antonio se ha dado cuenta de que el

pasillo estaba lleno de agua y creo que hemos llegado a tiempo de impedir que el

vecino de abajo estrene una nueva gotera.

—¡Ay, Dios! —Aquella era la respuesta habitual de Inés cuando se enteraba de

alguna de las travesuras de sus hijos.

—¡Tendrías que haberlo visto, Inés! Me lo he encontrado en traje de baño, con un

cazamariposas en la mano, las gafas de bucear y las aletas puestas; según él, quería

practicar la pesca submarina. —Blanca se moría de risa con las ocurrencias de sus

hermanos pequeños.

—Y Belcebú... —Su madre hizo una pausa efectista y, al ver la forma en que casi

se relamía antes de dar el parte de la última maldad de su hijo Álvaro, se temió lo peor

—... Belcebú ha decidido convertir a *Tambor* en el primer «conejo bala» de la

historia, así que lo ha colocado sobre la tapa del cubo de basura de la cocina y ha

apretado el pedal. No sé cuántas veces lo ha

disparado, pero creo que tendremos que

organizar un funeral en breve.

—¡Oh, pobre *Tambor*! —Inés se llevó las manos a las mejillas, horrorizada.

—Tranquila, déjame a mí. —Enrique, de nuevo presentable, se alejó por el pasillo

en dirección a la habitación de los pequeños y ella suspiró, aliviada; estaba tan

nerviosa que se sentía incapaz de hacerse cargo de una emergencia como aquella.

Unos minutos después, con la situación bajo control, abandonaron la vivienda y se

subieron al coche.

—¿Te has fijado, Enrique? La nueva portera es mucho peor que la anterior. En el

vestíbulo había huellas de barro y nunca la veo pasar la escoba por la acera.

—Creo que el administrador jamás logrará dar con una portera tan profesional y

tan espantosa como la señora Santos.

—¿De verdad era tan espantosa? —preguntó, mimosa, al tiempo que colocaba una

mano sobre el muslo de su marido y lo acariciaba con suavidad.

—De verdad.

—¿Sabes qué? —siguió sin dejar de acariciarlo.

—Dime. —Su voz sonaba más ronca.

—¿Conoces ese dicho de que las desgracias muchas veces son bendiciones

disfrazadas? Siempre había pensado que era una

tontería que dice la gente para

consolarse, pero me he dado cuenta de que es cierto. Recuerdo la primera noche que

pasé en la portería, llorando desconsolada sobre la almohada porque mi existencia, tal

y como la conocía, se había venido abajo. Si alguien me hubiera dicho entonces que

en ese mismo edificio encontraría al amor de mi vida, tendría tres hijos con él y

acabaría trabajando en algo que me apasiona, jamás le habría creído.

—¿El amor de tu vida? —Agarró la mano que acariciaba su muslo y entrelazó los

dedos con los suyos.

—El amor de mi vida, del que me vuelvo a enamorar todos y cada uno de los días

que paso a su lado...

Enrique hizo una brusca maniobra y aparcó a un lado de la calle. Por fortuna, no

había mucho tráfico y apenas recibieron un par de bocinazos. Sin decir una palabra,

se soltó el cinturón, enredó la mano en su pelo y la atrajo hacia sí sin la menor

delicadeza, aunque en el momento en que sus bocas se encontraron el beso resultó

casi insoportablemente dulce. Cuando la soltó, ambos inclinaron la cabeza a un

tiempo hasta que sus frentes se tocaron y así permanecieron, muy quietos, mientras en

el interior del vehículo tan solo se oía el ritmo acelerado de sus respiraciones.

Unos minutos después, Inés se apartó de mala

gana, se atusó la revuelta melena y,

al mirarse en el espejito del coche, lanzó una exclamación, horrorizada:

—¡Todo el mundo se va a dar cuenta de que nos hemos liado, como dice tu hija!

Y la verdad, Enrique, ya no tenemos edad para estas cosas; dentro de nada cumplo los

cuarenta —protestó mientras, con dedos trémulos, buscaba la barra en el interior del

pequeño *clutch* plateado y se retocaba los labios.

—Pues, con o sin edad, con o sin premio, prepárate para lo que te espera en

cuanto lleguemos a casa esta noche —advirtió su marido, amenazador.



Y más tarde aún...

Eran las cuatro de la madrugada y en la vivienda de los señores de Echevarría no se

oía ni el vuelo de una mosca, aunque los ronquidos de Cristina, la madre de Inés, en

la habitación de invitados eran otro cantar. Blanca, después de una de las noches más

maravillosas de su vida, en la que incluso había posado junto a Inés y su padre en el

photocall, soñaba, feliz, con la sonrisa de Mario Casas. En el dormitorio contiguo,

Gonzalo y Álvaro, profundamente dormidos también, se retorcían inquietos,

seguramente maquinando alguna nueva travesura, mientras el viejo *Pongo* hacía lo

propio tumbado sobre la alfombra colocada entre las dos camas; aunque, en su caso,

era más probable que se tratara de una pesadilla con los mellizos como protagonistas.

En la habitación principal parecía que se hubiera producido un extraño fenómeno

meteorológico y, como caídos del cielo, pantalón, camisa, vestido, zapatos de

cordones negros y un par de altísimos *stiletto*s salpicaban el suelo en absoluto

desorden.

El edredón caía por un lado de la cama; las sábanas, hechas un lío, estaban muy

arrugadas y, sobre el colchón, una pareja,

desnuda por completo, dormía fundida en un abrazo tan estrecho que hasta la melena color miel de ella se enroscaba en torno al cuello masculino como una atadura más.

Sobre la mesilla de noche, el busto de bronce de Goya observaba aquel lamentable espectáculo, desaprobador, a pesar de que su visión quedaba entorpecida por la delicada prenda de raso y encaje que había caído sobre su ojo derecho en un momento loco de la noche.



ISABEL KEATS. Finalista del I Premio de Relato Corto Harlequín con su novela *El*

protector y finalista también del III Certamen de novela romántica Vergara-RNR,

siempre ha disfrutado leyendo novelas de todo tipo. Hace pocos años empezó a

escribir sus propias historias y varios de sus relatos han sido publicados, tanto en

papel como en digital. Escribir, hoy por hoy, es lo que más le divierte y espera poder

seguir haciéndolo durante mucho tiempo.

Notas

[1] NBQ son las siglas que se utilizan para referirse a los trajes especiales de protección

química: nuclear, bacteriológico, químico. (*N. del. E.*). [≤≤](#)

Document Outline

- [Cuéntaselo a otra](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)

- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Cuatro años y medio después...](#)
- [Nueve horas más tarde...](#)
- [Y más tarde aún...](#)
- [Autora](#)
- [Notas](#)